

# ¡ES LA GUERRA!

*Las mejores anécdotas  
de la historia militar*

MAKANO



**Jesús Hernández**

# **¡ES LA GUERRA!**

## **Las mejores anécdotas de la historia militar**

Jesús Hernández

Las guerras son una fuente inagotable de hechos curiosos, como que la caballería ganara una vez una batalla naval, o que los alemanes lanzaran sobre Londres ¡un jamón en paracaídas! Los hechos que aquí se narran de manera tan amena como rigurosa resaltan no solo los aciertos y el heroísmo, sino también los errores y la incompetencia de sus protagonistas, revelando así los episodios más asombrosos de la historia militar.

En la línea de libros del mismo autor como *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial* y *Hechos insólitos de la Segunda Guerra Mundial*, ¡*Es la guerra!* *Las mejores anécdotas de la historia militar* ofrece al lector un curioso y entretenido repaso a la historia de la guerra a través de sus mejores anécdotas.

Un libro de fácil lectura, apto para todos los públicos.

#### **ACERCA DE LA OBRA**

«Historias asombrosas, algunas entretenidas, otras poco conocidas o simplemente curiosas, para un lector interesado en asuntos históricos (...). Es fácil y rápido de leer, un libro

simpático, lo cual no deja de tener su mérito (...). Recomendando el libro para una lectura rápida en un fin de semana o unas vacaciones... en el chiringuito de la playa.»

DUQUR, *HISLIBRIS.COM*

# ¡Es la guerra!

Las mejores anécdotas de la historia  
militar

Jesús Hernández



# MAKANO



© Jesús Hernández

Primera edición en este formato: mayo de 2012

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera, 17, pral.  
08003 Barcelona

ISBN: 978-84-92567-43-0

Realizado por Makano



ANONYMOUS

WE ARE LEGION

MAKANO

Los caminos de la gloria conducen  
únicamente a la tumba.

THOMAS GRAY, poeta inglés (1716-  
1771)

# Introducción

*E*n 1991, un montañero alemán que caminaba por el valle de Oetz, en la zona fronteriza entre Italia y Austria, descubrió los restos de un hombre momificado. El cuerpo había quedado al descubierto debido al retroceso de un glaciar, que lo había preservado durante miles de años. Los estudios posteriores revelaron que aquel hombre, al que se bautizó con el nombre de Oetzi, vivió aproximadamente en el año 5.300 a. C.

Medía 1,59 metros de altura y podía tener alrededor de cuarenta y cinco años. Iba cubierto con una piel de oveja

y cerca de él se encontró un hacha de bronce y un canasto con flechas. En un principio se pensó que Oetzi, el «hombre de hielo», había muerto de hambre y frío, pero un análisis detallado del cuerpo descubrió en su espalda una punta de flecha de sílex. Además, su mano derecha presentaba una herida profunda. Sin duda, Oetzi murió luchando.

¿Qué es lo que lleva a un hombre a matar a otro? Y, abundando en esta trascendental cuestión, ¿qué mueve a un grupo de personas a organizarse para acabar físicamente con otro grupo? Nadie ha proporcionado una explicación convincente a este último hecho, que no se da en el mundo animal.

Desde los arcaicos tiempos de Oetzi, la guerra ha sido una inseparable compañera de viaje del ser humano. En el 1469 a. C. se produjo la primera gran batalla, la de Megiddó, en la que un ejército egipcio, con Tutmosis III al frente, se impuso a las fuerzas de la ciudad siria de Kadesh. Probablemente, el mítico campo de batalla de Armagedón del que se habla en la Biblia hace referencia al lugar en el que se combatió aquel día. Desde entonces, se calcula que han podido darse más de cinco mil batallas dignas de ese nombre, con su incontable saldo de víctimas.

Este libro quiere aportar su grano de arena para la comprensión de este fenómeno, mostrando la otra cara de la

guerra. Pese al trágico balance de muerte y destrucción que conlleva todo enfrentamiento armado, bien conocido por todos, las guerras son un caldo de cultivo extraordinario para todo tipo de hechos curiosos. Esta es la paradoja de la guerra; el drama y la comedia están inextricablemente unidos, constituyendo las dos caras inseparables de una misma moneda.

Quizás sea discutible la pertinencia de presentar la guerra desde este punto de vista, al ofrecer quizás una imagen un tanto amable de los conflictos bélicos, pero renunciar a su conocimiento y divulgación es renunciar también a comprender la historia.

Cuando escribo estas líneas, en el

momento en el que se cumplen seis décadas desde que la Segunda Guerra Mundial finalizó en Europa, la lección que nos dejó ese conflicto está más vigente que nunca. Durante siglos, las guerras se dilucidaron entre ejércitos, pero en el siglo XX la población civil pasó a convertirse por primera vez en un objetivo militar, llegando a los trágicos extremos de la contienda de 1939-45. Quizás por este motivo, nunca ha estado tan extendido como hoy el rechazo a la guerra como método para resolver contenciosos.

El sinsentido de las guerras tiene también su reflejo en el caso de Oetzi. A raíz de su descubrimiento, los gobiernos de Austria e Italia se enzarzaron en una

polémica; ambos países se empeñaron en demostrar que el cuerpo de aquel hombre de la Edad de Piedra se encontraba en su lado respectivo de la frontera.

Evidentemente, esa disputa no llegó a provocar un conflicto armado entre austriacos e italianos, pero hay que tener presente que muchas de las guerras que han estallado a lo largo de la historia no presentaron una justificación mayor.

Por lo tanto, para combatir mejor las posiciones de los que aún creen que el recurso a la fuerza es una opción aceptable, estoy seguro de que no hay nada más demoledor que conocer a fondo los episodios más cómicos y absurdos de la historia militar.



# Capítulo 1

## Grecia y el arte de la guerra

*E*l mundo helénico destacó por sus grandes aportaciones a la civilización occidental en forma de arte, pensamiento o política, pero también hay que señalar la gran evolución que se dio en el ámbito de la guerra. De hecho, se asegura que el estilo de guerra de Alejandro Magno se mantuvo en esencia hasta la era de Napoleón, pese a la evolución técnica del armamento.

La primera innovación de los griegos fue la creación de la falange; la infantería quedaba dispuesta en dos

líneas paralelas que atacaban formando una masa compacta. En un principio, el objetivo era romper la línea enemiga recurriendo al empuje frente a frente, en el que los soldados avanzaban muy juntos, protegidos por sus escudos. En ocasiones, cuando dos contendientes similares adoptaban esta disposición, ninguno conseguía penetrar en la línea contraria y las dos falanges, por la inercia del avance, acababan girando una contra la otra.

Esta táctica evolucionó con la incorporación de infantería ligera, pertrechada de hondas, flechas y lanzas cortas para apoyar el avance de la infantería. La caballería tan solo era utilizada para reforzar las líneas de la

falange que corrían peligro de deshacerse. El punto débil de esta disposición era precisamente el riesgo de que la línea de la infantería se rompiese ante la presión enemiga, puesto que no se contaba con refuerzos en la retaguardia para esa eventualidad, lo que solía acabar decidiendo las batallas.

Pero la llegada de Alejandro revolucionaría el arte militar y superaría ese planteamiento tan estático. Su mítica falange macedónica quedaría dispuesta en varias líneas, aportando mucha más profundidad y, por lo tanto, más solidez. Con ello se evitaba que el enemigo pudiera romper fácilmente las líneas.

Además, Alejandro utilizaba su

infantería como yunque, reteniendo a las tropas enemigas, mientras que su caballería, en este caso ligera, rodeaba al enemigo por detrás y lo aplastaba contra el sólido frente de su falange. De este modo, la caballería dejaba de actuar junto a la infantería para cobrar voz propia y ejecutar sus propias acciones, surgiendo de este modo un nuevo modo de hacer la guerra, más fluido y con mayor movilidad.

Pero las innovaciones no se dieron solamente en el campo de batalla. La logística dio sus primeros pasos. Filipo de Macedonia se encontró con que muchos soldados iban acompañados de sus respectivos criados, que les llevaban las armas y los víveres; el

padre de Alejandro puso fin a esta costumbre y dispuso de carros para transportar las vituallas que necesitaba su ejército. Filipo, del mismo modo, supo ver la importancia que tenía contar con un buen servicio de inteligencia, por lo que creó un cuerpo especial de espías e informadores.

Los griegos también lograron grandes éxitos en la guerra naval, lo que proporcionó a Atenas el control del Mediterráneo. El momento decisivo fue la batalla de Salamina, cuando las flotas griega y persa se encontraron cerca de la isla del mismo nombre. Los persas perdieron en ese enfrentamiento buena parte de su poderío naval, gracias a lo cual los griegos obtuvieron a partir de

entonces la hegemonía marítima.

En suma, del mismo modo que la Grecia clásica puso las bases de la cultura occidental, esa época supuso también una revolución en el arte militar, en la que se sentaron las bases que se mantendrían intactas durante siglos.

## **El caballo de Troya**

Probablemente, uno de los hechos más singulares, y más conocidos, de la historia militar sea el de la conquista de la ciudad de Troya gracias al célebre caballo de madera. Aunque en la descripción de esta guerra (1204-1194 a. C.) se mezclan la historia y la leyenda, es probable que, al menos en

esencia, aquellos hechos sucedieran en realidad.

Los aqueos, un ejército griego con Agamenón al frente, pusieron sitio a Troya, una ciudad costera próxima al estrecho de los Dardanelos, en la actual Turquía. El supuesto motivo era la venganza por el rapto de la bella Helena por Paris, el hijo del rey de Troya. Durante el asedio, que se prolongó durante diez años, el hermano de Paris, Héctor, murió a manos del héroe griego Aquiles, quien a su vez fue muerto por Paris.

Los astutos griegos, al comprobar que nunca lograrían entrar en la ciudad por la fuerza, idearon una estratagema. Epeo, por consejo de Ulises, construyó

un caballo de madera en el interior del cual se escondió un pequeño grupo de soldados y fingieron la retirada, dejando abandonado el caballo como homenaje al valor demostrado en la guerra.

Los troyanos, alegres y confiados por la retirada griega, introdujeron el caballo en el interior de la ciudad, animados por Sinón, un griego que se hizo pasar por desertor. El sacerdote Laconte se mostró contrario a aceptar este inesperado «regalo» de los griegos y presagió nefastas consecuencias, pero sus advertencias fueron ignoradas por la población, feliz por el fin de la guerra. El resto de la historia es bien conocida; al caer la noche, los soldados griegos salieron del animal de madera y

abrieron las puertas para que el grueso de su ejército penetrase en Troya.

La irrupción de los griegos tomó por sorpresa a los troyanos. Las calles de la ciudad fueron el escenario de una sangrienta lucha, pero la defensa de Troya era ya imposible. De este modo, los griegos conquistaron la ciudad y Helena fue rescatada.

## **Los «Inmortales» no hacen honor a su nombre**

El ejército persa contaba entre sus filas con un cuerpo de élite, conocido como los «Inmortales». Era una fuerza compuesta de 10.000 hombres, y debían su nombre al hecho de que en la batalla, cuando uno de ellos caía, otro ocupaba

de inmediato su lugar en la formación de ataque.

Para aterrorizar a sus enemigos, los Inmortales concedían una importancia extraordinaria a su aspecto. Según relata Jenofonte, estos soldados vestían túnicas de color rojo e iban pertrechados de cascos, espinilleras y escudos de bronce. Las puntas de las lanzas eran de plata, pero a un millar de ellos se les había concedido el honor de lucirlas de oro.

Este cuerpo de élite disfrutaba de algunos lujos impensables para otros soldados. Siempre les acompañaba una caravana en la que viajaban mujeres y disponían de criados, ataviados también con lujosos ropajes.

Los Inmortales cosecharon numerosas victorias en sucesivas campañas por Asia Menor o Egipto, en donde arrollaron a todos los ejércitos que se interponían en su camino. Su fama traspasó fronteras y llegaron a ser temidos por los griegos, cuyos guerreros no se atrevían ni siquiera a nombrarlos.

Pero serían precisamente los griegos los que acabarían con el prestigio de esta temible fuerza de choque. Los Inmortales dejaron de hacer honor a su nombre en 490 a. C., en la batalla de Maratón. Milcíades, al frente de 11.000 griegos, derrotaría a los ejércitos del rey Darío, que sumaban más de 150.000 guerreros, incluyendo a los Inmortales. De todos modos, la mayor parte de este

ejército no llegó a ser desembarcado. Confiados en su victoria, solo fueron enviados a tierra unos 20.000.

Milcíades extendió sus líneas a través de un valle para no ser rodeado por los flancos. Pese a la debilidad de su centro, las alas pudieron contener el ataque enemigo. Seguidamente los griegos pasaron al ataque, provocando el pánico en las filas persas, incluyendo a los Inmortales. Los hombres de Darío huyeron corriendo hacia sus barcos, dejando tras de sí unos 6.400 muertos. Por su parte, los griegos tan solo contabilizaron la pérdida de 192 efectivos.

Esta sería la primera ocasión en la que los Inmortales, hasta entonces

considerados invencibles, serían derrotados en el campo de batalla. Pero no sería la última; en el 334 a. C., Alejandro Magno se enfrentaría a ellos en el río Gránico, en Asia Menor, dispuesto a abrirse paso hacia Mileto y Halicarnaso.

Al frente de sus 35.000 macedonios, cruzó el Gránico y se enfrentó al ejército persa de Memmón de Rodas, compuesto por 40.000 soldados, entre los que había que incluir un numeroso grupo de mercenarios griegos.

Alejandro avanzó con su caballería pesada, dispersando a la caballería ligera persa, para después enviar a su falange de lanceros contra los Inmortales, que no pudieron oponer

resistencia a la infantería macedonia. A partir de entonces, el prestigio de los Inmortales ya no sería más que un recuerdo, al igual que el poderío militar del imperio persa.

## **El mar, castigado**

El historiador griego Herodoto relata un insólito caso en el que el mar fue objeto de un castigo.

En el año 480 a. C., Jerjes de Persia<sup>1</sup> atravesó finalmente con sus tropas el estrecho de los Dardanelos, conocido en la antigüedad como el Helesponto. Antes de conseguirlo había fracasado en su primer intento; construyó un puente flotante para que pudieran pasar sus

hombres, carros y caballos, pero una repentina tormenta agitó el mar de tal manera que el puente quedó totalmente destrozado.

Ante esta pretensión marina de obstaculizar sus ansias de grandeza, el orgulloso Jerjes, herido en su amor propio, ¡ordenó que las aguas fueran azotadas con un látigo!

### **«Pega, pero escucha»**

Según refiere Plutarco en sus *Vidas paralelas*, poco antes de la batalla de Salamina (480 a. C.), el general ateniense Temístocles se dirigió al espartano Euribíades, comandante en jefe del ejército espartano y de la armada griega, para sugerirle lo que

debía hacer para vencer a la armada del rey persa Jerjes. Este monarca había preparado con todo cuidado una expedición para apoderarse de Grecia. Avanzando a través de Tracia y Macedonia, había forzado el paso de las Termópilas y saqueado la ciudad de Atenas.

La flota invasora contaba con más de mil galeras, que servían de apoyo al ejército de Jerjes. Situadas en el golfo de Salónica, las galeras persas bloqueaban a los 370 trirremes griegos.

Temístocles intentó convencer a Euribíades para que renunciase a su intención de retirarse hacia el istmo de Corinto, sugiriéndole que plantease la batalla naval contra los persas en las

estrechas aguas de Salamina, en donde los barcos de Jerjes no podrían maniobrar con facilidad.

El susceptible Euribíades no quería dar su brazo a torcer y, en un momento de la tensa discusión, alzó su bastón para agredir a Temístocles, pero este le detuvo pronunciando una frase que pasaría a la historia: «Pega, pero escucha».

Euribíades se calmó y entendió las razones expuestas por Temístocles, accediendo a enfrentarse a los persas en Salamina.

Pese a que los barcos griegos eran inferiores en número, lograron imponerse a la flota de guerra de Jerjes;

tras embestir a unas y abordar a otras, los griegos consiguieron hundir cuatrocientas naves persas, perdiendo solamente cuarenta. El resto de la flota invasora quedó dispersada. El factor determinante de la derrota persa fue que sus galeras se vieron incapaces de maniobrar en aquellas aguas, tal como había previsto Temístocles.

Jerjes, que contempló impotente la batalla desde tierra, sufrió un duro revés, necesitando después un año para reorganizar sus fuerzas, un tiempo que los griegos sabrían aprovechar también para aumentar sus efectivos. Finalmente, Jerjes regresaría a Persia, dejando en Grecia un ejército al mando de su general Mardonio.

## **Eclipse lunar en Siracusa**

Según relata el historiador griego Tucídides, en el verano del año 413 a. C., la ciudad de Siracusa, en la isla de Sicilia, resistía el asedio de los atenienses, al mando de Nicias. Allí habían llegado dos años antes, en una expedición dirigida por Alcibíades y Lamacos. Pero la huida del primero y la muerte del segundo llevaron a Nicias a convertirse en jefe único. Al encontrarse con dificultades para doblegar la resistencia de los siracusanos, hasta allí llegaron los refuerzos enviados por Atenas.

Al ver la situación, los recién llegados aconsejaron levantar el sitio

pues, según ellos, era imposible tomar la ciudad y lo más probable era que los propios atenienses acabasen siendo derrotados. Nicias les escuchó, pero prefirió esperar un mes, puesto que confiaba en que un sector de los habitantes de Siracusa, hostil a Esparta, se levantara en armas para facilitar la entrada de los atenienses.

Pero un mes después la situación era aún peor; mientras que los sitiadores se encontraban cada vez más cansados y hambrientos, Siracusa había recibido refuerzos del exterior. Finalmente Nicias comprendió la inutilidad de mantener el asedio y ordenó el reembarque de sus tropas.

La operación se inició la noche del

27 de agosto de ese año, para que no pudieran ser vistos por los siracusanos, pero cuando los soldados atenienses estaban subiendo a los barcos se produjo un eclipse de luna. Las tropas temieron que aquel hecho fuera un anuncio de próximas desgracias, por lo que pidieron que se aplazase la retirada.

La tradición adivinatoria estipulaba que era necesario esperar «tres veces nueve días» para que pasase el efecto negativo del eclipse. Nicias rectificó su decisión de levantar el cerco y regresar a Atenas, y prefirió seguir las recomendaciones de los adivinos. Esta decisión supondría a la postre la perdición para el ejército ateniense. Los espartanos tuvieron así la oportunidad

de cercar la flota de Nicias; encadenando los trirremes entre sí, cerraron la embocadura de la bahía, impidiendo la huida de los barcos atenienses.

Los hombres de Nicias, que de sitiadores habían pasado a asediados, intentaron romper el cerco por tierra, pero fue inútil. Los espartanos que habían llegado a Siracusa como tropas de refresco no tuvieron dificultades para aniquilar a los fatigados atenienses. De los más de 50.000 hombres con los que contaba Nicias fueron asesinados unos 43.000.

Los supervivientes fueron hechos prisioneros y pasaron el resto de sus vidas trabajando en minas y canteras.

Nicias intentó huir por tierra pero fue capturado y ejecutado por los siracusanos.

## **Una respuesta lacónica**

El rey de Macedonia, Filipo II (382-336 a. C.), padre de Alejandro Magno, en una ocasión envió un mensajero a Esparta para forzar a sus habitantes, también conocidos como lacedemonios, a contraer una alianza con los macedonios para luchar contra Atenas.

El mensaje de Filipo no podía ser más amenazante: «Macedonia os ofrece la posibilidad de formar parte de la alianza que nosotros encabezamos. Si aceptáis, lucharemos juntos. Si decidís no uniros a nosotros, arrasaré vuestras

cosechas, destruiré vuestras ciudades y os tomaré como esclavos.» La respuesta de los lacedemonios fue realmente escueta: «No».

Esta contestación pasaría a la historia como ejemplo de brevedad de expresión, lo que daría lugar al adjetivo «lacónico».<sup>2</sup>

## **Un duro entrenamiento**

El adjetivo «espartano» es utilizado en el lenguaje común como sinónimo de rígido, austero o severo. Con ello se hace referencia al duro entrenamiento al que eran sometidos los hombres de armas en Esparta.

Su adiestramiento comenzaba cuando

eran solo unos niños. Se les obligaba a dormir desnudos en invierno y durante el día tan solo se les permitía una pieza de ropa. Las largas marchas debían realizarlas descalzos para que sus pies se endureciesen. Los alimentos que se les proporcionaban eran tan escasos que debían obtener comida de otro modo; se les animaba a que la robasen, pero eran duramente castigados si se les descubría.

Los muchachos más jóvenes solían recibir latigazos de los mayores, para que demostrasen el dolor que eran capaces de soportar. Además, a menudo se organizaban batallas en las que todos luchaban contra todos.

Pero la prueba más dura era la

conocida como *Oktonyktia* («ocho noches»). Un millar de jóvenes marchaban cargados con todo su equipo durante las cuatro primeras noches, descansando de día, pero teniendo derecho solamente a media ración de comida. A partir de ese día, la marcha ya era diaria y nocturna, prácticamente sin descanso. En la quinta y sexta jornada no se podía ingerir ningún alimento sólido. La marcha seguía sin interrupción el séptimo y el octavo día, pero en este caso tampoco se permitía beber agua. El que sobrevivía a esta terrible prueba del *Oktonyktia* era considerado un auténtico guerrero espartano.

## Un banquete accidentado

La gran asignatura pendiente de Filipo II de Macedonia<sup>3</sup> fue la conquista de Persia, un reto que su hijo, Alejandro, se encargaría de alcanzar tras ser proclamado rey a la muerte de su padre, asesinado por un cortesano.

No obstante, las relaciones entre padre e hijo no eran demasiado fluidas, tal como quedaba en evidencia en sus apariciones públicas conjuntas.

En una ocasión, durante un banquete celebrado ante toda la corte, Filipo y Alejandro mantuvieron una violenta discusión. De pronto, el rey se levantó y, blandiendo su espada, se dirigió hacia la mesa en la que estaba sentado

Alejandro. Pero Filipo, dando muestras visibles de haber bebido vino en exceso, tropezó y cayó al suelo. Alejandro llamó la atención de los presentes y exclamó:

—¡Hombres de Macedonia! ¡Ahí tenéis al hombre que quiere pasar de Europa a Asia y no puede ni siquiera pasar de una mesa a otra sin caerse!

### **Cómo desatar un nudo**

Alejandro Magno demostró ser un estratega genial. Al frente de un ejército formado tan solo por 35.000 hombres logró derrotar a los persas, que contaban con una fuerza compuesta por un millón de soldados.

La genialidad del joven militar

macedonio se demostró en todos los órdenes. Si un genio es el que consigue abrir caminos por los que nadie se ha atrevido a transitar con anterioridad, Alejandro hizo una demostración práctica al pasar por la ciudad de Gordio, antes de entablar batalla con los persas.

En ese lugar se encontraba un antiguo carro —algunos aseguran que era un arado—, atado con cuerdas trenzadas, confeccionadas con corteza de cornejo y formando un nudo que era conocido como el «nudo gordiano». La leyenda aseguraba que el autor del célebre nudo era Gordio, padre del rey Midas. Gordio había sido elegido rey gracias al oráculo, que había dispuesto que lo

sería el primero que entraría al templo de Zeus montado sobre un carro.

Gordio, que era labrador, cumplió con el oráculo y, como ofrenda de agradecimiento al templo, entregó su carro, cuya lanza estaba atada con un nudo que nadie sabía desatar, ante la imposibilidad de descubrir ninguno de los cabos.

A su vez, el oráculo adelantó que el que fuera capaz de desatar esas cuerdas y liberar el carro conseguiría gobernar el mundo. Muchos fueron los que intentaron deshacer el intrincado nudo a lo largo de los años, sin obtener ningún éxito.

En el año 334 a. C., Alejandro, camino de su encuentro con el rey persa

Darío, se atrevió a afrontar el desafío, pero obtuvo el mismo decepcionante resultado que sus predecesores. Tras comprobar la complejidad del nudo, decidió hacer algo que a nadie se le había ocurrido con anterioridad; sacando su espada, cortó el nudo de un solo tajo y el carro quedó libre.

De este modo, Alejandro entró a formar parte de la leyenda, que poco más tarde se cumpliría por completo. El macedonio conquistaría el mundo conocido hasta entonces, pese a que su imperio se desharía tan rápidamente como lo había construido.

## **La copa de Alejandro**

Alejandro se encontraba acampado a

orillas del río Cidno cuando, tras un baño en sus frías aguas, cayó enfermo. Por miedo a equivocarse con el remedio, ninguno de sus médicos se atrevió a proporcionarle una medicina.

Su amigo personal Filipo de Acarnania quedó a su cuidado, pero llegó una carta a manos de Alejandro en la que se le advertía de que iba a ser traicionado por él. Según Parmenio, gobernador de Meda, Filipo se había vendido a los persas, que, con Darío al frente, se acercaban ya al campamento griego. Pese a que en aquella época las traiciones y los envenenamientos eran frecuentes, Alejandro no dudó ni un momento de la lealtad de su amigo. Al entrar Filipo en su tienda, con una copa

en la que le traía un brebaje para acelerar su curación, Alejandro se la arrebató y bebió de ella. Le mostró la carta a su amigo, para evidenciar que su confianza en él era superior a las sospechas que habían intentado crearle.

En este caso Alejandro acertó al no poner en duda la sincera amistad que Filipo le profesaba y no le sucedió nada al ingerir el contenido de la copa, demostrando que eran falsas las acusaciones de Parmenio.

## **La diferencia entre un pirata y un conquistador**

Según cuenta la leyenda, Alejandro Magno acusaba a un pirata que había capturado de ser una persona indigna.

—Es verdad —dijo—, soy pirata, pero porque solo tengo un barco. Si tuviera una flota entera, sería un conquistador.

A Alejandro le convenció la aguda respuesta, por lo que lo dejó en libertad.

### **Una victoria pírrica**

En el año 280 a. C., los griegos se enfrentaron por primera vez a los romanos, en la batalla de Heraklea. La ciudad de Tarento, enfrentada a Roma, había pedido ayuda a Pirro (318-272 a. C.), rey de Epiro. Este monarca, un gran general vencedor de innumerables batallas, vio en esa petición de socorro el modo de expandir sus dominios, por

lo que aceptó, desembarcando en la península italiana para enfrentarse a los romanos.

Heraklea no sería una excepción en el camino de victorias de Pirro. El rey de Epiro conseguiría también doblegar a los romanos, pese a presentar inferioridad numérica. Los epirotas eran entre 25.000 y 30.000, mientras que los romanos contaban con alrededor de 35.000 hombres, dirigidos por Laverio Laevino. Estos últimos habían cruzado el río Siris (el actual Sinni) ante las fuerzas de Pirro, que se lanzaron al ataque, logrando imponerse tras un combate especialmente cruel y sangriento. Al acabar la lucha con el triunfo de Pirro, los cuerpos de unos

15.000 romanos permanecían sin vida sobre el campo de batalla.

No obstante, su victoria fue a costa de tantas pérdidas propias, unos trece mil muertos, que, según afirma la tradición, aseguró que «otra victoria como esta y seremos destruidos».

Afortunadamente para Pirro, sus temores no se cumplieron y al año siguiente volvería a derrotar a los romanos, esta vez en Asculum. Los epirotas y sus aliados tenían sometida a asedio a esta ciudad, por lo que una fuerza de 45.000 romanos, con Sulpicio Saverrio y Decio Mus a la cabeza, intentaron forzar a los hombres de Pirro a levantar el sitio. Pero la caballería y los elefantes de Epiro rompieron el

ataque romano, provocando entre sus enemigos más de 6.000 bajas.

A continuación Pirro aceptó una petición de los griegos de Sicilia, a los que amenazaban los cartagineses. Envalentonado por sus victorias, invadió la Sicilia cartaginesa. Pero su amenaza forzaría a romanos y cartagineses a concluir una alianza contra él.

El proceder despótico de Pirro en Sicilia le impediría ganarse el apoyo de los naturales de la isla. Tan solo consiguió sumar a su causa a los italos, pero esta alianza no sería suficiente para vencer a la coalición que se había formado contra él. El rey de Epiro acabaría siendo vencido por los

romanos cerca de Nápoles, en Benevento (275 a. C.).

Pirro atacó por la noche una base fortificada próxima a esa ciudad, pero los romanos lograron resistir esta primera ofensiva, pasando luego al contraataque. Los elefantes de Epiro provocaron el pánico entre los romanos, pero consiguieron rehacer sus líneas y romper la formación epirota, obligándoles a replegarse. Tras esta derrota, Pirro optó por regresar a Epiro, concluyendo así su aventura italiana.

# Capítulo 2

## Las legiones romanas imponen su ley

*R*oma consiguió lo que Alejandro Magno tan solo pudo soñar: la creación y consolidación de un gran imperio. Para extender sus posesiones a lo largo de tres continentes, los romanos emplearon la fuerza, aplastando con resolución la resistencia que ofrecían los naturales de las regiones asimiladas.

Para ello era indispensable contar con una fuerza ágil y potente, capaz de desplazarse con rapidez a cualquier

rincón del Imperio; por lo tanto, la gran aportación de Roma al arte de la guerra fue la organización militar, que alcanzaría un nivel que no sería superado hasta la Edad Moderna. El ejército romano, en función del cual giraría la economía y la política de Roma durante siglos, constituiría la base de la expansión y el mantenimiento del Imperio.

En sus comienzos, Roma disponía de un ejército formado por soldados procedentes de las grandes familias, pero no tenía un carácter estable, puesto que en el invierno, al no haber guerras, este ejército quedaba disuelto.

Progresivamente, Roma comprendió la necesidad de contar con una fuerza

militar sólida, por lo que se decidió la creación de un ejército compuesto de ciudadanos entre catorce y cuarenta años, escogidos mediante sorteo.

Los romanos tomaron como base el modelo de la falange griega, y crearon la legión, convirtiéndose esta en la gran formación militar de la Edad Antigua. Las legiones contaban aproximadamente con 6.000 hombres distribuidos en tres líneas, continuando la evolución ya planteada por Alejandro.

Aunque la táctica empleada por los romanos en el campo de batalla no era tan simple como la de las falanges, sus movimientos seguían siendo rudimentarios. En primer lugar se lanzaba una lluvia de venablos y

después las líneas siguientes corrían hacia el enemigo blandiendo sus espadas. Aníbal supo sacar partido de ello en la batalla de Cannas (216 a. C.), permitiendo el ataque en tromba de los romanos y retrocediendo hasta adoptar una línea cóncava; posteriormente, la mayor movilidad de los cartagineses les permitiría realizar un movimiento envolvente, encerrando a los romanos en la bolsa resultante y aniquilándolos.

Una de las virtudes de los romanos era que sabían aprender de sus errores, por lo que después de la derrota de Cannas acometieron una reforma profunda de sus tácticas. A partir de entonces las legiones formarían en varias líneas, separadas por cientos de

metros, pudiendo actuar así con mayor flexibilidad. De este modo se podían lanzar varias olas de asalto, cubriendo las bajas a medida que se producían.

Otra innovación de gran importancia fue el desarrollo espectacular de las técnicas para el asalto de ciudades. Se inventaron todo tipo de catapultas, torres de madera y arietes para este fin. Incluso se llegaron a cavar túneles bajo las murallas apuntalados con madera, que, una vez quemada, provocaba su hundimiento.

Los romanos fueron pioneros en la construcción de campamentos, protegidos por fosos y empalizadas y con capacidad para dos legiones completas. La disposición de estos

campamentos, cortados por dos líneas perpendiculares, se convertiría en muchos casos en la trama viaria de las ciudades a las que darían origen.

Roma no prestó nunca suficiente atención a la guerra en el mar. Aunque convirtieron el Mediterráneo en un «lago» romano, no disponían de una flota de guerra capaz de desplazarse de un punto a otro del Imperio. Además, las batallas navales fueron planteadas como si se tratase de acciones terrestres, por lo que podría decirse que se dio un retroceso respecto al desarrollo que la guerra naval había alcanzado en Grecia.

La decadencia del ejército romano llevaría a la caída del Imperio. La sociedad romana acabó considerando la

milicia como una profesión ignominiosa, por lo que el ejército pasó a estar formado por mercenarios y bárbaros, lo que a su vez redundaba en un incremento del coste de reclutamiento.

Cada vez se le dio mayor importancia a la defensa, perdiendo así la movilidad que había tenido en otra época. Pese a la proliferación de campamentos, murallas y torres, las guarniciones romanas, desmoralizadas y aquejadas de graves problemas de corrupción, se verían incapaces de mantener incólumes las fronteras del Imperio ante las acometidas de los bárbaros.

## **La humillación de las Horcas Caudinas**

En el año 323 a. C., cuatro legiones

romanas fueron vencidas y humilladas por los sabinos o samnitas, otro pueblo itálico, en el camino de Capua a Benevento, cuando atravesaban los romanos los montes Apeninos. En esa ocasión, las fuerzas romanas, con los generales Tito Veturio y Postumio al frente, fueron objeto de una emboscada cuando se adentraron en uno de los dos desfiladeros llamados Horcas Caudinas, cerca de la antigua ciudad de Caudio.

La batalla duró todo un día y la lucha se prolongó durante la noche, pero al día siguiente, al cortarles la retirada, las legiones romanas se rindieron para evitar ser aplastadas, aceptando todas las condiciones impuestas por el enemigo. Los sabinos humillaron a los

romanos obligándoles a desfilar bajo un yugo. Además, retuvieron a varios de sus jefes en calidad de rehenes.

La venganza de los romanos no llegaría hasta dieciocho años después, cuando los sabinos fueron derrotados por las legiones de Tito Minucio —pese a que este murió en la batalla— que asediaban la ciudad de Bovianum. Aunque esta victoria supuso a los romanos convertirse en la potencia hegemónica de la península italiana, los indomables sabinos, apoyados por una fuerza de galos, volverían a enfrentarse a los romanos en 298 a. C., perdiendo estos una de sus legiones.

La derrota definitiva de los sabinos llegaría tres años después, cuando cinco

legiones romanas atacaron a los sabinos y sus aliados galos en Sentinum, causando más de 25.000 muertos y unos 8.000 prisioneros. Los sabinos se vieron obligados a aceptar la paz impuesta por Roma. Aun así, su resistencia a ser asimilados por los romanos se extendería durante más de dos siglos.

## **Las delicias de Capua**

El caudillo cartaginés Aníbal venció a los romanos en la batalla de Cannas (216 a. C.), causando entre 70.000 y 50.000 muertos en las filas enemigas y sufriendo tan solo 6.000 en las propias. Tal como se ha indicado anteriormente, gracias a un clásico movimiento de tenaza con posterior cerco y

aniquilamiento, Aníbal asestó a los romanos una humillante derrota.

Cuando parecía que su marcha sobre Roma era inminente, Aníbal pidió refuerzos a Cartago para emprender el ataque definitivo. Como no pudo obtenerlos, aplazó su avance hacia la capital enemiga y se retiró a pasar el invierno en Capua, capital de la Campania y, por aquel entonces, una bellísima ciudad.

Capua ofrecía a los soldados cartagineses grandes posibilidades para el ocio. El lujo y los placeres de esa ciudad absorbieron a los soldados de Aníbal, que dispusieron de todo el invierno para disfrutar de ellos.

La falta de tensión guerrera en aquellos hombres acabaría por pasarles factura. Al llegar la primavera, los romanos ya se habían reorganizado y volvieron a enfrentarse al ejército de Aníbal, esta vez en la ciudad de Nola. Este punto defensivo era vital, por lo que los cartagineses intentaron asaltar sus murallas; el procónsul Marco Claudio Marcelo defendió con éxito la ciudad y Aníbal se vio obligado a retirarse.

El procónsul Marcelo se convirtió así en el primer jefe militar que consiguió derrotar a las tropas de Aníbal, que seguramente, más que desear apoderarse de Nola, lo que anhelaban era volver a disfrutar de las

delicias de Capua.

## *Delenda est Carthago!*

Hasta que fue derrotada en la Segunda Guerra Púnica, Cartago fue la gran rival de Roma. Aunque los romanos lograron aplastar el poder militar de la ciudad norteafricana, el temor a que los cartagineses se reorganizasen continuó durante mucho tiempo.

Un ejemplo del miedo que aún despertaba Cartago era la fijación que Marco Porcio Catón *el Viejo* (232-147 a. C.) tenía con la posibilidad de que resucitasen sus ansias de expansión. Así pues, todos sus discursos, sin importar el tema sobre el que tratasen, terminaban invariablemente con la frase *Delenda*

*est Carthago!* («¡Cartago debe ser destruida!»).

Su obsesión con la destrucción de los antiguos rivales de Roma pasó a la historia, y su frase se ha convertido en sinónimo de una idea fija cuya realización se persigue sin descanso.

## **El ejército fantasma de Aníbal**

Durante la Segunda Guerra Púnica (219-202 a. C.) el general cartaginés Aníbal avanzaba hacia Roma, después de haber superado la barrera natural de los Alpes. El pequeño ejército de Cartago se había mostrado mucho más hábil que el romano, pese a tener este más hombres. Buena parte de sus éxitos se debían a la gran astucia de Aníbal.

Sin embargo, en su camino hacia Roma descendiendo por la península itálica, Aníbal cometió un error. Desorientado, acabó llevando a su ejército a un terreno pantanoso, teniendo el mar a su espalda.

El ejército romano, a las órdenes del general Fabio, disponía de su gran oportunidad para rodear a las tropas de Aníbal. Fabio ordenó inmediatamente que todos los pasos montañosos que pudieran servir para salir de los pantanos quedasen cerrados por centinelas y dispuso a sus hombres para asestar el golpe definitivo a Aníbal. Pero el general cartaginés, consciente de que había errado al conducir a sus hombres a aquella ratonera, no estaba dispuesto a caer en manos de sus

odiados enemigos.

Durante la noche, los centinelas romanos apostados en lo alto de las montañas observaron una larga procesión de antorchas, que iban subiendo por la ladera. Eran miles de luces las que se dirigían hacia ellos. ¿Eran refuerzos que habían llegado desde la playa? ¿Tropas que habían estado ocultas? El extraordinario efecto que causaban las miles de antorchas en la oscuridad de la noche acabaron por asustar a los romanos, que comenzaron a pensar en la presencia de un ejército fantasma.

Mientras seguían con atención la evolución de las extrañas luces, centenares de pequeños fuegos se

extendieron por la montaña y un ruido ensordecedor cubrió todo el valle, como si se estuvieran tocando a la vez miles de trompetas. Eso supuso ya una impresión demasiado fuerte para los vigías romanos, que salieron corriendo hacia el campamento, alertando a gritos de la llegada de un aterrador ejército. La confusión entre los romanos fue generalizada y se decidió esperar al alba para conocer la naturaleza de esos formidables refuerzos.

Pero con la llegada del amanecer llegó también la decepción para las tropas de Fabio. Aníbal había levantado el campamento y ya no quedaba ningún cartaginés en los pantanos. El astuto general había logrado escapar de la

trampa en la que se había metido.

La argucia empleada por Aníbal fue descubierta más tarde. Las miles de luces que habían sorprendido a los centinelas romanos no eran antorchas, sino ramas atadas a los cuernos de los bueyes con los que contaban los cartagineses como bestias de carga. Aníbal había ordenado hacer subir al rebaño por la ladera de la montaña, simulando ser un nutrido ejército. Cuando las llamas llegaron a la piel de los bueyes, estos salieron en estampida, extendiendo el fuego a los matorrales, entre los lógicos mugidos causados por el dolor de las quemaduras. Ese estruendo, amplificado por el eco de las montañas, fue el que logró aterrorizar

por completo a los romanos y provocar su huida desesperada.

## **Los espejos de Arquímedes**

El matemático griego Arquímedes (287-212 a. C.) aplicó sus amplios conocimientos científicos a la fortificación de la ciudad de Siracusa, situada en la costa este de Sicilia.

El general romano Marco Claudio Marcelo, encargado de su conquista en 214 a. C., creía que la ciudad caería en poco tiempo gracias a una doble ofensiva, por tierra y por mar. Los romanos habían dado muestras de poseer un gran ingenio: uniendo ocho barcos, lograron transportar una enorme rampa con la que pretendían escalar las

murallas de la ciudad. Pero Arquímedes no les permitió ni siquiera aproximarse a la orilla. Gracias a unas potentes catapultas de su invención, enormes piedras de más de 250 kilos comenzaron a caer sobre los barcos que transportaban la rampa, dando al traste con el plan de asalto.

El general Marcelo comprendió que un asalto a la luz del día desde una larga distancia estaba condenado al fracaso por el largo alcance de las catapultas, por lo que ideó una acción nocturna, en la que los legionarios romanos intentarían escalar las murallas. Pero los defensores sabían como rechazarlos: sobre los asaltantes cayó una lluvia de dardos y piedras. Pero lo que provocó

la confusión generalizada entre los romanos fue la enorme cantidad de escorpiones que cayó sobre ellos, arrojados desde la parte superior de las murallas.

Con el paso del tiempo, los sitiadores pasaron a convertirse prácticamente en sitiados. Las galeras romanas fondeadas cerca de Siracusa recibían de repente el impacto de un afilado madero que se incrustaba en el casco, provocando en ocasiones su hundimiento. Estas enormes lanzas habían sido arrojadas por los artefactos ideados por Arquímedes.

Los intentos romanos de tomar Siracusa se prolongarían durante tres años, pero siempre se saldarían con

sonoros fracasos, gracias a los sorprendentes ingenios surgidos de la imaginación del griego.

Pero el episodio por el que el asedio pasó a la historia fue por un arma que provocó el pavor entre las tripulaciones de los barcos romanos. Sin una causa aparente, las velas comenzaron a arder. Nadie había visto aproximarse ninguna flecha ardiendo, por lo que creyeron que se trataba de magia.

Al cabo de un rato, los romanos comenzaron a comprender lo que estaba ocurriendo. En la costa se veían unos reflejos desacostumbrados, con una intensidad similar a la provocada por el sol. Esa era el arma secreta de los siracusanos.

Arquímedes había estudiado los fenómenos de reflexión y refracción de la luz. Gracias a esos conocimientos había ideado un sistema compuesto de varios espejos cóncavos, con los que había conseguido concentrar todo el calor procedente del sol, siguiendo el mismo principio por el que se puede quemar un papel utilizando una lupa.<sup>4</sup>

La sensación de inexpugnabilidad proporcionada por los inventos de Arquímedes sería, paradójicamente, la causa última de la derrota de Siracusa. Durante la celebración de una fiesta en las calles de la ciudad, se acabaron sumando a la diversión los encargados de la vigilancia de una de las torres defensivas. Los romanos, atentos a

cualquier detalle, detectaron este descuido y asaltaron la muralla por ese sector, logrando tomar la ciudad que tan valientemente había resistido y acabando con la vida de muchos de sus habitantes, entre ellos Arquímedes.

Según la leyenda, el día en el que cayó Siracusa, Arquímedes se encontraba en la playa, estudiando unas figuras geométricas que había dibujado sobre la arena. Al presentarse ante él un soldado romano dispuesto a matarlo con su espada, sin saber que se trataba de Arquímedes, el sabio griego le pidió que esperase hasta que resolviese el problema matemático sobre el que estaba reflexionando. El romano no accedió a su petición y lo ensartó con su

espada. Otra versión asegura que Arquímedes no se dejó impresionar por la amenazante presencia del soldado y le reprendió por haber pisado las figuras dibujadas en la arena.

Sea como fuere, parece ser que Marcelo lamentó profundamente la muerte de Arquímedes, por el que sentía una gran admiración. El general romano, a modo de desagravio, mandó erigir para Arquímedes una tumba sobre la que dispuso una esfera circunscrita por un cilindro que simbolizaba, de acuerdo con sus deseos, su teorema favorito sobre los volúmenes del cono, el cilindro y la esfera. Cuando Cicerón visitó Sicilia pudo ver todavía el monumento, que posteriormente

desapareció.

## **Traición sin recompensa**

El jefe guerrillero Viriato se convirtió en una pesadilla para los romanos destinados a la península ibérica. Viriato era un pastor que había escapado con vida de una matanza general de lusitanos ordenada por el pretor Galba. A partir de entonces pasó a encabezar la resistencia de los pueblos lusitanos, en la actual Portugal, entre 147 a. C. y 139 a. C.

Gracias a sus tácticas guerrilleras, él y sus hombres lograron derrotar en varias ocasiones a las tropas romanas, mandadas por los más expertos generales. No obstante, ante el continuo

acoso de los romanos a su pueblo, Viriato decidió enviar a tres hombres de su confianza —Aulaco, Ditalco y Miminuro— para que negociaran el establecimiento de la paz. Pero el cónsul Marco Pompilio no estaba dispuesto a considerar la propuesta de Viriato y optó por ofrecer un soborno a los tres enviados para que diesen muerte a su jefe.

Los tres hombres aceptaron el trato y degollaron a Viriato mientras dormía en su tienda. Seguidamente se presentaron ante el cónsul para cobrar su recompensa, pero Marco Pompilio, indignado por el cobarde método escogido para acabar con la vida de su digno oponente, les espetó que fueran a

Roma a recibir el pago por su traición.

Así lo hicieron y los tres acudieron a Roma para exigir el dinero, pero lo único que recibieron fue una respuesta que pasaría a la historia:

—Roma no paga a traidores.

## **La primera batalla en el Atlántico**

En el océano Atlántico se han producido numerosos enfrentamientos navales a lo largo de la historia, pero la primera batalla ocurrió en el 56 a. C. La tribu de los vénetos de Bretaña —no hay que confundirla con los pertenecientes a la actual región de Venecia— se había rebelado contra los romanos. Su desafío a Roma era posible gracias a una flota

de 200 naves. Aunque, tal como quedó señalado antes, los romanos nunca habían prestado mucha atención a la guerra en el mar, Julio César (100-44 a. C.) decidió enfrentarse a los vénetos en ese medio, construyendo su propia flota en la desembocadura del Loira.

César envió sus barcos, conducidos por Décimo Bruto, a combatir a esta tribu levantisca. Pero los romanos tenían un arma secreta; se trataba de unas largas pértigas a las que se había añadido una hoz en el extremo. Los barcos romanos se acercaron a toda velocidad a la flota de los vénetos y, cuando estaban a su alcance, con las pértigas comenzaron a cortar los cordajes de las naves enemigas.

Así pues, los vénetos se encontraron de repente con que les era imposible gobernar sus barcos. Esta circunstancia fue aprovechada por la flota de Décimo Bruto para abordar las naves inmovilizadas, matar a los sorprendidos tripulantes y, finalmente, incendiar los barcos, acabando así con la insolencia de los vénetos, que se habían atrevido a desafiar la hegemonía romana.

## **Demostración de fuerza**

La batalla de Coblenza, en el 55 a. C., enfrentó a las tropas de Julio César con dos tribus germánicas invasoras, los usipios y los tencteros. Los legionarios romanos consiguieron atraer a los bárbaros hasta la confluencia de los ríos

Rin y Mosela. Allí, con el agua a espaldas de los germánicos, los hombres de César los aniquilaron. Los bárbaros que intentaron huir acabaron ahogándose.

Julio César había demostrado que nadie podía desafiar el poder de Roma, pero consideró que el triunfo sobre aquellas dos tribus no era suficiente. Para dejar bien claro que en cualquier momento los romanos podían atravesar el Rin para aplastar un intento de invasión bárbara, Julio César ordenó a sus ingenieros construir un puente de madera que atravesase ese caudaloso río. Al cabo de tan solo diez días, el puente ya unía ambas orillas.

Los legionarios atravesaron el puente

y se dedicaron a realizar maniobras durante tres semanas para intimidar a las tribus germánicas, que contemplaban con estupor esta inusitada demostración de fuerza. Una vez que Julio César quedó satisfecho con su exhibición, ordenó el regreso a la orilla occidental, atravesando de nuevo el puente sobre el Rin. Una vez que pasó el último soldado, la construcción de madera fue destruida, después de haber servido para su propósito intimidatorio.

### **«La suerte está echada»**

La célebre frase «*Alea jacta est*» («La suerte está echada») fue pronunciada por Julio César al pasar el río Rubicón el año 49 a. C. Al decir

esas palabras, Julio César hacía referencia a su desafío al Senado de Roma, que había ordenado a César disolver su ejército al final de su victoriosa campaña de las Galias.

Esa decisión del Senado había sido impulsada por Pompeyo *el Grande* (106-48 a. C.). César, junto a Pompeyo y Craso, formaban el triunvirato que gobernaba Roma, pero la muerte de Craso en la batalla de Carras (53 a. C.) y el alejamiento de César, que estaba combatiendo contra los galos, llevó a Pompeyo a convertirse en cónsul único.

El río Rubicón, llamado en la actualidad Fiumicino, separaba Italia de la Galia Cisalpina y señalaba el límite de la jurisdicción de César. Así pues,

César se atrevió a incumplir la ley romana vadeando ese río junto a su XIII Legión y penetrando en la península italiana, lo que en la práctica suponía declarar la guerra a Roma. El desafío de César acabaría desembocando en una guerra civil.

Tras arrollar las primeras posiciones defensivas interpuestas por Pompeyo, César continuó su avance sobre Roma, entrando en la ciudad, que no opuso resistencia puesto que los partidarios de Pompeyo habían huido. César instauró en Roma un gobierno encabezado por sus partidarios y marchó a Ilerda (la actual Lérida) a combatir a los pompeyanos. Estos estaban liderados por los mejores generales de Pompeyo,

pero aun así los derrotó, pese a que casi les doblaban en número (70.000 pompeyanos por 40.000 cesaristas). A su regreso triunfal a la capital del Imperio fue nombrado cónsul. Mientras tanto, Pompeyo había abandonado la península italiana y se había dirigido con sus tropas a Macedonia. Pero el enfrentamiento entre ambos era inevitable y se produjo en Farsalia (48 a.C.).

Pompeyo contaba con unos 60.000 soldados, mientras que César tan solo podía oponer 25.000 hombres. La batalla no pudo comenzar mejor para Pompeyo, puesto que su caballería obligó a retroceder a la de César, pero los legionarios pudieron rehacer sus

filas y detener a la caballería de Pompeyo, logrando dispersarla.

La infantería de César continuó su avance sin que los soldados de Pompeyo, pese a doblarles nuevamente en número, pudieran oponer resistencia. En total, 20.000 seguidores de Pompeyo fueron capturados y unos 6.000 murieron. Por su parte, las tropas de César solo perdieron 230 legionarios. Tras la derrota de sus hombres, Pompeyo logró huir con vida y pudo escapar a Egipto, aunque allí sería asesinado nada más desembarcar por los partidarios de su gran enemigo.

Por lo tanto, César se lo había jugado todo al pasar el Rubicón, asegurando que «la suerte está echada» y ganó esa

apuesta tan arriesgada. De todos modos, aunque la historia ha atribuido a César la paternidad de la renombrada frase, parece ser que no fue el primero en pronunciar «*Alea jacta est*». Según cuenta Suetonio en su obra *Doce Césares*, la frase aparecía en una de las obras del comediógrafo griego Menandro (siglo IV a.C.).

### «¡Devuélveme mis legiones!»

La fuerza militar más poderosa de la historia antigua fue la legión romana. Hoy día es difícil hacerse una idea del grado de perfección que alcanzaron las legiones en su rendimiento en el campo de batalla; gracias a su organización y su férrea disciplina, eran capaces de

arrollar a cualquier enemigo que se les pusiera por delante. Nadie podía hacerles frente. Los legionarios, bien entrenados y capaces de leer y escribir, conocían de memoria todos los movimientos a realizar, que ejecutaban en cualquier momento de la batalla tras una señal convenida. Hacían falta como mínimo nueve meses de instrucción para formar parte de la legión, un tiempo en que se ensayaban estas acciones una y otra vez, interiorizándolas hasta practicarlas con la precisión de un autómeta.

La formación más temible era la del *testudo* o tortuga; los soldados se protegían con sus escudos formando una abigarrada masa que avanzaba cubierta

por todos lados. De todos modos, el escudo o *scutum*, compuesto de láminas de madera y de forma ligeramente curva, no era propiamente un elemento de protección, sino que se empleaba como arma ofensiva; al ser grande y pesado, servía para abrirse paso empujando al enemigo, no dejándole espacio para manejar su espada.

Así pues, la formación en tortuga no era defensiva; los soldados avanzaban de esta manera hasta entrar en contacto físico con los enemigos. En ese momento, los soldados romanos sacaban entre los escudos su arma más terriblemente eficaz: el *gladius hispaniensis*. Esta espada corta, copiada de la que empleaban las tribus celtas de

Hispania, convertía a la tortuga en una auténtica máquina de matar.

Manteniendo la formación en todo momento, los brazos de los soldados emergían de ella funcionando como pistones, apuñalando repetidamente a todos aquellos que estaban a su alcance, alcanzando el estómago, los genitales o la arteria femoral, ya que este movimiento mecánico se realizaba desde la cintura, siempre protegidos por la barrera de escudos.

Los *gladius hispanienses* se convertían así en las cuchillas siempre en movimiento de este rudimentario carro blindado imposible de parar. Algunos lo han comparado con las mandíbulas de un tiburón dando

continuas dentelladas o incluso con una enorme sierra mecánica en pleno funcionamiento; el resultado era indefectiblemente el mismo, ya que cualquiera que se acercase a ella era acuchillado repetidas veces. Ante la inminencia de sufrir un avance en *testudo*, la única opción que permitía conservar la vida era huir.

Pero, obviamente, no siempre los legionarios estaban preparados para el combate. Cabía la posibilidad de atacar a los romanos cuando estuvieran descansando; sin embargo, los legionarios no daban esta opción. Cuando llegaban a un lugar, aunque fuera para pasar una sola noche, de inmediato se comenzaba a construir una

empalizada, para lo que llevaban en el equipo las herramientas necesarias. En tan solo dos horas el campamento estaba perfectamente protegido y en ocasiones, para estancias más largas, incluso se cavaba un foso.

Para quien crea que el momento adecuado para atacarles era mientras los legionarios estaban alzando la empalizada se equivoca; los soldados cavaban con todo su equipo de combate puesto, incluyendo la armadura. En cuanto se daba la alarma, en pocos segundos los soldados ya habían adoptado la formación de combate.

La armadura romana no era pesada, sino que les daba libertad de movimientos. Al principio se utilizaba

una simple cota de malla, pero no ofrecía protección ante el apuñalamiento. Se diseñó una armadura que cubría la parte superior del torso y los brazos, con varias capas metálicas superpuestas: la *lorica segmentata*. Su comodidad las hacía idóneas para correr con ellas hacia el enemigo; como vemos, la equipación del soldado romano estaba proyectada siempre hacia el ataque.

La buena forma física era otro elemento a considerar. Los soldados romanos no solían ser altos, pero eran muy resistentes. Cargando con todo el equipo, que además del escudo y la espada incluía el *pilum* —una lanza corta—, un puñal, una azada o pala, la

comida, el agua y los útiles de aseo — entre ellos una vara con una esponja en la punta que hacía la función del papel higiénico—, un legionario era capaz de caminar cerca de cuarenta kilómetros en cinco horas.

Por último, un elemento fundamental para el éxito del modelo de la legión era la disciplina. El centurión, que hacía la labor del sargento instructor, era temido por sus propios hombres incluso más que el enemigo; no dudaba en romper su bastón de mando en la espalda del soldado poco disciplinado o de imponer crueles castigos.

Pero lo que más «motivaba» a combatir con valentía en el campo de batalla era la posibilidad de que la

legión fuera castigada en caso de cobardía generalizada. En este caso, la legión era diezmada; por sorteo, uno de cada diez hombres era condenado a morir a manos de sus propios compañeros, que no dudaban en ejecutar la orden, clavándole sus espadas. Esto fue lo que ocurrió en el año 73 a.C., cuando dos legiones fueron diezmadas por no haber sido suficientemente valientes combatiendo contra los esclavos liderados por Espartaco.

Teniendo en cuenta todas estas características de la maquinaria de guerra romana, que la hacían ciertamente intratable, no es de extrañar que en todo el Imperio se recibiese con sorpresa y asombro el hecho de que las legiones

fueran derrotadas por primera vez. Un jefe germano llamado Arminio sería el primero en alcanzar el honor de aplastar a las invictas legiones romanas.<sup>5</sup>

Alrededor del año 10 a. C., los pueblos germánicos ocupaban las zonas fronterizas del Imperio Romano, al este del Rin y al norte del Danubio, y se veían obligados a pagar un tributo al emperador Augusto. Estos pagos en forma de oro y plata comenzaron a originar un cierto malestar entre los germanos, por lo que Augusto decidió enviar a uno de sus generales, Publio Quintilio Varo, para que mantuviera la paz en la región, nombrándolo jefe del ejército romano en Germania, al mando de cinco legiones.

Varo había sido gobernador de Siria y estaba casado con una sobrina-nieta de Augusto. Los lazos familiares y el hecho de que en Siria no se hubiera producido ningún levantamiento contra Roma llevó a Augusto a depositar en él toda su confianza. Pero Arminio se encargaría de demostrar que la combativa Germania no era como la acomodaticia Siria, y aceptó el desafío de Roma.

Arminio conocía perfectamente a sus adversarios, ya que él mismo tenía la ciudadanía romana. De hecho, su propio hermano se había integrado de tal forma en la sociedad romana que, renegando de sus orígenes, había adoptado el nombre de Flavio y combatía por las armas al pueblo germano.

El futuro cabecilla teutón, indignado por la insaciable codicia romana, se propuso derrotar a las tropas de Varo, creando un movimiento de resistencia secreto hasta formar un auténtico ejército, integrado en buena parte por guerreros germanos que habían formado, en uno u otro momento, parte de las legiones romanas, por lo que contaban con una excelente formación militar.

En el año 9 a. C., Arminio ya estaba preparado para retar al Imperio, pero debería hacerlo en un lugar en el que los romanos no pudieran imponer su superioridad militar. Consciente de que era imposible derrotarles en el terreno de la táctica, comprendió que la única posibilidad para ellos se abría en el de

la estrategia. Para ello atrajo a tres de las cinco legiones hacia un terreno que él conocía muy bien: el bosque de Teutoburgo, situado entre los ríos Ems y Weser.

Varo y sus hombres, que sumaban unos 20.000 efectivos sin contar los familiares de los soldados, se adentraron en el bosque en busca de los rebeldes germanos. La suerte se alió con Arminio, puesto que cayó un fuerte aguacero que dejó el camino impracticable. El fango dejó inmobilizados a los legionarios romanos, lo que fue aprovechado por los guerreros de Arminio para atacarles. Una auténtica lluvia, en este caso de dardos de hierro, cayó sobre los

romanos, que no sabían dónde ponerse a salvo. Las legiones intentaron adoptar la formación de *testudo* para entablar combate, pero los germanos se retiraban una y otra vez. Las legiones se atrincheraron en el interior del bosque y allí pasaron la noche. A la mañana siguiente reemprendieron el camino, pero tuvieron que abandonar los carros con los víveres, al quedar detenidos por el barro. Los hombres de Arminio arrojaron lanzas contra los romanos sin que estos pudieran defenderse. Volvieron a atrincherarse, pero los germanos atacaban cada vez que emprendían la marcha.

La lluvia y el barro siguieron aliándose contra las legiones de Varo

hasta que este ordenó regresar por el mismo camino, al ser imposible el avance. El acoso de los teutones, unido al cansancio y la desmoralización de los romanos, llevó finalmente a cada uno a intentar la salvación por su cuenta. Numorio Vala, el comandante de caballería, abandonó el resto de la columna e intentó salir del bosque con sus jinetes, pero no lo consiguieron, siendo masacrados por los germanos.

Era el momento adecuado para propinar el golpe de gracia a los hombres de Varo. Los germanos atacaron en tromba y la infantería romana cayó víctima de la confusión. Algunos lograron formar pequeñas islas de resistencia que mantendrían a raya a

los germanos durante dos días, pero también acabaron siendo aplastadas. Varo resultó herido por una lanza y prefirió suicidarse antes que caer en manos de Arminio. Según explica la tradición, ordenó a su esclavo: «¡Mátame ahora mismo!»

Muchos romanos murieron ahogados en las ciénagas que rodeaban el bosque. Los que fueron capturados sufrieron un final horrible, siendo cruelmente sacrificados o quemados vivos. Tan solo unos pocos, abandonando sus armas y escudos para correr más deprisa, consiguieron escapar de la trampa mortal en la que Arminio había convertido el bosque de Teutoburgo.

Las legiones habían dejado de ser

invencibles. La voz se expandió por todo el Imperio y a todos sus rincones llegó la noticia de que los guerreros germanos habían aniquilado a las tres legiones de Varo. Por su parte, el emperador Augusto cayó en una profunda depresión al conocer la derrota de sus tropas en Germania. Durante varios meses no acudió a ningún acto público y se dejó crecer el cabello y la barba. Pero la frase que ha pasado a la historia es la que Augusto repetía una y otra vez, dándose golpes en la cabeza:

—Quintilio Varo, ¡devuélveme mis legiones!

## **El primer objetor de conciencia**

La primera persona que se negó a

alistarse en el ejército aduciendo motivos de conciencia fue san Maximiliano, que consideraba que el respeto al mandamiento de «no matarás» le impedía tomar las armas.

Maximiliano era hijo de un soldado veterano encargado del reclutamiento llamado Fabio Víctor. Paradójicamente, el joven Maximiliano, al cumplir los veintiún años, se negó a alistarse en el ejército. Su propio padre se vio incapaz de convencerle para que aceptase ser reclutado y de nada valieron sus advertencias, como buen conocedor de la suerte que le esperaba si se negaba a cumplir sus obligaciones militares.

Así pues, en el año 295 d.C., Maximiliano tuvo que comparecer

finalmente como insumiso ante Casio Dión, procónsul de Tebaste. Allí declaró ante el juez: «Yo soy cristiano, soldado de Cristo, y no combatiré por nadie más. Por tanto, me niego a llevar en el escudo la imagen del emperador; y, si se me obliga, la romperé». El procónsul Dión intentó convencerle para que depusiese su actitud. Consciente de que el acto de rebeldía del joven podía servir de precedente para que otros cristianos se negasen también a servir en el ejército romano, tomó la decisión de condenarle a muerte. Casio mandó borrar su nombre de las listas de reclutamiento y le dijo: «Puesto que te niegas a matar como soldado, morirás, y tu castigo servirá de escarmiento para

todos los que quieran imitarte». Pero Maximiliano no imploró piedad al procónsul y, según la tradición, se limitó a responder: «Doy gracias a Dios y a ti mismo por el favor que me haces».

Cuando se acercaban al lugar de la ejecución, dirigiéndose a los cristianos que se hallaban presentes les dijo: «¡Quiera Dios que podáis participar muy pronto de mi destino, hermanos queridos, y así vayáis también junto a él». Según la martiriología cristiana, antes de ser decapitado, Maximiliano obsequió al verdugo con su vestido, ante la admiración de su padre, orgulloso por el valor y la serenidad demostrados por su hijo. La tradición también asegura que su padre, al presenciar la firme

voluntad de su hijo al enfrentarse a la muerte, acabó convirtiéndose al cristianismo.

Otro caso de insumisión, que en esta ocasión podríamos denominar como «sobrevenido», fue el de san Marcelo, un centurión que pertenecía a la Séptima Legión, destinada en Hispania. Del acto de rebeldía de Marcelo, acaecido el 298 d.C. presumiblemente en la ciudad de León, tenemos conocimiento gracias a una carta del gobernador Manilio Fortunato dirigida a su superior, el viceprefecto Aurelio Agricolano:

Manilio Fortunato a Agricolano, su señor, salud.

En el felicísimo día en que en todo el orbe celebramos solemnemente el cumpleaños de

nuestros señores augustos césares, señor Aurelio Agricolano, Marcelo, centurión ordinario, como si se hubiese vuelto loco, se quitó espontáneamente el cinto militar y arrojó la espada y el bastón de centurión delante de las tropas de nuestros señores.

Su proceso tuvo lugar en dos pasos: primero en Hispania, ante el gobernador Fortunato, el 28 de julio del 298, y en Tánger el definitivo, ante Aurelio Agricolano, el 30 de octubre del mismo año. Ante Fortunato, Marcelo explicó su actitud diciendo que era cristiano y no podía militar en más ejército que en el de Jesucristo. Fortunato, ante un hecho de tanta gravedad, envió a Marcelo a su superior, el viceprefecto Agricolano, para que fuera juzgado.

En Tánger, y ante Agricolano, se leyó

a Marcelo la acusación, en la que se remarcaba la gravedad que suponía que su acto de indisciplina hubiera sido llevado a cabo en una ceremonia oficial y solemne, en la que toda la tropa estaba dispuesta para ofrecer sacrificios a los dioses paganos e invocar su protección sobre el emperador. Marcelo aceptó el acta de acusación sin arrepentirse en ningún momento de su rebeldía, por lo que el viceprefecto no tuvo otra opción que condenarlo a la decapitación.

## **Los soldados no pueden casarse**

El que san Valentín sea el patrón de los enamorados tiene su origen en el hecho de que los soldados romanos profesionales tenían prohibido casarse.

El responsable de la promulgación de esta norma fue el emperador romano Claudio II Gótico (214-270 d.C.), que consideraba que los soldados que estaban casados pecaban de conservadores y no afrontaban suficientes riesgos en el campo de batalla, en unos momentos en los que las fronteras se veían acosadas por alamanes y vándalos, y era necesario cerrar filas en torno a la amenazada integridad del Imperio.

San Valentín, que entonces era obispo de la ciudad de Iteramna (hoy Terni, en Italia), se avenía a celebrar en secreto las bodas de los soldados que no querían cumplir esa orden del emperador, por lo que fue detenido.

Según la tradición cristiana, fue lapidado y finalmente decapitado el 14 de febrero de 269, que daría lugar al tradicional día de los enamorados. Se cree que fue enterrado en la Via Flaminia, a las afueras de Roma, lo que hizo que durante la Edad Media la Puerta Flamina fuera conocida como Puerta de san Valentín (hoy Porta del Popolo).

De todos modos, existen serias dudas sobre la veracidad de esta historia. La fiesta de san Valentín fue instaurada en el año 498 por el papa Gelasio I, probablemente en un intento de eliminar la efemérides pagana de las Lupercales, que se celebraban el 15 de febrero, un festejo precisamente relacionado con el

amor y la reproducción, en el que las mujeres que querían aumentar su fertilidad se dejaban azotar simbólicamente por látigos hechos de piel de macho cabrío. Por tanto, es posible que el desafío de este valeroso obispo tenga un origen legendario; las dudas sobre la biografía del santo llevarían a la iglesia católica a borrar la festividad de san Valentín del calendario eclesiástico en 1969.

## **Roma, víctima de otro caballo de Troya**

La Ciudad Eterna permaneció a salvo de conquistadores extranjeros durante ochocientos años. La última ocasión en la que Roma había sufrido un ataque de

los bárbaros había sido el 387 a.C., cuando el jefe galo Brenno incendió Roma. El Capitolio, defendido por las principales familias patricias, resistió un terrible asedio de seis meses.

Finalmente, Brenno impuso un fuerte rescate y se retiró. Desde entonces, los bárbaros se mantendrían alejados de Roma.

Pero en el año 410 d.C., el jefe bárbaro Alarico pondría fin a ese largo período de fortaleza incontestable. Ya antes de esa fecha, el propio Alarico había estado a punto de conseguirlo en dos ocasiones. En el 408, después de un largo asedio que provocó miles de muertos por inanición entre la población, los romanos capitularon pero

recuperaron la libertad después de pagar un importante rescate, al igual que había sucedido con los galos de Brenno.

Alarico se dio por satisfecho con ello y se retiró hacia el norte.

Al año siguiente, Alarico tomó Ostia, el puerto de Roma, y de nuevo conminó a la ciudad a rendirse. Como el emperador Honorio no se encontraba en la ciudad en esos momentos tan comprometidos, la población obligó a las autoridades a aceptar el ultimátum, humillándose a pagar al invasor un nuevo tributo. Alarico, en ese momento, se contentó con recibir las riquezas que Roma ponía en sus manos y levantó el cerco. Pero más tarde el jefe bárbaro comprendió que el botín podía ser

mucho mayor si conseguía adueñarse de la capital del Imperio.

Aun así, Alarico sabía que Roma se defendería de forma encarnizada y que sería muy difícil para sus hombres forzar la irrupción en la ciudad. Se desconoce si el bárbaro había leído los relatos que narraban la caída de Troya gracias a la estratagema del célebre caballo de madera, pero la realidad es que Alarico ideó un engaño similar. Dirigiéndose a los patricios romanos, Alarico expresó su deseo de mantener la paz, para lo que había decidido levantar el cerco. En prueba de amistad les propuso entregarles trescientos esclavos. Los romanos, que los aceptaron y pronto apreciaron su

carácter complaciente, los convertían en los sirvientes ideales.

Los romanos, de todos modos, no confiaban plenamente en Alarico, pero tuvieron que rendirse a las evidencias cuando comprobaron cómo levantaban el campamento y marchaban rumbo al norte. De nuevo habían conseguido librarse de la amenaza de los bárbaros.

Los días fueron pasando y Roma regresó a su vida habitual. Mientras tanto, los esclavos que Alarico había regalado a los patricios continuaban demostrando su docilidad. Pero, evidentemente, los esclavos no eran tales; se trataba de los trescientos mejores guerreros con los que contaba Alarico. Antes de ser entregados a los

romanos, se había acordado que en una fecha determinada acudirían a una de las puertas de la ciudad, la Salaria, y matarían a los guardias, permitiendo así el paso a las fuerzas de Alarico. Así lo hicieron: el 24 de agosto por la tarde, mientras la mayoría de los romanos descansaba durmiendo la siesta, los esclavos fueron hasta la puerta Salaria y, después de matar a los vigilantes, la abrieron. Los hombres de Alarico entraron rápidamente, desparramándose por todas las arterias de la ciudad, ante el pasmo y la conmoción de sus sorprendidos habitantes. Los bárbaros acababan de entrar en Roma.

Existe otra versión de este mismo episodio. Según algunos historiadores,

también fueron esclavos los que abrieron las puertas de la ciudad a los ejércitos bárbaros, pero en este caso se trataría de los sirvientes de una importante dama romana llamada Prolix que, para no alargar innecesariamente las penurias de sus conciudadanos durante el sitio, decidió precipitar la caída de Roma. Cabe la posibilidad de que, para ocultar esta traición surgida de la propia población romana, se prefiriese atribuir esa acción a la inventiva de Alarico.

De todos modos, los romanos que sufrieron la violencia de las tropas de Alarico pueden considerarse afortunados en comparación con los que cuarenta y cinco años más tarde serían

víctimas de la brutalidad de Genserico.  
Este rey vándalo llegó a la  
desembocadura del río Tíber con una  
gran flota y tomó Roma el 2 de junio.  
Toda la ciudad fue saqueada y arrasada,  
y buena parte de sus habitantes fueron  
asesinados.

# Capítulo 3

## Mil años de oscuridad

*E*n el año 476 fue depuesto el último emperador de Occidente, Rómulo Augústulo, lo que pondría fin al Imperio Romano, aunque la parte oriental, con el nombre de Imperio Bizantino, permanecería sin invadir hasta 1453. Europa entraba así en la oscura Edad Media. Centroeuropa quedaba en manos de tribus eslavas y de pueblos procedentes de las estepas, mientras que desde el sur se expandía una nueva fuerza, el Islam. Y el poder político central sería el del Imperio de

Carlomagno, que reinó del año 768 al 814, y cuya división daría lugar a la creación del Sacro Imperio Romano Germánico.

Si la Edad Media supuso un paso atrás en muchos órdenes, también lo fue en el arte de la guerra. Los ejércitos permanentes, como el romano, habían dejado de existir. Los soldados eran reclutados para una campaña o una expedición, normalmente convocados por el rey, y quedaban licenciados cuando esta terminaba. Las tropas se organizaban localmente, transportando sus propios víveres en carros de bueyes.

En un principio, los ejércitos estaban compuestos casi exclusivamente por

infantería, pero la batalla de Poitiers (732), en la que los francos detuvieron e hicieron retroceder al ejército musulmán que ya había invadido la península ibérica, provocó un cambio en la organización militar.

La caballería acorazada comenzó a tomar protagonismo a costa de la infantería y el reclutamiento dejó de tener carácter local para pasar a ser nacional. Se iniciaron grandes trabajos de fortificación, lo que requeriría nuevos avances en las soluciones técnicas para plantear las guerras de asedio.

La falta de un poder centralizado, como el que se dio bajo el Imperio Romano, llevó a las poblaciones a

buscar la protección de los jefes locales. Estos, a la llamada del soberano, aportaban sus propias tropas, que se unían a los vasallos del rey.

Carlomagno estipuló las normas por las que se regiría el reclutamiento, confeccionando censos o listas de los hombres que debían ser llamados a las armas. El ejército carolingio pasó así a estar compuesto de un fuerte contingente de caballería, formado por los grandes señores, mientras que los pequeños propietarios servían en la infantería. Los más pobres veían reducida su contribución al transporte del avituallamiento. Además, el enorme coste que suponía mantener los caballos, junto al equipo y el armamento, hizo que

los ejércitos en la época feudal no fueran muy numerosos; por regla general estaban formados por unos 10.000 hombres, la mitad de los cuales correspondían a la caballería.

Las tácticas empleadas durante la época feudal variaron muy poco a lo largo de los siglos. Los ejércitos se basaban en la caballería. En el campo de batalla, la infantería formaba un cuadro, cuyo centro era ocupado por los jinetes. En el momento del ataque, el cuadro se abría por la parte delantera y la caballería acorazada lanzaba varias cargas contra la formación enemiga en oleadas sucesivas. Finalmente, la batalla se convertía en un extenso torneo medieval, en el que los soldados de a

pie permanecían prácticamente como espectadores.

La Guerra de los Cien Años (1338-1453) se inició empleando los métodos de combate que se seguían en la antigüedad. Fue durante este conflicto cuando se dieron los grandes avances que dejarían atrás los procedimientos rudimentarios de la Edad Media. En la Guerra de los Cien Años desapareció el, hasta entonces, indiscutible dominio de la caballería. A partir de ese conflicto los ejércitos se basarían en la infantería, que volvía a tomar el papel principal que había jugado en la antigüedad, y en la artillería, con el empleo de la pólvora, cuyo uso en Europa data de 1314. Así, las primeras armas de fuego

empleadas por la infantería, como los mosquetes y arcabuces, marcarían el camino a seguir por los ejércitos de la Edad Moderna.

## **Un río de sangre**

En el año 729, las tropas del emperador bizantino León III y las fuerzas italianas reunidas por el papa Gregorio III se enfrentaron a unos cincuenta kilómetros de Ravena, a orillas del río Po. El motivo de esta contienda fue una disputa sobre las imágenes religiosas; mientras que Bizancio las había proscrito, Roma defendía su culto.

Tras una encarnizada batalla, los hombres de León III fueron derrotados.

Las tropas del papa no tuvieron piedad de ellos y los persiguieron para impedir que pudieran retornar a sus naves, causando una gran matanza. Según cuenta la tradición, las aguas del Po bajaron completamente teñidas de rojo por la sangre que allí se había vertido. La contaminación del río por la putrefacción de los cientos de cadáveres que cayeron en él fue tal que, durante seis años, los habitantes de Ravena no pudieron consumir pescado del río.

## **Mito y realidad de los vikingos**

No hay duda de que, para los europeos que vivían en las zonas costeras o a la orilla de los grandes ríos, nada había que provocase más temor

que un ataque de los vikingos. Procedentes de Escandinavia, el territorio que hoy engloba Noruega, Suecia y Dinamarca, llegaban con sus estrechos y alargados barcos a las poblaciones situadas al lado del mar o remontaban los cursos fluviales, arrasándolo todo a su paso.

Desde comienzos del siglo IX, la incursiones vikingas se hicieron trágicamente habituales en Europa. A partir del año 810 asolaron periódicamente las costas inglesas y la desembocadura del Sena. Amberes fue incendiada en 836 y Ruán en 841. En los años siguientes les llegaría el turno a otras ciudades francesas, como Nantes o Toulouse. Su atrevimiento les llevó a

saquear París en 845, remontando el río Sena, o a hacer lo propio con Sevilla solo un año antes, ascendiendo por el Guadalquivir. Una de las zonas más castigadas sería Galicia, que sufriría las visitas de los vikingos en numerosas ocasiones, entre los años 843 y 1016.

La imagen que los vikingos han dejado para la historia es inconfundible. Cubiertos con pieles y armados con hachas, ofrecían un fiero aspecto que provocaba el terror entre sus víctimas. Pero, sin duda, su nota más característica era el casco adornado con dos cuernos. Sin embargo, ese detalle, imprescindible en su iconografía, no responde a la realidad.

Los descubrimientos arqueológicos

han demostrado que el típico casco vikingo no es más que un mito. En realidad, estos guerreros nórdicos se protegían con un casco en forma de cono, que en ocasiones presentaba una protección adicional para la nariz. Aunque se ha encontrado algún casco adornado con cuernos, quizás perteneciente a algún jefe, esto supone una rareza dentro de los hallazgos relativos a este belicoso pueblo.

## **El cardo, símbolo de Escocia**

En el siglo IX, Kenneth MacAlpine se convirtió en el primer rey de Escocia, después de unir bajo su estandarte a los diferentes reinos en los que estaba dividida la región. El símbolo de

Escocia elegido por MacAlpine fue el cardo, cuya vigencia se mantiene hasta hoy. Los aficionados al rugby tendrán muy presente la identificación entre el cardo y la selección escocesa, puesto que lo lucen orgullosamente en su escudo. Por su parte, la selección irlandesa se representa con el trébol — el mítico *shamrock*— y la galesa con las tres plumas, el distintivo de los príncipes del país. El llamativo símbolo que la selección de Inglaterra muestra en su camiseta, la rosa roja, se remota también a la época medieval; tiene su origen en el triunfo de la casa de Lancaster, cuyo símbolo era una rosa roja, en la guerra civil que mantuvo contra la de York, representada por una

rosa blanca.

El origen del cardo como flor nacional de Escocia hay que buscarlo, según cuenta la leyenda, en un ataque nocturno que los vikingos noruegos lanzaron contra un campamento escocés. Sin embargo, los amenazadores vikingos, que trataban de acercarse sigilosamente, amparados por la oscuridad, encontraron un obstáculo que dio al traste con la sorpresa. Un inesperado campo de cardos comenzó a provocar los gritos de dolor de los vikingos, que se pinchaban una y otra vez con sus espinas. Los escoceses, alarmados por los gritos, pudieron organizar la defensa. Los vikingos, doliéndose aún por la travesía del

campo de cardos, no pudieron reaccionar ante el ataque escocés y cayeron derrotados. En agradecimiento y homenaje a esta humilde planta, los escoceses decidieron elevar el cardo a la categoría de símbolo nacional.

De todos modos, como suele suceder, no es esta la única versión, puesto que es habitual encontrar también el relato de una acción de este tipo, pero en el que los ingleses sustituyen a los vikingos en el papel de invasores descubiertos gracias a esa planta espinosa.

## **Espadas de madera**

Los toltecas eran un pueblo amerindio que vivía en el altiplano Central de México. En el siglo VIII

fundaron un imperio, con capital en la actual ciudad mexicana de Tula, que se extendería hasta comienzos del siglo XII. Como ejemplo del esplendor que alcanzó el imperio tolteca han quedado las ruinas de la ciudad sagrada de Teotihuacán, en las proximidades de la actual capital mexicana. En ella se pueden admirar las colosales pirámides del Sol y de la Luna.

Los guerreros toltecas tenían una manera muy particular de hacer la guerra, ya que iban armados con espadas de madera. De este modo, evitaban herir gravemente o matar a sus enemigos. La motivación de estos soldados no era precisamente humanitaria: con un criterio no exento de lógica, creían que

sus enemigos no tenían ningún valor estando muertos, por lo que preferían hacerlos prisioneros para poder convertirlos en sus esclavos.

## **Un ejército cegado**

En el año 996, el rey bizantino Basilio II (958-1025) inició una potente ofensiva armada contra el poder creciente del zar Samuel de Bulgaria (muerto en 1014), quien amenazaba la integridad del Imperio Romano de Oriente. Ya en el año 986, Basilio II había intentado tomar Sofía, pero Samuel le había vencido, obligándole a regresar a Constantinopla.

La campaña contra los búlgaros se extendería durante dieciocho años, pero

desde 1001 el conflicto se convertiría en una guerra de exterminio de Bizancio contra los búlgaros. Samuel se vio obligado a refugiarse en las montañas con los restos de su ejército. El enfrentamiento decisivo se produjo en el valle del río Struma, en 1014. Tras varios días de lucha, el emperador de Constantinopla cercó a una fuerza búlgara en Balathista, haciendo 15.000 prisioneros.

Basilio II ideó un cruel castigo para los soldados búlgaros que había capturado. Ordenó que a todos ellos se les cegara, vaciándoles los ojos. Para posibilitar el regreso de este patético ejército, con lo que se esperaba proporcionar una lección inolvidable al

zar búlgaro, el emperador bizantino decidió que a uno de cada cien hombres se le respetase la visión de un ojo para que pudieran conducir a sus compañeros hasta casa. Según explica la leyenda, el rey de los búlgaros murió de desesperación al contemplar el terrible desfile de sus hombres. Históricamente, esta derrota de las tropas de Samuel sería decisiva para la suerte de su país, puesto que Basilio II, ya sin ninguna fuerza que se le opusiera, lograría al fin su deseo de anexionar Bulgaria al Imperio Bizantino.

Es necesario recordar que las mutilaciones eran frecuentes en Bizancio. Por ejemplo, en el año 705, Justiniano II recuperó el trono después

de que diez años antes le cortasen al nariz tras ser derrocado. Otro caso fue el protagonizado por la emperatriz Irene, que ordenó el 19 de agosto del año 759 arrancar los ojos a su hijo Constantino para que no pudiera disputarle su poder. Este mismo castigo fue infligido por el mismo motivo a cuatro hermanastros de su marido, a los que previamente se había cortado la lengua.

## **El guerrero solitario**

Si hay un momento decisivo para la historia de Inglaterra, este ocurrió en 1066. En el verano de ese año, el ejército sajón liderado por el rey Harold II (hacia 1022-1066) marchó hacia York para enfrentarse al rey de Noruega,

Harald III, que había llegado a la costa británica de Northumbria con la intención de reclamar para sí la corona de Inglaterra.

El 25 de septiembre, los sajones consiguieron tomar por sorpresa a los noruegos, que se encontraban acampados en Stamford Bridge, en las proximidades de York, pero que aún no habían tenido tiempo de organizar la defensa. Los hombres de Harold II tan solo tenían que atravesar el puente de madera de Stamford (en la actualidad, un puente de piedra se levanta en el lugar que antes ocupaba el viejo puente de madera, y un monumento conmemorativo recuerda la lucha por la posesión del puente de Stamford) para

alcanzar el campamento, pero un único soldado noruego, situado sobre él, les impedía el paso. El monarca envió a un pequeño grupo para que eliminase ese último obstáculo, pero el noruego los mató a todos con su espada. Fueron enviados nuevos soldados, pero el solitario defensor segó la vida de todos ellos, eliminando un total de cuarenta hombres.

Harold II no estaba dispuesto a perder más hombres e ideó otro modo para acabar con la vida del noruego. Un pequeño bote se situó justo debajo de donde se encontraba el defensor y por el hueco que dejaban dos maderas del puente le clavaron una lanza. Aunque el valiente guerrero perdió la vida, su

sacrificio no fue inútil. El tiempo que los sajones emplearon en acabar con su resistencia fue fundamental para que los noruegos se pudieran preparar para el ataque.

De todos modos, Harold II lograría derrotar a los invasores nórdicos: cargó contra los noruegos, pero simuló retirarse para que le persiguieran en su supuesta huida. Al llegar a un lugar en el que le esperaban tropas de refresco, los sajones contraatacaron con éxito. El monarca noruego resultó muerto en la batalla y Harold II ofreció la paz a su hermanastro Tostig, que se había unido a los noruegos. La oferta fue rechazada y los sajones reanudaron el combate, aniquilando a los invasores casi por

completo. Tan solo unas pocas decenas de noruegos pudieron llegar hasta sus naves y reembarcar. Y aunque la victoria de Harold II fue aplastante, el coste que tuvo que pagar fue muy alto: al día siguiente de su enfrentamiento con el monarca noruego, el duque normando Guillermo (hacia 1028-1087), que luego sería conocido como «el Conquistador», desembarcaba a su vez en la playa de Pevensey sin encontrar oposición. Rápidamente, Harold tuvo que ir al encuentro de las tropas normandas.

El 14 de octubre, ambos ejércitos se encontraron en la colina de Senlac, en el camino de Londres a Hastings, nombre con el que sería conocida esta batalla. Las tropas de Harold llegaron agotadas

después de una larga marcha de trescientos kilómetros.

En Hastings se enfrentaron dos tipos diferentes de ejército. Los hombres de Harold constituían, de acuerdo con la tradición, una infantería montada, es decir, que se desplazaban a caballo pero combatían a pie. En cambio, los normandos acostumbraban a cargar a caballo, apoyados por los arqueros. Aunque Guillermo empleaba una táctica más moderna, su caballería se vio impotente para romper la sólida defensa sajona, bien situada en la parte superior de la colina. Así pues, el duque normando ideó la misma estratagema que Harold había empleado contra los noruegos: fingió una retirada, por lo que

un ala de la infantería sajona se lanzó en su persecución, abandonando así la posición elevada de que disfrutaba. La caballería normanda contraatacó, envolviendo a los hombres de Harold II, que pereció en el combate. La batalla se convirtió en una auténtica carnicería, en donde los sajones fueron masacrados sin piedad. De este modo se establecía la superioridad de la caballería sobre la infantería, un predominio que, tal como quedó reflejado antes, se prolongaría hasta la Guerra de los Cien Años.

Tras esta victoria, Guillermo *el Conquistador* avanzó sin oposición sobre Londres, siendo coronado como rey de Inglaterra en Westminster el día de Navidad de ese mismo año. Su

primera medida fue ordenar la construcción a orillas del Támesis de la célebre y siniestra Torre de Londres. Esta fue la última ocasión en la que un ejército extranjero consiguió someter a Gran Bretaña, un reto que también intentaron, sin éxito, Felipe II, Napoleón o Hitler.

La batalla de Hastings es, con toda seguridad, el episodio más decisivo de la historia de Inglaterra, puesto que la alejó de la periferia nórdica de la que formaba parte hasta ese momento y la integró plenamente en la esfera europea.

## **La batalla medieval menos sangrienta**

El 20 de agosto de 1119, cerca de un millar de caballeros ingleses y franceses

se enfrentaron en una batalla campal en la llanura de Bremule, situada cerca de la ciudad gala de Noyon. Allí combatió el rey de Inglaterra Enrique I (1068-1135) —hijo de Guillermo *el Conquistador*—, al frente de unos quinientos hombres, contra el rey de Francia Luis VI *el Gordo* (1081-1137), con cuatrocientos soldados a sus órdenes. Los franceses fueron los primeros en atacar, pero lo hicieron desordenadamente, por lo que los ingleses pudieron resistir la embestida y posteriormente obligaron a las tropas de Luis VI a emprender la retirada.

Sorprendentemente, pese a que la lucha fue intensa, tan solo tres caballeros resultaron muertos durante el

combate, lo que sitúa a la batalla de Bremule probablemente como la menos sangrienta de la historia en proporción a las fuerzas en disputa. Una posible explicación de este escaso balance de víctimas es que los franceses huyeron antes de que la batalla se tornase más encarnizada y también porque los ingleses estuvieron más interesados en apresar vivos a sus enemigos que no en matarlos, logrando capturar 140 soldados.

Por su parte, los franceses tan solo consiguieron hacer un prisionero; se trataba de un joven caballero llamado Roberto de Courcy que, llevado por la euforia, se lanzó a perseguir a un grupo de franceses que huía a caballo,

lanzando vivas al rey Eduardo y sin esperar el apoyo de sus compañeros. Llegó tan lejos el inglés en su persecución que acabó entrando en una aldea en donde los franceses se habían refugiado. Al comprobar que el animoso inglés había llegado completamente solo, los hombres de Luis VI no tuvieron ninguna dificultad para desarmarlo y encerrarlo en una mazmorra.

### **Un rey no puede ser capturado**

Los enfrentamientos entre Luis VI *el Gordo* y Enrique I de Inglaterra no se limitaron a la batalla de Bremule. Según explica la leyenda, en un supuesto encuentro armado entre ambos monarcas, el rey de Francia estuvo a

punto de ser capturado. Así, un soldado normando logró agarrar las riendas del caballo de Luis VI y gritó:

—¡Ya tengo al rey!

En ese momento, Luis VI sacó de la silla de su caballo un hacha de combate y se la clavó en la cabeza al soldado que creía tener en su poder al rey.

—¡Un rey nunca puede ser capturado!  
¡Ni siquiera en el ajedrez! —exclamó.

## **La Iglesia, contra la ballesta**

El siglo XII contempló el desarrollo de la ballesta, que cada vez se iba convirtiendo en un arma más sofisticada. Gracias a la incorporación de varios sistemas de palanca, para disparar la

flecha se requería mucha menos fuerza física que la necesaria para tensar un arco. Y una vez en el campo de batalla, los ballesteros se refugiaban tras un alto escudo de madera llamado pavés, que se mantenía en pie mediante un soporte, para, mientras tanto, poder armar la ballesta.

Sin embargo, la iglesia se mostró contraria a su utilización. En el año 1139, en el Segundo Concilio de Letrán, presidido por el papa Inocencio II, se proscribió el uso de la ballesta, describiéndola como «un arma detestable para Dios e indigna para los cristianos». De hecho, en ese concilio se sostuvo que cualquier guerra llevada a cabo por medio de proyectiles no era

cristiana. Ni que decir tiene que, en este caso, la condena eclesiástica no tuvo ningún efecto sobre el empleo de las ballestas, que se seguirían utilizando hasta bien entrado el siglo XVI.

## **Insólito tributo para Gengis Khan**

Uno de los jefes guerreros más célebres de la historia fue el mongol Gengis Khan (1155-1227), cuyo verdadero nombre era Timudjin. Su infancia estuvo rodeada de violencia. Su padre fue envenenado por una tribu tártara. Timudjin sufrió después frecuentes humillaciones por parte de su hermano mayor, pero se tomaría cumplida venganza, acabando con su vida al dispararle varias flechas.

El futuro Gengis Khan se mostró contrario al que por entonces detentaba el poder en su clan, Targutai, por lo que fue severamente castigado, siendo condenado a permanecer con las manos atrapadas en un cepo. Timudjin logró escapar y reunió un pequeño ejército alrededor suyo, con el que se enfrentó a su enemigo. Gracias a sus revolucionarias tácticas guerreras, basadas en continuos ataques a los flancos del adversario, derrotó al jefe de los mongoles y ocupó su lugar al frente del clan. Para celebrar su victoria, hizo engarzar en plata la cabeza del derrotado Targutai y a setenta de sus partidarios ¡ordenó hervirlos vivos!

Durante una década fue reuniendo

bajo su poder a todos los clanes mongoles hasta que en 1206 fue aceptado como señor de todos ellos, tomando el nombre de Gengis Khan, con el que pasaría a la historia.

Las anécdotas que salpican su legendaria biografía son incontables, aunque la mayoría ilustran la crueldad que mostraba contra sus enemigos. En 1221, Gengis Khan y su ejército sometieron a la ciudad de Bamiyán a varios meses de asedio. En uno de los intentos de asalto, uno de sus nietos preferidos murió junto a la muralla, por lo que el caudillo mongol juró que todos los habitantes de Bamiyán lo pagarían con su vida. Gengis Khan cumplió su promesa; en cuanto cayó la ciudad,

todos sus pobladores, sin ninguna excepción, fueron pasados por las armas.

Pero hay otro episodio que sorprende especialmente. Al emprender la conquista de China junto a 200.000 jinetes, se encontró con la enorme dificultad que entrañaba el asalto a las ciudades fortificadas. Una de ellas, la de Wolohai, suponía un reto extraordinario para el jefe mongol. Para rendirla empleó una ingeniosa estratagema.

Aprovechando la fama que le precedía, Gengis Khan propuso a la ciudad de Wolohai que le entregase un tributo. Si aceptaban, se librarían de su proverbial crueldad y podrían vivir en paz. La oferta era muy tentadora, así que

los chinos se interesaron por el tributo que el mongol estaría dispuesto a aceptar a cambio de continuar su camino. Gengis Khan exigió un insólito pago. Tendrían que entregarle mil gatos y diez mil golondrinas. Los habitantes de Wolohai respiraron aliviados al comprobar que su codicia se veía colmada con ese extraño tributo y no tardaron en reunir los animales. Una vez que le proporcionaron los gatos y las golondrinas, Gengis Khan puso en marcha su plan. Colocó algodón en las colas de los animales y les prendió fuego. La reacción de los gatos y las golondrinas fue huir a toda prisa, regresando a la ciudad de donde habían salido y llevando el fuego consigo. Al

poco rato, toda Wolohai estaba en llamas. La ciudad quedó completamente destruida y muchos de sus habitantes murieron en el incendio. Gengis Khan pudo entrar así triunfante en Wolohai.

Urdiendo añagazas similares, pero sobre todo explotando el terror paralizante que despertaba en sus enemigos, conquistó numerosas ciudades y territorios, hasta crear uno de los más grandes imperios que recuerda la historia. Así, entre los años 1211 y 1216 añadió a sus posesiones todo el norte de China, incluyendo Pekín. En el otro extremo de Asia, su victoria sobre los rusos en el río Kalka en el año 1222 le supondría el dominio sobre la región del río Volga.

Aunque la imagen que ha perdurado de los ejércitos de Gengis Khan es la de una horda tan heterogénea y anárquica como sedienta de botín, en realidad el líder mongol demostró poseer un excepcional talento organizador. Por ejemplo, sus grandes vasallos eran los encargados de movilizar a los combatientes en sus respectivas zonas de dominio. Igualmente, Gengis Khan articulaba a sus unidades según el sistema decimal y recurría a especialistas extranjeros expertos en el diseño y la utilización de máquinas de asedio para el sitio de ciudades. Además, fue muy hábil a la hora de crear una extensa red de espías que le iban proporcionando información sobre

los territorios que ambicionaba conquistar.

La táctica empleada por Gengis Khan se basaba en la habilidad innata de los mongoles como jinetes: llevaba a cabo cabalgadas rápidas, asaltando por sorpresa las columnas enemigas y desapareciendo en la estepa, sin que los adversarios pudieran reaccionar ni contraatacar. Naturalmente, para galvanizar a esos guerreros, poco dados a someterse a un mando único, Gengis Khan se vio obligado a imponer una disciplina de hierro. Gracias al talento militar demostrado por Gengis Khan, sus inmensas posesiones llegaron a extenderse desde el Tíbet a Siberia y desde Corea hasta el Danubio, aunque,

tras su muerte, ese inmenso imperio se disgregó con la misma rapidez con la que lo había forjado.

## **Un sádico botín**

La desaparición de Gengis Khan conllevó el final de su imperio, pero los mongoles continuaron luchando contra otros pueblos. En 1241, las víctimas de la crueldad mongol fueron los caballeros teutónicos: tras la batalla de Liegnitz, los mongoles cortaron las orejas a todos los enemigos que tenían en su poder, tanto muertos como prisioneros. El producto de este sádico botín fue un total de nueve sacos llenos de orejas.

## **Masacre en Béziers**

La cruzada lanzada contra los cátaros por el papa Inocencio III se convertiría en un baño de sangre. En 1209, los cruzados del arzobispo de Narbona se dirigieron a la ciudad de Béziers, en donde los cátaros, que eran considerados herejes, se habían hecho fuertes. Los cruzados acamparon a las afueras de la ciudad. Mientras aún se estaban instalando, los cátaros salieron en tromba desde las puertas de las murallas de Béziers y atacaron el campamento, dando muerte a un buen número de caballeros. Los hombres del arzobispo, enfurecidos por este inesperado ataque, reunieron todas las armas de que disponían, incluidos los

cuchillos de cocina, y asaltaron la ciudad. Por su parte, los cátaros, que tampoco esperaban esta reacción de los cruzados, fueron incapaces de detenerlos.

Béziers se convirtió en una orgía de sangre y destrucción. Los cruzados, a los que se había inculcado que los cátaros no eran más que servidores del demonio, no tenían ningún tipo de reparo en asesinarlos. Pero había un problema: en la ciudad existía una fuerte presencia de católicos, que no compartían las posiciones heréticas de los cátaros. Ante esta posibilidad de que en la matanza indiscriminada muriesen personas inocentes, el arzobispo de Narbona dictó una sentencia que se haría

tristemente famosa:

—Matadlos a todos. Dios sabrá reconocer a los suyos.

## **Un ejército infantil**

Uno de los ejércitos más singulares de la historia fue el que se formó en 1212, cuando unos 70.000 niños se alistaron para marchar a Tierra Santa, con el objetivo de recuperar el Santo Sepulcro. Así, lo que los mejores guerreros de Europa no habían logrado —mantener la posesión de Jerusalén para la cristiandad—, ellos confiaban en conseguirlo, al estar convencidos de que Dios no podría permanecer insensible ante las muestras de fe de las criaturas más inocentes.

Los niños procedían de Francia y Alemania. Los 30.000 franceses, a las órdenes de un muchacho llamado Stephan, fueron reuniéndose a lo largo del curso del río Ródano y llegaron a Marsella para partir en barco. Por su parte, los niños germanos, con un joven llamado Nicolás al frente, atravesaron los Alpes por un paso poco transitado. De los 40.000 que iniciaron el penoso viaje, la mayoría murió de hambre y frío. Tan solo un millar de niños alemanes consiguió llegar al puerto de Génova, en agosto de 1212. Una vez allí, los más impacientes se embarcaron ya rumbo a Jerusalén y el resto prefirió acudir a Roma para recibir la bendición del papa Inocencio III. Luego se

dirigieron al puerto de Ostia para iniciar el viaje por mar a Tierra Santa.

¿Qué sucedió con este improvisado ejército infantil? Su destino no pudo ser más trágico. Tanto los franceses como los alemanes fueron engañados por los adultos que los acompañaban. La mayoría de los barcos a los que los niños subieron no tenían como destino Jerusalén, sino los puertos del norte de África. Allí los niños fueron vendidos como esclavos, siendo obligados a trabajar sin descanso o a nutrir los harenes. Tan solo unos pocos lograron escapar y pudieron llegar hasta Jerusalén pero, una vez allí, nada pudieron hacer para recuperar los santos lugares, tal como habían soñado al

alistarse a esa Cruzada de los Niños, y cayeron bajo las armas musulmanas.

## **El origen de la bandera danesa**

La actual bandera danesa, conocida como la *Dannebrog*, tiene su origen en la batalla que el rey Valdemar II disputó en las proximidades de la actual Tallin, en Estonia, en 1219. Allí, los daneses pretendían apoderarse de esos territorios bañados por el Báltico, en ese momento en poder de los germanos. Las tropas de Valdemar atravesaban un momento crítico, en el que la batalla parecía decidida a favor de sus enemigos. Sin embargo, el monarca danés logró misteriosamente hacerse con una bandera que mostraba una cruz

blanca sobre fondo rojo. Luchando bajo aquel nuevo símbolo, los daneses arrollaron a los germanos, expulsándolos de Estonia. A partir de entonces, esa bandera representaría a los daneses para recordar el triunfo en aquella decisiva batalla.

### **Un honor poco envidiable**

Según un relato, que seguramente tiene más de leyenda que de realidad histórica, un militar mercenario salvó, a mediados del siglo XIV, a la ciudad italiana de Siena de la agresión de un ducado vecino. Al frente de un ejército de soldados extranjeros contratados por él mismo para la ocasión, este caballero rechazó el intento de invasión y, gracias

a él, Siena pudo mantener su independencia.

La población de Siena se mostró de inmediato enormemente agradecida al militar y se dispuso a agradecersele con todo tipo de honores y con la entrega de una cantidad de riquezas mayor de la que se había pactado en un principio para que organizase la defensa de la ciudad. Sin embargo, la asamblea de los notables de Siena consideró que estos honores podían suponer un riesgo para su poder, puesto que el apoyo de que el militar disfrutaba entre el pueblo podía animarle a hacerse con el control político de la ciudad. Así pues, se decidió en secreto que la mejor solución era contratar a un asesino para que le

diese muerte y, posteriormente, haciéndose eco del fervor popular, otorgarle el título de santo patrón de la ciudad. De este modo, el héroe tendría el reconocimiento del pueblo, pero sin que esa popularidad pudiera entrañar ya ningún riesgo para la asamblea.

Así se hizo y el militar que había salvado a Siena tuvo el gran honor de convertirse en su patrón, aunque para ello tuviera antes que sufrir la ingratitud de los que él había ayudado antes.

## **Piedras contras los austríacos**

El 16 de noviembre de 1315, una fuerza de 8.000 austríacos con el archiduque Leopoldo al mando intentó atravesar el paso de Morgarten para

invadir Suiza. Los helvéticos tan solo podían oponer 1.400 soldados, dispuestos a defender a ultranza la independencia de su país. Por este motivo, los suizos se ocultaron entre las rocas del paso y esperaron la llegada de los austríacos. Cuando estos ya estaban a tiro, comenzaron a arrojarles cantos rodados, que provocaron la sorpresa entre las filas del archiduque, que no esperaban este recibimiento.

La lluvia de piedras se hizo tan intensa que el caos comenzó a apoderarse de los austríacos, que corrían en todas direcciones para librarse de ellas. Una vez que la formación austríaca quedó disuelta, los suizos atacaron con sus alabardas. Y la

derrota del archiduque fue total, perdiendo unos 4.500 hombres, mientras que el resto tuvo que retirarse en dirección a Austria.

Aunque se asegura que la historia nunca se repite, la realidad es que los suizos volverían a emplear la misma táctica siete décadas más tarde y con un éxito similar. El 9 de abril de 1388, un nuevo ejército austríaco, en este caso encabezado por Tockenburg y compuesto por 6.000 hombres, se adentró en Suiza con la intención de invadirla. Los helvéticos tan solo podían oponer medio millar de soldados.

La fuerza de Tockenburg fue empujando a los suizos hasta conducirlos a la entrada de un valle.

Ante el riesgo de ser aniquilados, los helvéticos se replegaron a las montañas. Cuando los austríacos se internaron en el valle para acabar con ellos, los suizos comenzaron a arrojar piedras desde las alturas, provocando de nuevo la confusión entre los austríacos. Tal y como había sucedido en 1315, los suizos atacaron aprovechando el caos resultante, derrotando ampliamente a los invasores. En total, 2.000 infantes y un centenar de caballeros austríacos perdieron la vida ese día a manos de los suizos.

Pero los helvéticos ya habían mostrado su ingenio dos años antes de que el ejército de Tockenburg fracasase en su intento de aplastar a Suiza. El 9 de

julio de 1386, Leopoldo III de Austria había intentado el mismo objetivo con una fuerza compuesta por 6.000 soldados. Los suizos presentaron un ejército de 1.600 hombres para rechazar la invasión.

En combates anteriores, la caballería pesada austríaca había sufrido muchas pérdidas debido al buen manejo de las picas por parte de la infantería suiza. La pica era una lanza larga, compuesta de una asta con un hierro pequeño y agudo en el extremo superior. Era usada por la infantería. Los primeros en recurrir de manera masiva a la pica fueron, efectivamente, los suizos, además de los alemanes, que a mediados del siglo XIV la emplearon en formaciones densas y

profundas de infantería, como única arma capaz de enfrentarse al avance de la caballería.

Para evitar el uso de las picas por parte de los suizos, Leopoldo decidió que los caballeros austríacos, protegidos por sus gruesas armaduras, descendiesen de sus monturas y atacasen con sus picas a los desguarnecidos infantes helvéticos.

Parecía que la batalla iba a decantarse del lado austríaco, pero los suizos optaron por una curiosa táctica. Comenzaron a retroceder poco a poco, obligando a los caballeros austríacos a avanzar a paso ligero a través de los campos ondulados, soportando en todo momento el peso de sus armaduras, bajo

el inclemente sol del mes de julio. Cuando los suizos se detenían y parecía que iban a plantar batalla, retrocedían de nuevo forzando otra caminata de los caballeros, que nunca lograban darles alcance. Finalmente, los austríacos acusaron el cansancio y comenzaron a caer al suelo extenuados, lo que fue aprovechado por los suizos para contraatacar. El ejército de Leopoldo quedó desintegrado y el propio monarca resultó muerto en el combate.

## **Los «caballeros de la orden de la liebre»**

En 1339, franceses e ingleses iniciaron una disputa por los territorios que estos últimos poseían en territorio

galo, como Gascuña o Guyena. Los franceses ambicionaban estas regiones por su gran valor vinícola, pero Inglaterra no estaba dispuesta a desprenderse de ellas. El conflicto armado resultante sería la denominada Guerra de los Cien Años, aunque los objetivos y móviles irían variando sensiblemente a lo largo de las siguientes décadas.

El enfrentamiento pasaría a ser una guerra de sucesión al morir sin descendencia el rey francés Carlos IV, pues los monarcas ingleses reclamaron sus derechos sucesorios, derivados de su parentesco con el fallecido. A una Inglaterra unida, con un ejército moderno y disciplinado, Francia tan

solo podía oponer su propio ejército todavía feudal y un país débil y fragmentado.

La guerra se inició con el intento de invasión de Francia por parte de Eduardo III de Inglaterra. El 22 de octubre de 1339, en un paraje cercano a La Capelle, el monarca inglés se encontraba al mando de las tropas dispuestas para la lucha. Frente a él estaban los soldados franceses, a las órdenes del rey Felipe VI. Eduardo III envió a un representante para hablar con los franceses, desafiándoles a entrar en combate al día siguiente. Así pues, el gran día sería el 23 de octubre, en el que ingleses y franceses se jugarían el todo por el todo en una gran batalla.

A la mañana siguiente, ambos bandos estaban ya preparados para combatir. Caballeros, jinetes y arqueros se encontraban listos para emplear sus armas. Los contendientes se miraban desafiantes desde la lejanía, tratando de impresionar al enemigo. Pero el tiempo iba pasando y nadie se atrevía a atacar primero. La tensión iba subiendo por momentos. De repente, los franceses escucharon un rumor cada vez más fuerte que llegaba desde las filas inglesas hasta convertirse en una especie de rugido. Los gritos se percibían con toda claridad; estaba claro que los ingleses iban a tomar la iniciativa.

Los franceses se dispusieron a contener la primera acometida inglesa,

pero pasaban los minutos y la formación enemiga continuaba en el mismo sitio. Al cabo de un rato de insoportable espera, el rey envió a un soldado a una colina cercana para que describiese lo que allí sucedía. A su regreso, el soldado comunicó al rey lo que pasaba entre las filas inglesas: un par de liebres despistadas se habían introducido en la formación y los soldados intentaban darles caza.

Aunque ese hubiese sido un buen momento para un ataque francés, aprovechando la atención que los ingleses estaban prestando a las liebres, Felipe VI prefirió esperar. Al llegar la tarde, quedó claro que ninguno de los dos contendientes quería atacar primero,

por lo que la gran batalla quedó aplazada. Al final, las únicas víctimas que se produjeron ese día fueron las dos liebres, que acabaron la jornada en algún puchero. En recuerdo de ese extraño día, los franceses bautizarían a los soldados ingleses con el apelativo de «caballeros de la orden de la liebre».

## **Flechas contra armaduras**

Aunque muchos creen que fue la llegada de las armas de fuego la que provocó el fin de las armaduras, en realidad fueron los avances técnicos en arcos y flechas los que pondrían en duda la efectividad de este tipo de protección. Ya en la batalla de Crécyen-Ponthieu (1346), durante la Guerra de los Cien

Años, las armaduras de los soldados genoveses al servicio de Francia se vieron perforadas por la primera salva de flechas procedentes de las líneas inglesas. A la postre, la desbandada causada entre las filas genovesas por esta mortífera lluvia de saetas sería la causante de la derrota francesa. Así, los caballeros franceses, situados justo detrás de los genoveses, tuvieron que abrirse paso entre los soldados que, dando media vuelta, huían de las flechas inglesas. Para ello no dudaron incluso en abatirlos con sus espadas.

Seguidamente serían los franceses, después de alcanzar la vanguardia, los que probarían en sus propias carnes las puntas de flecha, haciendo inútil la

armadura. Pese a la insistencia francesa en cargar contra los arqueros ingleses, las acometidas se vieron siempre condenadas al fracaso.

Durante buena parte del conflicto, los arqueros ingleses se revelarían decisivos en el campo de batalla. Como ejemplo del temor que despertaban los arqueros ingleses, los franceses adoptaron una salvaje costumbre: cuando un arquero era hecho prisionero, los franceses le amputaban los dedos índice y corazón de la mano derecha para que, en el caso de que fuera liberado, no pudiera volver nunca más a disparar un arco. Esta práctica llevó a los ingleses a instaurar una tradición: cada vez que lograban derrotar a los

franceses, los arqueros les mostraban claramente ambos dedos, como gesto de desafío.

Precisamente aquí, en Crécy-en-Ponthieu, se contemplaría la máxima evolución de los arcos: los ingleses contaban con uno que medía 1,80 metros, capaz de disparar seis veces más rápido que las ballestas y con el doble de alcance.

En la batalla de Azincourt, el 25 de octubre de 1415, la aportación de los arqueros ingleses volvería a ser fundamental. Inglaterra presentó un ejército de 15.000 hombres, siendo la mayoría de ellos arqueros. Del lado francés estaba la flor de la nobleza feudal, que había reunido una fuerza de

45.000 hombres, por lo que triplicaba a sus oponentes ingleses. La caballería francesa se lanzó con ímpetu contra las líneas inglesas, pero el terreno embarrado dificultó su avance. Esta circunstancia fue aprovechada por los ingleses para lanzar varias salvas de flechas que provocaron el caos entre los franceses. Los caballos heridos dejaron de obedecer a sus jinetes y escaparon al galope en todas direcciones, huyendo de la muerte que caía del cielo. Los caballeros derribados intentaban ponerse en pie, pero el barro y las flechas se lo impedían.

Las pérdidas francesas ascendieron a más de 10.000 hombres, la mayoría de los cuales eran caballeros de la nobleza,

perrechados de brillantes armaduras que, en este caso, no sirvieron para detener las penetrantes puntas de flecha de sus enemigos. Por su parte, los ingleses tan solo tuvieron que lamentar la muerte de 1.800 hombres. Y esta victoria en Azincourt, junto a otras que se produjeron a continuación, obligó a los franceses a aceptar el Tratado de Troyes en 1420, muy favorable para los ingleses. Aunque este inacabable conflicto se reanudó cuatro años más tarde con una nueva victoria inglesa, esta vez en Verneuil, Francia tomaría la iniciativa gracias sobre todo a la figura histórica de Juana de Arco.

En la etapa final del conflicto, los franceses lograrían finalmente expulsar

a los invasores de su territorio. La rendición inglesa en la Gascuña en 1453 pondría fin a una guerra que, pese a ser conocida como la Guerra de los Cien Años, había durado en realidad ciento catorce años, convirtiéndose en la más larga de la historia. Aunque la guerra más larga de la historia, según otros autores, serían las cruzadas, por considerar a todas ellas como diferentes fases de un mismo conflicto. En este caso, las nueve cruzadas, desde la primera (del año 1096 al 1104) hasta la última (de 1270 a 1291), se prolongaron durante ciento noventa y cinco años, superando así en ochenta años a la Guerra de los Cien Años.

## «¡Mi reino por un caballo!»

Recién concluida la Guerra de los Cien Años, Inglaterra se vio de nuevo envuelta en un conflicto. En este caso, la guerra no sería contra una potencia extranjera, sino una contienda civil, denominada la Guerra de las Dos Rosas, que vivió el enfrentamiento entre dos familias, la de los York y la de los Lancaster, en su disputa por la corona de Inglaterra. Sin duda, el lector recordará la novela *La flecha negra*, escrita por Robert Louis Stevenson en 1888, ambientada en los primeros años de la Guerra de las Dos Rosas, o la homónima y famosa serie televisiva (1972-75) que se inspiró en el citado libro.

Esta inolvidable lectura juvenil narra las aventuras del aspirante a caballero Richard Shelton, cuyo señor es defensor de la casa de Lancaster. En la novela aparece la hermandad de La Flecha Negra, liderada por un misterioso vengador justiciero que utiliza flechas de este color para atemorizar a las autoridades locales. Esta guerra entre ingleses, que se dirimió desde 1455 a 1487, supondría la superación definitiva del feudalismo y el reforzamiento del autoritarismo monárquico. Aunque por su cronología está encuadrada ya en la Edad Moderna, las características de esta guerra la situarían como la última perteneciente a la Edad Media.

La referencia a las rosas era debida a

que cada una de estas familias estaba representada por una de un color diferente. Mientras que los York lucían en su escudo de armas una rosa blanca, los Lancaster mostraban una rosa roja.

A mediados del siglo XV, Ricardo, duque de York, se ganó el apoyo de un sector de la nobleza para derrocar a Enrique VI de Lancaster, puesto que se achacaba a los Lancaster la derrota sufrida ante los franceses en la Guerra de los Cien Años. Y tras alcanzar la victoria en varias batallas, se acordó que Enrique VI continuaría en el trono, pero que Ricardo le sucedería. Sin embargo, el pacto no fue respetado y los Lancaster derrotaron a Ricardo en una nueva batalla, en la que murió.

El heredero de Ricardo, Eduardo, venció a su vez a los Lancaster y pudo subir al trono como Eduardo IV. Tras unos doce años de paz, fue sucedido por su hijo, Eduardo V, que, aún siendo niño, fue asesinado en 1483 por su tío Ricardo de Gloucester, quien usurparía el trono como Ricardo III. Su absolutismo sanguinario hundió el prestigio de la casa de York, haciéndole perder el apoyo de la nobleza. Finalmente, Enrique Tudor, el último de los Lancaster, se enfrentaría a él en la batalla de Bosworth Field, disputada el 22 de agosto de 1485. En ese encuentro, Ricardo III perdió la vida después de pronunciar la famosa frase que encabeza este episodio. Al parecer, durante la

batalla, el rey fue traicionado por sus caballeros, que huyeron dejándolo solo. Se asegura que lo último que se oyó al rey gritar, al quedarse sin montura, fue:

—¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!

Aunque es imposible poder asegurar que, en efecto, estas fueron sus últimas palabras, la tradición popular británica así lo recogió, quedando posteriormente inmortalizadas en el drama *Ricardo III*, de William Shakespeare.

La victoria de Enrique Tudor le permitió subir al trono con el nombre de Enrique VII. Para poner fin a esta enrevesada trama que había conllevado tres décadas de guerra, el nuevo

monarca se casó con la hija del difunto Eduardo IV de York, Elisabeth, uniendo definitivamente las casas de York y de Lancaster.

## **La batalla medieval más sangrienta**

Si al principio de este capítulo quedaba constancia del enfrentamiento armado que dejó menos muertos en el campo de batalla, hay que concluirlo anotando el choque que provocó más víctimas. El 29 de marzo de 1461, durante la Guerra de las Dos Rosas, los yorkistas atacaron a los lancasterianos en Towton, Yorkshire. Ayudados por una ventisca que soplaba a favor, las flechas de los soldados de la rosa blanca gozaron de un mayor alcance, al

igual que sus jabalinas.

Los hombres de Lancaster se vieron obligados a cargar, aunque en este caso contaban con la ventaja de hacerlo colina abajo. El combate cuerpo a cuerpo fue feroz, prolongándose durante más de seis horas. Cuando parecía que los soldados de la rosa roja se iban a alzar con la victoria, llegaron tropas de refuerzo para York, al mando del duque de Mowbray, que a la postre resultarían decisivas. El ejército lancasteriano quedó desorganizado y acabó perdiendo la casi totalidad de su caballería.

Esta victoria de York, aunque no acabó con la guerra, garantizó el reinado de Eduardo IV. Pero lo más notable de esta violenta batalla, la más importante

de la Guerra de las Dos Rosas, fue el enorme coste humano. Unos 30.000 soldados murieron durante el combate. El caso más dramático fue el de los varios centenares de caballeros, de uno y de otro bando, que rodaron por la pendiente de la colina hasta caer al río Cock, en donde encontraron la muerte ahogados por el peso, al no poder desprenderse de sus armaduras.

# Capítulo 4

## La Europa de los reyes

*E*l final de la guerra medieval de los Cien Años había visto el triunfo de la artillería, en un anticipo del auge que tomaría este elemento, que revolucionaría el arte de la guerra en la Edad Moderna. Pero los únicos que podían afrontar los enormes gastos que suponía el arma artillera eran los reyes, lo que provocó, entre otros muchos factores, el declive del poder de los señores feudales y la liquidación del sistema que había imperado en Europa durante cerca de mil años.

Si anteriormente se han señalado los sucesivos tipos de organización militar básica, como la falange griega o la legión romana, en la Edad Moderna sería el tercio el patrón en el que se basarían los distintos ejércitos. Esta unidad militar, formada por 3.000 hombres, contaba principalmente con dos tipos de arma: la pica y el arcabuz. La constituían doce compañías: diez de picas y dos de arcabuces. La formación más característica era la del cuadro cerrado.

Cada tercio era, en cierto modo, autónomo. Su capitán se encargaba del reclutamiento en su tierra natal, por lo que se tejía una red de lealtades recíprocas que reforzaban la disciplina.

También era importante la aportación de soldados mercenarios de otras nacionalidades. El sistema militar basado en el tercio imperaría en Europa durante dos siglos.

Las campañas militares durante la Edad Moderna se basaron sobre todo en la toma y la defensa de plazas fuertes. Al principio, gracias al auge de la artillería, la conquista de los antiguos castillos fue más sencilla, lo que llevó durante el siglo XVI a avanzar en la ciencia de la fortificación.

Se construyeron muros inclinados, ganando en profundidad, lo que amortiguaba la eficacia de la artillería. Sin duda, el nombre más destacado de esta nueva ciencia sería el del francés

Sébastien Le Prestre, más conocido como Marqués de Vauban (1633-1707). Este ingeniero de Luis XIV concibió un innovador sistema de defensa para Francia que requirió la remodelación de más de trescientas plazas fuertes.

Aunque los reyes no eran partidarios de jugarse el destino de sus ejércitos en una sola jornada, también se dieron batallas a campo abierto. Una vez acordado el terreno en el que se dirimiría, los dos bandos en liza formaban con la infantería en el centro y la caballería en las alas. La artillería era la encargada de iniciar el combate y a partir de ese momento ambos ejércitos se esforzaban por envolver al contrario, buscando el flanco más débil. En el

momento en el que uno de los dos quedaba completamente rodeado o, para evitar una inminente derrota, huía del campo de batalla, la lucha cesaba, puesto que entonces no se estilaba perseguir al enemigo en retirada, tal como sería habitual más tarde.

La Edad Moderna también comportó el desarrollo de la intendencia. Conforme los ejércitos iban siendo más numerosos, llegando en ocasiones a los 100.000 hombres, el transporte del avituallamiento se convirtió en una cuestión fundamental. Hasta mediados del siglo XVII, los ejércitos solían aprovisionarse con lo que proporcionaba la tierra mediante contribuciones o simples requisas, pero

llegó el momento en que eso no fue suficiente. Por lo tanto, se crearon canales de comunicación para procurar el suministro de víveres a esos grandes ejércitos.

## **La guerra biológica de Vlad Dracul**

La guerra biológica no es una innovación del siglo XX. Ya en el siglo XIV alguien reparó en la utilidad militar de los agentes infecciosos. Aunque pueda resultar sorprendente, esta persona que podríamos considerar como avanzada a su época fue el mítico Vlad Dracul, que inspiraría al novelista Bram Stoker la creación del personaje de Drácula.

Vlad nació en la ciudad rumana de

Sighsoara, en 1431. Su padre, también llamado Vlad, era soberano de Valaquia y caballero de la Orden del Dragón; por este motivo era conocido con el sobrenombre de Dracul (*Draco*, en latín). Y el joven, que heredó el rango de su padre, sería llamado también Vlad Dracul o, para diferenciarlo de su progenitor, Vlad Draculea ('hijo de Dracul'). De todos modos, este auténtico príncipe de las tinieblas pasó a la historia con otro nombre: Vlad Tepes, que significa Vlad *El Empalador*.

El origen de ese sobrenombre se debe a la tan despiadada como obsesiva afición del príncipe Vlad por empalar a sus víctimas. Según los testigos de la época, Vlad Tepes gustaba de ofrecer

espléndidos banquetes a sus invitados, aunque en un ambiente que no ayudaba precisamente a degustar las viandas, al estar rodeados de decenas de hombres y mujeres cruelmente empalados. Y la leyenda dice que, en una ocasión, uno de sus invitados, ante el hedor que desprendían los cadáveres atravesados por largos maderos, protestó ante el anfitrión, alegando que no podía comer inmerso en aquel olor putrefacto. Inmediatamente, Vlad ordenó que su invitado fuese empalado en el poste más alto, para que pudiese disfrutar de aire puro por encima de todos los demás empalados.

Los turcos también serían testigos de los empalamientos propiciados por el

truculento príncipe. El sultán otomano Mehmed II, en su avance por Transilvania en 1462 en dirección a la ciudad de Tirgoviste, se encontró con un paisaje que le dejó sin habla. Una inacabable extensión estaba sembrada de estacas, en las que estaban empalados unos 20.000 prisioneros turcos. En unas maderas especialmente altas, se encontraban los cuerpos de los nobles más destacados. Por lo tanto, el apodo de Vlad *el Empalador* estaba más que justificado. Muchos de los cuerpos estaban ya en un avanzado estado de descomposición, por lo que el olor era insoportable. La escena más macabra de las descritas por los cronistas turcos era la de los pájaros que habían escogido

los cráneos y los costillares para hacer sus nidos.

En su lucha contra los turcos, el implacable Vlad consideró que los tuberculosos, leprosos, sífilíticos y demás enfermos contagiosos que habitaban su reino podían serle de utilidad. Así pues, Vlad ordenó que un buen número de ellos fueran reunidos; se les proporcionó vestimentas turcas y se les infiltró en las líneas enemigas. Estos «voluntarios» fueron animados para que transmitiesen sus enfermedades a los turcos, diciéndoles que, por cada uno que muriese, ellos recibirían una recompensa. La prueba de que habían logrado su propósito era regresar a presencia de Vlad con el turbante del

turco fallecido.

No se sabe si Vlad llegó a recompensar a los enfermos que prestaron su colaboración asumiendo el papel de bombas biológicas humanas, pero, teniendo en cuenta los antecedentes, no se puede descartar que alguno de los que acudiesen a reclamar su premio acabasen ensartados en algún madero.

Pero Vlad acabaría encontrando la horma de su zapato en el rey de Hungría, del que él era vasallo. Temiendo el poder que el príncipe estaba acumulando, el monarca húngaro decidió arrestarlo en 1462. Vlad pasaría los siguientes años encarcelado, pero, pese a estar entre rejas, no abandonó su

ocupación favorita: al parecer, se dedicó a empalar a los ratones y los pájaros que entraban en su celda...

Sin embargo, en 1475, el rey magiar consideró que, ante la amenaza turca, Vlad era más útil fuera que dentro de la prisión. Así pues, el príncipe fue liberado y pudo de nuevo enfrentarse a los otomanos. Estos, que ya lo conocían suficientemente, prefirieron no entablar un combate directo con él y confiaron en un grupo de infiltrados que se encargarían de acabar con su vida.

Se desconoce con exactitud el final de Vlad Dracul, pero parece ser que un año más tarde de su puesta en libertad fue asesinado por la espalda, presumiblemente por los enviados del

sultán otomano. Si es así, su muerte sería similar a la sufrida por su padre, eliminado por agentes húngaros.

Su cuerpo sin vida sería trasladado al convento de Snagov, cerca de Bucarest. Aunque algunos lo consideran un héroe de la resistencia rumana frente a la expansión turca, de lo que no hay duda es que gracias a su desmedida crueldad se ganó para siempre un lugar destacado en la historia de la infamia.

Actualmente, en la ciudad de Tirgoviste, situada a ochenta kilómetros al noroeste de Bucarest, puede visitarse la que las guías turísticas denominan Torre de Drácula. Según la tradición, que tiene más de leyenda que de historia, Vlad *el Empalador* subía cada

mañana a esa torre para supervisar sus tierras y aprovechaba también para vigilar una jarra de oro de su propiedad que había dejado en la fuente del pueblo para que los viajeros pudiesen beber agua. Evidentemente, conociendo a su propietario, nadie se atrevió nunca a robar la valiosa jarra, conscientes del terrorífico castigo que le hubiera esperado al ladrón. Hoy en día, una estatua del perverso príncipe puede ser contemplada en el mismo lugar en el que entonces se encontraba la jarra de oro.

## **Hernán Cortés no quemó las naves**

El conquistador español Hernán Cortés (1488-1547) consiguió, gracias a su audacia rayando en la inconsciencia,

apoderarse del imperio azteca con tan solo 440 hombres. Pero antes de dirigirse a la capital del imperio tuvo que hacer frente a una inesperada resistencia: la de sus propios hombres.

En febrero de 1519 llegó a la isla de Cozumel, en la península del Yucatán y avanzó bordeando la costa hasta San Juan de Ullúa. Tras una incursión a la ciudad de Cempoala, Cortés proclamó su intención de adentrarse en el interior de aquellas tierras con el objetivo de conquistar el imperio de los aztecas. La promesa de oro y riquezas en abundancia no fue suficiente para animar a sus hombres, que eran escépticos respecto al éxito de la expedición.

La llegada de un barco español

procedente de Cuba incitó a los descontentos a preparar la huida. Para evitar esta deserción masiva, según la tradición, Cortés ordenó quemar diez de los once barcos que les habían traído hasta allí y que se encontraban anclados en el puerto de Villa Rica de Vera Cruz, la actual Veracruz, fundada por el propio conquistador. El único barco que no fue destruido lo envió rumbo a España. De este modo, imposibilitando el regreso de sus hombres, no existía otra opción que avanzar hacia el interior del imperio. La referencia a esta acción ha pasado a la cultura popular para señalar una decisión extrema, creando unas condiciones que hacen imposible, a partir de ese momento, volverse atrás.

Sin embargo, la realidad fue un tanto distinta. Cortés reprimió con dureza a los que eran contrarios a llevar a cabo esa arriesgada campaña y ordenó que los barcos fueran embarrancados en la playa. Al menos, así lo explica el propio explorador en sus *Cartas de relación*, en las que textualmente afirma que «eché los barcos a tierra», pero en ningún momento habla de que les prendiese fuego.

## **Las cuentas del Gran Capitán**

El ejemplo paradigmático de contabilidad menos rigurosa es el de las cuentas presentadas al rey Fernando *el Católico* por Gonzalo Fernández de Córdoba (1453-1515), más conocido

como el Gran Capitán tras sus exitosas campañas por tierras italianas.

A su vuelta a España fue requerido para ofrecer justificación de las sumas empleadas en la conquista del Reino de Nápoles. El Gran Capitán consideró que aquella pretensión era una mezquindad, después de haber obtenido un reino para Fernando, por lo que elaboró el siguiente informe:

Cien millones de ducados en picos, palas y azadones para enterrar a los enemigos.

Cien mil ducados en pólvora y balas.

Cien mil ducados en guantes perfumados para preservar a mis hombres del mal olor de los cadáveres enemigos esparcidos por el campo de batalla.

Cien mil ducados en renovación de campanas

destruidas por el uso continuo de repicar por las repetidas victorias españolas.

Tres millones en limosnas para que frailes y monjas rezaran por los españoles.

Setecientos mil en espías.

Y cien millones por mi paciencia al escuchar ayer que el rey pedía cuentas al que le ha regalado un reino.

Sin embargo, se duda de la veracidad de esta anécdota, puesto que el lenguaje empleado en la redacción de esa partida de cuentas no es el que se solía utilizar en aquella época, por lo que es posible que se trate de una invención posterior. Además, se explica otra anécdota muy similar, protagonizada en este caso por el griego Pericles.

## **La victoria más fácil**

Una de las batallas en las que las armas españolas obtuvieron la victoria de un modo más sencillo fue la de La Bicocca, el 29 de abril de 1522. En esa localidad italiana, situada entre Milán y Monza, se enfrentaron las tropas españolas y las francesas para dirimir el dominio sobre esa disputada región.

Al mando de los franceses se encontraba el mariscal Lautrec, mientras que al frente del ejército imperial de Carlos I estaban el marqués de Pescara y Próspero Colonna. Lautrec intentó tomar Milán, pero fue rechazado y decidió marchar en dirección a Monza, con la intención de controlar la ruta que

venía de Suiza, por donde llegaba el avituallamiento a los españoles.

Sin embargo, para dominar ese camino, los franceses debían eliminar una amenaza, el castillo de La Bicocca, en poder de los soldados imperiales. Lautrec era consciente de que el asalto a la fortaleza era un suicidio, por lo que prefería esperar a contar con apoyo artillero, pero decidió atacar al comprobar que sus hombres estaban a punto de amotinarse debido al retraso en la percepción de las pagas. Y el asalto al castillo se convirtió en una matanza, en la que las tropas francesas fueron masacradas por los soldados imperiales, que contaban con la protección que les proporcionaba la fortaleza, por lo que

prácticamente no sufrieron ninguna baja.

En La Bicocca, el triunfo de las armas españolas resultó tan fácil que el nombre de la batalla acabaría pasando al lenguaje popular («una bicoca») para denominar la obtención de un beneficio o ventaja sin esfuerzo o con poco dinero.

## **El honor de Francisco I**

El rey francés Francisco I (1495-1547) fue derrotado en la batalla de Pavía, el 25 de febrero de 1525, por las tropas de Carlos I de España.

En 1522, los franceses habían sido expulsados de la región del Milanésado. Tras varios intentos fallidos de

recuperar esas posesiones, Francisco I recompuso su ejército, reuniendo 30.000 soldados y 9.000 jinetes, además de la artillería necesaria. Esas tropas francesas se dirigieron a Pavía, que era defendida por Antonio de Leiva con solo 6.000 hombres. Cuando los sitiados se encontraban a punto de entregar la plaza, el ejército del marqués de Pescara, que sumaba 23.000 hombres, acudió en su auxilio, atacando el campamento de Francisco I.

La caballería francesa reaccionó rápidamente y rompió el centro de la línea imperial, pero dejó al descubierto su propia retaguardia, lo que fue aprovechado por los hombres del marqués de Pescara para acribillar con

su fuego de arcabuz a la infantería enemiga. Mientras tanto, las asediadas tropas de Antonio de Leiva, animadas por el combate que habían entablado sus compatriotas, decidieron salir en tromba de la ciudad y sumarse a la lucha, dando el golpe de gracia al tambaleante ejército de Francisco I.

Las bajas francesas se elevaron a 10.000 hombres y otros 5.000 soldados cayeron prisioneros en manos de los soldados imperiales. El monarca francés también fue hecho prisionero, sufriendo una gran humillación, al no ser habitual que todo un rey fuera capturado como un simple soldado. De todos modos, Francisco I consideraba que su honor había quedado a salvo, según la célebre

frase dirigida en una carta a su madre, la duquesa de Angulema:

—Todo se ha perdido, menos el honor.

En realidad, la sentencia no fue tan brillante, puesto que en la misiva escribió:

—Señora, para decirnos cuál ha sido mi infortunio, de todo solo me ha quedado el honor y la vida, que se han salvado».

## **Codicia desmedida**

Una semana después de la victoria de las tropas imperiales en La Bicocca, el 6 de mayo de 1527, las tropas del emperador Carlos I, dirigidas por

Carlos de Borbón, asaltaron y saquearon Roma. El motivo era el apoyo que el papa Clemente VII había proporcionado a los franceses, por lo que con esa acción se pretendía darle un escarmiento.

El saqueo de Roma se convirtió en una matanza; más de 8.000 habitantes resultaron muertos. El papa se vio obligado a refugiarse en el castillo de Sant' Angelo, en donde resistiría hasta el 26 de noviembre, mientras veía a través de las ventanas de la fortaleza el caos que se extendía por la Ciudad Eterna. Pero este asalto a la ciudad del papa no solo causó un gran daño a sus habitantes. Curiosamente, también provocó graves desavenencias entre los propios

saqueadores.

Un grupo de soldados españoles forzó la puerta de entrada del negocio de un cambista y encontró una gran bolsa repleta de monedas de oro. Para poder repartirse el botín con más tranquilidad, atrancaron la puerta. Y unos soldados alemanes, denominados lansquenetes, quisieron impedirlo. Los lansquenetes combatían junto a los tercios españoles durante la dominación de la Casa de Austria. Según unos, el nombre alemán «*landsknecht*» tiene su origen en «*land*» (país o tierra) y «*knecht*» (servidor), aunque otros aseguran que la primera parte del vocablo procede de «*lanz*» (lanza). Aunque, en puridad, eran lansquenetes solamente los que luchaban

al lado de los españoles, en general se llamó así a todos los soldados germanos que prestaban sus servicios como mercenarios en los diferentes ejércitos europeos.

Volviendo al hecho, los lansquenetes alemanes que también andaban a la búsqueda de tesoros vieron cómo los españoles se metían en la casa del cambista y cerraban la puerta, por lo que sospecharon, con razón, que los españoles habían encontrado algo interesante. Los alemanes intentaron entrar, pero los españoles, obviamente, se lo impidieron, afirmando que lo que allí había les correspondía a ellos. Los soldados germanos, enrabiados, decidieron eliminar drásticamente a los

que se interponían entre ellos y el supuesto tesoro, por lo que prendieron fuego a la casa.

Todos los españoles murieron abrasados durante el incendio. Cuando las llamas se extinguieron, los alemanes se precipitaron en el interior del negocio para apoderarse del botín. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando se encontraron con que la enorme bolsa de monedas de oro que había despertado la codicia de los españoles no contenía más que monedas de cobre. El calor del fuego había derretido la capa dorada que las recubría, dejando al descubierto su falsedad.

**Cómo librarse de unos huéspedes**

## **indeseables**

Tal como hemos visto, la ocupación de Roma por las tropas imperiales españolas degeneró en un brutal saqueo. Los soldados, ávidos de botín, no dudaban en torturar o matar para conseguirlo. Otro grupo de lansquenetes germanos entraron en la casa de un conocido mercader, conminándole a que les entregase su oro. El comerciante les dijo que había perdido todo su dinero y que no le quedaba nada de su fortuna. Naturalmente, los saqueadores no le creyeron y decidieron quedarse a vivir en su casa hasta que les entregase todo su capital.

Los días fueron pasando y los

soldados teutones continuaban allí, dando buena cuenta de la despensa del mercader, durmiendo en sus camas y teniendo como sirvientes a los miembros de su familia. Pero el astuto comerciante romano decidió que aquello no podía continuar así y que debía librarse de aquellos visitantes tan molestos. Para ello urdió una ingeniosa estratagema. Con gesto apesadumbrado, se dirigió a los alemanes y les anunció que estaba dispuesto a confesar dónde tenía oculto su tesoro personal.

Los lansquenets, viéndose ya convertidos en hombres ricos, escucharon de boca del mercader que había enterrado su oro en una isla del Tíber, el río que atraviesa Roma. Sería

su propio hijo el que les conduciría hasta el lugar exacto donde estaban ocultas las monedas. Los soldados germanos, junto con el hijo del mercader, subieron a un pequeño bote y el chico remó rumbo al pequeño islote. Cuando se encontraban en mitad del río, donde la corriente era más fuerte, el muchachó lanzó los remos al agua y saltó, nadando hacia la orilla.

Los lansquenetes, sorprendidos, no pudieron reaccionar y se encontraron en el bote sin posibilidad de variar su rumbo, arrastrados por la corriente, cada vez más intensa, maldiciendo la argucia del mercader. Pero lo peor estaba por llegar: a partir del punto en el que el chico había saltado, el río

formaba un potente remolino que la frágil embarcación fue incapaz de superar. El bote, con los soldados germanos a bordo, fue engullido por las aguas del Tíber y, de este modo, el comerciante romano pudo librarse de esos huéspedes tan indeseables.

### **Sin dinero no hay asedio**

La gran evolución de los sistemas defensivos llevó a que los asedios fueran cada vez más largos. No era raro que se pusiera sitio a una ciudad durante cerca de un año. Aunque pueda resultar paradójico, el paso del tiempo no beneficiaba a los sitiadores, sino a los sitiados. La razón era que estos asedios solían llevarse a cabo por soldados

profesionales, a cambio de una paga. Mientras llegaban las monedas del rey a los bolsillos de los soldados, estos permanecían rodeando la ciudad, pero cuando estas escaseaban las tropas amenazaban con abandonar el sitio.

Esto fue lo que ocurrió en numerosas ocasiones. De repente, los asediados comprobaban con alegría que las tropas que les habían tenido rodeados durante meses levantaban sus campamentos y se marchaban, ante la impotencia de los oficiales, incapaces de retenerlos por más tiempo al no poder pagarles la soldada.

## **Batalla de cítricos en Lepanto**

La batalla de Lepanto supuso el final

de la amenaza turca sobre Europa. La toma de Constantinopla por los turcos en 1453 había iniciado un periodo de expansión musulmana por el Mediterráneo que finalizaría en la célebre batalla en la que Cervantes perdió un brazo.

Antes de ese decisivo encuentro naval, la flota otomana amenazaba las rutas comerciales que enlazaban el mundo cristiano con el oriental. Suleimán *el Magnífico* había tomado la gran fortaleza de Belgrado y había expulsado a los caballeros de la Orden de San Juan de su plaza fuerte en la isla de Rodas. En 1526 había aplastado a los húngaros, abriendo así el camino hacia el corazón de Europa, aunque se vería

obligado a renunciar a la conquista de Viena tras un largo asedio.

Las plazas de Argel y Trípoli caerían bajo dominio otomano, al igual que Túnez, que sería ocupada en 1570 por el virrey de Argel. Continuando con la expansión turca, Selim II tomó Chipre, lo que provocaría finalmente una decidida reacción cristiana ante el riesgo de invasión generalizada. Y se formó entonces la denominada Liga Santa, que estaba formada en su mayoría por barcos españoles y que contaba solamente con el apoyo del papa Pío V (1504-1572) y de la República de Venecia, reuniendo un total de 80.000 hombres y más de doscientas embarcaciones de guerra, que quedarían

concentradas en el puerto siciliano de Messina bajo el mando de don Juan de Austria.

El 15 de septiembre de 1571 la flota partió dirigiéndose a la isla de Cefalonia, tras recibir la noticia de que en el golfo de Lepanto, en la costa occidental de Grecia, se había reunido la flota turca, compuesta por unas 270 naves. Lepanto es el nombre italiano con el que era conocida la población de Naupacto, denominada así por tener su origen en un arsenal («*naupactus*», en latín). Tras haber pertenecido sucesivamente a mesenios, espartanos, aqueos, tebanos, macedonios, etolios y romanos, Naupacto quedó prácticamente destruida por un terremoto durante el

reinado de Justiniano. Fue ocupada por los turcos en 1498; entre 1687 y 1689 estuvo en poder de los venecianos, pasando de nuevo a manos otomanas hasta 1827, año en que se convirtió en parte del nuevo reino de Grecia. En la actualidad, Naupacto, capital de distrito de la provincia de Acarnia y Etolia, tiene 4.500 habitantes. Su pequeño puerto solo admite barcos de pequeño calado. Hoy en día prácticamente no hay nada que recuerde la batalla que se dirimió frente a sus costas en 1571: tan solo un pequeño monumento conmemorativo junto al puerto rememora aquel decisivo encuentro naval.

Al amanecer del 7 de octubre de

1571, la flota cristiana avistó a la turca y don Juan de Austria dispuso sus naves en formación de combate. En el flanco derecho se situaron las naves venecianas bajo el mando de Andrea Barbárico; en el izquierdo, la flota papal capitaneada por Andrea Doria, mientras que el centro quedó en manos de don Juan de Austria, con el grueso de la flota. Por su parte, los turcos adoptaron la forma de media luna, separándose poco más tarde en tres secciones: en el centro la flota de Alí Pashá, Mohamed Siroco a la derecha y Uluch Alí en el flanco izquierdo.

Don Juan abrió la batalla disparando sus cañones contra las naves de Alí Pashá, destruyendo de golpe siete

galeras turcas. Los otomanos avanzaron entonces su flanco central contra las naves cristianas, entablado una encarnizada batalla. Pero don Juan logró tomar la nave capitana, rompiendo así el centro de la flota turca, que se batió en retirada.

Por su parte, el flanco derecho turco, con Mohamed Siroco al frente, llevó a cabo una arriesgada maniobra envolvente contra las galeras venecianas de Barbárico, para lo que se desplazó bordeando la costa, muy cerca de las rocas. Esta táctica se saldó con éxito, consiguiendo desbordar así a la flota veneciana. Su buque insignia fue tomado al quedar rodeado por ocho galeras turcas. Pero la retaguardia cristiana

acudió rápidamente en auxilio de Barbárico, lo que provocó la derrota de Siroco y la huida precipitada de su flota.

La línea izquierda turca, al mando de Uluch Alí, empleó la misma táctica que Siroco, intentando rodear las naves de Andrea Doria para alcanzarlas por detrás. Sin completar la maniobra envolvente, Alí decidió atacar al grueso de la flota de Doria, logrando abrir un importante hueco en las líneas de la flota papal. Pero nuevamente la retaguardia cristiana estuvo atenta y pudo llegar a tiempo de evitar el desastre. Al poco tiempo llegó también parte de la flota de don Juan, que ya había asegurado el centro de la formación, obligando así a Uluch Alí a retirarse. A pesar de haber

perdido 17 galeras y más de 8.000 hombres tras unas cuatro horas de lucha, la flota cristiana había tomado el control de la batalla.

Pero, aunque la escuadra otomana había sufrido unas 25.000 bajas y había visto cómo se hundían un centenar de galeras, los combatientes musulmanes mantuvieron su ánimo luchador hasta el final. Así, a esas alturas de la batalla, los tripulantes de una galera turca se habían quedado ya sin munición. En ese momento, para defenderse del ataque de un navío español, los musulmanes acabaron lanzando contra los cristianos ¡limones y naranjas!

Con la victoria de la flota cristiana se acababa el mito de la invencibilidad

naval musulmana y se alejaba así el peligro de una invasión. Los europeos en general tenían motivos para estar contentos, pero quienes más lo celebraron fueron los galeotes que habían remado en las naves cristianas.

Antes de la crucial batalla, para asegurarse su colaboración en los momentos críticos que se avecinaban, don Juan de Austria había prometido a los galeotes de su flota que, en caso de conseguir la victoria, les liberaría de su condena y que serían puestos en libertad a su regreso a España. Al haber ganado la batalla se vio obligado a cumplir con su palabra, pero esta liberación masiva tuvo como consecuencia que la mayor parte de la flota quedó paralizada en los

puertos españoles por falta de remeros.

Pero lo que supuso una alegría para unos acabó tornándose en desgracia para otros, puesto que don Juan de Austria solicitó a su hermano, el rey Felipe II, que se le proporcionasen galeotes si no quería que su flota languideciese sin posibilidad de hacerse a la mar. La petición fue aceptada y el monarca ordenó a jueces y alcaldes que cualquier delito, por pequeño que fuera, se castigase con pena de galeras.

### **Noticias que vuelan**

Además de los galeotes, el papa Pío V fue el primero en celebrar la victoria española en Lepanto. Antes de que la noticia llegase a Roma, el sumo

pontífice aseguró haber tenido un fuerte presentimiento de que las armas cristianas habían resultado vencedoras en ese combate naval. Pío V estaba tan seguro del triunfo que comenzó a organizar las celebraciones oficiales, ante la perplejidad de los presentes. Al cabo de unos días, un mensajero llegó a Roma para dar la buena noticia, confirmando así la acertada premonición del papa.

## **La batalla de las galletas**

En 1594 se produjo una revuelta en Irlanda contra el dominio inglés, encabezada por el patriota Hugh O'Donell. Los irlandeses se hallaban sitiando la fortaleza de Enniskillen

cuando un ejército inglés acudió a socorrer a sus compatriotas que se encontraban allí resistiendo. Los ingleses no solo fracasaron en su intento de levantar el asedio, sino que sufrieron una dolorosa derrota a manos de los irlandeses. Este enfrentamiento pasaría a la historia como la batalla de las galletas. El motivo de este curioso nombre es que los bien alimentados ingleses iban pertrechados de todo tipo de galletas y pasteles, en contraposición con los frugales irlandeses. Al terminar el combate, se podían encontrar todas estas apetitosas especialidades abandonadas por el campo, que fueron rápidamente recogidas por los irlandeses, que celebraron de este modo

su victoria.

Como recordatorio de este curioso epílogo de la batalla, el fuerte de Enniskillen sería posteriormente rebautizado con el nombre gaélico Bel-atha-na-in-Briosgadh, que significa «monte de las galletas».

### **«Poner una pica en Flandes»**

De todos es conocido el mérito que supone «poner una pica en Flandes», según afirma el dicho popular. Pero ¿cuál es el origen de esta expresión?

El envío de pertrechos militares desde España a la región de Flandes, perteneciente a los Habsburgo, no era nada fácil. Si se partía desde los puertos

del Cantábrico, los barcos españoles debían afrontar las amenazas de los barcos enemigos. La otra posibilidad, mucho más segura, era llegar por tierra. Pese a que el camino estaba perfectamente señalado y existían todo tipo de suministros durante la ruta, esta debía discurrir íntegramente por territorios que o bien pertenecían, o bien eran aliados de la casa reinante en España.

Por este motivo, el camino a Flandes se iniciaba en Barcelona, para embarcar rumbo a Génova. Desde allí se seguía por Milán, el Piamonte, la Saboya, el Franco Condado, la Lorena, Luxemburgo y Lieja hasta Namur. En total, era necesarias unas seis o siete semanas

para completar el recorrido, conocido como el «camino español», por lo que se entiende el esfuerzo que suponía hacer llegar una pica a Flandes.

Hay algún autor, como José María Sbarbi (*Florilegio o ramillete alfabético de refranes y modismos comparativos y ponderativos de la lengua castellana*, Madrid, 1873), que considera que en realidad esta frase hace referencia a la extrema dificultad para encontrar reclutas españoles que quisieran alistarse en los tercios de Flandes durante el reinado de Felipe IV. Al parecer, eran muy pocos los que se alistaban voluntariamente, por lo que en 1665 había tercios y compañías que no llegaban a tener en sus filas más que una

treintena de soldados.

## **Un asedio demasiado largo**

La infanta española Isabel Clara Eugenia de Austria (1566-1633) era hija de Felipe II. Siendo reina de los Países Bajos, en julio del año 1601, Isabel estaba tan convencida de que la ciudad de Ostende, que estaba siendo asediada por las tropas españolas, caería en breve, que prometió no cambiarse de camisa hasta que fuera tomada. Para su desgracia, pero posiblemente aún más para los que tenían que vivir a su lado, el sitio de Ostende duró... ¡tres años!

En efecto; pese a no recibir ninguna ayuda, puesto que Inglaterra y Francia ya habían firmado la paz con España, la

guarnición de Ostende resistió exactamente durante tres años y 71 días. Finalmente, las tropas españolas, con el capitán-general Ambrosio Spínola al frente, capturaron el fuerte, por lo que la infanta Isabel pudo por fin cambiarse de camisa.

## **La última razón de los reyes**

El rey francés Luis XIV era consciente de que el ejército era el último sustento del poder de la monarquía. Por esta razón, el Rey Sol ordenó en 1650 escribir la frase «la última razón de los reyes» en todos los cañones de su ejército. Esta idea sería después imitada por otros monarcas, como Federico II de Prusia, que tomó la

misma decisión casi un siglo más tarde, en 1742. La frase solía escribirse en latín: «*ultima ratio regum*».

Aunque se cree que fue el cardenal Richelieu (1585-1642) el primero en acuñarla, es posible que su origen fuera anterior.

## **Enemigos en la playa**

En 1654, una expedición británica al mando del almirante Penn tenía como objetivo capturar la isla de Jamaica, entonces en poder de los españoles. Una noche, varios botes cargados de soldados ingleses se dirigieron a una solitaria playa de la isla, cercana a la desembocadura del río Hayna. Los botes fueron llegando a tierra firme. No se oía

nada y todo indicaba que no había presencia de españoles en esa zona. Pero al comenzar los soldados a desembarcar en la orilla, de pronto se comenzó a escuchar un extraño rumor procedente de todas partes. Parecía un griterío que cada vez crecía más y más, aunque la tenue luz de las antorchas no revelaba el origen del misterioso sonido. Temiendo ser atacados por españoles o por nativos, los ingleses regresaron rápidamente a sus botes y remaron a toda prisa en dirección a los barcos, mientras se escuchaban aún los gritos ahogados que brotaban de la playa.

Al día siguiente, el almirante Penn decidió que sus hombres regresasen al

mismo lugar, pero esta vez a plena luz del día. Al menos, de este modo sabrían a lo que debían enfrentarse. Así pues, la expedición volvió a subir a los botes, poniendo rumbo a la playa. Al llegar a la orilla, el silencio era absoluto, pero, al descender los soldados a la arena, comenzó de nuevo a extenderse el estridente rumor por toda la playa. Los ingleses se reagruparon y adoptaron una posición defensiva ante lo que parecía ser un ataque inminente, pero no se veía a los supuestos enemigos por ninguna parte. El griterío procedía de unos cañaverales que estaban situados junto a la playa. Como los minutos pasaban y no se producía el esperado ataque, un grupo de valientes soldados avanzó hasta ese

lugar para averiguar quién se ocultaba allí.

Al cabo de un rato, los exploradores regresaron a la orilla entre risas y bromas, llevando algo entre sus manos. Se trataba de inofensivos cangrejos de tierra. Esos crustáceos eran los responsables del misterioso rumor. Al verse amenazados por la inesperada presencia de seres humanos, los miles de cangrejos que formaban la colonia entrechocaban sus pinzas, produciendo el sonido que tanto había atemorizado a los soldados ingleses.

Parece ser que el almirante Penn prohibió a sus hombres relatar la historia para evitar la mofa de que, inevitablemente, sería objeto por este

chusco episodio, pero evidentemente no consiguió su propósito de silenciarlo.

### «Veni, vidi...»

En 1683, el rey de Polonia Juan III Sobieski (1624-1696), aliado con el emperador Leopoldo I de Austria, logró levantar el sitio de Viena, que había sido cercada por los turcos. La acción decisiva para levantar el sitio fue la carga de caballería por sorpresa que efectuó el propio rey, al frente de los míticos «jinetes alados». Por aquel entonces, la caballería polaca era la mejor del mundo. Su sistema de carga en formación con sable era la envidia del resto de ejércitos, que acabarían adoptándola.

Los «jinetes alados» ofrecían un aspecto impresionante. La altura que alcanzaban erguidos sobre sus monturas, unida al sonido del viento entre las plumas de sus penachos, causaba una fuerte impresión entre sus enemigos, que se batían inmediatamente en retirada. Esto fue lo que ocurrió en su combate contra los turcos y lo que salvó definitivamente a Viena de la invasión otomana.

Para proclamar oficialmente la victoria, que alejaba definitivamente el peligro de una invasión musulmana en Europa, el monarca polaco acudió a Roma a encontrarse con el Papa. Nada más verlo, Juan III, recordando la célebre afirmación de Julio César «*veni,*

*vidi, vici*» (llegué, vi y vencí), comenzó a pronunciarla:

—Llegué, vi y... —interrumpió la frase.

Ante la mirada severa del papa, el rey polaco acabó de decirla, pero de un modo que sería más del agrado de su interlocutor:

—Llegué, vi y... Dios venció.

Estas palabras («*veni, vidi, vici*») fueron atribuidas a Julio César por Suetonio. Supuestamente, las habría utilizado para comunicar a su amigo Amincio su victoria sobre el rey Farnaces II en la batalla de Zela (47 a. C.). Este monarca, que extendía sus dominios por el Bósforo, se había

aprovechado de la guerra civil entre Julio César y Pompeyo para conquistar el Asia Menor y la Capadocia. Julio César se trasladó con siete legiones al norte de la actual Turquía para acabar con la amenaza de Farnaces. Mientras los soldados romanos estaban construyendo el campamento, Farnaces y sus tropas lanzaron un ataque, pero los hombres de Julio César adoptaron rápidamente la formación de combate y no solo rechazaron a sus enemigos, sino que lograron su completa aniquilación.

### **La creación del *croissant***

Fue precisamente durante el cerco de Viena por los turcos cuando se elaboró por primera vez el *croissant*, esa

popular pieza de bollería, imprescindible en cualquier desayuno continental. Los *croissants* fueron creados por los panaderos vieneses tras la victoria sobre los sitiadores de la ciudad. Los turcos habían comenzado a cavar túneles para penetrar en el interior de Viena, pero varios panaderos, al trabajar de noche, aguzaron el oído y escucharon el ahogado sonido que brotaba del suelo al ser perforado uno de los túneles. Rápidamente, los panaderos dieron la alarma y los túneles fueron descubiertos, evitando así la repentina irrupción de los soldados otomanos en el interior de la ciudad.

Así pues, los panaderos se convertirían en los héroes de la

posterior victoria sobre las fuerzas de asedio. Para celebrar el fin de la amenaza otomana, los panaderos hornearon una pieza de hojaldre en forma de media luna, la insignia de la bandera turca. De este modo, a partir de entonces, los vieneses pudieron comerse cada mañana en el desayuno el símbolo de sus derrotados enemigos.

# Capítulo 5

## La guerra en el siglo de las luces

Aunque la Edad Moderna engloba también al siglo XVIII, esta centuria, conocida como el siglo de las luces, tiene un marcado carácter propio. En la Europa de la Ilustración se produjo un gran cambio en la concepción del mundo, caracterizado por la revisión, a la luz de la razón, de todos los aspectos de la vida.

Surgió, de este modo, una preocupación por el estudio de la

naturaleza y sus leyes, así como por la supeditación de la religión al poder político, que paradójicamente pasó a estar más centralizado —dando lugar al despotismo ilustrado— pero a la vez más influido por el principio de la separación de poderes y por el parlamentarismo. Estos nuevos aires, que culminarían en la tempestad provocada por la Revolución Francesa, también tendrían su reflejo en la estructura de los ejércitos.

En el siglo XVIII se adoptaría el regimiento como unidad básica, en sustitución del tercio; y el reclutamiento ya no era independiente sino centralizado, por lo que la lealtad de los soldados se desplazó hacia el rey. Los

mercenarios dejaron paso a los soldados profesionales, que adquirirían compromisos de larga duración y que solían ser súbditos del reino, por lo que los ejércitos reforzaron su carácter nacional.

El siglo de las luces puede considerarse también como el sSiglo de oro de los grandes estrategas militares. Federico II *el Grande* (1712-1786) llevaría a su entonces pequeño país, Prusia, a convertirse en el ejemplo a imitar para todos los ejércitos europeos, siguiendo la estela apuntada por su padre Federico Guillermo I. Solo el conde de Daun, vienés, sería capaz de vencer a Federico *el Grande* en dos ocasiones, gracias a sus tácticas

conservadoras, ante las que se estrelló el impetuoso rey de Prusia. Aun así, los éxitos del monarca prusiano superarían en mucho a sus fracasos, convirtiéndose en la figura militar más importante del siglo.

Por otra parte, el duque de Marlborough, a caballo entre el siglo XVIII y el anterior, se convirtió en un maestro en las operaciones de asedio, consiguiendo rendir más de una treintena de plazas fuertes. Pero tampoco hay que olvidar al príncipe Eugenio de Saboya o al duque de Villars, al mariscal Villeroy o al duque de Vendôme. Todos ellos afrontarían con más o menos éxito, pero siempre con gran decisión, el reto de conducir a sus hombres en el campo de

batalla.

En este recorrido por los grandes militares del siglo XVIII no se puede pasar por alto la trascendental contribución del que es, probablemente, uno de los tratadistas militares más conocidos: el general prusiano Carl von Clausewitz. Su libro *De la guerra* sigue siendo la referencia para todos los estudiosos del fenómeno bélico y su célebre frase «la guerra es la continuación de la política por otros medios» goza de permanente actualidad.

De todos modos, la figura más emblemática de este período es, sin duda, Napoleón. En sus campañas militares, llevadas a cabo al final del siglo XVIII y, sobre todo, a principios del

XIX, recoge todas las innovaciones de los grandes estrategas de la historia, alcanzando la culminación del arte de la guerra. Pero el Gran Corso merece un capítulo aparte.

## **Cartas envenenadas**

Como el lector recordará, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington se dio una oleada de envíos de cartas que contenían agentes bacteriológicos como el ántrax, destinados a que cundiese el pánico entre la población norteamericana. Aunque esta campaña desapareció tan rápido como había irrumpido, sin que se averiguase con certeza su procedencia, demostró que los envíos postales podían

servir, no solo para intercambiar información, sino también para enviar un mensaje mortal.

Sin embargo, la posibilidad de utilizar el correo como transmisor de la muerte no es nueva. En 1708, durante el sitio de la ciudad de Lille, el príncipe Eugenio de Saboya recibió una carta. Abrió el sobre y, sin llegar a leer el contenido del papel, lo arrojó al suelo. Uno de sus asistentes personales, sorprendido por la actitud mostrada por el príncipe, lo recogió, notando que la carta tenía un extraño tacto grasiento. A los pocos segundos, el asistente que había tocado la carta perdió la consciencia y cayó al suelo. El médico del príncipe acudió rápidamente y le

suministró un antídoto.

Cuando el asistente volvió en sí preguntó qué había ocurrido. El príncipe ensartó la carta con su espada y se la acercó a un perro vagabundo. El animal la olfateó y no tardó en caer también; en unos minutos había muerto entre terribles dolores. El asistente se dio cuenta de que había estado a punto de morir envenenado por culpa de su curiosidad. El príncipe intentó restar importancia al suceso, diciéndole: «No te preocupes, desde hace un tiempo suelo recibir cartas de este tipo...»

## **Enemigos hasta la muerte**

En el siglo XVIII, los duelos eran un procedimiento habitual para dirimir las

diferencias entre los oficiales franceses. Dos capitanes, llamados La Fenestre y D'Agay, fueron enemigos irreconciliables durante veintiocho años, llegando a enfrentarse en duelo en siete ocasiones. No obstante, estos sangrientos desafíos no acababan con la vida de ninguno de los dos, por lo que el odio entre ambos no solo no decrecía, sino que iba en aumento.

La rivalidad entre ambos militares alcanzaría hasta el mismo momento de la muerte de uno de ellos. Durante la batalla de Vellinghausen, el capitán La Fenestre recibió el impacto de una bala de cañón en la cabeza, destrozándose. Pero lo que podría haber sido una buena noticia para D'Agay, que se encontraba

combatiendo junto a La Fenestre, se convertiría paradójicamente en una desgracia, puesto que uno de los fragmentos del cráneo de su rival saltó al ojo de D'Agay, dejándolo tuerto.

### **Un recuerdo de Mahón**

En 1756, durante la Guerra de los Siete Años, Menorca fue sitiada por los franceses. En esos momentos la isla estaba en poder de los británicos y el excelente puerto natural de Mahón permitía cobijar allí una flota que garantizase el control del Mediterráneo occidental. La isla, en la que el legado inglés es hoy bien visible, estaba guarnecida por 2.800 soldados, al mando del general Blakeney. Por su

parte, los franceses, con el duque de Richelieu al frente —no hay que confundirlo con el cardenal Richelieu, fallecido un siglo antes— asediaron la isla con una flota de diecisiete barcos. La guarnición británica de la capital menorquina acabaría rindiéndose a los franceses.

El duque de Richelieu regresó triunfante a Francia, gozando de gran admiración por el golpe que había propinado al orgullo inglés. Pero el gran éxito de Richelieu no fue solo militar, sino también gastronómico. Durante el asedio al que sometió a la capital de Menorca tuvo oportunidad de probar la que entonces se conocía como «salsa de Mahón» y que hoy día es la

mundialmente famosa mahonesa o mayonesa. Al regresar a París, Richelieu llegó con la receta de la salsa, que no tardaría en popularizarse por Francia y el resto de Europa, hasta llegar a nuestros días.

### **Se necesita general**

El general duque de Vivonne, en el transcurso de una campaña, envió una carta al rey de Francia Luis XIV, en la que le hacía una petición:

—Señor, para que vuestras armas salgan triunfantes, necesitaremos 10.000 hombres.

El rey no accedió a esta solicitud. No sabemos el motivo de la negativa, pero

posiblemente influyó la breve anotación que dejó escrita el secretario encargado de cerrar el sobre en el que iba la carta: «Y un general».

### **Audacia premiada**

A Luis XIV le presentaron a un oficial que pretendía un destino. El monarca, después de informarse de cómo había transcurrido su carrera militar, que había sido brillante, le dijo:

—Lo siento, pero sois demasiado viejo.

El oficial, viendo su solicitud rechazada, se dirigió con todo respeto al rey diciéndole:

—Señor, solo tengo cuatro años más

que vuestra Majestad...

Luis XIV dudó en tomarse la atrevida observación del militar como una insolencia, pero le gustó la audacia que había mostrado en su presencia, por lo que le concedió el destino deseado.

### **Un sombrero muy valioso**

Mientras el rey Luis XIV estaba pasando revista a sus tropas, el caballo de un mosquetero se encabritó y al jinete, al tratar de dominarlo, se le cayó el sombrero a tierra. Un soldado de infantería que estaba al lado ensartó el sombrero con su espada y se la presentó al mosquetero, que permanecía sobre el caballo.

En lugar de agradecersele, el jinete exclamó:

—¡Por Dios! ¡Hubiera preferido que me hubieran clavado a mí la espada, que no al sombrero!

Esto fue oído por Luis XIV, quien se acercó al mosquetero, preguntándole cómo era posible que prefiriera que le clavasen a él la espada, en lugar de a su sombrero.

—Señor —le respondió—, pues porque al cirujano no debería pagarle al momento, pero al sombrerero sí...

**«¡Vete a la porra!»**

La expresión de «enviar a la porra» a alguien tiene su origen en el ámbito

militar. La «porra» a la que refiere el dicho popular es el bastón grande rematado por una bola que lleva el soldado que desfila al frente de las bandas militares —denominado tambor mayor—, bastón que suele ser lanzado al aire y recogido con gran habilidad. Este soldado plantaba la «porra» a la puerta del alojamiento del batallón, en el mismo lugar en el que eran enviados los soldados que eran arrestados por causas leves. De este modo, «mandar o enviar a alguien a la porra» quedó como sinónimo de castigar a alguien, enviándolo a un lugar poco agradable.

**«Mambrú se fue a la guerra...»**

La archiconocida canción *Mambrú se*

*fue a la guerra* fue compuesta por los franceses durante la Guerra de Sucesión Española, al dar por muerto a su protagonista, John Churchill, duque de Marlborough (1650-1722), antepasado del primer ministro británico Winston Churchill. Los primeros en cantarla fueron los soldados franceses. Pero al no saber pronunciar correctamente el apellido Marlborough, acabó quedando convertido simplemente en Mambrú.

Sin embargo, la canción fue rápidamente olvidada, pero sería rescatada años más tarde por la nodriza del delfín de Francia, que había sido contratada por María Antonieta, esposa de Luis XVI. La nodriza acunaba al infante con esa tonada, algo que hizo

gracia a los reyes y miembros de la corte. Al cabo de poco tiempo, todos los que pasaban por el palacio de Versalles acababan cantándola. De ahí pasaría a la corte española, a través de los Borbones.

La canción tuvo un gran éxito entre el pueblo llano y a partir de ese momento ya pasaría de generación en generación, olvidando el personaje que la había inspirado, y siendo utilizada sobre todo para acompañar los juegos infantiles.

## **Batalla matrimonial**

El duque de Marlborough estaba curtido en innumerables batallas, aunque parece ser que las luchas matrimoniales le ocasionaban más de un disgusto. Años

más tarde, Napoleón ya revelaría la táctica a seguir en estos casos: «Las batallas contra las mujeres son las únicas que se ganan huyendo...»

Las relaciones del noble inglés con su esposa no discurrían por cauces pacíficos y sus enfrentamientos eran ya por todos conocidos. En una ocasión en la que el duque de Marlborough se encontraba enfermo, su esposa, dejando a un lado las disputas diarias, se empeñaba en que se tomase la medicina que le había sido recetada por su médico, el doctor Carth. Pero el brebaje tenía un sabor muy desagradable y el duque no se lo quería tomar.

Ante su negativa a ingerirlo, su esposa, que confiaba plenamente en el

galeno, exclamó:

—¡Que me cuelguen si esta medicina no te cura!

En ese momento, el médico, que estaba al tanto de las desavenencias de la pareja, dijo al duque en voz baja:

—Tomad la medicina, *milord*, que en cualquier caso saldréis ganando...

### **Marlbororough, el avaro**

En una ocasión, un pobre le pidió limosna a un general británico, confundiéndole con el general Marlborough, que tenía fama de avaro.

—Mírame bien —le dijo el general—, ¿no te das cuenta de que no soy Marlborough?

El pobre creyó que el militar le estaba tomando el pelo, por lo que insistió en llamarle así.

—Pues bien, aquí tienes una libra esterlina.

Ante tamaña generosidad, el mendigo al fin se convenció de que su interlocutor no era el famoso y avaro general.

## **Pensamientos tras la batalla**

Los ingleses obtuvieron una gran victoria en la batalla de Blenheim, a orillas del Danubio, el 13 de agosto de 1704. Esta campaña había comenzado muy lejos: en Holanda. El duque de Marlborough lideraba allí un ejército

formado por ingleses y holandeses con la misión de aliviar la presión francesa sobre este territorio y poner freno a las aspiraciones hegemónicas de Luis XIV.

Las fuerzas de Marlborough, que sumaban unos 40.000 hombres, iniciaron un desplazamiento para atacar a los franceses por el sur, remontando el Rin. Los 46.000 franceses, con el mariscal Villeroi al frente, advirtieron la hábil maniobra y se desplazaron hacia Baviera. Y después de muchas escaramuzas y de recabar el apoyo de contingentes del interior de Alemania, ambos ejércitos acabarían encontrándose en Blenheim. Los dos contendientes presentaron una cantidad similar de soldados: unos 55.000.

Marlborough cargó contra el centro de la formación gala en una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo. Pero los franceses, que habían logrado la ayuda de los bávaros, comenzaron a sobreponerse a la presión del ejército de Marlborough, que contaba en sus filas con austríacos, prusianos y daneses, entre otros. El equilibrio quedó roto por la irrupción de tropas de refresco francesas, situadas en la aldea de Oberglau.

La victoria parecía decantarse para las armas de Luis XIV, pero la llegada en el último momento de la caballería austríaca de Eugenio de Saboya inclinó definitivamente la balanza a favor del ejército inglés. Los franceses acabarían

sufriendo un setenta por ciento de bajas y el Rey Sol vería frenadas sus aspiraciones territoriales.

Tras la batalla, Marlborough iba felicitando a sus hombres, agotados por la lucha que acababa de finalizar, aunque felices por haber vencido. Entonces, Marlborough reparó en un joven soldado que estaba pensativo, sentado en el suelo y con la mirada perdida. El duque se le acercó y le preguntó:

—¿Por qué estás triste? ¿No ves que hemos conseguido una victoria gloriosa?

—Puede que esto sea glorioso, *milord* —le respondió el soldado—, pero estaba pensando en cuánta sangre

he derramado hoy por cuatro peniques...

Cuatro peniques eran entonces la paga diaria de un soldado.

## **Invitación al rey de Francia**

En ese año 1704, tras la victoria del duque de Marlborough sobre las tropas de Luis XIV en la batalla de Blenheim, los mariscales franceses Marin y Tallard fueron capturados y trasladados a Inglaterra. Al paso de su comitiva por la ciudad de Nottingham, un carnicero de la localidad se dirigió a los dos mariscales galos y les dijo:

—¡Bienvenidos a Inglaterra, señores!  
¡Esperamos ver a su dueño por aquí el año que viene!

## **La Guerra de la Oreja de Jenkins**

El 19 de octubre de 1739 se inició una guerra entre España e Inglaterra, motivada por rivalidades comerciales en América. Este conflicto sería conocido como la Guerra de la Oreja de Jenkins, debido a que un contrabandista inglés llamado Robert Jenkins se presentó ante el parlamento británico en 1738 acusando a los españoles de haberle cortado la oreja como castigo a sus actividades comerciales. Y en efecto, un guardacostas español llamado Fandino había sorprendido al barco de Jenkins dedicándose al contrabando, por lo que, tras capturarlo, le cortó la oreja con su espada, como lección.

Este hecho indignó a la opinión pública británica, a la que no era necesario recordar la «leyenda negra» que acompañaba a los españoles desde los tiempos de Felipe II.

Pero la Guerra de la Oreja de Jenkins no dejó de ser un conjunto de escaramuzas, como la que ocurrió el 22 de noviembre de 1739, cuando una flota británica de seis barcos dirigida por el almirante Vernon capturó el puerto de Portobelo, situado en la costa oriental del istmo de Panamá, que se hallaba en poder de los españoles. Los británicos lograrían llevar a cabo esta acción perdiendo muy pocos hombres.

Estos enfrentamientos militares entre británicos y españoles continuarían al

estallar la Guerra de Sucesión de Austria en 1740, finalizando en 1748 con la firma del Tratado de Aquisgrán.

## **Demasiado cerebro**

La Guerra de los Siete Años supuso la irrupción de Prusia como una potente nación y la consolidación de Inglaterra como la potencia imperial más importante del mundo a costa de su gran rival, Francia. Este conflicto se desarrolló entre 1756 y 1763, y había estado precedido por las guerras de Silesia (1740-1745). En la Guerra de los Siete Años, Prusia se enfrentó a la vez a Catalina II *la Grande* de Rusia, a Maria Teresa de Austria y al rey de Francia Luis XV. Pero Prusia no se

encontró sola ante este descomunal desafío: Inglaterra acudió en su ayuda, proporcionándole dinero y atacando a Francia en sus posesiones coloniales.

Un claro ejemplo de la célebre flema británica se dio durante este conflicto. Un general inglés, George Townshend, tenía merecida fama de permanecer imperturbable bajo el fuego enemigo. Tuvo ocasión de demostrarlo en medio de una batalla, cuando a su lado se encontraba un oficial alemán llamado Scheiger.

En un momento de la encarnizada lucha, un proyectil impactó contra la cabeza del alemán, destrozándole el cráneo. El inglés, pese a estar muy próximo, no resultó herido, pero quedó

completamente salpicado de masa encefálica del oficial germano. Y en lugar de quedar vivamente impresionado por la muerte de la persona que tenía al lado, Townshend se limitó a limpiarse con un pañuelo los restos sangrientos que habían saltado sobre su uniforme, exclamando:

—¡Vaya! ¡Nunca hubiera sospechado que Scheiger tuviera tanto cerebro!

## **Duelo original**

Durante la Guerra de los Siete Años, los oficiales británicos que se encontraban destinados en las colonias americanas, acostumbrados a la reglamentación de todos los aspectos relacionados con el combate, tuvieron

que enfrentarse a las singulares ideas de los naturales del país.

Esto fue lo que le ocurrió a un oficial británico que, a consecuencia de una disputa, retó a un duelo a un norteamericano llamado Israel Putnam, al que dejó escoger el arma con la que debían enfrentarse. Consciente Putnam de que, en un desafío con un arma convencional, el experimentado oficial inglés tendría todas las de ganar, propuso un duelo muy original. Ambos se sentarían sobre sendos barriles de pólvora, con sus correspondientes mechas, que se encenderían a la vez. El primero que se levantase de su barril, perdería el duelo.

El británico se quedó perplejo ante la

inusual propuesta, pero estaba obligado a cumplir su palabra, por lo que todo se dispuso para que pudiera llevarse a cabo el reto. Cada uno se sentó en su barril respectivo y se encendieron las mechas. Mientras que el inglés mostraba bien a las claras su nerviosismo, el norteamericano se encendió tranquilamente una pipa. Los segundos iban pasando y el oficial ya no podía aguantar más tiempo sentado. Las mechas se iban consumiendo y cada vez faltaba menos para que los barriles estallasen...

El inglés saltó de su barril y corrió a ponerse a salvo, pero el norteamericano siguió sentado sin alterarse lo más mínimo. A los pocos segundos, las dos

mechas se consumieron, pero no sucedió absolutamente nada. Los presentes se acercaron para buscar el motivo por el que no habían explotado los barriles de pólvora. La explicación del norteamericano sí que produjo una explosión, pero en este caso de risas: reveló que en los toneles no había pólvora... ¡sino cebollas!

### **«Estas moscas pican»**

El 14 de octubre de 1758, también durante la Guerra de los Siete Años, los prusianos de Federico *el Grande* se enfrentaron a los austríacos del conde de Daun en la batalla de Hochkirken. Allí, los soldados del conde sorprendieron a Federico de madrugada y lo desalojaron

de sus posiciones, capturando toda su artillería, consistente en 101 cañones. Pero los prusianos mantuvieron la calma y se reorganizaron.

Una vez formadas las líneas, la infantería prusiana atacó una posición austríaca en la que se habían reunido varios generales. Las balas comenzaron a silbar alrededor de los austríacos, pero el general Serbelloni intentó tranquilizarlos diciendo:

—No se preocupen, señores; ¡solo son moscas!

El resto de generales no estaba muy de acuerdo con la apreciación de Serbelloni, por lo que uno de ellos añadió:

—Es posible, pero creo que estas son de las que pican...

Finalmente, los prusianos, que habían perdido 9.000 hombres, lograron causar aproximadamente el mismo número de bajas en las filas austríacas y se retiraron en dirección a Bautzen, aunque tuvieron que dejar atrás todas las tiendas y el equipo.

## **Planes muy secretos**

Federico *el Grande* se caracterizaba por mantener un estricto secreto sobre sus planes militares, para que no se diese ninguna fuga de información que pudiera llegar hasta el enemigo. Su discreción llegaba a exasperar incluso a sus generales, que desconocían las

intenciones del monarca hasta el mismo momento en el que daba la orden de atacar. Sin embargo, el que había sido tutor de Federico, Christoph von Kalckstein, se vanagloriaba de tener acceso directo al rey gracias a su antigua amistad y de saber antes que nadie lo que este se proponía.

En un momento en el que existían rumores de que Federico tenía pensado lanzar sus tropas a una campaña en la región de Silesia, Von Kalckstein fue requerido por varios generales para que, aprovechando su ascendiente sobre el rey, intentase conseguir alguna información al respecto. Así pues, el viejo tutor forzó un encuentro casual con el monarca prusiano:

—¡Ah, Majestad! —le dijo—. He oído por ahí que vamos a ir a la guerra, ¿es verdad?

—¿De dónde ha sacado eso? —le interpelló Federico.

—Pues... —dudó el tutor—, es que dicen que hay tropas que se dirigen a Silesia...

Entonces Federico le dijo en voz baja a Von Kalckstein:

—Bien, mi querido amigo, ¿sabe usted guardar un secreto?

—¡Oh, sí, Majestad! —exclamó el tutor, aguzando el oído.

—Pues yo también.

## ¿Orgullo o arrogancia?

Durante un desfile militar, Federico *el Grande* se encontraba acompañado por sir Robert Sutton, un diplomático inglés, presenciando ambos el paso de los temibles granaderos prusianos. Ante el espectáculo ofrecido por sus tropas, el monarca le preguntó al británico:

—¿Usted cree que un número igual de soldados ingleses podría vencer a estos soldados prusianos?

El diplomático, aparentando no estar impresionado por la demostración de poderío militar de Federico, le contestó:

—No lo sé. Pero de lo que sí estoy seguro es de que, con solo la mitad, al menos lo intentarían.

## Rencor olvidado

Federico de Prusia era muy exigente con sus generales. Cuando estos le fallaban o no estaban a la altura de lo esperado, les guardaba un rencor que no olvidaba en años. Uno de ellos, el general Hans Karl von Winterfeldt, había caído en desgracia ante el monarca, que ni tan siquiera se dignaba en dirigirle la palabra. En una ocasión, ambos se encontraron casualmente en Potsdam y el general le saludó con gran respeto. Sin embargo, Federico no tan solo lo ignoró, sino que además le dio la espalda de forma ostensible. En ese momento, Von Winterfeldt exclamó:

—¡Estoy contento! ¡Su Majestad ya

no está enemistado conmigo!

Federico, confundido, se dio la vuelta y le preguntó:

—¿Cómo que no estoy enfadado con usted?

—Pues... ¡porque su Majestad nunca ha dado la espalda a un enemigo!

Esta ingeniosa ocurrencia hizo reír al rey, quien de inmediato se acercó a Von Winterfeldt y le abrazó, sellando de este modo su reconciliación.

## **Cuestionario imprevisto**

Cuando un nuevo soldado se incorporaba a la guardia personal de Federico *el Grande*, el monarca, al pasar revista a sus hombres, se dirigía a

él personalmente y solía formularle tres preguntas. La primera era «¿Cuántos años tienes?», la segunda «¿Cuánto tiempo llevas sirviendo en el ejército?» y la tercera «¿Estás satisfecho con la paga y el trato que se te da?»

Este sencillo cuestionario era resuelto sin ninguna dificultad por los nuevos miembros de la guardia, pero en una ocasión dio lugar a una divertida anécdota. La protagonizó un soldado nacido en Francia, pero que se había alistado en el ejército de Prusia. Aunque llevaba sirviendo más de un año en las fuerzas prusianas, no dominaba aún el idioma alemán.

Al saber por medio de su capitán que el monarca en persona le haría tres

preguntas, el nuevo integrante de la guardia se puso muy nervioso, puesto que deseaba causarle buena impresión y esto no sería posible si confesaba que aún no entendía el idioma germano. Y para que el soldado estuviera más tranquilo, el capitán le indicó las tres preguntas que, invariablemente, siempre hacía a los nuevos, y el francés ensayó las tres respuestas en un perfecto alemán.

El día en el que Federico pasó revista a su guardia, reparó en el joven francés. Se acercó a él y, para desgracia del soldado, en esa ocasión cambió el orden del cuestionario:

—¿Cuánto tiempo llevas sirviendo en el ejército?

—¡Veinte años, Majestad! —  
respondió el joven sin dudarlo y con una  
sonrisa en el rostro, pensando que se  
interesaba por su edad.

El monarca, al comprobar que su  
aspecto era el de un muchacho, pensó  
que le estaba tomando el pelo. Pero aun  
así, le preguntó:

—¿Cuántos años tienes?

Creyendo que le estaba haciendo la  
pregunta relativa al tiempo que llevaba  
sirviendo en el ejército prusiano, el  
soldado francés le dijo:

—¡Un año, Majestad!

El rey ya no tenía ninguna duda de  
que el soldado se estaba burlando de él.

Antes de ordenar que lo arrestasen exclamó:

—¡No entiendo nada! ¡O este hombre está chiflado o yo me estoy volviendo loco!

El francés, convencido de que el monarca estaba formulando la última pregunta («¿Está contento con la paga y el trato recibido?»), respondió sonriente:

—¡Estoy de acuerdo con ambas cosas!

Federico *el Grande* se acercó al soldado y le gritó:

—¿Qué es esto? ¡Es la primera vez que un miembro de mi guardia se atreve a tacharme de loco!

El joven, confundido por esta «cuarta pregunta» no prevista, permaneció en silencio. Como el monarca estalló en insultos, el soldado acabó reconociendo, en su propio idioma, que aún no entendía el alemán. Y el rey, que comprendía perfectamente el francés, se quedó perplejo ante la insólita situación que se había creado. Pero de repente el monarca quebró ese momento de tensión rompiendo a reír, tranquilizando al pobre muchacho y limitándose a recomendarle que aprendiese alemán lo más rápido posible.

### **Trágica posdata**

Aunque, tal como vemos, Federico *el Grande* demostraba poseer un gran

sentido del humor que le hacía encajar con comprensión los errores cometidos por los hombres que estaban a sus órdenes, en ocasiones el monarca se dejaba llevar por su férrea disciplina y no perdonaba los fallos que podían poner en peligro a su ejército.

En una ocasión, durante una campaña militar en Silesia, Federico dio órdenes tajantes de que se apagasen todos los fuegos del campamento, para que el enemigo no pudiera descubrir su posición. Y para asegurarse de que su orden era cumplida a rajatabla, él mismo se encargó de recorrer el campamento, inspeccionando todas las tiendas y recordando a los soldados que no se les ocurriera encender ni una luz.

Al cabo de un rato, el monarca percibió una tenue luminosidad que salía del interior de una de las tiendas. Se acercó hasta ella, entró y sorprendió a un capitán llamado Zietern, que tenía una vela encendida sobre su mesa. Al darse cuenta de que era el rey en persona, el capitán apagó la vela al instante; pero ya era demasiado tarde.

—¿Qué hacía esa vela encendida? — preguntó el monarca.

—Disculpe, Majestad, ya sé que había dado órdenes de apagarlas todas; le ruego que me perdone.

—Y ¿para qué la necesitaba? ¿Qué estaba haciendo?

—Pues estaba escribiendo una carta

a mi mujer —dijo el capitán, esperando despertar las simpatías del rey.

—Muy bien —afirmó fríamente Federico—, encienda la vela y continúe escribiendo, pero tendrá que añadir la posdata que le dictaré.

El capitán, muy contento por haberse ganado la comprensión del rey, evitando el castigo, se puso manos a la obra y desplegó de nuevo el papel de la carta. Cuando ya tenía la pluma preparada para escribir, el monarca le dijo:

—Escriba, capitán Zietern: «Mañana tengo una cita con la horca».

## **Guardianes de campos de patatas**

Sin duda, los alemanes saben

reconocer las virtudes de la patata. Cocinadas de múltiples formas, las patatas han sido muy apreciadas por la población germana, recurriendo a ellas especialmente para sobrellevar tiempos de penuria. Y Federico *el Grande* fue el auténtico introductor de la patata en su país. Consciente de que ese tubérculo, nutritivo y fácil de cultivar, podía convertirse en la base de la alimentación de sus súbditos, el monarca prusiano hizo público un edicto en el que ordenaba el cultivo de la patata.

Sin embargo, los campesinos desconfiaban de ese tubérculo procedente de América y preferían continuar con los cultivos tradicionales. Ante el poco éxito de su iniciativa,

Federico se vio obligado a emplear a su ejército para obligar a los campesinos a plantar patatas. Incluso se dieron algunos casos en los que, una vez que el ejército pasaba de largo, las plantas eran arrancadas por los propios agricultores. Por lo tanto, el rey se vio forzado a emplear a sus soldados para vigilar los campos y garantizar que las patatas fueran cultivadas.

### **Un general marca distancias**

Un general, que tenía fama de no ser muy despierto, se dirigió al conde de Schwerin, un general prusiano de Federico *el Grande* que era conocido por su gran arrogancia.

—Me gustaría que alguna vez

hiciéramos una campaña juntos. Me parece que nos entenderíamos muy bien en el campo de batalla.

El engreído conde de Schwerin no dudó en marcar las distancias con su colega:

—Por supuesto, amigo —le respondió—. Podéis estar seguro de que yo os daría las órdenes tan claramente que no tendríais ningún problema para cumplirlas con total exactitud.

De todos modos, nadie puede poner en duda la valía del conde de Schwerin. Cayó durante la toma de Praga en 1757, lo que Federico lamentó profundamente, afirmando que Schwerin «valía por diez mil hombres».

## **Asalto en solitario**

Precisamente durante la campaña que supuso la toma de Praga, las tropas prusianas se dirigieron a continuación hacia Kolin, defendida por una poderosa fuerza al mando del mariscal de campo austríaco Von Daun. Una vez llegados, Federico ordenó un asalto tras otro contra las posiciones austríacas, pero la artillería enemiga barría en cada ocasión las filas prusianas que pretendían tomar Kolin.

Sin embargo, el monarca seguía enviando nuevas oleadas de soldados contra las defensas, con idéntico resultado. Pese a que la derrota era un hecho y no quedaban ya hombres que

lanzar contra la artillería austríaca, el rey ordenó una nueva carga. En ese momento, un oficial se atrevió a preguntar a Federico:

—¿Vuestra Majestad tiene intención de asaltar las baterías él solo?

## **Disciplina prusiana**

El ejército de Prusia debía compensar su reducido número de efectivos —comparado con el de otras naciones más pobladas como Francia o Austria— con una mejor preparación militar de sus hombres. Para ello, era fundamental, además de mantener una buena forma física, que se les proporcionase un entrenamiento exhaustivo.

La caballería prusiana era un ejemplo de ese adiestramiento tan exigente. El general Seydlitz era el encargado de entrenar a los jinetes: les obligaba a cabalgar a toda velocidad por terrenos escarpados, lo que ocasionaba frecuentes caídas, que en no pocos casos acababan con la vida de los soldados. Y este alto número de bajas llegó a oídos de Federico, que se dirigió a Seydlitz para pedirle explicaciones. El general no se inmutó por ello y se limitó a responderle:

—Si vuestra Majestad se preocupa por unos pocos cuellos rotos nunca tendrá los osados jinetes que necesita en el campo de batalla.

Aunque los métodos de Seydlitz eran

inhumanos, en honor a la verdad hay que decir que fueron muy efectivos. Así, en la batalla de Rossbach, el 5 de noviembre de 1757, la caballería prusiana arrolló hasta en cuatro ocasiones las líneas francesas comandadas por el general Soubise, provocando finalmente una desbandada general entre las tropas galas. Según el testimonio de un oficial francés, los jinetes prusianos cargaron en perfecta formación y a «increíble velocidad».

Y fueron esos éxitos fulgurantes del ejército prusiano los que despertaron la atención de toda Europa. A Prusia llegaron representantes de la mayoría de reinos europeos, interesados por descubrir las claves que habían hecho

de ese pequeño ejército una fuerza tan temible. España envió a Juan Martín Álvarez de Sotomayor, con la misión de recoger todos esos datos para que pudieran ser luego aplicados al ejército español. Cuando Álvarez se presentó ante Federico, el monarca prusiano evidenció su sorpresa por que fuera precisamente España quien se interesase por sus revolucionarios métodos militares. El rey reconoció que buena parte de las innovaciones aplicadas en su ejército provenían de un tratado español, llamado *Reflexiones militares*, del tercer marqués de Santa Cruz de Marcenado. Los once tomos de los que constaba la obra los tenía el monarca prusiano en un lugar bien visible de su

despacho. Por su parte, el ruborizado representante del monarca español tuvo que admitir que no conocía esa obra, para sorpresa de Federico.

## **Conversación con un desertor**

Tras el desastre de las tropas prusianas en la batalla de Kunersdorf, muchos creían que Prusia estaba a punto de caer derrotada ante la coalición que estaba formada por Austria, Rusia y Francia.

Este convencimiento de que el futuro no era muy prometedor para los ejércitos de Federico *el Grande* se instaló incluso entre las propias tropas prusianas, que dudaban de que pudieran lograr la victoria. De hecho, un buen

número de soldados prusianos dejaron las armas y huyeron. Uno de estos desertores fue capturado y llevado a presencia del rey, antes de su previsible condena a muerte.

Federico, que estaba preocupado por las últimas derrotas, preguntó al desertor:

—Bien, ¿por qué has huido?

—Porque parece que las cosas no van demasiado bien a su Majestad — respondió el soldado sin miramientos.

Cuando todos los presentes creían que esa insolencia sería castigada de inmediato con la muerte, Federico ordenó al soldado que se acercarse y le dijo:

—Yo de ti esperarí­a una semana. Si las cosas continúan marchando tan mal, desertaremos juntos...

Finalmente, los prusianos resistieron el empuje de sus enemigos y lograrían alcanzar una paz razonable, lo que para ellos fue un éxito considerable. La paz de Hubertsburg, firmada en 1763 entre Prusia y Austria, reconocía la base del statu quo anterior a la guerra, lo que en la práctica significaba el reconocimiento de Prusia como gran potencia europea.

Por su parte, los ingleses, tras firmar el Tratado de París de 1763, se aseguraron el dominio del comercio mundial, obteniendo nuevas posesiones en América del Norte, la India y África, a costa de los franceses.

## **La primera ambulancia militar**

Durante siglos, los ejércitos se habían ocupado de mejorar las tácticas, el armamento o el entrenamiento de sus hombres pero, por el contrario, nunca se habían hecho grandes progresos en la atención de los heridos en el campo de batalla.

Esta preocupación no llegaría a concretarse hasta la batalla de Solferino, en 1859, lo que daría lugar a la creación de la Cruz Roja. No obstante, un cirujano militar francés, Jean Larrey, planteó por primera vez en 1792 un sistema para atender a los heridos en el lugar del combate y, en caso necesario, trasladarlos de inmediato a la

retaguardia. Para ello ideó un grupo de tres cirujanos a caballo y un asistente que transportaban un botiquín y una canasta grande en la que trasladar a los heridos más graves.

En los enfrentamientos entre franceses por un lado y austríacos y prusianos por el otro en la región del Rin, Larrey pudo poner en práctica su particular ambulancia. El éxito de esta asistencia inmediata en el campo de batalla animó a Larrey a formar muchos más grupos de cirujanos, una iniciativa que fue extraordinariamente bien acogida por los soldados.

## **Mejor en infantería**

Aunque los generales franceses

solían tomarse la guerra muy en serio, uno de ellos, el general Hoche, tuvo el suficiente sentido del humor como para tomarse a broma una situación comprometida. Así, en el año 1793, Hoche estaba en medio de una lucha sin cuartel contra las tropas austríacas en Geisberg. Un disparo de cañón impactó contra un árbol e hizo que se precipitase sobre él una gran rama, haciéndole caer de su caballo.

Una vez en pie, volvió a subir a su cabalgadura e intentó continuar luchando, pero a los pocos segundos otra bala de cañón hirió al caballo, haciéndole caer de nuevo. La reacción final de Hoche podría suponer la envidia de los flemáticos generales

británicos, puesto que se puso en pie diciendo:

—¡Esos caballeros quieren convencerme de que debería servir en infantería!

## **Batalla naval ganada por la caballería**

El 20 de enero de 1795 quedó demostrado que la caballería puede capturar barcos enemigos. Este enfrentamiento sin precedentes entre jinetes y marineros se dio durante las guerras provocadas por la Revolución Francesa, cuando holandeses, británicos y austríacos se unieron contra Francia.

El general de caballería Charles Pichegru (1761-1804), quien invadió

Holanda en el invierno de 1794, encontró barcos holandeses inmovilizados por el hielo frente a la costa, en el puerto de la isla de Texel, cerca de Ámsterdam. Sin dudarlo, Pichegru marchó junto a sus húsares a través de las aguas heladas y entabló batalla contra los sorprendidos marineros, que no habían sido adiestrados para enfrentarse a la caballería. Aprovechando la falta de reacción de las tripulaciones, los franceses los derrotaron rápidamente y se apoderaron de los navíos.

# Capítulo 6

## Napoleón: el genio de la estrategia

*E*l militar más célebre de todos los tiempos es, con justicia, Napoleón Bonaparte (1769-1821). En pocas ocasiones un solo hombre provocó un terremoto de tal naturaleza en el continente europeo. Hicieron falta siete coaliciones internacionales para derrotarle. A partir de 1793, cuando los sardos y los austríacos lucharon contra él en el norte de Italia, Napoleón tuvo que enfrentarse a ingleses, prusianos, rusos, españoles o suecos. Y,

finalmente, las potencias coaligadas tan solo pudieron vencerle cuando aprendieron sus revolucionarios procedimientos y lo imitaron de forma simultánea y coordinada. En 1814 abdicó y fue confinado en la isla de Elba, pero regresó a París, aclamado por las masas. Pero Napoleón sería definitivamente derrotado en Waterloo el 18 de junio de 1815.

Su influencia en la historia militar es tan notable que se percibe aún en la actualidad. Su gran aportación fue la importancia que atribuyó a la estrategia. Hasta entonces tenía un papel preponderante la táctica, es decir, la disposición concreta que adoptaban los ejércitos en el campo de batalla. Antes

de Napoleón, la estrategia se limitaba a desplazar las unidades de combate hasta el lugar en donde se desarrollaría el combate convenido. Pero Napoleón rompe con esos principios y busca la ventaja mucho antes de que se produzca la batalla. Ya antes de que hablen las armas, el genio francés dispone sus fuerzas de modo que corten los canales de comunicación del enemigo con su retaguardia, o para que bloqueen las posibles rutas de retirada. De este modo, cuando Napoleón entra en combate no deja nada al azar y cuenta ya con muchas posibilidades de victoria.

Napoleón concibe las batallas como grandes operaciones de cerco, empleando la artillería a distancia y

concentrando sus fuerzas en un punto concreto de la formación enemiga. El corso confiaba en la acción de choque de la columna, a cuyo paso arrollador quedaba roto el centro del adversario. Si era posible, la caballería se encargaba de perseguir al enemigo en desbandada, desalojándolo del campo de batalla. Además, para Napoléon era más importante la improvisación que la planificación. Una vez iniciado el combate, iba tomando decisiones según se desarrollaba la lucha. Esta flexibilidad le permitía responder con rapidez a cualquier movimiento del enemigo.

No hay que desdeñar tampoco el aspecto psicológico. Al enfrentarse a

Napoléon, sus enemigos solían verse derrotados de antemano, conocedores de la habilidad del francés para plantear las batallas de modo que cualquier resistencia fuera inútil. En una ocasión en la que Napoleón se encontraba en el centro del campo de batalla y las tropas austríacas estaban alrededor de él, los generales austríacos llegaron a decir que ellos mismos estaban rodeados...

Pero Napoléon también mostró sus limitaciones. No concedió la importancia suficiente a la intendencia y eso lo pagaría muy caro. Mientras sus tropas se desplazaron por las regiones pobladas y fértiles del centro de Europa, en las que había abundante disposición de alimentos, su ejército pudo vivir

sobre el terreno. En cambio, no es una coincidencia que las dos primeras grandes derrotas de Napoleón se diesen en la península Ibérica y en las estepas rusas, dos regiones en las que la revolución agrícola y demográfica no se había producido y que, por lo tanto, no podían aportar los abastecimientos necesarios para su ejército. No hay que olvidar que el mismo Napoleón afirmó que «los soldados marchan al ritmo de sus estómagos».

De todos modos, el gran error del curso fue dirigirse hacia un objetivo políticamente imposible. Basándose en débiles alianzas con las otras potencias continentales, pretendió instaurar un bloqueo en toda Europa para impedir la

entrada de productos ingleses y forzar así su rendición. Sin embargo, Inglaterra, que conservó siempre todo su poderío naval, fue finalmente la que acabó con los sueños de *l'empereur*.

## **A pedradas en Alejandría**

El 21 de marzo de 1801, las fuerzas británicas dirigidas por el general Ralph Abercromby se enfrentaron a las francesas en la ciudad egipcia de Alejandría. La batalla resultó un enfrentamiento encarnizado entre ambos ejércitos, que se saldaría con la victoria de las armas inglesas. El ataque fue al atardecer, por lo que pronto anocheció. La falta de visibilidad dio lugar a que el 28.º Regimiento Británico de Infantería

se viera atacado por el frente y por la retaguardia. Pese a esa posición tan difícilmente defendible, consiguieron mantener sus posiciones dando muestras de un gran heroísmo. Esta excepcional conducta en el campo de batalla les valdría más tarde el honor de lucir dos distintivos del regimiento: uno en el frente y otro en el dorso del morrión.

La lucha alcanzó tal intensidad que ambos ejércitos se quedaron sin municiones. A falta de balas, los soldados recurrieron a un elemento que existía en abundancia: ¡las piedras! En efecto, ingleses y franceses acabaron lanzándose piedras, que incluso llegaron a producir algunas bajas. Finalmente los británicos se alzaron con la victoria, al

acorrallar a sus enemigos contra las murallas de la ciudad. Los franceses sufrieron unas 3.000 bajas, aunque los ingleses también tuvieron que lamentar unas 1.600 bajas, entre las que se incluía el propio general Abercromby.

## **Cómo mirar por un catalejo**

El almirante Nelson no presentaba a priori las condiciones idóneas para convertirse en uno de los grandes marinos de la historia. Aunque pueda resultar increíble, Nelson confesó que era muy propenso a marearse cuando se encontraba a bordo de un barco. Aun así, el inglés no daba muestras de este malestar. Se calcula que un cinco por ciento de la población sufre esta misma

tendencia al mareo durante la navegación.

El 2 de abril de 1801, una flota británica de 18 navíos de línea y 39 barcos menores se enfrentó en las proximidades de Copenhague a diez naves danesas apoyadas por fuego de baterías costeras. La escuadra británica estaba mandada por el almirante Nelson y por el capitán sir Hayde Parker. Este enfrentamiento en aguas del Báltico no comenzó muy bien para Nelson, puesto que solo pudo entrar en combate con doce buques y además tres de ellos encallaron en la cercana costa. En cambio, los cañones daneses alcanzaron una gran cadencia de fuego sobre los buques ingleses, que no eran capaces de

responder.

Para evitar la más que segura derrota, el capitán Parker hizo señales a Nelson desde su barco pidiendo que emprendiese la retirada ante la presión danesa. Los oficiales que estaban junto a Nelson en el *HMS Elephant* le señalaron las banderas que indicaban la necesidad de escapar de allí, pero el almirante aseguraba que no las veía. Por esta razón, uno de sus asistentes le acercó un catalejo para que Nelson pudiera comprobarlo por sí mismo. El almirante, pese a mirar por él, seguía afirmando que no las veía, por lo que ordenó que la batalla continuara. Sus oficiales, desesperados, insistían en que las banderas indicaban que había que

abandonar la lucha y retirarse.

Nelson volvió a mirar por el catalejo y siguió asegurando que no las veía. Los oficiales estaban seguros de que Nelson mentía para no tener que ordenar la retirada y continuar así luchando, pero uno de los presentes reparó en que el almirante estaba diciendo la verdad, puesto que ¡estaba mirando por su ojo tuerto! En efecto, Nelson había perdido un ojo en Calvi, en 1784, y era con ese ojo con el que estaba mirando por el catalejo. Los oficiales comprendieron que la intención de Nelson era continuar la batalla y no se plantearon la posibilidad de huir. Así pues, los barcos ingleses soportaron el fuerte castigo de los cañones daneses y poco a poco

fueron pasando a la ofensiva.

Finalmente, la flota de Nelson se alzó con la victoria, pese a que el balance no fue demasiado positivo: los británicos perdieron 1.200 hombres y seis de sus barcos tuvieron que ser sometidos a importantes reparaciones. Por parte danesa tan solo un buque fue hundido, pero el resto de navíos sufrió grandes daños. Aunque el resultado final no puede calificarse de aplastante victoria para Nelson, las consecuencias de este enfrentamiento fueron destacables. Tras la derrota danesa, la liga de las potencias del norte quedaría disuelta. La inquebrantable fe en el triunfo demostrada ante los daneses le valdría a Nelson ser nombrado vizconde.

Seis años más tarde, las aguas de Copenhague volverían a ser el escenario de un enfrentamiento entre ambas escuadras. Ante la posibilidad de que los daneses pusieran su flota a disposición de Napoleón, la armada británica bombardeó durante cuatro días la capital danesa. Tras esta acción, 20.000 soldados ingleses al mando de lord Cathcart desembarcaron y tomaron la ciudad. La flota danesa, compuesta por 18 barcos, nada pudo hacer para evitar esta operación y optó por rendirse.

## **La Guerra de las Naranjas**

En 1801, Napoleón exigió a Portugal que rompiera su tradicional alianza con

Gran Bretaña y cerrase sus puertos a los barcos ingleses. En esta pretensión arrastró a España, dirigida en la práctica por Manuel Godoy, mediante la firma del segundo Tratado de San Idelfonso. Según este tratado, España se comprometía a declarar la guerra a Portugal si esta mantenía su apoyo a los ingleses. Ante la negativa portuguesa a someterse a las pretensiones franco-españolas, se desencadenó la que se denominaría la Guerra de las Naranjas.

La campaña militar apenas duró dieciocho días, entre mayo y junio de 1801. En ella, un ejército español, comandado por Godoy, ocupó sucesivamente una docena y media de poblaciones portuguesas (entre ellas

Olivenza, Juromenha y Campo Maior). La resistencia portuguesa fue mínima, en la creencia de que España no albergaba pretensiones territoriales.

El Tratado de Badajoz, por el cual se acordaba la paz, se firmó en la capital pacense el 6 de junio, devolviéndose todas las conquistas a Portugal, con la excepción de Olivenza y sus territorios circundantes. La línea divisoria entre España y Portugal en aquella zona se fijó en el río Guadiana. Y la Guerra de las Naranjas acabó recibiendo ese nombre debido a un ramo de naranjas que Godoy envió a la reina María Luisa al tomar la ciudad de Olivenza.

**Pronóstico acertado en Trafalgar**

La batalla de Trafalgar fue probablemente, junto a la batalla de Salamina y a la de Lepanto, el encuentro naval más decisivo de la historia. El 21 de octubre de 1805, Francia (apoyada por España) e Inglaterra dirimieron su rivalidad en los mares, una pugna que se había mantenido durante doscientos años. Y si la escuadra franco-española hubiera vencido a la inglesa, Napoléon se hubiera encontrado con el camino despejado para la invasión de Gran Bretaña, pudiendo así lanzar la flota de desembarco, compuesta por más de 2.000 embarcaciones, que aguardaban en el puerto de Boulogne la orden de cruzar el canal de la Mancha

Los barcos franceses se dirigieron

hacia el estrecho de Gibraltar para atraer a la flota de Nelson. Ambas escuadras quedaron finalmente dispuestas para la lucha frente al cabo de Trafalgar. Los ingleses contaban con 27 barcos, mientras que los franceses y españoles alinearon 33. Sin embargo, pese a contar con menos buques, las tripulaciones inglesas eran superiores y eran capaces de duplicar el ritmo de fuego respecto a sus adversarios.

Poco antes de la batalla, el almirante Nelson acudió al *Victory* para reunirse con su capitán Thomas Masterman. Analizando lo que podía ocurrir en el inminente encuentro naval, Masterman le dijo que capturar catorce barcos sería todo un éxito. Nelson, muy confiado en

la superioridad de su flota, fue aún más optimista que el capitán de la *Victory* y le aseguró que serían veinte los barcos apresados. Como no podía ser de otro modo, Nelson no se equivocó y, a la postre, fueron veinte los barcos franceses y españoles que cayeron en manos de los ingleses. El resto logró escapar: cuatro huyeron rumbo al estrecho de Gibraltar y nueve lograron refugiarse en el puerto de Cádiz.

El balance para los británicos no pudo ser más favorable: no perdieron ningún barco a consecuencia directa de la batalla. Tan solo una tempestad posterior les hizo perder cinco buques. Mientras que la flota inglesa tuvo 1.700 bajas, la escuadra franco-española sumó

más de 14.000. Sin embargo, la satisfacción para los ingleses no pudo ser completa, puesto que Nelson perdió la vida en el curso de la batalla a bordo de la *Victory*.

## **Bombardeo sobre el hielo en Austerlitz**

La batalla de Austerlitz, también conocida como la de «los tres emperadores», fue una gran victoria para Napoleón. Allí, el 2 de diciembre de 1805, se enfrentó a los rusos, encabezados por el emperador Alejandro, y a los austríacos, con su emperador Francisco II al frente. Su incontestable triunfo sobre los otros dos gobernantes le serviría al curso para

digerir la reciente destrucción de su flota en Trafalgar.

Napoleón contaba con 75.000 hombres, mientras que sus adversarios sumaban 95.000. Las fuerzas de ambos contendientes se dispusieron en dos semicírculos alrededor de la meseta de Plätzen, situada entre la población de Austerlitz y la de Brno. Los franceses ocuparon el borde occidental de la meseta y los rusos se extendieron por el oriental. Rodeando la meseta en el sentido de las agujas del reloj, los austrorrusos intentaron vencer el flanco derecho de Napoleón. Al fracasar ese ataque gracias a la excelente coordinación de la caballería y la infantería francesas, las tropas que lo

habían llevado a cabo quedaron separadas de su centro, por lo que fueron rodeadas y aniquiladas por las fuerzas galas. Seguidamente, Napoleón ordenó el ataque sobre el centro austrorruso, que había quedado desguarnecido, luchando ya en clara superioridad numérica. Así, sus adversarios, apabullados por la concentración de fuego artillero que estaban sufriendo, comenzaron a retirarse pero, debido a las continuas cargas de la caballería francesa, al poco tiempo la huida se convirtió en una auténtica desbandada. Los austrorrusos, llevados ya por el pánico, intentaron escapar a través del helado lago Menitz.

Cuando los mariscales franceses

estaban ya dispuestos a perseguir al ejército austrorruso en retirada, Napoleón tuvo una idea tan genial como mortífera: disparar sus cañones contra el hielo. De este modo, la superficie se resquebrajaría y no podría soportar el paso de tantos hombres. Así lo hizo la artillería francesa y comenzó a disparar sus balas de cañón sobre el hielo. Las consecuencias fueron exactamente las previstas por el corso y la mayoría de los que intentaron huir a través del lago perecieron ahogados.

En total, unos 12.000 soldados del ejército austrorruso murieron en el campo de batalla o flotando sin vida en las frías aguas del Menitz, entre los que se contaban una veintena de generales, y

otros 30.000 sufrieron graves heridas. Además, dejaron atrás cerca de doscientas piezas de artillería. Por su parte, los franceses solo perdieron 6.800 hombres.

Austerlitz es el nombre alemán de la actual Slavkov, situada a veinte kilómetros al este de Brno y perteneciente en la actualidad a la República Checa. Es posible visitar el campo de batalla, de ciento veinte kilómetros cuadrados, gracias a un recorrido turístico inaugurado en junio de 2003. La ruta rodea la meseta de Platzen y pasa posteriormente por el monte Zuran, desde donde Napoleón dirigió la primera fase del choque. A su

paso por la colina Santon se puede contemplar la reproducción de un cañón francés. El camino, que se extiende a lo largo de treinta kilómetros y puede ser completado a pie, bicicleta o vehículo, cuenta con paneles explicativos en varios idiomas que ilustran los hechos sucedidos en cada uno de los lugares señalados. Los trabajos destinados al acondicionamiento de la ruta produjeron un inesperado descubrimiento, cuando fueron localizados durante las excavaciones huesos y dentaduras pertenecientes a los soldados muertos en la batalla.

## **Un mapa inútil**

Tras la incontestable victoria de

Napoleón en Austerlitz, el primer ministro británico William Pitt *el Joven* (1759-1806) enrolló el mapa de Europa que tenía en la pared y lo guardó con un indisimulado disgusto. Según explicó, a partir de ese momento el mapa europeo era inútil, puesto que el continente pertenecía ya a Napoleón Bonaparte.

Pitt *el Joven* también fue el protagonista de una curiosa anécdota. Siendo primer ministro, recibió en su despacho a unos representantes de la milicia para que se alistase en ella simbólicamente. Pitt debía firmar un documento por el que juraba resistir hasta el final en territorio británico en caso de invasión por parte de las tropas napoleónicas. Y el *premier* británico

aceptó firmar el compromiso, pero escribió una nota al margen en la que afirmaba que resistiría en suelo inglés «excepto si la invasión era real», ante la perplejidad de los representantes de la milicia.

Las últimas palabras de Pitt el Joven en su lecho de muerte, el 23 de enero de 1806, no fueron, tal como suelen reflejar los libros de historia, «mi patria, cómo voy a dejar mi patria...». Al parecer, instantes antes de expirar pronunció una frase menos pomposa: «Ahora me comería un pastel de carne de cerdo».

### **Arenga amenazante**

Una vez iniciada la Guerra de Independencia Española contra los

franceses el 2 de mayo de 1808, los británicos se vieron obligados a evacuar la península Ibérica ante la presión del ejército de Napoleón. Las tropas francesas, al mando del general Soult, asaltaron Oporto, asestando un duro castigo a la población por su anglofilia. Pero en abril de 1809, las fuerzas británicas con el general Arthur Wellesley (1769-1852) al frente, que luego pasaría a la historia como el duque de Wellington, llegaron a Lisboa, en donde reunieron un ejército de 30.000 hombres. El objetivo era avanzar hacia el norte para liberar Oporto.

Antes del combate en la población de Torres Vedras, al norte de Lisboa, el general Wellesley dirigió una arenga por

escrito a sus hombres:

—Soldados. Estáis bien mantenidos. Así, el que falte a su deber será fusilado. Vuestro general, Wellesley.

Los soldados no fallaron a la confianza depositada en ellos por el general y consiguieron abrirse paso hacia Oporto. Una vez allí, sorprendieron al general Soult y tomaron la ciudad. Los franceses sufrieron pocas bajas durante la acción, pero perderían más de 5.000 hombres durante la retirada, perseguidos por las tropas de Wellesley.

## **Wellington, defensor de los azotes**

El duque de Wellington se mostró

siempre tan estricto con sus hombres como en el momento en el que les dirigió esa amenazante arenga en Portugal. Como prueba de ello, se mostraba contrario a abolir la práctica de los azotes para castigar a los soldados. Wellington estaba convencido de que los latigazos eran necesarios para mantener la disciplina.

Pero además le empujaba un sentido práctico: creía que era mejor aplicar ese castigo inmediato que no encerrar al culpable en un calabozo. De este modo, el soldado quedaba listo para seguir combatiendo, en lugar de prescindir de él mientras se encontrase arrestado.

**Valor en su justa medida**

En un encuentro con las tropas francesas durante la Guerra de Independencia Española, Wellington envió a un coronel con un mensaje para una brigada de caballería, ordenándoles que lanzasen un ataque en un determinado punto. Ese coronel, dejándose llevar por la euforia del momento, se unió a la brigada y cargó contra los franceses, resultando herido de gravedad. Una vez recuperado, el coronel se presentó ante Wellington para dar explicaciones sobre su valerosa aunque temeraria acción. Pero el duque, ofendido con él, ni tan siquiera le dirigió la palabra.

Probablemente, si el desafortunado coronel hubiera sabido lo que

Wellington opinaba sobre los oficiales que hacían gala de su osadía en el campo de batalla, quizá se lo habría pensado antes de lanzarse a la carga junto al resto de jinetes. Según había afirmado Wellington en una ocasión: «Nada hay tan estúpido sobre la tierra como un oficial intrépido».

## **Invitación al saqueo**

Durante la Guerra de la Independencia, las tropas inglesas que ayudaron a expulsar a los franceses de España recibieron órdenes precisas de no robar ni saquear nada, para ganarse así la confianza de los españoles o, por lo menos, no atraer su enemistad. Pero en una ocasión, el duque de Wellington

observó cómo uno de sus soldados estaba transgrediendo esta norma, ya que corría cargado con un gran panal, del que esperaba obtener la miel.

El general británico, dispuesto a afearle su acción, se le acercó y le preguntó:

—¿De dónde ha sacado usted ese panal?

El soldado, en ese momento, no reconoció a Wellington y creyendo que se trataba de un simple oficial interesado por conseguir otro le respondió:

—Los panales están allí, detrás de la colina. Pero debería darse prisa, porque se los están llevando todos...

## Origen del consomé

Los soldados de Napoleón destinados en España fueron los promotores de la popularización del consomé.

Así, durante la Guerra de la Independencia, un grupo de soldados franceses asaltó la biblioteca del monasterio de Alcántara. Entre los libros que se llevarían a Francia figuraba un recetario de cocina de los monjes en el que figuraba un caldo denominado «consumado». Los franceses rápidamente harían suya la receta, transformando el nombre español en una palabra francesa: *consommé*.

## Una herida providencial

En pocas ocasiones es de agradecer que uno reciba una herida de guerra, pero el caso del capitán inglés Edward Pakenham fue una excepción. El 21 de junio de 1803, los ingleses capturaron la isla de Santa Lucía, hasta ese momento en poder de los franceses. En la lucha por la isla participó el capitán Pakenham, pero tuvo la mala fortuna de que una bala le rozara el cuello, dañándole uno de los nervios. Las consecuencias de esta herida no fueron graves, pero a partir de ese momento el capitán fue incapaz de mantener su cabeza erguida, teniéndola siempre caída hacia un lado.

El 24 de febrero de 1809, el capitán

Pakenham se encontraba de nuevo luchando en el Caribe, en esta ocasión en la isla de Martinica, igualmente en poder de Francia en esos momentos. Una fuerza británica al mando del almirante Cochrane y del general Beckwith tomó la isla, defendida duramente por el almirante francés Villaret de Joyeuse.

Fue durante estos combates cuando el capitán Pakenham recibió otra herida en el cuello, pero en este caso en el otro lado. Aunque parezca increíble, las consecuencias de esta nueva herida compensaron el ladeamiento de la cabeza que le había provocado la anterior. Desde ese momento, asombrosamente, el capitán británico recuperó la posición normal de la

cabeza.

## **Examen superado**

Los aspirantes a entrar en la academia militar británica de Sandhurst debían superar un exigente examen del médico oculista, que debía certificar la buena visión del candidato. Si se detectaba que un aspirante no poseía una buena agudeza visual, las puertas de esta prestigiosa academia quedaban cerradas para siempre.

Uno de los candidatos era un joven un poco corto de vista. Estaba seguro de que no sería capaz de superar el examen. Así pues, se puso manos a la obra para intentar pasarlo de todos modos. Para ello preguntó a los que ya lo habían

realizado, para saber exactamente cómo era la prueba a la que iba a ser sometido. Y de este modo averiguó que el médico situaba al candidato cerca de la ventana y le invitaba a mirar por ella. Una vez allí, le pedía que le describiese el objeto más lejano que estuviera al alcance de su vista.

Decidido a entrar en Sandhurst al precio que fuera, antes de acudir al médico ofreció a un campesino una pequeña cantidad de dinero a cambio de que se mantuviera durante un rato bien lejos del cuartel, alimentando a su caballo con manzanas. Una vez ante el oculista, este le hizo mirar por la ventana y el joven describió la escena: un campesino dando de comer una

manzana a su caballo. El médico a duras penas podía alcanzar a ver el animal, pero, ayudado por unos prismáticos, pudo comprobar que, en efecto, el caballo se estaba comiendo una manzana. E inmediatamente le firmó un certificado en el que dejaba constancia de que tenía una visión perfecta. Gracias a su inventiva, el candidato pudo superar la prueba y cumplir su sueño de entrar en la academia militar de Sandhurst.

## **Censura expeditiva**

Mientras Napoleón intentaba mantener la hegemonía de Francia en el continente europeo, británicos y estadounidenses se enfrentaron en 1812

en un sangriento conflicto. Las tropas de la antigua potencia colonial atacaron Washington, incendiando la residencia del presidente, la Casa Blanca. Y el responsable fue el almirante Cochrane, que antes de que llegase a la capital norteamericana había tenido que soportar una fuerte campaña de desprestigio por parte de la prensa local, en la que se describían sus despiadados métodos de lucha. Así pues, mientras las tropas de Cochrane arrasaban Washington, quemando incluso la biblioteca del Congreso, el almirante ordenó incendiar la redacción del *National Intelligencer*, uno de los periódicos que más se había destacado en esos ataques.

Los soldados británicos se encargaron de que no quedase nada de la redacción del diario. Pero Cochrane, en una nota de humor británico, ordenó a algunos de sus hombres que destruyeran la parte del edificio destinada a la imprenta:

—Sobre todo —dijo el almirante—, asegúrense de que no quede ninguna letra «c». No quiero que esos malnacidos vuelvan a escribir mi nombre...

## **Plantas para Josefina**

Los británicos tuvieron noticia de que la emperatriz Josefina estaba muy interesada en las plantas y flores exóticas. De hecho, en su palacio de

Malmaison había creado un jardín en el que se iban plantando las semillas que los barcos franceses le traían en sus viajes por todo el mundo y que estaba a disposición de los científicos galos para su estudio.

Los ingleses, interesados también en la botánica, no deseaban perjudicar el avance de ese campo en Francia, pese a ser una nación enemiga. Así pues, el Almirantazgo impartió órdenes a todos los capitanes de los barcos de guerra británicos para que, cuando capturasen un barco francés, las plantas y semillas que tenían como destinataria a la emperatriz francesa le fueran enviadas igualmente.

## **Duelo con una mujer**

En el ejército de Napoleón adquirió fama una valiente mujer que se ganó el respeto y la admiración de todos sus compañeros. Se llamaba Suzanne y era natural de Calais. Se alistó a los catorce años, presentándose como una mujer y sin necesidad de hacerse pasar por un muchacho, como ocurría en algunas ocasiones. Al principio se conformaba con ser la encargada de tocar el tambor, pero poco a poco fue adquiriendo habilidades guerreras.

En el año 1798 su regimiento fue enviado a Egipto. Una vez allí, quizá debido a que se encontraban lejos de sus familias, hubo más de un soldado que se

acercó a la joven Suzanne buscando compañía. Para evitar el acoso al que se veía sometida, la muchacha se dedicó a retar a un duelo a todo aquel que la molestaba. Su buen manejo de la espada le permitió mantener alejados a los soldados más insistentes, que acabaron apodándola «la Casta Susana». Suzanne sirvió en todas las campañas llevadas a cabo por el ejército francés. Resultó fatalmente herida en la batalla de Waterloo, por lo que su vida se extinguió a la vez que los días de gloria del gran corso.

El apodo de «la casta Susana» hace referencia al personaje bíblico de Susana, la célebre protagonista del

*Libro de Daniel.* Durante el cautiverio en Babilonia, la joven israelita Susana solía bañarse en su jardín. Dos ancianos jueces de Israel estaban prendados de su belleza. Una noche, los dos ancianos acudieron al jardín e intentaron persuadirla para que se les entregase, pero Susana les rechazó. Los viejos la amenazaron con acusarla de que la habían sorprendido en actitud pecaminosa con un joven, pero la joven no cedió a las amenazas, que los dos jueces cumplieron finalmente. Al ser ellos jueces, todos les creyeron, por más que Susana proclamara su castidad, y fue condenada a muerte.

Cuando la conducían para ser lapidada, Daniel se cruzó con la

comitiva y, conociendo la hipocresía de ambos jueces, les interrogó por separado delante de todo el pueblo: «¿Bajo qué árbol la viste pecando?» «Bajo un lentisco», contestó el primero. Y cuando interrogó al otro dijo: «Bajo una encina», por lo que todo el pueblo conoció la falsedad de la acusación y arrojó sobre los jueces las piedras que tenía preparadas para lapidar a la casta Susana.

## **Siempre hay un lado positivo**

La batalla de Borodino supuso una victoria pírrica para Napoleón. En su avance por la estepa rusa, las tropas del zar se fueron retirando siguiendo la táctica de tierra quemada. Al final, los

rusos decidieron resistir en Borodino y se produjo un gran enfrentamiento con las tropas de Napoleón el 5 de septiembre de 1812, que posteriormente quedaría descrita magistralmente por Leon Tolstoi en su monumental novela *Guerra y paz*. Ese día, pese a la deficiente estrategia planteada por el corso, los rusos acabarían retirándose tras sufrir entre 45.000 y 60.000 bajas, pero dejando tras de sí un rastro de 30.000 franceses muertos, incluyendo 43 generales y 110 coroneles.<sup>6</sup>

Durante la batalla, un general francés resultó herido en una pierna. Llevado a la enfermería, el médico le dijo que no había otro remedio que amputarla. Los que estaban alrededor del general se le

acercaron, dándole ánimos. Sin embargo, en un rincón, el asistente del general permanecía callado, llorando por la mala suerte que había recaído sobre su señor. Al verlo como gimoteaba, el general, haciendo gala de un inesperado sentido del humor en unas circunstancias tan dramáticas como esas, se dirigió a su subordinado diciéndole:

—¡No te preocupes! Además, deberías estar contento... A partir de ahora, ¡solo tendrás que lustrar una bota!

## **Retirada en trineo**

La derrota de la Grande Armée de Napoleón en Rusia dio lugar a momentos de enorme dramatismo, provocados por la posterior retirada a

través de las estepas nevadas, sin víveres y acosados continuamente por el enemigo. Uno de los soldados que sufrió esa penosa retirada, el sargento Bourgoyne, recordaba un ejemplo que daba idea de la debacle general del ejército de Napoleón.

Junto a otros soldados, el sargento se desplazaba en un gran trineo tirado por caballos, en dirección hacia el oeste. De repente, otro trineo les adelantó, pasando a toda velocidad por un lado, y luego desapareció en el horizonte. Al cabo de una hora, el sargento y sus hombres llegaron a una posada y entraron a reponer fuerzas. Una vez entrados en calor, otro soldado francés que también estaba allí comiendo les

preguntó si habían visto pasar el Regimiento Holandés.

El sargento le respondió que no, que durante el recorrido no habían coincidido con ningún regimiento. Pero otro de los presentes, que estaba atento a la conversación, les indicó que hacía media hora que el Regimiento Holandés había pasado por delante de la posada. Ante la extrañeza de todos, puesto que nadie más se había enterado de ello, les aclaró que era lógico que así fuese, al no quedar más que siete hombres de todo el regimiento, y que habían pasado velozmente en un trineo.

Atando cabos, el sargento y sus hombres llegaron a la conclusión de que el trineo que una hora antes les había

adelantado a toda velocidad  
¡transportaba todo lo que quedaba del  
Regimiento Holandés!

## **El principio del fin**

Cuando la noticia de la retirada de Napoleón de Moscú llegó a Francia, los peores temores se abatieron sobre el canciller Charles-Maurice de Talleyrand-Périgord (1754-1838). Fue él quien acuñó la frase «Esto es el principio del fin». Aunque se cree que la célebre sentencia fue en realidad idea de un colaborador de Talleyrand, el barón de Vitrolles, tampoco hay que descartar que tanto uno como otro se inspirasen en una frase similar que aparece en la obra de William Shakespeare *Sueño de una*

*noche de verano* (1596).

## **Conjura descubierta**

El general Malet fue detenido, acusado de conspirar contra Napoleón. Sometido a consejo de guerra, el juez le preguntó:

—¿Con qué cómplices contábais?

—Con vos, si hubiéramos triunfado.

Tras esa respuesta, el juez militar prefirió dar por terminado el interrogatorio del general Malet...

## **Asegurado por un mes**

En mayo de 1813, Napoleón contrató una póliza de seguro que cubría la posibilidad de que muriese en una

batalla o de que fuera hecho prisionero. Al final, la compañía de seguros no quiso arriesgarse y la póliza solo tuvo un mes de validez, período por el que el corso pagó tres libras.

### *Le mot de Cambronne*

La batalla de Waterloo fue la última en la que participó Napoléon y la que supuso su definitiva derrota. Aquel 18 de junio de 1815, en esa pequeña localidad belga situada a veinte kilómetros de Bruselas, el corso intentó por enésima vez llevar a cabo su táctica habitual: romper en dos al enemigo para aniquilarlo separadamente. En este caso, eran las fuerzas británicas y las prusianas, con Wellington y Blucher al

frente, las que iban a enfrentarse al mayor genio militar de la historia.

Sin embargo, en este caso no sería Napoléon el que marcaría la estrategia de la batalla, sino su enemigo. Los aliados dejaron que una pequeña fuerza prusiana se alejara del escenario principal para que sirviera de cebo. El francés cayó en la trampa y envió una parte de su ejército (a 33.000 hombres, con Grouchy al mando) a la caza de los prusianos. Aun así, Napoléon podía enfrentar más de 70.000 soldados a los 67.000 de Wellington.

La batalla comenzó cuando pasaban veinte minutos de las once de la mañana, al ordenar Napoleón atacar las formaciones en cuadro de los británicos

y abriendo fuego con un centenar de cañones de los 246 con los que contaba. El choque comenzó muy bien para los franceses: una violenta carga de caballería comandada por Ney tomó un buen número de cañones, tras feroces combates.

Pero aquí se produjo el segundo error; los franceses no se llevaron estas piezas de artillería hacia sus propias líneas, ni tan siquiera las inutilizaron, como solía hacerse en estos casos, sino que continuaron combatiendo, despreocupándose de ellas. La consecuencia fue que, cuando se produjo el contraataque de los británicos, estos recuperaron los cañones intactos, utilizándolos a continuación contra el

avance de la infantería francesa.

Los combates prosiguieron sin interrupción a lo largo del día. Pero el equilibrio se rompió con la irrupción de 31.000 prusianos, que tomaron el pueblo de Plancenoit. Napoléon tuvo que retirar tropas de la batalla principal para recuperar el pueblo a punta de bayoneta, lo que fue aprovechado por los británicos para contraatacar. Y, alrededor de las ocho de la tarde, las tropas francesas se vieron forzadas a iniciar la retirada.

Cuando la derrota de los hombres de Napoleón era ya un hecho, la Guardia Imperial, cuyo comandante en jefe era el general Pierre de Cambronne (1772-1842), fue invitada por sus enemigos

ingleses a rendirse.

—¡Franceses! —les dijo un enviado británico—, ya habéis demostrado vuestro valor en el campo de batalla, así que ahora podéis rendiros manteniendo vuestro honor a salvo.

La respuesta de Cambronne difiere según las fuentes consultadas La historiografía oficial afirma que el general francés contestó:

—¡La guardia muere, pero no se rinde!

Sin embargo, son muchos los que están convencidos, como refleja Victor Hugo (1802-1885) en su obra *Los miserables*, que Cambronne fue mucho más contundente:

—*Merde!* —se limitó a decir el general.

Esta lacónica respuesta, que no necesita traducción, fue interpretada acertadamente por los ingleses como un rechazo a su oferta de rendición. La anécdota, sea cierta o no, hizo célebre a su presunto autor. Este episodio tuvo tal aceptación que en Francia, para referirse a ese exabrupto, existe un circunloquio: «*Le mot de Cambronne*».

Sea cual fuere la respuesta verídica del general francés, la realidad es que el poder de Napoleón se desintegró ese día en Waterloo.<sup>7</sup> Su ejército perdió 25.000 hombres y fueron capturados unos 8.000, siéndole confiscados 220 cañones. Por

su parte, las bajas británicas ilustran los encarnizados combates que allí se produjeron: unas 15.000 bajas entre muertos y heridos, a las que habría que sumar las más de 7.000 sufridas por los prusianos. Y, finalmente, la derrota de Napoleón conllevó su segunda abdicación, el 22 de junio, y su posterior destierro a la isla de Santa Elena, en el Atlántico, en donde permanecería hasta su muerte, seis años más tarde.

## **Hemorroides fatales**

Mucho se ha escrito sobre las reales o supuestas dolencias que sufría Napoleón. De hecho, algunos achacan la derrota de Napoleón en Waterloo a las

hemorroides que sufría. Esa dolencia le impedía montar a caballo, lo que no le permitió la movilidad necesaria para dirigir eficientemente la batalla, lo que pudo ser la causa última de su derrota ante el duque de Wellington. Pero el corso no sufría solamente esta molestia: las hemorroides venían acompañadas de estreñimiento crónico. Cuando la falta de regularidad intestinal desaparecía era para peor, puesto que caía víctima de la gastroenteritis. Además, en los días previos a la batalla de Waterloo, Napoleón se vio obligado a tomar potentes medicamentos para atajar un brote de disentería.

Esta circunstancia también pudo tener su influencia en el planteamiento de la

batalla, puesto que normalmente el corso dormía muy poco y, en cambio, antes de Waterloo durmió mucho más de lo habitual, debido a los efectos secundarios de esas medicinas, lo que le impidió dirigir las escaramuzas que se produjeron entre franceses y prusianos en la noche del 15 al 16 de junio. Estos combates marcarían el posterior desarrollo del choque decisivo, puesto que las tropas prusianas supervivientes de esos combates fueron las que después servirían como cebo para que Napoleón enviase parte de sus fuerzas tras ellos. Y tampoco era extraño que Napoleón presentase cuadros febriles, además de úlceras pépticas, infecciones en la orina o exceso de líquidos en los pulmones.

Por último, no se puede dejar de señalar una característica propia de Napoleón Bonaparte: su anormalmente pequeño miembro viril, de tan solo una pulgada. Durante la autopsia le fue amputado el miembro y se le sometió a un proceso de conservación. Aunque se intentó subastar en la galería Christie's en 1972, no hubo nadie dispuesto a pujar ni tan siquiera por el precio de salida.

### **Un anillo muy importante**

Al día siguiente de la batalla de Waterloo, un joven subalterno de Wellington, lord Fitzroy Somerset, después conocido como lord Raglan, sufrió la amputación de un brazo, debido a las heridas recibidas durante la lucha.

Y, cuando volvió en sí tras desaparecer el efecto de la anestesia, lo primero que dijo fue:

—¡Devuélvanme mi brazo! ¡Llevaba el anillo que me regaló mi esposa!<sup>8</sup>

## **Taxi a Waterloo**

Casi siglo y medio después de la célebre batalla, el mariscal británico Bernard Montgomery, uno de los grandes héroes durante la Segunda Guerra Mundial, protagonizaría una anécdota relacionada con el enfrentamiento que supuso la derrota definitiva de Napoleón a manos del Duque de Wellington.

Montgomery subió a un taxi

londinense:

—¿Dónde quiere ir? —le preguntó el conductor.

—A Waterloo, por favor —indicó el mariscal.

—A la estación de Waterloo, ¿no?

—Sí. Para presentarme a la batalla ya llego un poco tarde...

### **Los impacientes soldados rusos**

Tras la derrota de Napoleón, los soldados rusos formaron parte de las tropas que ocuparon París. Y bien es sabido que los rusos son grandes aficionados a la bebida durante sus celebraciones. Así, la estancia de los soldados rusos en la capital parisina se

convirtió en una fiesta permanente y el alcohol fue a todas horas el gran protagonista de sus anécdotas. Por ejemplo, los soldados rusos acudían a todos los bares de la ciudad dando muestras de impaciencia y siempre gritaban: «*¡vystro, vystro!*» («¡deprisa, deprisa!», en ruso), pidiendo un vaso de vino tras otro. Al final, el peculiar «grito de guerra» de los soldados rusos se incorporó al léxico francés, pasando a conocerse el típico restaurante parisino como «*bistro*».

## **Las espaldas de los franceses**

El duque de Wellington se encontraba presente en el Congreso de Viena, en 1815, en el que se reunieron las

potencias que habían vencido a Napoleón para establecer un nuevo equilibrio de fuerzas entre los diversos estados. El acta final estableció que Francia debía volver a las fronteras anteriores a 1789, Italia veía sancionada su división, al igual que Alemania, mientras que Rusia y Gran Bretaña veían confirmada su primacía en Europa oriental y en el mar, respectivamente.

Contrariados por la derrota de Napoleón, varios oficiales franceses, al encontrarse con Wellington, le dieron la espalda. En esos momentos, una dama francesa que contemplaba la escena se dirigió al militar británico para pedirle excusas:

—Lo siento, no tienen educación.

Wellington, que sabía lo que era vencer a los ejércitos franceses, a los que había visto en retirada, le contestó:

—No se preocupe, *madame*, ya he visto sus espaldas en otras ocasiones.

El hombre que derrotó a Napoleón recibiría hasta el final de sus días el reconocimiento de sus conciudadanos. Presidió el gobierno británico entre 1828 y 1830 y posteriormente sería ministro de Asuntos Exteriores en dos ocasiones, en 1834-35 y 1841-46.

# Capítulo 7

## La última cruzada: Crimea (1853-1856)

*E*ntre 1853 y 1856, la Guerra de Crimea enfrentó a Rusia y Turquía, siendo esta última apoyada por Francia y Gran Bretaña. El motivo de esta disputa era la intención rusa de proteger a los súbditos cristianos que vivían en el Imperio Otomano. El zar Nicolás I, que consideraba que Rusia era la heredera del Imperio Romano de Oriente, pretendía establecer un protectorado sobre los Santos Lugares, por lo que, para algunos historiadores, este

conflicto puede ser considerado como «la última cruzada».

El *casus belli* escogido por Nicolás I para enfrentarse a los turcos no pudo ser más absurdo. A principios de 1853 se produjo una disputa en la iglesia del Santo Sepulcro, en Jerusalén, entre los monjes de las iglesias griega ortodoxa y católica romana. Parece ser que la razón del altercado fue dirimir quién debía estar en posesión de las llaves del recinto sagrado y el lugar exacto que debía ocupar una estrella de plata. Mientras tanto, la policía turca prefirió permanecer fuera del templo para no inmiscuirse en esas desavenencias entre cristianos.

Sin embargo, el incidente degeneró en una serie de agresiones que acabarían costando la vida a varios monjes ortodoxos. Cuando las noticias de estos luctuosos sucesos llegaron a oídos del zar, este vio ante sí la oportunidad de achacar la muerte de los religiosos a la inoperancia de los musulmanes encargados de mantener el orden en la Ciudad Santa. Por entonces, en el Imperio Otomano residían unos catorce millones de cristianos ortodoxos, por lo que Nicolás I proclamó la necesidad de protegerlos, constituyéndose él mismo en su guardián.

Para ello se dirigió al sultán exigiéndole una serie de garantías para la seguridad de la población ortodoxa,

planteando unas inaceptables garantías que suponían la humillación para un estado soberano. Pese a que el Imperio Otomano se encontraba en franca decadencia —era conocido entre los diplomáticos como «el enfermo de Europa»—, el sultán no se avino a aceptar los requerimientos del zar.

De todos modos, las preocupaciones rusas por los cristianos que se encontraban bajo dominio musulmán no eran el principal argumento para justificar el choque con los turcos. La razón más determinante era la disputa por el control estratégico de los Balcanes. Así, la flota rusa del mar Negro se veía obligada a atravesar el estrecho del Bósforo, bajo dominio

turco, para acceder al mar Mediterráneo. Si el zar lograba someter a los otomanos y forzaba la desmembración de su decrepito imperio, Rusia obtendría por fin una salida al mar sin quedar a expensas de los hielos que a menudo impedían a sus barcos zarpar desde los puertos bálticos. Si además, tal como pretendía, obtenía una posición de fuerza en los Balcanes, podría conseguir que el Mediterráneo oriental se convirtiera en un «lago ruso».

Evidentemente, Francia, pero sobre todo la principal potencia marítima, Inglaterra, no podían ver con buenos ojos esta posibilidad. Para justificar su intervención, los franceses recurrieron también a razones vagamente religiosas,

al recordar que, desde los tiempos de las cruzadas, los franceses eran los encargados de proteger a los católicos romanos en Tierra Santa. Por lo tanto, en esa disputa con los ortodoxos, Francia se veía obligada supuestamente a acudir en su auxilio. Así pues, en esta nueva e insólita cruzada, franceses e ingleses se aliaron con las fuerzas musulmanas contra los cristianos ortodoxos, demostrando que los imperativos geopolíticos estaban por encima de los históricos y religiosos.

Para presionar aún más al sultán, las tropas del zar Nicolás I ocuparon las provincias turcas en Rumanía, pero el prometido apoyo anglofrancés animó a Turquía a rechazar las exigencias rusas.

El inminente envío de la flota aliada decidió por fin al sultán a declarar la guerra a Rusia el 4 de noviembre de 1853. Dio comienzo así una breve campaña terrestre en la que los otomanos obtuvieron algunos éxitos, pero antes de que acabase el mes de noviembre los rusos ya habían destruido la flota turca casi por completo. En enero llegó la escuadra anglofrancesa al mar Negro para proteger la costa turca y, finalmente, el 28 de marzo los Aliados declararon la guerra a Rusia.

### **Equipaje extraviado**

Una contienda que había comenzado por un motivo tan rocambolesco como la disputa por los Santos Lugares no podía

presentar unos objetivos claramente definidos. Esto es lo que sucedió tras la decisión de Nicolás I de abandonar sus pretensiones en los Balcanes en el mes de abril, tan solo un mes después de recibir la declaración de guerra anglo-francesa. Además, Nicolás I temía la entrada en liza de Austria, quien había amenazado con atacar a Rusia, contando con el apoyo de Prusia. Y el zar, que ya debía afrontar la enemistad de Francia e Inglaterra, no deseaba tener enfrente a toda Europa en su litigio con Turquía, por lo que accedió a las presiones austríacas, dejando sus ambiciones sobre los Balcanes para mejor ocasión.

Mientras tanto, los Aliados ya habían reunido un ejército de más de 50.000

hombres, dispuestos a poner fin al expansionismo ruso. En ese momento, la decisión más adecuada hubiera sido alcanzar algún acuerdo de paz y cancelar la operación militar, pero se optó por aprovechar la fuerza expedicionaria para destruir el poder naval ruso. Y para ello se escogió como objetivo del ataque aliado la base naval de Sebastopol, situada en la costa de Crimea, en el mar Negro.

El 13 de septiembre, británicos y franceses desembarcaron en la bahía de Calamita, sin encontrar resistencia por parte de los rusos. Una vez asegurada la posición, los soldados iniciaron el despliegue en dirección a Sebastopol. La bahía no era un lugar adecuado para

recibir suministros, por lo que los británicos acabarían apoderándose del puerto de Balaklava, superando una breve resistencia de las tropas locales. Además, los soldados británicos que comenzaron a desembarcar en el puerto de Balaklava llegaban dispuestos a resolver el conflicto lo más rápido posible.

Ansiosos por avanzar de inmediato hacia Sebastopol, en donde sus compatriotas ya habían iniciado el asedio, la mayoría de integrantes del cuerpo del ejército no quisieron esperar a que fueran descargadas sus pesadas mochilas del barco, tomando de inmediato el camino del frente, que distaba tan solo doce kilómetros del

puerto. Por lo tanto, cada soldado contaba únicamente con lo que llevaba puesto en ese momento. Una vez llegados a las puertas de Sebastopol, se dispusieron a descansar de la extenuante caminata, que había discurrido por un camino convertido en un lodazal, y a esperar la llegada inminente de sus mochilas. Sin embargo, los días fueron pasando sin tener noticias de sus pertenencias, por lo que se envió un mensajero al puerto para que se interesase por su paradero.

La sorpresa de la tropa fue mayúscula cuando el mensajero les comunicó que los barcos que los habían transportado a Crimea habían partido de regreso rumbo a la otra orilla del mar

Negro con todas las mochilas en las bodegas, y que no se esperaba la vuelta de los buques... ¡hasta dentro de seis meses!

La rabia y la indignación entre los soldados fue volcánica, pues no entendían cómo se había podido alcanzar ese nivel de incompetencia mientras ellos tenían que jugarse la vida. Las consecuencias de ese desafortunado olvido fueron desastrosas para los soldados que tuvieron que mantener el asedio a Sebastopol. Sin poder mudarse, se vieron obligados a dormir con sus ropas húmedas e infestadas de piojos sobre un suelo permanentemente embarrado. Muy pronto, las fiebres y las enfermedades causadas por los parásitos

provocaron más víctimas entre los soldados ingleses que las balas rusas.

Mientras tanto, ¿qué había sucedido con las mochilas extraviadas? Medio año después, los barcos regresaron a Crimea transportando más tropas. En sus bodegas se guardaban aún las pertenencias de los soldados que se encontraban en Sebastopol. No obstante, no se pudieron enviar a sus propietarios por la sencilla razón de que bien poco quedaba de ellas, pues la mayor parte de su contenido había sido saqueada por otros soldados.

### **Intendencia desastrosa**

Tal como hemos visto en el caso anterior, los errores de la intendencia

británica alcanzaron durante la Guerra de Crimea proporciones colosales. La preocupación más importante para los soldados era combatir el frío. Al principio de la contienda no se tuvo en cuenta este factor, pero más tarde, cuando los hombres morían víctimas de las bajas temperaturas, desde Londres se resolvió poner fin a las penurias de los soldados.

Para ello se procedió a reunir todo tipo de prendas de abrigo. Desde los puertos británicos partieron buques que transportaban grandes cantidades de capotes, mantas y jergones. Y aunque la mayoría de estos barcos llegaron a Crimea sin novedad —tan solo hubo que lamentar el hundimiento en el mar Negro

del *Prince*, con 40.000 capotes en sus bodegas—, allí esperaba un enemigo mucho más poderoso que los rusos: la burocracia militar.

Todo el material llegado al puerto de Balaklava fue debidamente inventariado y transportado a los almacenes del ejército. Una vez en tierras rusas, tan solo podía ser expedido una vez que se hubieran cumplimentado las peticiones correspondientes por los oficiales al mando de cada regimiento. La consecuencia de esta rigidez administrativa fue que, al llegar los meses de diciembre y enero, 9.000 de los 12.000 capotes que habían llegado a Balaklava permanecían todavía en los almacenes. Y los sacos de tela que se

habían enviado para que, una vez rellenos de paja o heno, pudieran ser utilizados por los soldados para no tener que dormir sobre el suelo húmedo, no corrieron mejor suerte. Aunque se enviaron unos 25.000, a los soldados no les llegaron más de un millar por culpa de los obstáculos burocráticos.

Naturalmente, estos jergones habían sido enviados desde Gran Bretaña sin el correspondiente relleno, con el convencimiento de que, una vez en Crimea, no habría ningún problema para obtenerlo. Pero no fue así; la mayoría de los afortunados soldados que pudieron hacerse con uno de ellos se encontró con la desagradable sorpresa de que no tenía a su alcance paja ni heno para

rellenarlos. Así pues, se vieron obligados a continuar durmiendo en el suelo.

La falta de previsión de las autoridades militares británicas afectaría no solo a las personas, sino también a los animales. La mayor parte de los caballos enviados a Crimea murieron a consecuencia de la falta de forraje. Los ingleses habían llegado a un acuerdo con una empresa turca para que les suministrase el heno necesario para la alimentación de los caballos. Al poco tiempo esta empresa quebró, por lo que el suministro quedó seriamente afectado. Pero, una vez restablecido el envío de heno a Crimea, se vio que las cantidades enviadas por los buques de carga a

través del mar Negro no eran suficientes. Desde Gran Bretaña se enviaron unas prensas hidráulicas para comprimir el heno y transportar así una cantidad mayor. Pero la idea resultó un desastre: la maquinaria se instaló en Constantinopla, por lo que todo el heno recogido por toda la geografía turca debía ser primero enviado a la capital y desde allí remitido hacia Crimea, con los consiguientes retrasos.

El resultado fue también desastroso; los caballos británicos, enloquecidos por el hambre, acabaron comiéndose sus correas y alforjas. El intenso frío acabó por condenarles a una muerte lenta e inexorable, de la que no les pudieron librar los soldados, puesto que el

general Cardigan ordenó que no se rematase a ningún caballo.

## **Al frente en calcetines**

En este conflicto, el suministro de calzado a las tropas dejó también mucho que desear. Aunque el ejército británico tenía una dilatada experiencia a la hora de equipar a sus hombres, durante la Guerra de Crimea se dieron algunos errores imperdonables. Por ejemplo, alguien falló en los cálculos y se encargó una mayor cantidad de botas de números pequeños. La consecuencia fue que muchos no podían calzarse las botas, por lo que acabaron robándolas a los cadáveres de los soldados rusos, en una práctica que tendría luego su

continuidad en la Segunda Guerra Mundial, en este caso llevada a cabo por los alemanes.

Pero hubo un error aún más grave. Tras unas semanas de uso, la mayor parte de las suelas de las botas fabricadas en Inglaterra se desprendían. La razón era la mala calidad de este calzado: las autoridades militares británicas deseaban mantener unos costes bajos y los contratistas se habían visto forzados a emplear material de baja calidad. Así pues, el 1 de febrero de 1855, los hombres del 55.º Regimiento británico estaban atravesando un lodazal con el barro hasta las rodillas cuando comenzaron a notar como las suelas se quedaban

literalmente pegadas en el fango, desprendiéndose de las botas. Al salir del cenagal, los soldados tomaron la decisión de arrojar lejos de sí aquellas inútiles botas sin suela y avanzar hacia el frente... ¡en calcetines!

## **Una tonelada de clavos**

Si normalmente las normas burocráticas ocasionan no pocas incomodidades a los ciudadanos, en la guerra suelen crear situaciones claramente absurdas. Eso fue lo que ocurrió en Crimea, cuando el mayor Foley, un rico oficial británico que acompañaba al general Rose, necesitó unos clavos para realizar una pequeña reparación. Para ello se dirigió al

almacén de material del cuartel de Balaklava y pidió que le vendiesen unos cuantos. El soldado que estaba a cargo del almacén le dijo que no era posible, ya que las normas le impedían vender clavos sueltos y tan solo se podían adquirir al por mayor. El mayor Foley le preguntó cuál era la cantidad mínima que se tenía que adquirir y el soldado le respondió que una tonelada.

—Bien —le contestó Foley sin perder la compostura—, en ese caso póngame una tonelada de clavos, por favor.

### **Deseo satisfecho**

Un soldado inglés fue capturado cerca de Sebastopol. Al ser registrado,

encontraron en uno de sus bolsillos una carta enviada por su novia. Los rusos leyeron la misiva en la que, además de las frases en las que la muchacha le expresaba su amor y su deseo de que regresara pronto, le hacía una petición muy especial. Los captores del soldado británico se sorprendieron al ver que su amada le pedía que, cuando volviera a Inglaterra, lo hiciera llevando consigo un botón del uniforme del hombre que estaba al mando de las tropas rusas, el príncipe Alexander Sergeievich Mentschikoff (1787-1869). Ese sería el símbolo de que habían resultado vencedores.

Los rusos que estaban a cargo del prisionero decidieron enviar la carta al

propio Mentschikoff para su diversión. En un primer momento, el príncipe estalló en una carcajada al leer la original petición de la joven, pero poco después, sorprendentemente, decidió que se cumpliera su deseo. Así pues, Mentschikoff envió un mensajero para devolver la carta de amor a su propietario, pero acompañada de un valioso obsequio: ¡un botón de su uniforme!

### **Ejemplo de determinación**

El conde de Mac Mahon (1808-1893), francés a pesar de su apellido con resonancias escocesas, fue un decidido militar que llegaría a presidente de la República en 1873.

Durante su carrera militar fue acumulando un ascenso tras otro: entró en el ejército con diecinueve años y a los cuarenta ya era general. Su consagración llegaría en la Guerra de Crimea con la toma del fuerte de Malakoff, el 8 de septiembre de 1855. Mac Mahon y el general Pelissier, al frente de una fuerza de 30.000 soldados franceses, arrebatarían esta importante posición a los rusos.

Una vez conquistado este baluarte, que formaba parte del gran complejo defensivo de Sebastopol, se produjo una llegada masiva de tropas rusas con el objetivo de recuperarlo. Las precarias condiciones en las que Mac Mahon debía defender la fortaleza hicieron que

un oficial británico le rogase que abandonase su posición y se retirase, para salvar así su vida y la de sus hombres. La contestación de Mac Mahon pasaría a la historia como un ejemplo de determinación: «Aquí estoy y aquí me quedo», le dijo.

El general francés permanecería en el fuerte de Malakoff y resistiría con éxito el empuje de los asaltantes, hasta que finalmente los rusos se vieron obligados a desistir.

### **A punto de perder la cabeza**

La flema británica también quedó demostrada en la Guerra de Crimea. En la batalla de Inkermann, el 5 de noviembre de 1854, un ejército de

50.000 rusos al mando del príncipe Mentschikoff atacó las posiciones ocupadas por los británicos, defendidas por unos 8.000 soldados. Y sobre el campo de batalla bajó una espesa niebla, lo que provocó que el choque se convirtiese en una serie de violentos combates cuerpo a cuerpo, sin posibilidad de emplear una táctica determinada por culpa de la nula visibilidad.

Un sargento del 7.º de Intantería se presentó ante lord Raglan para informar de cómo transcurrían los combates. Cuando estaba a punto de realizar el saludo militar, una bala de cañón pasó tan cerca de su cabeza que se le cayó la gorra al suelo. Lejos de ponerse

nervioso al haber estado a punto de perder literalmente la cabeza, el sargento completó su saludo como si nada hubiera pasado. Ante el impresionante aplomo demostrado por el oficial, lord Raglan tampoco se quedó atrás, limitándose a decir: «Parece que esa bala pasó cerca».

La llegada de refuerzos franceses obligó a los rusos a retirarse, dejando atrás 1.200 hombres, entre muertos y heridos. Por su parte, los británicos sufrieron 2.500 bajas, mientras que los franceses perdieron un millar de hombres.

*«Ce n'est pas la guerre»*

Antes de la batalla de Inkermann se

había producido el choque de armas más célebre de toda la Guerra de Crimea. Los días 25 y 26 de octubre de 1854, en Balaklava, se enfrentaron los turcos, ingleses y franceses por un lado, y los rusos por el otro. El propósito de las fuerzas rusas era cortar el camino que unía el puerto de Balaklava con Sebastopol. Si lo lograban, las tropas anglofrancesas se quedarían sin posibilidad de ser abastecidas y la victoria se decantaría del lado del zar.

En la lucha por romper esa vital línea de suministros se produciría la célebre «carga de la Brigada Ligera». Este fue un hecho que ha pasado a la posteridad como una gesta heroica, inmortalizado en poemas, pinturas de carácter épico y

posteriormente en el cine, pero en realidad fue una bochornosa derrota del ejército británico, fruto de la incompetencia y la falta de coordinación de sus mandos. Y la causa del desastre fue un trágico malentendido. Lord Raglan estaba siguiendo la batalla desde una colina. Ante la presión de los cañones británicos, los rusos emprendieron la retirada, llevándose consigo sus piezas de artillería.

Raglan envió un mensaje a la caballería ligera, con lord Lunan al mando, en el que les ordenaba que lanzasen un ataque contra las tropas rusas que estaban retrocediendo, para evitar que arrastrasen consigo su artillería. El mensaje, que había sido

redactado por un asistente de Raglan llamado Airey y confiado al capitán Nolan, insistía en que el ataque debía lanzarse «inmediatamente». Pero cuando Luncan recibió la orden en mano se quedó perplejo. ¿A quién debía atacar? Desde su posición, en la parte baja de un valle, no podía ver a las tropas rusas en retirada. El capitán Nolan insistió en que debía atacar de inmediato.

El único ejército que Luncan podía ver desde su posición era el que estaba situado en la parte más alejada del valle, que luego sería conocido apropiadamente como «valle de la muerte». Allí los rusos estaban desplegados con todo su potencial, por lo que una carga de caballería era un

suicidio. Aun así, Luncan ordenó a su caballería ligera que se lanzase contra la artillería rusa. Los jinetes británicos nada pudieron hacer frente a la tormenta de metralla y fuego de infantería con que fueron recibidos. De un total de 600 hombres, solamente sobrevivieron 185, que debieron retirarse inmediatamente.

De todos modos, existen varias versiones sobre estos hechos. La aquí referida eximiría de responsabilidad a lord Raglan, pero las investigaciones posteriores apuntaron a la posibilidad de que este hubiera cometido un error, ordenando que la carga se lanzase en dirección este, que era donde se encontraba la artillería rusa.

Las declaraciones de su asistente

Airey, así como del capitán Nolan, confirmaron que el mensaje de Raglan mandaba cargar hacia el este. Sin embargo, la versión oficial dictaminaría que Airey era algo sordo o que lord Raglan habló con un tono de voz muy bajo, por lo que el asistente interpretó defectuosamente sus palabras. Gracias a esta rebuscada explicación, el honor de Raglan quedaba a salvo.

Si los británicos no fueron totalmente aniquilados fue debido a la intervención de sus aliados franceses. Al ver la matanza que se estaba desarrollando ante sus ojos, los Chasseurs d'Afrique del general francés Canrobert efectuaron un movimiento de diversión para atraer la atención de los artilleros rusos.

Gracias a esta providencial intervención, el exterminio de los jinetes ingleses no pudo consumarse.

Un veterano oficial francés, al contemplar el inútil sacrificio de la caballería británica, exclamó con lágrimas en los ojos: «¡Por Dios! Soy viejo y he visto muchas batallas ¡pero esto es demasiado!» Aunque sería otro francés, el general Pierre Bosquet (1810-1861), el que, al contemplar la masacre desde un altozano, dejó para la posteridad el mejor epitafio a la Brigada Ligera: «*C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre*» (Es magnífico, pero la guerra no es esto).<sup>9</sup>

**Una paz incompleta**

Pese a esta casi total aniquilación de la Brigada Ligera, los rusos no supieron aprovechar la inesperada ventaja. Otras operaciones secundarias, en la que anglofranceses y turcos demostraron gran valor, lograron alejar a los rusos del camino que aseguraba la llegada de suministros a las fuerzas que asediaban Sebastopol. Así, el 5 de noviembre de 1854, 57.000 rusos intentarían tomar el puerto de Balaklava, pero se vieron obligados a retirarse tras perder más de 12.000 hombres en el campo de batalla, mientras que los Aliados contabilizaron tan solo 3.000 bajas.

El riguroso invierno ruso había bloqueado el camino de doce kilómetros que unía ambas ciudades, lo que hizo

imposible el traslado de alimentos, agua y medicinas a los soldados que permanecían a las puertas de Sebastopol. Por este motivo, la clave de la victoria aliada en la Guerra de Crimea sería a la postre la construcción de una línea de ferrocarril que logró unir el puerto de Balaklava con las colinas de Sebastopol, donde las tropas anglofrancesas mantenían su asedio.

Así, un constructor de ferrocarriles, que era miembro del parlamento británico, se puso a disposición de su gobierno para intentar tender una línea que asegurase el abastecimiento a los soldados. Se formó así un destacamento voluntario de ingenieros, capataces y peones, bregados en la construcción de

líneas férreas en Estados Unidos y Canadá, dispuestos a trasladarse a Crimea. La expedición salió de Liverpool el 21 de diciembre de 1854.

A lo largo del mes de enero de 1855, fueron llegando los barcos al puerto de Balaklava. En los primeros diez días de trabajo ya se construyeron ocho kilómetros de vías, ante la admiración y el entusiasmo de los soldados, además de un campamento listo para acomodar a los expedicionarios. Y a las seis semanas ya se habían cubierto los doce kilómetros con doble vía desde el puerto de Balaklava hasta las puertas de Sebastopol, aunque tan importante como este trayecto eran las diferentes derivaciones y vías secundarias, que

completaban una red ferroviaria de cuarenta y siete kilómetros. Lo escarpado del terreno obligó en algunos tramos a emplear un sistema de funicular.

Una vez que las tropas pudieron disponer del ferrocarril, se garantizó plenamente los envíos de ropa y alimentos a las tropas que se encontraban en las proximidades de Sebastopol a un ritmo de más de cien toneladas diarias. A partir de abril, las condiciones del ejército anglofrancés ya eran óptimas para intentar el asalto a Sebastopol, que acabaría cayendo, tras una durísima resistencia rusa, en septiembre de 1955.

La paz se firmaría en París el 30 de

marzo de 1856. Según el tratado, se reconocía la neutralidad del mar Negro y se estipulaba una garantía de integridad para Turquía. De este modo, franceses y británicos se aseguraban la renuncia de Rusia a sus ambiciones en los Balcanes, además de confinar la flota del zar en sus puertos del mar Negro, impidiéndoles el ansiado libre paso a través de los Dardanelos.

La Guerra de Crimea tuvo un gran impacto popular en toda Europa, siendo seguida intensamente por la prensa, pero el tiempo se ha encargado de diluir su recuerdo hasta sumirla prácticamente en el olvido. Por ejemplo, en París existen hoy día varias calles y alguna estación de metro —como la de Sebastopol o

Malakoff— cuyos nombres recuerdan lugares y hechos de aquella lejana guerra, pero que ya no dicen nada a los franceses del siglo XXI. Incluso el puente de Alma es célebre no por conmemorar la primera batalla ganada por las fuerzas anglofrancesas en Crimea, sino porque es el lugar donde falleció en accidente de tráfico la princesa Diana de Gales.

La importancia de este conflicto no ha sido suficientemente destacada. Crimea puede ser considerada, junto a la Guerra de Secesión norteamericana, como la primera guerra que adelantó los conflictos a gran escala del siglo XX. Además, Crimea sirve para entender mejor otras guerras posteriores, como

los conflictos de Bosnia y Kosovo de la década de los noventa, en los que las potencias occidentales se alinearon con los musulmanes para frenar así la influencia eslava de raíz ortodoxa en un área tan sensible como los Balcanes.

Además, fue en Crimea donde nació la fotografía de guerra. Roger Fenton (1819-69) fue el primero en tomar imágenes de un área en conflicto, destacando especialmente sus instantáneas del puerto de Balaklava. En total tomó 350 negativos, que mostró personalmente a Napoleón III y a la reina Victoria. Fenton no creyó oportuno captar con su cámara heridos o muertos, al considerarlo de mal gusto, una apreciación que, evidentemente, ha

cambiado con el curso del tiempo. Pese al interés que atesoraban, a Fenton no le fue fácil vender entonces sus fotografías, mientras que, en la actualidad, algunas de ellas alcanzan en subasta un valor de hasta 20.000 euros.

De todos modos, el Tratado de París de 1856 dio lugar a un curioso episodio que extendió sus efectos hasta 1966. La anécdota tuvo como protagonista la ciudad inglesa de Berwick-upon-Tweed, situada en la costa del mar del Norte, justo en el límite con Escocia. Esta disputada localidad perteneció alternativamente a ambos reinos por la importancia de su estratégica situación, hasta que en 1482 pasó de manera definitiva a manos de Inglaterra. Pese a

estar ya integrada en territorio inglés, a causa de su particular localización y de su convulsa historia, Berwick sería considerada como una entidad con derecho propio y así constaría en todos los documentos oficiales. Por este motivo, cuando el Reino Unido declaró la guerra a Rusia, lo hizo la reina Victoria como soberana de Inglaterra, Irlanda, Escocia, Berwick-upon-Tweed y todos los dominios británicos. Pero al firmarse la paz en París, un descuido hizo que en el tratado se hiciera mención a todos esos territorios a excepción de Berwick, por lo que, en rigor, esa ciudad continuaba en guerra con Rusia. Así pues, la localidad inglesa permanecería oficialmente en guerra con

Rusia durante los ciento diez años siguientes.

Se dio la curiosa circunstancia de que, durante las dos guerras mundiales, mientras que Gran Bretaña tenía como aliados a los rusos, Berwick estaba en guerra con ellos, por lo que, técnicamente, esa ciudad fue aliada de los alemanes durante ambas contiendas... Esta estrambótica situación duró hasta 1966, cuando un funcionario soviético se dirigió a Berwick para iniciar «conversaciones de paz». El alcalde de la ciudad, Robert Knox, no puso demasiados obstáculos para alcanzar un acuerdo amistoso con el plenipotenciario ruso, sellándose así la paz entre Berwick y la Unión

Soviética. La nota de humor la pondría el alcalde al contestar las conciliadoras palabras del enviado de Moscú: «Por favor, diga a los ciudadanos soviéticos que ya pueden dormir tranquilos».

# Capítulo 8

## Norte contra Sur (1861-1865)

*L*a guerra civil norteamericana enfrentó a una confederación de estados del Sur con los del Norte entre 1861 y 1865. Los motivos de este conflicto fueron de tipo económico y social. Mientras que el Norte había alcanzado un importante desarrollo industrial, el Sur era fundamentalmente agrario y se basaba en el bajo coste del trabajo de los esclavos negros. Y la elección de Abraham Lincoln como presidente en 1861 desencadenó las hostilidades, al abogar

por la abolición de la esclavitud. Once estados del Sur se separaron de la Unión y formaron una Confederación con capital en Richmond. Los sudistas, con el general Robert E. Lee al frente, lograron en su primera ofensiva invadir el territorio de la Unión ese mismo año.

Pero al año siguiente, el general nordista Ulysses S. Grant penetró por el valle del Misisipi y la flota se apoderó de Nueva Orleans, aislando así los estados secesionistas del este de los del oeste. Un año más tarde, los confederados fueron derrotados en Gettysburg en 1863. Las tropas de la Unión avanzaron por el valle del Tennessee y después de la victoria en Mobile Bay en 1864 llegaron a la costa

atlántica. Finalmente, las tropas de Grant, nombrado general en jefe de las tropas nordistas, tomaron Petersburg en 1865 y obligaron a los sudistas a capitular en Appomattox el 9 de abril de ese mismo año.

Según los historiadores, esta fue la primera ocasión en la que se empleó el concepto de guerra total. Si Crimea había sido la pionera en mostrar la importancia del apoyo logístico a un cuerpo expedicionario, el conflicto estadounidense llevó la guerra a la retaguardia. Por desgracia, se demostró que la destrucción de casas, vías férreas, caminos y puentes dañaba el potencial militar del enemigo. Esa misma idea se desarrollaría durante la

Segunda Guerra Mundial mediante los bombardeos aéreos masivos. Un ejemplo de la aplicación práctica de este novedoso concepto fue la marcha del general nordista Sherman por Virginia. Para él no era necesario ocuparla, sino simplemente destruir todas sus infraestructuras. Además, logró crear el pánico entre la población civil, un objetivo que también se había planteado como fundamental para socavar el esfuerzo militar confederado.

La guerra civil norteamericana también vería un buen número de innovaciones técnicas. La más importante fue la aparición del rifle de repetición, aunque también vería el estreno de los elementos que marcarían

las guerras del siglo XX: alambradas, minas, granadas, morteros, lanzallamas, submarinos, artillería montada en ferrocarriles o la ametralladora.

Las tácticas empleadas por ambos bandos también supondrían un prólogo de las guerras del siglo siguiente. Por primera vez se produjeron ataques anfibios y se emplearon globos para llevar a cabo observaciones aéreas, así como el recurso del sabotaje en la retaguardia enemiga. Los nordistas otorgaron una gran importancia a las comunicaciones, tendiendo un promedio de trescientos kilómetros diarios de cable. Los confederados, incluso, estuvieron a punto de conseguir utilizar gases asfixiantes.

Los militares europeos no supieron apreciar que en el futuro las guerras adoptarían la forma que se había dado en el conflicto estadounidense. Anclados aún en los principios de las guerras napoleónicas, las novedades que trajo consigo la Primera Guerra Mundial les sumiría en el desconcierto, algo que podían haber evitado si hubieran analizado en detalle el nuevo concepto de guerra total que, cinco décadas antes, había nacido en los frentes de batalla norteamericanos.

### **Calzado poco variado**

La guerra civil norteamericana fue la primera ocasión en la que ese país tuvo que movilizarse masivamente para

sostener un conflicto armado. Mientras que las potencias europeas habían acumulado una amplia experiencia a la hora de aprovisionar a sus ejércitos, Estados Unidos no sabía cómo afrontar este reto. Por ejemplo, en un aspecto aparentemente tan simple como el del suministro de calzado a las tropas, el Norte evidenció su falta de preparación. Pese a contar con la mayor parte de la industria del país, las fábricas de calzado tan solo pudieron proporcionar al ejército de la Unión... ¡botas del mismo número!

La urgencia en entregar los pedidos les llevó a tomar la decisión de fabricarlas todas iguales. Por su parte, las autoridades militares, necesitadas de

recibir lo más pronto posible las equipaciones para sus hombres, creyeron que este hecho no ocasionaría demasiadas incomodidades. Pero, como era de prever, esta impuesta uniformidad provocó no pocos problemas entre los soldados. Las ampollas e inflamaciones en los pies dificultaron enormemente las marchas y muchos de ellos quedaban rezagados.

Entre las tropas sudistas no se dio este problema. Pero no fue porque las autoridades militares confederadas demostrasen una mayor previsión que sus enemigos. La falta de industria en los estados del Sur no hacía posible la fabricación en serie de calzado, por lo que un buen número de soldados

sudistas... ¡iban descalzos! Aunque se intentó remediar esta escasez con métodos artesanales, el plan fue un fracaso. Se confeccionaron botas que tenían la suela de madera y el resto era de papel teñido de color negro. Naturalmente, los soldados sudistas se sintieron defraudados por las prestaciones de este calzado tan incómodo como poco resistente y prefirieron continuar caminando descalzos. Al parecer, el aprecio hacia estas botas de madera y papel era tan escaso que incluso un teniente coronel decidió quitárselas y marchar descalzo junto a sus hombres.

## **Burnside, el peor general**

Existe una cierta coincidencia en designar al nordista Ambrose Everett Burnside (1824-1881) como el peor general de la Guerra de Secesión, al conducir a sus hombres a la derrota en Fredericksburg (1862) y Petersburg (1864). Los soldados que tenía a sus órdenes no confiaban en su talento militar, pero aun así Burnside mantuvo el mando.

Por ejemplo, su incompetencia le llevó a causar una inútil carnicería durante la batalla de Antietam (1862). Decidido a atravesar el río Potomac, ordenó a sus hombres que pasaran a la otra orilla por un puente que estaba bajo el fuego de los confederados. Sin querer escuchar a otros oficiales que le

desaconsejaron esa acción casi suicida, Burnside dio la orden de que marchasen por el puente en línea de a dos. Naturalmente, los confederados dispararon a placer contra los soldados yanquis, causando numerosas bajas. Pese a la masacre sufrida por los hombres de Burnside, lograron atravesar el Potomac y asegurar la otra orilla. Pero cuando cesó el fuego, se descubrió que el paso por el peligroso puente había sido totalmente innecesario. En todo ese tramo, el Potomac tan solo tenía unos centímetros de agua, por lo que los soldados nordistas habrían podido atravesarlo por el cauce sin correr ese riesgo y manteniéndose a salvo de las balas confederadas. La

precipitación de Burnside, que había costado tantas vidas, no fue perdonada por sus hombres, que a partir de entonces insistirían en proclamar la incompetencia de su general.

En Fredericksburg, Burnside no supo aprovechar su gran superioridad numérica sobre el ejército del confederado Lee. Pese a que contaba con más de 150.000 hombres para combatir a menos de 80.000 sudistas, Burnside desperdició su ventaja al atacar el 13 de diciembre de 1862 a los hombres de Lee cuando estos ocupaban unas posiciones altas cerca del río Massaponax. Después de un feroz combate, Burnside se vio obligado a retirarse al no lograr desalojar a los

soldados sudistas de sus trincheras, perdiendo 13.770 hombres en el intento, mientras que Lee tan solo sufrió 1.800 bajas.

Otro ejemplo se produciría durante la larga batalla de Petersburg, en el verano de 1864. Un experto minero propuso la construcción de un túnel que, saliendo desde las líneas nordistas, avanzase hasta situarse bajo las trincheras confederadas. Una vez colocada una potente carga explosiva en el extremo del túnel, el estallido haría saltar las trincheras por los aires, posibilitando un arrollador e imparable avance sobre las aturdidas fuerzas sudistas. Aunque al principio los altos oficiales se tomaron a broma la propuesta, luego permitieron

que se iniciasen los trabajos, con el propósito de que sus hombres tuvieran, de este modo, una ocupación mientras durase la monótona guerra de trincheras.

Con el paso del tiempo, los trabajos en la mina, que comenzaba en la base de un montículo que permanecía oculto a los ojos de los sudistas, fueron desarrollándose a buen ritmo, hasta que fue evidente que la acción podía ser llevada a cabo. En ese momento, los oficiales nordistas proporcionaron todo su apoyo al que antes calificaban de descabellado proyecto.

La explosión provocada en el interior de la mina para hundir las trincheras enemigas se produjo el 30 de julio, dando lugar a la que se denominaría la

Batalla del Cráter. La deflagración causó 278 bajas en las líneas confederadas, entre muertos y heridos. La abertura resultante tenía unos 50 metros de largo y 24 de ancho. Los hombres que debían avanzar hasta el inmenso cráter eran los que estaban a las órdenes del general Burnside, lo cual no hacía presagiar nada bueno.

El rápido avance pretendía aprovechar la confusión reinante entre los sudistas para tomar la posición. Los nordistas corrían bayoneta en ristre sin darse cuenta, debido al polvo y al humo, que iban descendiendo por la rampa de la mina que acababa de hundirse, hasta que entraron de lleno en el cráter, convertido en un callejón sin salida.

Nadie había reparado en la posibilidad de que eso sucediese. La realidad era que, en esos momentos, los soldados necesitaban algún elemento para trepar por el borde del cráter, que en algún punto llegaba a presentar una profundidad... ¡de nueve metros! Pero, sin escaleras de mano, era imposible superar la distancia que les separaba de la superficie. El general Burnside, pese a haber diseñado con detalle la ofensiva, se había olvidado de esa importante cuestión.

Cuando los primeros nordistas que llegaron a la pared del cráter intentaron retroceder para encontrar la salida que les condujese a la superficie, se encontraron con que era imposible:

nuevas oleadas de soldados iban penetrando en el cráter, sin darse cuenta tampoco de que entraban en una trampa mortal.

Los sudistas que habían sobrevivido a los efectos de la explosión, y que permanecían en la superficie, se quedaron atónitos ante la escena que contemplaban a sus pies: centenares de confusos soldados yanquis atrapados en un agujero y sin posibilidad de escapar. No se lo pensaron dos veces y decidieron aprovechar una oportunidad que, con toda seguridad, no se daría en otra ocasión. Así pues, los acribillaron a balazos sin que estos pudieran presentar ninguna oposición, al tener que disparar desde el fondo del cráter sin poder ver a

sus enemigos. Algunos confederados se permitieron incluso arrojarles fusiles con bayonetas a modo de lanzas, atravesándolos con ellas.

Finalmente, los soldados del Norte lograron improvisar torres humanas en un punto en el que la profundidad no llegaba a los dos metros y medio, lo que aun así resultó enormemente complicado debido al equipo con el que debían cargar. Pero los confederados pudieron hacer frente sin dificultad a los soldados yanquis que iban saliendo de uno en uno del cráter.

Mientras que los confederados sufrieron 1.500 bajas, incluyendo los que habían muerto debido a la explosión de la mina, los federales perdieron

3.789 hombres. De nuevo, la incompetencia de Burnside había resultado fatal para sus hombres. Así, al oír hablar del desarrollo de esta singular batalla, parece ser que el presidente Abraham Lincoln no pudo contenerse y sufrió un ataque de ira. Cuando recuperó la calma, exclamó: «Solo Burnside es capaz de transformar una victoria cierta en una derrota espectacular».

## **Guerra de bolas de nieve**

Posiblemente, la guerra de bolas de nieve más grande de la historia se produjo durante la Guerra de Secesión, entre las propias fuerzas confederadas del general Lee. Se produjo en diciembre de 1862, después de la

batalla de Fredericksburg, en la que los aguerridos hombres de Lee se impusieron a las tropas del incompetente Burnside. Tras la batalla, las fuerzas sudistas acamparon cerca del río Rappahannock para pasar allí el invierno.

Los días iban transcurriendo sin ninguna novedad y los soldados comenzaron a acusar la rutina. Además, el hecho de que los campos estuvieran ya cubiertos por una capa de nieve dificultaba la posibilidad de realizar entrenamientos o maniobras, por lo que los soldados se veían condenados a la inmovilidad. Esta situación dio lugar a discusiones y peleas, poniéndose en peligro la disciplina de las tropas. Y

Lee, para evitar que la convivencia se deteriorase aún más, hizo de la necesidad virtud. Se le ocurrió llevar a cabo una monumental batalla entre todas sus tropas, divididas en dos bandos. Se dispusieron las diferentes líneas de combate, las bandas de música y las banderas, mientras que los respectivos oficiales se encargaban de revisar las formaciones.

Pero lo que hizo de este ensayo algo muy especial fue el tipo de munición empleada: inofensivas bolas de nieve. Aunque uno pueda pensar que el supuesto combate fue algo parecido a un juego de niños, la verdad es que los soldados de Lee se tomaron la batalla muy en serio. Lo que comenzó siendo un

intercambio de bolas de nieve acabaría convirtiéndose en una pelea cuerpo a cuerpo, en la que se dirimieron algunos de los conflictos personales que habían aflorado durante aquella forzada convivencia. En estos multitudinarios combates a golpes y puñetazos se produjeron algunas roturas de brazos y piernas e incluso un soldado llegó a perder temporalmente la visión de un ojo. Pese a las bajas producidas, el general Lee quedó satisfecho por esta insólita batalla, gracias a la cual los soldados pudieron mantener intacto su espíritu de lucha durante el periodo invernal.

**Cómo obtener información fiable**

El general George B. McClellan fue nombrado por Abraham Lincoln comandante del Ejército del Potomac, que constituía el grueso de las fuerzas armadas de la Unión. Su misión era enfrentarse al ejército confederado de Virginia del Norte, al mando del general Lee. Pero esta decisión se demostraría errónea, a tenor de los escasos éxitos que conseguiría en el campo de batalla. El gran defecto de McClellan era su excesiva prudencia. No estaba dispuesto a arriesgar lo más mínimo, a no ser que tuviera el convencimiento de que contaba con una aplastante superioridad sobre el enemigo. Esta precaución desmesurada le llevaría a dejar pasar excelentes oportunidades para aplastar a

las fuerzas sudistas.

En una ocasión, los confederados se encontraban aislados en la colina de Munson, siendo una presa fácil para los nordistas. McClellan se negó a atacar, temeroso de las numerosas piezas de artillería que se atisbaban entre las fuerzas sudistas, lo que permitió su retirada. Pero al ocupar las posiciones que poco antes habían estado en poder de las tropas del Sur, los hombres de McClellan se llevaron la desagradable sorpresa de que los supuestos cañones no eran más que... ¡truncos pintados de negro!

Episodios como este no fueron infrecuentes en sus campañas, en las que no se alcanzaba la victoria por culpa de

estar en posesión de una información incompleta o claramente defectuosa. Para evitar nuevos errores de este tipo, McClellan tomó una decisión insólita... ¡contratar una agencia de detectives privados! Y para ello acudió a la célebre agencia Pinkerton, experta en seguir la pista de asesinos y forajidos por todo el país e incluso fuera de las fronteras norteamericanas, y que contaba con una completísima red de informadores. Pero las aportaciones de Pinkerton<sup>10</sup> tampoco solucionaron esas carencias.

McClellan encargó a los detectives descubrir el número de efectivos con los que contaba el general Lee. El informe reflejaba que sus fuerzas constaban de

80.000 hombres, lo que hizo a McClellan evitar un enfrentamiento directo. En realidad, las cifras de Pinkerton estaban infladas en un cien por cien. Lee tan solo contaba con la mitad, unos 40.000 soldados.

Pero no toda la actuación de los detectives de Pinkerton fue tan desastrosa. Un agente infiltrado en las líneas sudistas consiguió un documento extraordinario: la totalidad del plan de combate de los confederados. Aunque resulte difícil de creer, el espía lo había encontrado casualmente, sirviendo de envoltorio a un puñado de puros habanos. Según esos documentos, las fuerzas sudistas se dividirían en dos partes, una dirigida por Lee y la otra por

Jackson. Era la gran oportunidad para el Norte. Siguiendo una táctica que se ha demostrado exitosa desde los inicios de la historia militar, podría asestar un golpe a una de las columnas y luego atacar a la otra.

Cualquier otro militar hubiera hecho un fructífero uso de esos planes secretos, pero McClellan no era precisamente la persona adecuada para tomar una decisión rápida. Así pues, cuando el prudente general reaccionó, lo hizo tarde y mal. Atacó a Lee en Antietam Creek, pero manteniendo todo un cuerpo de reserva en previsión de una posible derrota, por lo que no pudo alcanzar una victoria que hubiera resultado decisiva. La prudencia de

McClellan volvió de nuevo a ser el mayor enemigo de las fuerzas nordistas.

## **Venganza personal**

Los hombres del timorato general McClellan sufrieron los ataques continuos de las fuerzas sudistas cerca de Richmond, en 1862. Fueran donde fuesen, siempre tenían enfrente a las tropas del general Hill, que les perseguía sin descanso. El acoso al que Hill sometía a las columnas conducidas por McClellan hizo sospechar a los nordistas que esa fijación tenía que deberse a algún tipo de odio personal contra el general de la Unión. No se equivocaban. Unos años antes, ambos generales habían compartido el período

de instrucción en la academia militar de West Point, llegando a ser amigos. Pero un día estalló la rivalidad entre los dos a consecuencia de una bella mujer, Nellie Marcy, hija de un general.

Los dos la pidieron en matrimonio y Nellie tuvo muchas dudas al escoger con quién casarse, pero finalmente eligió a McClellan. Naturalmente, la amistad entre los dos se quebró de golpe, surgiendo una enemistad que se vería reflejada en las decisiones del general Hill durante la Guerra de Secesión.

Entre los soldados de McClellan pronto se extendió la explicación del odio que Hill sentía por su general. Un día, poco antes del amanecer, los soldados nordistas tuvieron que salir

apresuradamente de sus tiendas de campaña porque la artillería de Hill había comenzado a disparar contra el campamento. Según recordaría más tarde uno de los oficiales allí presentes, el mayor Henry Douglas, un agudo soldado, exclamó:

—¡Por Dios, Nelly! ¿Por qué no te casaste con él?

## **Error burocrático**

El general norteamericano Ulysses S. Grant (1822-1885), que alcanzaría sus mayores éxitos militares durante la Guerra de Secesión, no estaba muy versado en la historia europea. Se explica que, en una ocasión, le presentaron al segundo duque de

Wellington, hijo del primer duque de Wellington, el que se había ganado su lugar en la historia al derrotar a Napoleón en Waterloo el 18 de junio de 1815. Al serle presentado el hijo de Wellington, a Grant no se le ocurrió otra cosa que decir: «Me han dicho que su padre también era militar...» Sin embargo, su conocimiento tan superficial de la historia no sería un obstáculo para alcanzar la presidencia de su país, un cargo que desempeñaría de 1868 a 1876, tras ser reelegido en 1872.

Curiosamente, Ulysses S. Grant no era el nombre auténtico de este militar. Su verdadero nombre era Hiram Ulysses Grant, pero, cuando ingresó en la

academia militar de West Point, un error burocrático fue el causante de que en lugar de su nombre auténtico apareciese en su ficha de ingreso el de Ulysses S. Grant. Al detectar el fallo, el futuro presidente solicitó amablemente que su nombre fuera modificado, pero se encontró con la siguiente respuesta del funcionario encargado de certificar su ingreso: «Lo siento, pero el ejército no comete errores».

Grant asumió con resignación su nuevo nombre, renunciando a «Hiram», y sin tener ni idea de qué significaba la ese que se le había agregado, convencido de que era mucho mejor aceptar este hecho que pretender que el ejército norteamericano corrigiera un

error.

## **Cacería en mitad de la batalla**

El 2 de mayo de 1863, 53.000 confederados a las órdenes del general Lee se enfrentaron a 120.000 federales dirigidos por el general Hooker, en la que sería conocida como la batalla de Chancellorsville. En ella, Lee envió al general Stonewall Jackson con la mitad de sus fuerzas para que, amparados en la oscuridad de la noche, rodeasen a las tropas nordistas. Desgraciadamente para los hombres de Jackson, un regimiento confederado de Carolina del Sur no estaba al corriente de este plan y los confundió con los federales, por lo que comenzaron a dispararles. El propio

Jackson resultaría herido de muerte a consecuencia del «fuego amigo» de tres soldados pertenecientes a aquel desorientado regimiento.

De todos modos, la maniobra ideada por el hábil general Lee surtió efecto y los soldados de Hooker se vieron rodeados. Los confederados no dejaron pasar la oportunidad que se les ofrecía y atacaron con decisión a los nordistas. Quien tampoco dejó pasar su oportunidad fue un soldado sudista que vio como un pavo salvaje se posaba sobre un árbol. Olvidándose de la batalla en la que se encontraba inmerso, el soldado dejó de disparar a sus enemigos y apuntó al ave. Con gran puntería, abatió al pavo y se internó en

la tierra de nadie para apoderarse de él, antes de que los nordistas lo vieran.

El pavo salvaje cazado en mitad de la batalla serviría para celebrar la brillante victoria de los hombres de Lee en Chancellorsville. Los sudistas, pese a su gran inferioridad numérica, se impusieron sorprendentemente a los federales. El general Hooker pudo huir junto a la mayor parte de su ejército atravesando el río Rappahannock, pero sufrió más de 18.000 bajas, entre las que había que contar cerca de 8.000 prisioneros.

## **Hijo de un disparo**

Uno de los casos más increíbles de la historia militar y, a su vez, de la historia

de la medicina, ocurrió supuestamente durante la Guerra de Secesión norteamericana. Aunque muchos la dan como verídica, cuesta creer un hecho como el que se relatará a continuación, que desafía todos los cálculos de probabilidades y, lo que es más importante, todos los principios de la biología.

Un joven soldado nordista, durante una refriega con tropas sudistas, recibió un disparo en sus genitales, quedando destrozados por una bala, que continuó su trayectoria. Mientras tanto, a unos cientos de metros, una joven de diecisiete años se protegía de los disparos encerrada en la cabaña en la que vivía junto a sus padres, esperando

que cesase la batalla. Y la bala que había herido al soldado, al seguir su camino, entró por la ventana de la cabaña e impactó en el vientre de la joven, quedando alojada en el interior de su cuerpo.

Al finalizar las hostilidades, el doctor del regimiento se encargó de practicarle al soldado las curas necesarias y posteriormente fue requerido para que atendiese a la muchacha. Una vez llegado a la cabaña, extrajo la bala que tenía la joven en el interior de su cuerpo, aunque en esos momentos no podía sospechar ningún tipo de relación entre ambas heridas. La sorpresa llegó tres meses más tarde, cuando la muchacha descubrió que

estaba embarazada, pese a que ella afirmaba, ante la lógica incredulidad de su familia, que no había hecho nada que hubiera podido conducir a esa situación...

El extraño caso llegó a oídos del doctor que la había atendido anteriormente. Al comprobar que, en efecto, ella decía la verdad, llegó a la insólita conclusión de que la bala que había herido al soldado en su aparato reproductor había hecho una labor de «mensajero», llevando la semilla de una nueva vida al vientre de la joven. El soldado, que se encontraba muy apesadumbrado por el hecho de que nunca iba a experimentar la sensación de la paternidad, recibió esta noticia

primero con perplejidad, pero después con una enorme alegría.

Esta historia, que pese al testimonio del doctor presenta demasiadas dudas para ser considerada como cierta, no pudo terminar de un modo más feliz, si es que ocurrió realmente: el soldado y la muchacha, en cuanto se conocieron, decidieron casarse para criar juntos al niño que había sido concebido de esa forma tan original.

# Capítulo 9

## Flechas contra cañones

*La* segunda mitad del siglo XIX contempló el auge del colonialismo. Las potencias europeas se lanzaron a obtener nuevos territorios en todo el mundo en busca de materias primas y de mercados para colocar sus productos manufacturados. Esta expansión económica conllevaba la extensión de la cultura y la lengua propia, por lo que se convirtió en un elemento vigorizante del nacionalismo. Pero era necesario justificar esa preeminencia del hombre blanco para dirigir los destinos de los

habitantes de las nuevas posesiones de ultramar.

Aplicando de forma interesada las teorías de Darwin sobre la selección natural y el triunfo de los mejores, se pretendió demostrar que algunas razas eran inferiores y que otras estaban destinadas a dirigir el mundo. De este modo, el colonialismo apareció como una doctrina que defendía la expansión colonial de las grandes potencias como un factor positivo de civilización. Habitualmente, la aplastante superioridad de los ejércitos coloniales se impuso a los intentos de los nativos de resistirse a ser sojuzgados. Pero hubo episodios esporádicos en los que los guerreros indígenas lograron derrotar,

aunque fuera momentáneamente y sin solución de continuidad, a los bien pertrechados soldados europeos.

Desde la batalla de Isandhlwana, en la que los zulúes humillaron a los británicos, a la de Adowa, en la que el emperador etíope Minilik derrotó a las fuerzas italianas del general Baratieri, las potencias europeas pagaron caro su exceso de confianza ante unos ejércitos formados por nativos pobremente armados. Aunque no puede hablarse propiamente de una guerra colonial, al darse en el mismo ámbito geográfico, los enfrentamientos entre el ejército norteamericano y las distintas tribus indias también estuvieron justificadas según los principios del colonialismo.

Estados Unidos tampoco fue una excepción y sufrió una amarga derrota a manos de los indios, en la batalla de Little Big Horn. Pero la lógica acabaría imponiéndose en todos los casos y los indígenas, más pronto o más tarde, serían inexorablemente vencidos. Como ejemplo de esa diferencia insalvable entre las fuerzas en lucha, basta señalar la conquista de Etiopía por la Italia de Mussolini en 1936, en la que el ejército invasor no dudó en utilizar masivamente gas mostaza contra los guerreros etíopes, en su mayoría apenas armados con lanzas.

Aunque China no se convirtió en una colonia, el gigante asiático también sufrió las apetencias de las potencias

occidentales, que influyeron decisivamente en su política interior. Las revueltas contra la presencia de extranjeros, como la de los Taipings, las Guerras del Opio o la Rebelión de los Bóxers, fueron aplastadas a sangre y fuego, provocando millones de víctimas, que hay que anotar también en el trágico balance del colonialismo.

De todos modos, como en el pecado va la penitencia, las apetencias coloniales de las distintas naciones europeas serían uno de los factores clave que explicarían la Primera Guerra Mundial. Francia y Gran Bretaña estuvieron a punto de enfrentarse militarmente durante su expansión territorial por África, pero finalmente

sería Alemania, que había llegado tarde al reparto colonial, la que encendería la chispa que haría saltar por los aires el continente europeo.

### **«Yo, indio bueno»**

A comienzos de 1869, el general supremo de las tropas del gobierno estadounidense en las Grandes Praderas, Philip Sheridan, se reunió con un grupo de jefes indios pertenecientes a la tribu de los comanches. Los representantes indios buscaban congraciarse con él para evitar que se siguieran sucediendo las matanzas que se habían producido en los años anteriores. Por ejemplo, en 1864, el coronel Chivington había matado un centenar de indios, la mayoría

de ellos mujeres y niños, en la aldea de Sand Creek. Y en noviembre de 1868, el célebre general Custer tomó por sorpresa a los cheyennes en el río Washita y, emulando a Chivington, segó la vida de 103 indios, de los que solo once eran guerreros.

Así pues, durante la reunión, celebrada en el fuerte Cobb, entre el general Sheridan y los comanches, uno de los jefes, llamado Tosawi, como muestra de buena voluntad afirmó solemnemente:

—Yo, indio bueno.

—Los únicos indios buenos que he conocido estaban muertos —replicó el general Sheridan.

## **Custer no era general**

Aunque todo el mundo se refiere a él como el general Custer, el conocido militar norteamericano que murió el 25 de junio de 1876 a manos de los indios en la batalla de Little Big Horn no lo era en esos momentos. George Armstrong Custer (1839-1876) fue ascendido a general de brigada con tan solo veintitrés años, siendo entonces el general más joven de ese momento. Sin embargo, sus titubeantes inicios en la carrera castrense no presagiaban la brillante carrera que luego llevaría a cabo.

Se graduó en la academia militar de West Point en 1861, obteniendo el

último puesto de su promoción. Además su expediente no estaba precisamente impoluto: reflejaba un total de 726 faltas cometidas durante los cuatro años que estuvo en la academia, la mayoría de ellas causadas por su afición al whisky. Pero durante la Guerra de Secesión, que estalló el mismo año en el que se graduó, Custer demostraría una valentía fuera de lo común. Sus actos de heroísmo le valieron sucesivos ascensos, hasta alcanzar en tan solo un año el grado de general de brigada, convirtiéndose por méritos propios en el general más joven del bando nordista.

No obstante, tras el final de la guerra y para adaptarse al tiempo de paz, el ejército norteamericano sufrió una

reorganización que alteró toda la estructura militar. Custer fue uno de los más perjudicados, puesto que se vería rebajado a capitán. En ello también tuvo que ver el hecho de que fuera sometido a un consejo de guerra en 1866, al haber dejado su puesto para encontrarse con su esposa.

Posteriormente, en 1868, volvería a ascender, en este caso a teniente coronel, tras la recomendación del general Sheridan, que había combatido junto a Custer durante la guerra civil. Ese sería el rango con el que acabaría perdiendo la vida en la famosa batalla que se dio durante la Segunda Guerra Sioux. El nombre original de la tribu sioux era «oceti sakowi oyate», que en

idioma ojibwa significa «el pueblo de las siete luces, o siete fuegos». Pero su nombre cambió con la llegada del hombre blanco. Unos exploradores franceses del siglo XVII les denominaron despectivamente sioux, que en ojibwa significa «serpiente tramposa», quizás tras ser víctimas de algún embeleco urdido por los nativos. Curiosamente, a partir de entonces esta tribu adoptó con orgullo el nuevo nombre, abandonando el anterior.

Custer fue enviado con 600 hombres del Séptimo de Caballería a explorar el río Little Big Horn. Tenía previsto reunirse con otras dos columnas del ejército. Pero al llegar al río se encontró con 3.500 guerreros sioux, ayudados en

esta ocasión por los cheyennes y arapajoes, con los míticos jefes Toro Sentado y Caballo Loco al frente.

Custer cometió el error de dividir su pequeña fuerza en tres grupos, encabezando una de ellas y dejando las otras dos al mando del comandante Reno y del capitán Benteen respectivamente. Los indios impusieron su superioridad numérica y aplastaron a los tres grupos. La imagen que ha pasado a la historia es la de Custer rodeado de guerreros indios. Resistió una hora los ataques hasta que, agotada la munición, cayó muerto. De todos modos, se desconocen las circunstancias exactas de su muerte, puesto que hasta nueve guerreros se arrogaron el honor de haber matado a

Custer, llamado por los indios Cabello Largo. Y un indio arapajó llamado Waterman explicó después que vio «a Custer en el suelo, apoyado en sus manos y rodillas, con una herida de bala en el costado. Le salía sangre de la boca a borbotones, mientras contaba tan solo con la protección de cuatro de sus hombres, mientras miraba desafiante a los indios que le tenían rodeado».

El primer hombre blanco que vio el cadáver de Custer fue el teniente James Bradley, que llegó al lugar poco después de la batalla. Según su testimonio, «la expresión del rostro de Custer no expresaba odio o terror, sino más bien una inmensa paz». Bradley confirmó la apreciación del indio Waterman, al

comprobar el orificio de bala que tenía en el costado izquierdo, cerca del corazón. Además, presentaba otra herida de bala en la sien izquierda. Según el perspicaz Bradley, la bala del costado fue disparada a cierta distancia por un rifle Henry o un Winchester, y probablemente le ocasionó la muerte, mientras que el disparo en la sien pudo haber sido un disparo de gracia. ¿Quién lo hizo? ¿Fue un indio, uno de los hombres de Custer para evitarle más sufrimientos o, por qué no, el propio Custer? Nunca se sabrá.

Otro oficial, el sargento Knipe, ofreció también una descripción de lo que halló en el campo de batalla. Según él, «el cuerpo de Custer estaba desnudo,

conservando tan solo los calcetines. El cadáver descansaba sobre los cuerpos de tres soldados, y solo una parte de la espalda estaba en contacto con el suelo». Curiosamente, la suela de una de sus botas estaba cerca de él; probablemente, el cuero de la bota había sido arrancado por un indio para confeccionarse unos mocasines. Y el cadáver de Custer no sufrió las mutilaciones de que fueron objeto otros de sus compañeros. Pero, al parecer, unas mujeres indias perforaron sus tímpanos para que «no pudiera oír nada en la otra vida».

Una cuestión interesante es saber si a Custer se le arrancó la cabellera. La versión oficial asegura que no sufrió

esta costumbre india. Un guerrero indio llamado Lluvia en la Cara lo confirmó, afirmando que no se le cortó el cuero cabelludo en reconocimiento al valor que demostró en la batalla. En realidad, lo más probable es que el motivo de que su cabeza conservase el cabello fuera el hecho que de Custer se lo cortase poco antes de marchar a esa campaña. Aunque la iconografía muestra siempre a Custer resistiendo los ataques indios con su larga cabellera rubia, en realidad ese día llevaba el pelo muy corto, lo que posiblemente disuadió a los guerreros indios en su propósito de llevarse un trofeo tan poco lucido.

**¿Vencidos por el alcohol?**

Según algunos historiadores, que se basan en el supuesto testimonio de guerreros indios, la inesperada derrota de Custer en Little Big Horn<sup>11</sup> no se debió tan solo a la táctica empleada por los sioux, sino a la falta de firmeza de los soldados. Siempre según esas versiones, los hombres de Custer habían ingerido grandes cantidades de alcohol antes del enfrentamiento, lo que les hizo oponer una escasa resistencia ante los decididos ataques de los sioux.

Lo más probable es que esta explicación sea falsa. En primer lugar, no hay que olvidar que los hombres del capitán Benteen y los del comandante Reno resistieron las acometidas de los indios durante un día y medio. Si algún

guerrero indio advirtió síntomas de cansancio en los soldados norteamericanos ya antes de comenzar el combate es probable que fuera debido a la extenuante marcha de ciento cincuenta kilómetros que habían realizado el día anterior.

### **Un caballo, único superviviente**

El único superviviente de la batalla de Little Big Horn fue un caballo llamado *Comanche*, perteneciente a un oficial, el capitán Myles Keogh. Unos días después de la batalla, el equino fue rescatado y transportado en un barco de vapor, bajando por el río Misuri, hasta Fort Lincoln. Viajó junto a los heridos y los cuerpos sin vida de los soldados que

se habían enfrentado también a los indios, formando parte de las columnas de Reno y Benteen.

Al llegar a su destino, un soldado que había servido a las órdenes de Keogh, Gustave Korn, fue el encargado de cuidar del animal. Al comienzo de la batalla de Little Big Horn, este soldado había luchado junto a Custer y Keogh, pero poco después su caballo huyó desbocado y él marchó detrás para atraparlo, alejándose tanto del campo de batalla que acabó uniéndose a la columna de Reno y salvando así la vida.

Durante los siguientes catorce años, el soldado Korn, que luego fue ascendido a sargento, se ocuparía de que no le faltase nada a *Comanche*, primero

en Fort Lincoln y luego en Fort Meade, en Dakota del Sur, a donde había sido trasladado el Séptimo de Caballería, la unidad a la que pertenecía. Desde el día de la batalla, nadie volvió a montar a *Comanche*. Ese fue el honor que el ejército norteamericano tributó al animal, un privilegio que nunca, ni antes ni después, ha sido concedido a ningún otro caballo. Ni tan siquiera el propio Korn estaba autorizado a montarlo. En 1880, el sargento Korn murió en combate, en la última batalla librada contra los indios, en Wounded Knee. Aunque este desigual choque consistió en realidad en una masacre contra nativos pobremente armados, acompañados de mujeres y niños, Korn

fue una de las pocas víctimas que se produjeron en el lado estadounidense.

Al parecer, *Comanche* acusó la ausencia de su atento cuidador, porque quedó sumido en la tristeza, esperando inútilmente el regreso de Korn. Falleció un año más tarde, desapareciendo así el único testigo de la derrota de Custer en Little Big Horn.

Los homenajes a *Comanche* continuarían después de su muerte, puesto que fue disecado —un trabajo por el que el taxidermista cobró 450 dólares de la época— y sus órganos internos fueron enterrados con honores militares. El cuerpo de *Comanche* quedó expuesto en el Museo de Ciencias Naturales de la Universidad de Kansas,

en la ciudad de Lawrence, en donde puede ser admirado en la actualidad.

## **Caja de municiones con sorpresa**

Aunque se cree que las batallas las ganan o las pierden los soldados que participan directamente en ella, en algunas ha tenido un papel determinante la intendencia.

El 22 de enero de 1824, las tropas británicas destinadas en África occidental, con sir Charles Macarthy al frente, tuvieron que enfrentarse a 10.000 guerreros ashanti, cerca de la ciudad de Bonsaso. Allí, los ingleses habían quedado rodeados por las fuerzas indígenas, pero la utilización de armas de fuego por parte británica, ante la que

los valerosos ashanti tan solo podían oponer sus escudos de cuero, fue desequilibrando inexorablemente la balanza.

En un momento del combate las municiones iban escaseando y fue necesario recurrir a las cajas de repuesto, que acababan de llegar de Ciudad del Cabo. Al abrirlas, los soldados británicos se llevaron la desagradable sorpresa de que no estaban llenas de balas... ¡sino de galletas! Parece ser que un civil encargado del aprovisionamiento, llamado Brandon, se había confundido al enviar las cajas, pero cuando se dio cuenta del error ya era demasiado tarde y las galletas ya habían salido rumbo a Bonsaso. Natural-

mente, los hombres de Macarthy, sin munición, no tuvieron ninguna opción para resistir el ataque de los ashanti, siendo arrollados por ellos. No quedó ningún superviviente.

## **¿Dónde hay un destornillador?**

Pocas veces un humilde destornillador ha sido tan necesario como en la batalla de Isandhlwana, el 22 de enero de 1879, durante las guerras zulúes que enfrentaron a los guerreros de esta tribu sudafricana con el ejército británico. Aunque los campesinos y granjeros bóers de la región habían advertido al oficial inglés que estaba al mando, lord Chelmsford, para que rodease el campamento con sus carros

para poder defenderse mejor del ataque zulú, el inglés no hizo caso de este consejo y optó por dispersar sus tropas, seis compañías del 24.º Regimiento, además de una pequeña fuerza de voluntarios de la región de Natal.

Los zulúes, con el jefe Matyana al frente, atacaron a los británicos enviando sucesivas oleadas de guerreros cuyas tropas de reserva parecían no agotarse nunca. Las cifras dan idea de la enorme superioridad con la que contaban los impetuosos nativos; más de 20.000 guerreros zulúes se enfrentaron a unos 1.800 británicos. Pese a la extraordinaria presión de los zulúes, los ingleses lograban mantener sus líneas gracias al empleo masivo de su

fusilería, que abatía una tras otra las formaciones de ataque de los nativos, y a dos cañones de apoyo.

Cuando las municiones para sus rifles comenzaban a agotarse, acudieron a sus reservas, que se encontraban almacenadas en cajas metálicas, cuyas tapas se encontraban cerradas por gruesos tornillos. Los soldados se dieron cuenta en ese momento de que no tenían ningún destornillador a mano. Naturalmente, en medio de una batalla en la que miles de zulúes trataban de ensartar a los ingleses con sus lanzas no era el momento más apropiado para iniciar la búsqueda de dicha herramienta... Poco a poco, los fusileros británicos fueron quedándose

sin munición y nadie fue capaz de abrir las cajas que contenían lo que podía haber supuesto su salvación. Al final, el campamento fue arrasado y unos 1.300 soldados ingleses fueron aniquilados. Probablemente, nunca se habrá echado tanto de menos un destornillador.

## **Nadie se queda atrás**

Una de las claves del éxito de los guerreros zulúes fue su gran disciplina. Pese a que aparentaban ser una fuerza desorganizada, según los cánones de un ejército occidental, en realidad estaban sometidos a una férrea jerarquía. Una prueba de ello era el sistema ideado por el rey zulú Shaka para acelerar el ritmo de marcha de sus guerreros. Cuando

consideraba que el ritmo no era suficientemente rápido, se acercaba al final de la columna y mataba al que caminaba en último lugar, clavándole su lanza. A partir de ese momento, ningún zulú se quedaba rezagado: todos caminaban a buen paso, evitando ocupar el fatídico último puesto.

## **Franceses contra amazonas**

El nombre de «amazona» para designar a las mujeres soldado proviene del griego antiguo y significa «sin pecho». Los historiadores griegos relatan la existencia de una tribu que vivía en el Cáucaso, entre el mar Negro y el mar Caspio, a lo largo del río Thermidon, en el que a las muchachas,

antes de convertirse en guerreras, se les cortaba el pecho derecho, siendo cauterizado con un hierro candente. De este modo, podían manejar mejor el arco.

A lo largo de la historia ha habido numerosos casos de mujeres guerreras. Herodoto describe una tribu asentada en las orillas del río Don, en la actual Rusia, en la que a sus mujeres no se les permitía tener hijos hasta que no acabasen con la vida de tres enemigos. Y también ha quedado constancia de ejércitos de mujeres en la cordillera africana del Atlas, en la región situada entre el Nilo y el mar Rojo, o incluso en Babilonia. Más recientemente, los exploradores portugueses del siglo XVI

fueron atacados en varias ocasiones por mujeres, precisamente en el río Amazonas.

La última vez en la que hicieron su aparición las mujeres guerreras fue en 1892, en el transcurso de una campaña militar francesa en el entonces llamado Reino de Dahomey y actualmente denominado Benín. Allí, las fuerzas coloniales galas se vieron las caras con un ejército formado únicamente por mujeres. Este cuerpo fue formado en el siglo XVII y estaba integrado por unas 2.500 mujeres, siendo consideradas todas ellas como esposas del rey. Los franceses tuvieron que enfrentarse a este insólito ejército de amazonas, que acudió al combate armado con arcos y

flechas y algunas armas de fuego.

Pese a la animosidad de las guerreras, los franceses no tuvieron demasiados problemas para derrotarlas, tomando posesión del Reino de Dahomey y convirtiéndolo en protectorado.

## **La guerra más breve**

La guerra más breve de la historia fue la que enfrentó el 27 de agosto de 1896 a Gran Bretaña con el sultanato de Zanzíbar. La guerra se declaró a las 9.02 de la mañana y finalizó a las 9.40, por lo que duró exactamente 38 minutos. Ese día, la flota británica, al mando del contralmirante Harry Holdsworth Rawson, presentó un ultimátum a Salid

Jalid, que acababa de deponer al sultán nombrado por los británicos. Los ingleses exigían a Jalid que se rindiese y que saliera del palacio. Jalid rechazó el ultimátum y se dispuso a entrar en guerra contra la flota británica. Para ello contaba solamente con un mercante, el *Glasgow*, que era el único integrante de la marina de guerra de Zanzíbar.

Cuando pasaban dos minutos de las nueve, los cañones británicos comenzaron a disparar contra el *Glasgow*, hundiéndolo. El siguiente objetivo era el palacio ocupado por el sultán rebelde. Al impactar el primer proyectil contra el edificio, inmediatamente apareció una bandera blanca. A pesar de eso, los barcos

británicos continuaron disparando contra el palacio, hasta destruirlo. Una vez entregado el hombre que había osado enfrentarse a la primera potencia colonial del mundo, los británicos nombraron un nuevo sultán, Hamud ibn Muhammad, que tuvo que hacerse cargo del coste de la munición que habían empleado los barcos ingleses.

## **El valor de la literatura**

La Rebelión de los Cipayos, también conocida como el Gran Motín, estalló en la India en 1857 como reacción ante la dominación británica. La sublevación tuvo su origen en el malestar social que crearon las amenazas a los valores tradicionales de la India, desembocando

en el amotinamiento de los soldados nativos del ejército de Bengala al servicio de los británicos, más conocidos como cipayos.

Los británicos habían intentado mantenerse al margen de la vida doméstica en la India, limitándose a su administración, pero en determinados casos se vieron forzados a intervenir. Por ejemplo, prohibieron la cruel costumbre de incinerar a la viuda en la misma pira funeraria del esposo muerto o los asesinatos rituales en honor de la diosa Kali. Aunque estas medidas estaban justificadas y fueron comprendidas por la población, la expansión del cristianismo, auspiciada por los británicos, no fue tan bien

recibida. Para muchos hindúes, especialmente los brahmanes, ese proceso podía socavar la base del sistema de castas, por lo que fue creciendo cada vez más el rechazo a la presencia de británicos en la India.

La chispa que hizo estallar la revuelta fue el rumor que se extendió entre los cipayos que aseguraba que los cartuchos para el nuevo fusil Enfield, que debían morderse para romper el papel y efectuar la carga, estaban recubiertos con grasa de cerdo y vaca. La supuesta utilización de esta grasa animal afectaba doblemente a los nativos: los musulmanes consideran al cerdo un animal impuro mientras que para los hindúes la vaca es un animal

sagrado. El contacto con ella obligaba a los cipayos a someterse después a una serie de purificaciones rituales.

Al parecer, el rumor lo inició algún agitador que trabajaba en el arsenal de Calcuta y desde ahí se propagó rápidamente a todas las guarniciones. Las autoridades británicas, al principio, no le dieron demasiada importancia a las protestas de los cipayos y se limitaron a prometer que serían tomadas en cuenta las particularidades religiosas de los soldados, pero en realidad no se hizo nada para evitar su desconfianza. En última instancia, este aparente desprecio de los ingleses por las costumbres religiosas de los indios daría lugar al levantamiento.

En enero de 1857, algunos regimientos de soldados locales se negaron abiertamente a utilizar los citados cartuchos. Para evitar males mayores, se optó por licenciar a esos soldados, pero, al extenderse las protestas, en el mes de abril se comenzaron a tomar duras medidas disciplinarias, que incluían penas de trabajos forzados. La disyuntiva que se ofrecía a los cipayos era terrible: o violaban sus convicciones religiosas o eran sometidos a un severo castigo. Este callejón sin salida se resolvió el 10 de mayo al estallar finalmente la revuelta. Aprovechando que los soldados británicos estaban asistiendo a la celebración de la misa, los cipayos de la

guarnición de Meerut, situada a cincuenta kilómetros de Delhi, se amotinaron violentamente. El estallido de sangre y destrucción que se desató a partir de ese momento fue dantesco. Los soldados y oficiales británicos de la guarnición, junto a sus familias, fueron cruelmente asesinados. Después de liberar a los compañeros que estaban en los calabozos, los cipayos marcharon en dirección a Delhi, en donde su guarnición se sumó con entusiasmo al levantamiento. Las noticias se extendieron rápidamente por toda la India, lo que animó a las tropas locales a amotinarse en otros lugares, dando lugar así a una rebelión generalizada.

Mientras que los soldados británicos

se encargaban de sofocar la revuelta, se demostró el principio de que la pluma es más poderosa que la espada: durante la defensa de Lucknow los libros protegerían eficazmente a sus ocupantes. Las puertas de las casas fueron tapiadas con montañas de libros procedentes de la bien nutrida biblioteca. Uno de los defensores salvó su vida gracias a un tomo de la Enciclopedia Lardner's, al quedar incrustada en él una bala de mosquetón.

Otros lograron mantenerse ilesos gracias a lord Byron y sus *Poemas completos*. Los gruesos volúmenes que formaban la colección sirvieron, ni más ni menos, que... ¡para detener una bala de cañón! Desgraciadamente, los libros

del poeta inglés quedaron destruidos por completo, pero no hay duda de que al batallador escritor, amante de las aventuras bélicas, le hubiera gustado saber que un día sus libros lograrían semejante hazaña.

Los testimonios sobre estas propiedades poco estudiadas de los libros llegaron a oídos del comisionado financiero británico, Martin Gubbins, que ordenó de inmediato que protegiesen su edificio oficial con las existencias de libros que había en su biblioteca. Menos afortunado fue un comerciante francés, llamado Depratt, que se intentó proteger de las iras de los cipayos atrincherándose, en este caso, con manuscritos orientales. Este tipo de

documentos no se demostró demasiado útil para detener las balas enemigas y el francés no pudo sobrevivir. Además, en medio de la refriega, los manuscritos acabaron por arder, incendiando así toda la casa.

Los cipayos, gracias a su entrenamiento militar, habían sido capaces de tomar Delhi y Kanpur, asesinando sin piedad a los militares británicos. Pero la represión llevada a cabo por las tropas inglesas no se quedaría atrás en crueldad, ejecutando a los rebeldes que eran capturados. Pese a la extraordinaria resistencia de los cipayos, estos no consiguieron convencer a la población local para que se sumase a su levantamiento, por lo que

los soldados ingleses acabarían ahogando la revuelta. No hay que desdeñar la valiosa ayuda que recibieron los británicos de las tropas nativas que permanecieron fieles; sin ellas, es muy probable que la rebelión hubiera triunfado. No obstante, la lucha de los cipayos no sería totalmente inútil, al convertirse en el germen del nacionalismo hindú, que lograría su objetivo de expulsar a los colonizadores ingleses casi un siglo más tarde.

### ***Bobbie*, héroe de Afganistán**

En 1880, una unidad colonial británica destacada en Afganistán y perteneciente al 66.º Regimiento, al mando del general George Burrows, fue

aniquilada por las fuerzas del jefe de tribu Ayub Khan. Tras la batalla, *Bobbie*, un perro mestizo perteneciente al sargento Kelly, fallecido en la refriega, caminó durante un centenar de kilómetros por montañas y desiertos hasta llegar al campamento británico en Kandahar, pese a haber recibido graves heridas durante el combate. El perro, acogido como un auténtico héroe, fue curado de sus heridas.

Cuando el 66.º Regimiento regresó a Gran Bretaña, *Bobbie* fue condecorado con la Afghan Medal (medalla afgana) por la reina Victoria. Sin embargo, el can no pudo disfrutar durante mucho tiempo de su condición de héroe al ser atropellado por un taxista londinense.

Pese a este triste final, *Bobbie* recibió el tratamiento que merecía. Su cuerpo fue disecado y colocado en una vitrina del regimiento, junto a su medalla.

Actualmente, el cuerpo de *Bobby* puede contemplarse en el museo del 66.º

Regimiento, en la ciudad de Reading, a cincuenta kilómetros al oeste de Londres.

## **El hermano chino de Jesucristo**

Una de las guerras más mortíferas de la historia, pero a la vez más desconocida, es la denominada Rebelión de los Taiping, una revuelta social que se produjo en China entre 1851 y 1864. Aunque este conflicto se ha de calificar con mayor propiedad de guerra civil que

de guerra colonial, las potencias occidentales también harían su aportación a la terrible ola de muerte y destrucción que llevó consigo.

Durante esos sangrientos años, los campesinos del sur de China se enfrentaron a la dinastía manchú, teniendo el paradójico lema «*T'ai-p'ing*» (gran paz). La rebelión popular estaba liderada por Hung Hsiu-Chuang, que encabezó este movimiento contra la dinastía manchú afirmando que él era... ¡el hermano menor de Jesucristo! Los campesinos, con este «hermano» de Jesucristo al frente, organizaron un estado independiente en el sur del país, como protesta por los abusos extranjeros. El gobierno de Pekín se

enfrentó a graves dificultades para poner fin a la rebelión y finalmente tuvo que recurrir precisamente a las potencias extranjeras para sofocarla.

Gran Bretaña y Francia, para asegurarse el control que ejercían sobre la economía china y para mantener sus concesiones, ayudaron a la dinastía manchú a retomar el control del país, aunque fuera a sangre y fuego. Por ejemplo, del 19 al 21 de julio de 1864, poco antes de acabar definitivamente con la rebelión, las tropas manchúes, junto a las extranjeras, asesinaron a unas 100.000 personas en el saqueo de la ciudad de Nanking. Esta ciudad es considerada con toda justicia como la ciudad mártir, ya que en 1937 sufriría un

saqueo aún mayor, llevado a cabo por los japoneses. En la ocupación de la ciudad, los soldados nipones llegaron a violar a 20.000 mujeres de entre diez y setenta años y asesinaron a unos 200.000 hombres. Esta ola de terror es conocida como la Violación de Nanking.

Los manchúes habían contado también con la colaboración de curiosos personajes que se sumaron a su causa a cambio de dinero. Por ejemplo, los armadores chinos de Shangai, para combatir al régimen Taiping, financiaron un ejército de mercenarios encabezado por un capitán mercante norteamericano convertido en soldado de fortuna, Frederick Townsend. Este marino consiguió derrotar en once ocasiones a

las fuerzas de Taiping en tan solo cuatro meses. En reconocimiento a su labor, el gobierno manchú le nombró general de las fuerzas imperiales chinas. Sin embargo, Townsend resultó muerto en el exitoso ataque que su ejército llevó a cabo contra la ciudad amurallada de Tzeki, el 20 de agosto de 1862. Su puesto al frente de ese invencible ejército de mercenarios sería ocupado por el capitán Charles G. Gordon, apodado como Gordon Chino o Gordon de Jartum.

Gracias a este tipo de ayudas, tan heterogéneas como efectivas, el ejército manchú conseguiría finalmente aplastar a las fuerzas campesinas, y el «hermano menor» de Jesucristo sería capturado y

ejecutado. El resultado de la Rebelión de los Taiping fue la muerte de entre veinte y treinta millones de personas,<sup>12</sup> es decir el doble de las víctimas producidas por la Primera Guerra Mundial y aproximadamente la mitad de las ocasionadas por la Segunda Guerra Mundial, lo que da idea de la carnicería provocada por este oscuro conflicto.

## **¡Abajo la muralla china!**

La Rebelión de los Taiping podría considerarse la precursora de otro estallido de violencia que, aunque causó un número mucho menor de víctimas, sí que consiguió poner en aprietos a los ejércitos de las potencias europeas. La Guerra de los Bóxers fue una revuelta

iniciada en la primavera de 1900, contraria a la presencia extranjera en China. Su episodio más conocido fue el asalto a las legaciones extranjeras en la capital china, que quedaría inmortalizado en la película *55 días en Pekín*,<sup>13</sup> referida a los días que van desde el 20 de junio de 1900 hasta el 14 de agosto de ese mismo año.

Este conflicto fue la expresión del descontento nacional ante el predominio de las grandes potencias sobre los asuntos internos de China. Durante el siglo XIX, los ingleses habían obligado a los chinos a entregarles té, porcelana y seda a cambio de opio. Los intentos de China de poner fin a ese comercio desigual darían lugar a las Guerras del

Opio en 1839 y en 1860.

Las imposiciones occidentales en China serían cada vez mayores y más humillantes para los naturales del país. Como símbolo de ese desprecio, es conocido el cartel que figuraba a las puertas de un parque de Shangai: «No se permite la entrada de perros ni de chinos». Pero este significativo detalle no era exclusivo de Shangai. Por ejemplo, la ciudad india de Darjeeling, situada al pie de la cordillera del Himalaya y mundialmente conocida por el excelente té que se cultiva en sus laderas, goza todo el año de un fantástico clima, por lo que no tardó en convertirse en el lugar de descanso de los oficiales británicos en la India, para

escapar así del agobiante calor que sufrían en sus destinos. A la entrada de la parte de la ciudad en la que tenían sus residencias los británicos, se podía leer un cartel que decía: «Prohibida la entrada de perros e indios».

Como reacción ante esta situación considerada por los chinos como denigrante, surgieron los bóxers, una sociedad secreta que practicaba las artes marciales. Una de las modalidades de lucha en la que eran expertos era una especie de boxeo con sombras, por lo que ellos mismos se denominaban Puños de la Virtuosa Armonía (*I Ho Ch'uan*), aunque los occidentales simplificarían la cuestión conociéndolos simplemente como bóxers.

Este grupo comenzó a ser conocido a partir de 1898. Fue ganando cada vez más adeptos hasta alcanzar el control sobre varias provincias chinas.

Finalmente, en 1900, obtuvieron el apoyo de la emperatriz de la dinastía manchú Tz'u-hsi (traducible como «madre amable»). En esta decisión, con la que se granjeaba la enemistad occidental, influyó su temor ante la enorme fuerza que había alcanzado ese movimiento.

El 20 de junio, los bóxers mataron al ministro alemán y se produjo el asalto a las legaciones extranjeras, así como el ataque a las iglesias cristianas y, de hecho, a cualquier occidental, dando comienzo de este modo la Guerra de los

Bóxers. Pero lo que es menos conocido es que el último detonante de este estallido de ira fue un bulo publicado por cuatro periodistas, pertenecientes a cuatro diarios de Denver, que decidieron inventarse una exclusiva. La noticia consistía en que una empresa de ingeniería norteamericana había enviado una comisión de expertos que tenían como misión la demolición de la Gran Muralla,<sup>14</sup> como símbolo de la apertura de China al mundo.

Una vez publicada por la prensa de Denver, la noticia-bulo corrió por todas las agencias de prensa hasta llegar de nuevo a China. De este modo, los nacionalistas chinos obtuvieron los argumentos necesarios para justificar el

levantamiento de la población contra los extranjeros.

Finalmente, una intervención militar extranjera pondría fin a la revuelta. El 14 de julio, una fuerza expedicionaria formada por soldados de seis naciones desembarcó en Tientsín, con el almirante sir E. H. Seymour al frente y consiguió abrirse paso hasta llegar a Pekín, liberando a los occidentales que habían resistido el asedio de los rebeldes.

Inmediatamente después de su derrota, el movimiento de los bóxers se disolvería sin dejar rastro y la emperatriz se vería obligada a huir a Siam, aunque al poco tiempo regresaría a Pekín, ya bajo el control de las

potencias occidentales. Y como represalia, China se vio obligada a pagar una fuerte indemnización, conceder a los extranjeros tratados comerciales favorables y el derecho a mantener guarniciones militares en torno a sus legaciones.

# Capítulo 10

## Los bóers retan al león inglés (1899-1902)

*La* Guerra Anglo-Bóer se desarrolló en los territorios que actualmente conforman Sudáfrica entre 1899 y 1902, enfrentando a Gran Bretaña con la población de ascendencia holandesa, conocida como bóer o afrikáner.

Durante el siglo XIX, después de que Gran Bretaña consiguiera incorporar a sus posesiones el cabo de Buena Esperanza y expandiera su dominio por el sur de África, surgieron sentimientos

encontrados entre la población de origen neerlandés y los colonos británicos. El descubrimiento de oro en las regiones habitadas por los bóers atrajo a numerosos aventureros británicos, que entraron en colisión con la población autóctona.

En 1899, el gobernador británico de la colonia de El Cabo, muy resentido por el trato bóer a los británicos, promulgó decretos para transformar las tropas británicas compuestas por 12.000 efectivos en el sur de África en un ejército de 50.000 hombres. Pero el 9 de octubre de ese año, los dirigentes bóers exigieron la retirada de todas las tropas británicas de sus fronteras. Y la negativa británica llevó a los bóers a declarar la

guerra tres días más tarde, el 12 de octubre. Las fuerzas bóers, cuyas acciones iniciales se vieron coronadas por el éxito, invadieron los territorios británicos de Natal y la colonia de El Cabo. Los bóers sorprendieron a los ingleses con sus novedosas tácticas, alejadas de las que se impartían en las escuelas militares europeas.

Como una buena parte de los soldados bóers estaban acostumbrados a la caza, destacaron especialmente en el uso que hacían de los fusiles de largo alcance. Otro aspecto importante fue la original utilización de su artillería. Hasta entonces, los ejércitos disponían sus piezas en baterías de seis cañones en campo abierto tal y como hacía

Napoleón un siglo atrás. En cambio, los bóers disparaban con cañones aislados que cambiaban rápidamente de posición.

Pese a los triunfos iniciales de los bóers, favorecidos en muchos casos por la pésima estrategia del enemigo, en mayo y junio de 1900 los británicos tomaron la iniciativa, capturando Johannesburgo y Pretoria, gracias a su aplastante superioridad en número de efectivos y material. Debido a estas derrotas, los principales dirigentes bóers huyeron a Europa. La guerra parecía ganada por Inglaterra y, de hecho, el comandante en jefe de las tropas británicas, el general Roberts, regresó a Londres en enero de 1901 creyendo que ya había alcanzado la

victoria.

Sin embargo, la guerra aún no estaba ganada. Los líderes bóers que habían permanecido en Sudáfrica lanzaron una extensa y bien coordinada guerra de guerrillas contra las tropas de ocupación británicas. La lucha continuó hasta 1902 y solo fue sofocada a través de la severa táctica del nuevo comandante en jefe británico, lord Horatio Herbert Kitchener. Agotó al enemigo devastando las granjas bóers que mantenían y escondían a las guerrillas, trasladando por la fuerza a la población civil, principalmente mujeres y niños, a campos de concentración y construyendo una cadena estratégica de fortines blindados para sus tropas.

Las negociaciones de paz comenzaron el 23 de marzo de 1902, y el 31 de mayo los líderes bóers firmaron el Tratado de Vereeniging. El acuerdo concluyó las hostilidades, otorgando el autogobierno al Transvaal y al Estado Libre de Orange, como colonias del Imperio Británico, y permitió la utilización del afrikaans en las escuelas y en los tribunales. Inglaterra acordó a cambio pagar tres millones de libras esterlinas de indemnización y concedió la amnistía y la repatriación a los soldados bóers que prometieran su lealtad al monarca británico. Como resultado de la guerra los ingleses perdieron unos 28.000 hombres y los bóers unos 4.000, así como unos 20.000

civiles que murieron de enfermedades y desnutrición en los campos de concentración.

## **Sorprendente carga de caballería**

Una fuerza compuesta por 12.000 soldados británicos, con sir George White al frente, llegó el 2 de noviembre de 1899 a la ciudad de Ladysmith para protegerla del previsible asalto de los bóers. Estos, bajo el mando del general Joubert, iniciaron poco después el asedio a la ciudad. Desde sus posiciones, los bóers bombardeaban sin descanso a los sitiados.

El 6 de enero, una fuerza británica de apoyo al mando del general De Villiers trató de abrirse paso para intentar

liberar Ladysmith. Se produjeron violentos combates, en los que varios miles de tiradores bóers, apostados en las alturas, pudieron acribillar a placer a los soldados ingleses. Así pues, el general De Villiers se vio obligado a ordenar la retirada, a la espera de poder contar con más refuerzos. Una de las columnas de las que constaban las fuerzas británicas estaba comandada por el teniente Frank Carleton. Al frente marchaban los fusileros irlandeses, junto a un centenar de mulas que cargaban con los víveres y la munición. La retaguardia estaba protegida por el Regimiento de Gloucester, que marchaba separado del resto de la columna.

La marcha se desarrollaba sin ningún

incidente. Pero de repente, los soldados del Regimiento de Gloucester escucharon el inconfundible sonido de decenas de caballos al galope. Sin duda, debía tratarse de la caballería de los bóers. El ruido fue haciéndose cada vez más fuerte, hasta que se convirtió en un estruendo. En efecto; una espesa polvareda anunciaba la inminente irrupción de la temida caballería. Los soldados británicos comprobaron con horror que la nube de polvo procedía de la posición que debían ocupar los fusileros irlandeses, por lo que se suponía que sus compañeros no habían podido detener la imparable carga de los bóers.

Ahora era el turno para ellos. Se dio

la orden de montar las bayonetas y de disponer una línea de defensa para hacer frente a la caballería al galope. Cuando los caballos ya estaban a tiro, los ingleses comenzaron a disparar. Sin embargo, otros soldados demostraron tener menos valor, o más sentido común, y emprendieron una veloz huida para ponerse a salvo. Cuando los primeros equinos llegaron a las líneas británicas, todos se quedaron estupefactos: no eran caballos, sino mulas. Y además, eran sus propias mulas las que marchaban junto a los fusileros irlandeses. Fue imposible detener a las mulas en su estampida y la mayoría de ellas continuaron corriendo, a través de las líneas inglesas.

Al cabo de unos minutos, algunos

irlandeses llegaron corriendo al lugar para recuperar a los animales y explicaron lo sucedido. En un punto del camino en el que el trayecto era especialmente empinado, las mulas se habían negado a continuar. Sin una razón aparente, el pánico se apoderó de los tercios animales y comenzaron a descender corriendo por el camino. A los soldados irlandeses les fue imposible poder controlarlas y al poco tiempo el centenar de mulas ya se encontraba lanzado al galope, «convertido» en un regimiento de caballería bóer.

Los sitiadores de Ladysmith creían que el peligro había pasado, pero no era así. Los ingleses lograron reagrupar sus

fuerzas gracias a los soldados de refresco que llegaron con sir Redvers Buller al frente. Con un fuerte apoyo de la artillería, emprendieron nuevamente el ataque contra los bóers que rodeaban la ciudad. Y el 27 de febrero de 1900, el ejército británico hacía su entrada triunfal en Ladysmith,<sup>15</sup> tras soportar un asedio que había durado 118 días. Los bóers hicieron recuento del precio que habían pagado por su intento de tomar la ciudad; 89 oficiales y 805 soldados.

Se cumplían así las palabras de la reina Victoria al conocer los reveses que habían acompañado a las acciones de su ejército en los primeros compases del conflicto: «No nos interesan las posibilidades de derrota en esta guerra.

Simplemente, no existen».

## **Rápida retirada**

El general británico que estaba al mando de la fuerza expedicionaria sudafricana al inicio de la contienda, sir Redvers Buller, era un personaje singular. Cuando era el responsable de un centro de instrucción, ordenaba hacer un alto en las maniobras para tomar el té. Además, no permitía que sus soldados se tirasen cuerpo a tierra, para evitar que se manchasen los uniformes.

En una ocasión, Buller se vio obligado a retirarse de sus posiciones ante un ataque de los bóers. Una vez en Londres, explicó orgullosamente la acción a sus superiores, asegurando que

la retirada se había llevado a cabo «sin perder ni un caballo, ni una bandera y ni un cañón». Uno de los presentes, que no consideraba a Buller precisamente como un oficial valiente, comentó «y sin perder ni un minuto, creo».

## **Problemas de orientación**

Tal como se ha indicado con anterioridad, las fuerzas británicas acudieron en socorro de los sitiados en Ladysmith. Pero llegar hasta esa ciudad no fue nada fácil. Los bóers intentaron por todos los medios cerrar la posibilidad de que llegasen a Ladysmith esas tropas de refresco que podían decantar definitivamente la balanza a favor de los ingleses.

El gran obstáculo físico para el avance de las tropas de Buller era el río Tugela. Los bóers intentaron atraer a los ingleses a una trampa. El caudaloso río tan solo podía ser atravesado por dos puentes: uno era el ferroviario, metálico, y el otro era el de la carretera. El general bóer Louis Botha ordenó destruir el puente del ferrocarril para forzar a los ingleses a intentar otro paso a través de la carretera, en donde organizarían una emboscada. Pero los británicos no cayeron en la trampa preparada por Botha. Los bóers dedujeron que sus enemigos habían sido lo suficientemente listos como para no caer en ella. En realidad no era así; lo que había salvado a los ingleses no era

su supuesta astucia, sino su incompetencia, puesto que, pese a que intentaron alcanzar por todos los medios el puente de la carretera, no pudieron encontrarlo.

Los problemas de orientación para los británicos continuarían. Una vez destruido el puente ferroviario e incapaces de hallar el puente de la carretera, la única alternativa que quedaba para atravesar el río Tugela era llegar hasta alguno de los dos vados: el de Potgieter o el de Trichardt. Pero ambos se encontraban muy lejos, río arriba, de las posiciones que en ese momento ocupaban los británicos. Redvers Buller observó en su mapa que existía otra posibilidad. Cerca de

Colenso,<sup>16</sup> una pequeña población situada a veinte kilómetros al sur de Ladysmith, el río formaba un amplio meandro, conocido como el vado de Bridle. Los bóers, al otro lado del río, se preparaban para impedir a los británicos que pudieran poner el pie en su orilla.

El 15 de diciembre de 1900, Buller ordenó al general de división Hart que avanzase junto a sus hombres en dirección al río. Este condujo a sus tropas en formación napoleónica, presentando una abigarrada masa de 4.000 soldados, lo que fue aprovechado por los tiradores bóers para poner a prueba su endiablada puntería, escondidos en sus trincheras. La

artillería británica acudió a proporcionar apoyo a este avance de Hart y permitió unos minutos de respiro a sus hombres. Una vez llegados a la orilla, el general no localizó claramente el lugar por el que debían atravesar el río. Consultó en su anticuado mapa y observó un signo que interpretó como el que señalizaba el supuesto vado. Tras un rápido vistazo, creyó haber dado con el lugar exacto, ordenó a sus hombres que formasen una columna y que comenzasen a vadear el río.

El espectáculo no pudo ser más tragicómico. Los soldados ingleses se fueron hundiendo en el agua, buscando inútilmente el lecho del río en el que poner pie. En realidad, en ese punto, ¡el

río tenía seis metros de profundidad! Naturalmente, la travesía se detuvo, mientras que Hart, desde su caballo, observaba atónito la escena. Los bóers, tan sorprendidos como Hart, observaron perplejos el hundimiento literal de las tropas inglesas y volvieron de nuevo a disparar sobre ellas, animados por esta inesperada muestra de incompetencia.

Los ingleses sufrirían más de un millar de bajas en este ataque de los bóers, incluyendo más de sesenta oficiales, por lo que Buller ordenó a sus tropas retirarse del río Tugela e intentar atravesarlo en otra ocasión. Por su parte, los bóers no sufrieron más que la pérdida de cuarenta hombres.

## Un retraso fatal

Uno de los generales británicos más incompetentes de los que combatieron en Sudáfrica fue sir Charles Warren. Sus opiniones militares eran objeto de la burla de sus compañeros, que lo tenían por una persona ridícula y sin criterio. A sus detractores no les faltaba razón: en una ocasión, Warren reveló a lord Wolseley, el jefe de las fuerzas británicas, que sus planes para derrotar a los bóers consistían en «darles unos buenos azotes con los pantalones bajados». Pero si las palabras del general Warren pueden entrar en el terreno del esperpento, sus decisiones en el campo de batalla sí tenían consecuencias sobre sus propios

hombres y ellos fueron los que sufrieron en mayor medida las escasas aptitudes de este militar.

La columna de Warren llegó hasta el río Tugela, un mes después del desastre protagonizado por Buller. En este caso, los británicos no intentaron el paso por el vado cercano a Colenso, sino por el de Trichard, que ofrecía muchas más garantías. El objetivo era atacar a un grupo de medio millar de bóers que se encontraban en la otra orilla para proseguir hasta la montaña de Spion Kop. La posesión de ese punto elevado era fundamental para controlar la ruta hacia Ladysmith. Pero, si se quería asestar un buen golpe al enemigo, era fundamental actuar con rapidez.

El general Warren decidió que se trasladase a la otra orilla todo su equipaje personal, supervisando personalmente la operación para que sus pertenencias no sufriesen ningún daño. Las posesiones de Warren debían ser muchas, o el transporte debió hacerse con mucho cuidado, puesto que incluía numerosas cajas de vino de oporto y de champán, ya que el traslado se prolongó durante 26 horas. Mientras tanto, los bóers no salían de su asombro al comprobar que los ingleses permanecían en el río en lugar de atacarles de inmediato. Este retraso fue aprovechado por los bóers para pedir refuerzos urgentes. Al día siguiente, después de cabalgar toda la noche, se habían

reunido más de 6.000 bóers para impedir a los británicos tomar la colina de Spion Kop.

## **La preocupación de un herido**

En la batalla de Spion Kop, los soldados ingleses, con el general Warren al frente, tuvieron que soportar una dura derrota a manos de los reforzados bóers. El enfrentamiento entre ambos ejércitos no pudo estar peor planificado por parte británica. Inicialmente, los bóers se encontraban perfectamente atrincherados en la parte superior de la colina, mientras que los atacantes debían asaltarla desde abajo. Además, los ingleses no contaban con picos y palas suficientes para cavar

trincheras y la mayor parte de los sacos terreros se habían quedado en una orilla del río Tugela, puesto que nadie se había acordado de recogerlos. Los bóers dispararon cómodamente a las tropas británicas desde sus posiciones altas.

La valentía de los soldados ingleses está fuera de toda duda. Pese a las pésimas condiciones en las que tuvieron que desarrollar el ataque, sus cargas a la bayoneta lograron finalmente desalojar a los bóers de la cima de Spion Kop. El resto de las fuerzas bóers emprendió entonces una veloz carrera para ocupar las colinas que rodeaban el monte en disputa: Aloe Kop, Conical Kop y Twin Peaks. Así pues, pese a la heroica conquista de la cima, los ingleses se

veían rodeados por los bóers, que disfrutaban de esas posiciones elevadas, desde las que podían dispararles con facilidad. Los bóers situaron sus cañones en esas colinas e iniciaron el bombardeo de Spion Kop.

Los británicos intentaban localizar los cañones de los bóers para destruirlos, pero era una tarea imposible. La razón era que los bóers utilizaban pólvora sin humo. Hasta entonces, era muy fácil detectar el punto en el que se encontraba un cañón, puesto que la nube de humo que dejaba la explosión permanecía durante varios segundos. Sin embargo, los bóers obtuvieron de los alemanes una pólvora especial que no dejaba ese rastro

delator cuando hacía explosión.

La manera como se descubrió la pólvora sin humo es curiosa: en 1846, el químico alemán Christian F. Schönbein creó un tipo de algodón tratado con ácido que se mostró altamente inflamable, lo que le hacía ser inútil para la industria textil. Sin embargo, la conocida fábrica germana de armamento Krupp descubrió de inmediato las posibilidades que ofrecía el llamado algodón pólvora. Los bóers recibieron los cañones que utilizaban ese nuevo fulminante y los alemanes pudieron comprobar así su eficacia en combate. A partir de entonces, todos los ejércitos adoptarían el algodón pólvora como fulminante para disparar sus obuses.

La cima del Spion Kop era un blanco fácil para la artillería bóer. Los soldados británicos recibieron órdenes de resistir a cualquier precio, pero la situación era insostenible. Abrasados por el sol del verano austral, incapaces de respirar por el polvo que levantaban las explosiones y agotada el agua de sus cantimploras, un centenar de soldados ingleses optó por alzar sus fusiles con pañuelos blancos atados en el extremo. Pero muchos otros decidieron resistir, a la espera de unos refuerzos que no llegaban. Finalmente, varias unidades llegaron hasta la cima para socorrerles, pero se veían también sometidas al intenso fuego. Los bóers temían que llegasen nuevos refuerzos, por lo que

decidieron retirar sus piezas de artillería más valiosas para que no pudieran caer en manos del enemigo.

Los británicos no se decidieron a sacar provecho de ello y, al caer la noche, decidieron retirar sus tropas de la cumbre de Spion Kop. El descenso de la montaña sería conocido como «la larga escalera del sufrimiento»; los heridos, agotados y sedientos, fueron ayudados por sus compañeros a llegar hasta la llanura, en donde fueron atendidos.

Un soldado británico había sufrido heridas en la cara. La metralla le había destrozado la parte izquierda del rostro. Permaneció en el suelo durante horas hasta que alguien pudo trasladarlo a un

hospital de campaña. Imposibilitado para hablar, lo primero que hizo cuando llegó fue pedir un papel y un lápiz para escribir. El personal médico se quedó de piedra cuando comprobó que la gran preocupación de aquel hombre que había resultado herido era el desenlace de la batalla, puesto que lo único que escribió fue: «¿Hemos ganado?»

Nadie tuvo el valor de comunicar el resultado de la batalla a aquel valiente soldado. Spion Kop<sup>17</sup> había causado más de 1.500 bajas entre los soldados británicos, mientras que los bóers habían perdido 225 hombres.

## **Inusitada cobardía**

Los bóers emplearon tácticas de guerrilla para enfrentarse al poderoso ejército británico, que prefería los combates a campo abierto. Esto causaba una gran frustración a los ingleses, que no eran capaces de imponerse a sus enemigos, pese a disponer de más y mejor armamento. Como muestra de las ampollas que esas tácticas causaban en la metrópoli, un destacado historiador británico publicó la siguiente queja:

—Los bóers se esconden como cobardes detrás de las piedras y ¡solo disparan cuando se encuentran a cubierto!

Lord Kitchener<sup>18</sup> también criticaría duramente las tácticas empleadas por

sus adversarios, que pudo comprobar in situ mientras estuvo destinado en Sudáfrica:

—Los bóers no son como los sudaneses, que permanecen en pie para combatir de forma limpia. Se escapan constantemente montados en sus pequeños ponis...

Tal como demuestran estas afirmaciones, los británicos consideraban que los bóers no afrontaban la lucha desde una óptica deportiva, en la que predominaría el *fair play*. Por su parte, los bóers no se sentían muy ofendidos por estos comentarios y continuaron con su táctica de guerrillas, que ellos consideraban la única que podían oponer ante el enorme

potencial de las fuerzas británicas.

Paradójicamente, los británicos se enfrentaron a estas tácticas «cobardes» empleadas por los bóers con unas actuaciones que no se veían precisamente regidas por la valentía. Así, Lord Kitchener puso en funcionamiento un plan para impedir a los bóers recibir el apoyo de la población civil. Para ello se crearon campos de concentración destinados a encerrar a mujeres y niños en recintos rodeados de alambradas. Los británicos rodeaban los pueblos y trasladaban a todos sus habitantes a estos campos, ante la impotencia de los combatientes bóers, que contemplaban cómo sus familias eran maltratadas de este modo, sin que

podrían hacer nada para remediarlo. Y las condiciones de vida en estos campos provocaron muchas bajas entre aquella masa de inocentes, causando una mortalidad por desnutrición cercana al veinte por ciento. La aberración que suponía la existencia de estos campos levantó críticas incluso en la propia Cámara de los Comunes británica.

Aunque finalmente el Imperio Británico logró imponer su ley en Sudáfrica, la Guerra de los Bóers supuso, en cierto modo, una derrota moral para los ingleses, que vieron cómo su dorada época colonial llegaba a su fin. La dura resistencia ofrecida por los bóers cuando tenían la posibilidad de atrincherarse, confiando en el gran

alcance de sus fusiles Mauser, demostró que un grupo reducido de defensores podía rechazar sin demasiado esfuerzo las valerosas cargas a la bayoneta a las que estaban acostumbrados los soldados británicos.

Esta fue una lección que no fue aprendida por los británicos, pese a haberla sufrido en numerosas ocasiones en los campos de batalla sudafricanos, y cuya ignorancia tendría fatales consecuencias en la Primera Guerra Mundial.

# Capítulo 11

## Duelo en Oriente (1904-1905)

*La* Guerra Ruso-Japonesa estalló en 1904 por la rivalidad existente entre estos dos países por el control de Corea y Manchuria. Tanto el emperador japonés Matsu-hito, como el zar ruso Nicolás II Romanoff estaban deseosos de ampliar su territorio y albergaban sueños expansionistas. El más necesitado era el zar, puesto que su flota en Extremo Oriente requería un puerto que no quedase bloqueado por el hielo durante el invierno. Antes, el

expansionismo ruso había obtenido sus frutos, consiguiendo ocupar Manchuria y el arrendamiento de Port Arthur, pasando por encima de unos acuerdos firmados en 1900 por los que Japón devolvía esas posesiones a China. Los nipones consideraron estos avances como una amenaza a su seguridad y exigieron la retirada rusa. Las conversaciones diplomáticas se alargarían durante más de dos años, acabando con la paciencia nipona. Y el 6 de febrero de 1904 Japón rompería sus relaciones diplomáticas con Rusia.

La Guerra Ruso-Japonesa comenzó la noche del 7 al 8 de febrero de 1904, cuando los japoneses atacaron por sorpresa a la flota rusa fondeada en Port

Arthur, en una acción que guarda un evidente paralelismo con el ataque a Pearl Harbor del 7 de diciembre de 1941. Los torpederos nipones penetraron en el puerto amparados por la oscuridad y lograron hundir o dañar gravemente a la mitad de los barcos rusos. Solo se salvaron cuatro acorazados y algunos cruceros.

A los pocos días cuatro ejércitos japoneses desembarcan en Corea y en los alrededores de Port Arthur. En Corea, los japoneses ocuparon rápidamente el territorio y llegaron hasta la frontera con Manchuria. En las proximidades de Port Arthur, los japoneses derrotaron a los rusos en las sangrientas batallas de Wafang y Liao

Yang. Así, Port Arthur pasó a estar completamente cercada. Mientras tanto, los restos de la flota rusa del Pacífico, tanto de Port Arthur como de Vladivostok, fueron destruidos en diversos encuentros navales.

Los ejércitos japoneses se lanzaron al asalto de Port Arthur, cuya guarnición se defendió heroicamente. En un último intento por rescatar Port Arthur, 160.000 rusos con más de 800 cañones atacaron a 260.000 japoneses, que disponían de 1.200 cañones. A pesar de que el inicio de la batalla fue prometedor para las tropas del zar, su ataque fue rechazado por los japoneses. Los rusos sufrieron una dolorosa derrota, perdiendo un tercio de sus hombres. Finalmente, Port

Arthur caería en poder de los japoneses en febrero de 1905.

Mientras tanto, la flota rusa del Báltico fue interceptada cerca de la isla de Tsushima por la flota japonesa. El almirante Togo destruyó por completo el poderío naval ruso. La revolución de 1905, que estalló en Rusia, obligó a esta a pedir la paz. Japón obtenía así derechos ferroviarios en Manchuria, los puertos de Dairén y Port Arthur, la península de Liaotung, la mitad de la isla de Sajalin y el reconocimiento ruso de sus derechos sobre Corea.

Las consecuencias de la Guerra Ruso-Japonesa se podrían observar en las décadas siguientes. El germen del descontento social en Rusia acabaría

fructificando en 1917 con la caída del zar y la Revolución de Octubre. Por su parte, Japón irrumpía con fuerza en la escena internacional. La confianza nipona en sus propias fuerzas le llevaría a buscar la hegemonía en Extremo Oriente y el Pacífico a expensas de las potencias occidentales, en un desafío creciente que alcanzaría su punto álgido durante la Segunda Guerra Mundial.

## **Un campo de batalla muy caluroso**

Las tropas rusas y japonesas se enfrentaron en la batalla de Yoshirei, en Manchuria, en el primer año de guerra. Según el testimonio del coronel Hume, que se encontraba como observador junto a las fuerzas rusas, a media

mañana se produjo una pausa en la batalla, que fue aprovechada por ambos bandos para recuperar el aliento, debido al intenso calor.

Poco a poco, se comenzó a sentir un extraño temblor en el aire. Era como si miles de pájaros batiesen sus alas a la vez. El sonido se extendía por todo el valle, aunque parecía proceder de las líneas niponas. Al mirar hacia allí con los prismáticos, los rusos descubrieron el origen de ese misterioso ruido: la mayoría de los soldados japoneses... ¡se estaban dando aire con abanicos! La especial orografía del valle había hecho que el eco llegase con claridad a oídos de los también acalorados rusos, que contemplaban a sus enemigos con

envidia.

## **Un viaje demasiado accidentado**

Si Japón quería obtener una victoria total sobre Rusia, era necesario acabar con la amenaza de la potente flota del Báltico. Para ello, los nipones decidieron plantear la batalla en su propio terreno e imponiendo sus condiciones. La flota japonesa era moderna y disfrutaba de las últimas innovaciones técnicas, pero el mariscal Togo Heihachiro consiguió hacer creer a los rusos que sus barcos tenían mucha menos potencia de fuego de la que poseían en realidad y que podrían ser destruidos por completo en un breve ataque. El cebo ya estaba puesto ante los

rusos, que quedaron convencidos de que era necesario desplazar a la flota del Báltico hasta Japón para asestar allí un golpe mortal a los insolentes nipones.

Aunque los barcos rusos eran temibles en apariencia, en realidad no eran más que «bañeras flotantes», tal como afirmó un testigo de la época. Los mejores buques acorazados eran los de la clase Suvoroff; sin embargo, presentaban imperdonables errores de diseño que ponían en peligro su estabilidad. Los Suvoroff, con el armamento secundario al completo, corrían el riesgo de volcar en caso de mar agitada. Como solución de urgencia se decidió eliminar cualquier peso superfluo, por lo que se llegó a

prescindir de... ¡los banderines y estandartes!

Dar a los buques rusos la orden de zarpar era el equivalente a un suicidio, conduciéndolos a un sacrificio inútil. Los japoneses lograron que los ingleses advirtieran a los rusos que no se les permitiría el paso de la flota del zar a través del canal de Suez. Por lo tanto, los barcos se verían obligados a rodear todo el continente africano por el cabo de Buena Esperanza, añadiendo casi diez mil kilómetros al ya de por sí inacabable viaje.

Con estos prolegómenos, el comandante de la flota, el vicealmirante Zinovy Petrovitch Rozhestvenski, no partía con los mejores augurios.

Además, en su ruta hacia Japón, los rusos no contaban con bases intermedias para repostar carbón. Para ello tuvieron que llegar a un acuerdo con una compañía privada alemana, que les proporcionaría el combustible a lo largo del trayecto.

Las preocupaciones del almirante se trasladaron a las tripulaciones, que tampoco confiaban demasiado en el éxito de la empresa. Fruto de este nerviosismo fue un tragicómico episodio ocurrido en el mar del Norte, nada más partir. Un grupo de pesqueros ingleses estaba faenando en la zona cuando fueron confundidos con la flota nipona al completo. Los cañones rusos abrieron fuego contra ellos. Cuando ya habían

hundido varios de estos barcos, se dieron cuenta de que habían cometido un lamentable error. Este suceso fue recogido por la prensa británica e inmediatamente por toda la prensa mundial, provocando que el viaje de la flota rusa se convirtiera en el hazmerreír de todos.

Los despropósitos seguirían acompañando a la flota del Báltico en su viaje hacia Extremo Oriente. El almirantazgo de San Petersburgo, consciente de que su escuadra no estaba ofreciendo la imagen más adecuada, decidió reforzarla con otros buques que se habían quedado en los puertos rusos. Para ello comunicaron a Rozhestvensky que esperase la llegada de esos buques.

Al conocer las intenciones de sus superiores, el almirante prefirió evitar el encuentro con los barcos de refuerzo, puesto que se trataba de los buques más anticuados de la flota rusa. Según Rozhestvensky, no eran más que «una colección arqueológica de arquitectura naval».

Mientras Rozhestvensky hacía todo lo posible por esquivar al convoy que llegaba para unirse a su flota, uno de sus propios barcos se enredó con un cable submarino, cerca del estrecho de Gibraltar. Los rusos se vieron obligados a cortarlo, sin saber que se trataba de un cable de comunicaciones entre África y Europa. Los técnicos tardaron cuatro días en repararlo y mientras tanto ambos

continentes se encontraron  
incomunicados.

Este desastroso viaje continuaría por los mismos derroteros. A lo largo del recorrido seguirían produciéndose incidentes similares. El buque *Kamchatka* mantuvo un combate contra tres supuestos barcos japoneses. Después de disparar trescientos obuses, sus tripulantes se dieron cuenta de que estaban atacando a un mercante sueco, un pesquero alemán y una goleta francesa.

En un punto del trayecto, Rozhestvensky ordenó realizar unas prácticas de tiro para romper con la monotonía que ya estaba haciendo mella en la disciplina de sus hombres. Los

rusos compraron en un puerto africano un buque que estaba destinado al desguace y lo utilizaron como blanco en las maniobras. La artillería de sus destructores hizo fuego repetidas veces apuntando hacia el buque. Al volverse a reunir la flota, el almirante comprobó con desesperación que el barco que servía como objetivo no había sido tocado ni una sola vez. El único acierto había sido... ¡contra el barco ruso que lo arrastraba! Todos estos sucesos acabarían castigando duramente la salud de Rozhestvensky. Aquejado de fuertes dolores de cabeza, el almirante pasaría días enteros encerrado en su camarote sin querer ver a nadie.

Una vez que la flota se adentró en el

océano Índico, los japoneses consiguieron hacer creer a los rusos que habían enviado sus barcos a su encuentro para combatir a mitad del recorrido. Esto supuso permanecer en alerta durante el resto de la singladura, provocando una gran tensión en los marineros.

La flota rusa del Báltico avanzaba ya entre Japón y China cuando fue interceptada cerca de la isla de Tsushima<sup>19</sup> por los barcos japoneses el 27 de mayo de 1905. Aunque las fuerzas en liza eran similares —medio centenar de buques por cada bando—, mientras que los japoneses estaban descansados, tranquilos y confiados, los rusos se encontraban fatigados, abatidos y

desmoralizados. Y el resultado del duelo no podía ser otro que el de la victoria de la flota nipona, puesto que sus barcos eran más rápidos y tenían mayor potencia de fuego, lo que contrastaba espectacularmente con la obsoleta escuadra del zar.

El almirante Togo supo aprovechar esas ventajas al máximo. En primer lugar se aproximó en ángulo a la flota rusa, que navegaba en línea. Después aisló a la vanguardia y, al primer intercambio artillero, hundió un acorazado e inutilizó otro. Entonces, la escuadra rusa se dispersó presa del pánico. Antes del anochecer, los cañones japoneses mandaron al fondo del mar otros tres acorazados, por lo

que el almirante ruso, para evitar perder toda la flota, ordenó poner rumbo inmediatamente hacia Vladivostok.

La dirección de la batalla por parte de Rozhstvensky no pudo ser peor. Según sus propios hombres, las órdenes del almirante causaron «perplejidad y consternación», provocando un «estado de caos». En cambio, la táctica empleada por el almirante Togo desarticularía por completo las líneas rusas. Pero Togo no quedó satisfecho y decidió perseguir a la escuadra enemiga en fuga. Los veloces destructores nipones, acompañados de lanzatorpedos, lograron darles alcance: durante toda la noche y hasta el amanecer se dedicaron a hundir barcos, prácticamente sin

oposición, dejando fuera de combate otros 28 buques. Finalmente, Rozhestvensky fue hecho prisionero. Tan solo doce barcos rusos pudieron salvarse, mientras que los nipones únicamente tuvieron que lamentar la pérdida de tres buques lanzatorpedos. El viaje que tan mal había comenzado en aguas del Báltico no pudo acabar peor.

### **Brindis con agua**

Tras la Guerra Ruso-Japonesa, saldada con la inesperada victoria nipona, uno de los triunfadores de este conflicto, el almirante Togo, acudió a Washington en visita oficial. Allí, los norteamericanos agasajaron al ilustre marino. Tras una cena celebrada en

honor de Togo, se llegó al momento de los brindis. Sin embargo, uno de los asistentes, William Jennings Bryan (1860-1925), que luego sería secretario de Estado, no quería brindar porque era abstemio. Para evitar un incidente diplomático, Bryan tomó la palabra y dijo:

—Como Togo ha conseguido una victoria en el agua, brindaré con agua. Cuando logre otra victoria en champán, brindaré con champán...

# Capítulo 12

## Muerte en las trincheras (1914-1918)

*E*l conflicto de 1914-18 fue el resultado de las tensiones que se habían fraguado en las décadas anteriores. Alemania y Gran Bretaña rivalizaban por convertirse en la principal potencia europea, mientras que Francia albergaba deseos de revancha contra los alemanes, tras la pérdida de Alsacia y Lorena en 1870. Por su parte, Austria temía la expansión rusa en los Balcanes, una región convertida en un auténtico polvorín.

Estos ingredientes acabaron explotando en 1914, tras el asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austria, a manos de un extremista serbio. A partir de ese momento se inició una absurda cadena de despropósitos: Austria declaró la guerra a Serbia, Rusia se alineó con los serbios enfrentándose así a los austríacos, Alemania acudió en apoyo de Austria, Francia entró a favor de Rusia y finalmente Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. El 4 de agosto la contienda ya estaba en marcha. Y, curiosamente, todos los participantes en el conflicto estaban convencidos de que la guerra se resolvería en unas semanas.

Austria pensaba que aplastaría a Serbia rápidamente y los alemanes creían que alcanzarían París en pocos días; lo mismo que aseguraban los franceses respecto a Berlín.

Sin embargo, el conflicto se alargaría durante más de cuatro años. Nadie había previsto que la guerra tomaría el cariz que luego adoptó, al no analizar con detenimiento los resultados de la extraordinaria evolución de los armamentos que se había producido en los decenios anteriores: el mayor alcance de los fusiles de repetición o la aparición de la ametralladora, capaz de disparar diez proyectiles por segundo. Aunque los campos de batalla de la Guerra de los Bóers o incluso de la

Guerra de Secesión norteamericana ya habían visto la aparición de este armamento, no se adoptaron estrategias para compensar el aumento de la solidez defensiva.

Las nuevas armas, disparando desde posiciones estabilizadas, creaban una barrera de fuego mortífera que hacía inútil cualquier intento de asalto frontal. Esta circunstancia condujo a la terrible guerra de trincheras que paralizó el frente occidental. Los intentos de tratar de romper esas redes defensivas provocaron grandes carnicerías, en las que oleadas de soldados de ambos bandos caían bajo el fuego de las ametralladoras, mientras atravesaban penosamente un terreno removido por

las bombas y obstaculizado con alambradas.

Este estancamiento llevó a los estrategas a idear un sistema para romperlo: se pensó en la «batalla de desgaste», por la que se aplicaba una gran concentración de fuego de artillería, seguida de un avance limitado de la infantería. Las reservas enemigas que acudían a taponar la brecha eran nuevamente batidas por el fuego intenso y la operación se repetía con el objetivo de que el enemigo agotase sus reservas. Una vez que esto sucediese, ya se podía lanzar el ataque final para romper la línea defensiva. Esta estrategia fracasó estrepitosamente, y fue muy costosa en vidas humanas.

Más éxito tuvo el otro sistema empleado para acabar con la guerra de trincheras: la «batalla profunda» logró una penetración rápida y por sorpresa con el objeto de llegar hasta la retaguardia para golpear los centros vitales del enemigo. Para ello, los británicos recurrieron a los carros de combate y los alemanes, a pequeñas unidades de infantería que se infiltraban por los huecos creados durante la preparación artillera. Estos métodos innovadores lograron por fin en 1918 la ruptura del frente, que había permanecido prácticamente inalterado desde 1914, y anticiparon los aplastantes medios de combate utilizados por los alemanes al comienzo

de la Segunda Guerra Mundial.

## **Salvadores en retirada**

Tras la violación de las fronteras de la neutral Bélgica por parte de las tropas alemanas el 4 de agosto de 1914, la población local recibió como héroes a los soldados británicos que acudían para ayudar a los belgas a defender su país. No obstante, el arrollador avance germano hizo retroceder también a los británicos, que se sintieron impotentes para contener la ofensiva de las tropas del káiser. En su retirada, los soldados ingleses veían con amargura cómo en los pueblos que atravesaban en su huida hacia el oeste aún estaban extendidas grandes pancartas en las que se podía

leer: «Bienvenidos nuestros salvadores británicos».

## **Un ángel se aparece a los británicos**

El 23 de agosto de 1914, el ejército alemán intentó atravesar las líneas aliadas en la localidad belga de Mons, defendidas en ese punto por dos cuerpos británicos comandados por el general sir Horace Smith-Dorrien. Los soldados germanos se estrellaron una y otra vez contra las trincheras aliadas, bien defendidas. Pero los alemanes iniciaron un intenso bombardeo que permitió a su infantería emprender una maniobra para envolver a los británicos. Gracias al apoyo de su artillería, el general Smith-Dorrien organizó una ordenada retirada

general.

Esta batalla se puede considerar menor, ya que causó solamente 1.600 bajas entre los británicos y aproximadamente el doble entre los alemanes. Sin embargo, Mons pasaría a la historia por la irrupción de un inesperado refuerzo entre las tropas británicas... Dos semanas después de la batalla, comenzó a circular en la prensa británica una información según la cual se había aparecido en el campo de batalla un ángel vestido de blanco y montado en un caballo del mismo color, con una espada envuelta en llamas. Según los periódicos, este increíble suceso fue contemplado por miles de soldados de ambos bandos.

Al parecer, el desafiante espectro, conocido a partir de entonces como el Ángel de Mons, se enfrentó a los alemanes impidiéndoles continuar con su avance, permitiendo así la retirada de los soldados británicos. De todos modos, las versiones difieren, ya que algún periódico aseguraba que no se trataba de un ángel, sino que era el patrón de Inglaterra, san Jorge, quien había acudido a socorrer a los soldados británicos, enarbolando una larga lanza en lugar de la espada flamígera.

En realidad, nadie vio al supuesto Ángel de Mons, pero sí que se dieron casos de visiones colectivas. La razón era el agotamiento que sufrieron los soldados británicos al retirarse de

Mons. Tras cinco días de marchas continuas, sin tiempo para descansar ni dormir, los soldados sufrieron alucinaciones. Casi todos los que protagonizaron esa marcha vieron ángeles, castillos o ejércitos fantasmales, que se desvanecían tan rápidamente como aparecían. Probablemente, alguno de estos testimonios llegaría a oídos de la prensa británica y, convenientemente adornada, daría lugar a la célebre leyenda del Ángel de Mons.

### **Taxi, ¡al frente!**

La extraordinaria resistencia de las tropas francesas en la batalla del Marne, del 6 al 8 de septiembre de 1914, salvó

París del avance de las fuerzas alemanas. Gran parte del mérito hay que anotarlo en el haber del general Gallieni, que en ningún momento dudó que las tropas del káiser serían detenidas antes de llegar a la capital gala.

El primer ejército alemán de Von Kluck había llegado a orillas del río Marne el 3 de septiembre, atravesándolo al día siguiente con la intención de lanzar su ataque contra París el 5 de septiembre. Pero el general en jefe alemán, Von Moltke, al ver que el ala derecha de su ejército quedaba expuesta, ordenó a Von Kluck que se replegara hacia el norte. Y en la mañana del 6 de septiembre, los franceses lanzaron un

sorprendente contraataque, mandados por el general Gallieni, gobernador militar de París. Entre el primero y el segundo ejército alemán se había abierto una separación de unos cincuenta kilómetros, lo que sería aprovechado por los franceses para lanzar un ataque en forma de cuña. En esos momentos trascendentales, en los que estaba en juego el destino, no solo de París, sino de Francia entera, era necesario enviar al frente todo lo que fuera capaz de oponerse al avance germano.

Con el objetivo de llevar el máximo número posible de hombres al río Marne, en donde se estaba desarrollando una fiera lucha...  
¡llegaron a utilizarse los taxis de

París!<sup>19</sup> En efecto, los soldados llegaron al frente en taxi, en una acción sin precedentes y que desde entonces no ha vuelto a suceder. Para homenajear a estos «taxis del Marne» que transportaron providencialmente a los soldados franceses, en la actualidad uno de esos taxis se encuentra en un lugar de honor en el museo militar que se encuentra en el colosal edificio parisino de Los Inválidos.

La aportación de estos vehículos resultaría decisiva para la suerte de la batalla. Von Moltke se vio obligado a suspender el avance sobre París el 9 de septiembre y comenzó entonces la retirada alemana en dirección al río Aisne. Como resumen, la batalla del

Marne supuso el enfrentamiento de más de dos millones de hombres: 900.000 alemanes, 1.100.000 franceses y 70.000 británicos. El ejército francés sufrió 250.000 bajas, los alemanes perdieron 200.000 y los británicos, solo un millar de hombres.

### **¿Quién ha de abrir el telegrama?**

En el ejército ruso se dieron varios casos de fuerte rivalidad entre oficiales. Uno de los más curiosos se dio entre el comandante Ivanov y su jefe de Estado Mayor Alexeiev. Sus discusiones eran continuas y de ello se resentía el ejército que tenían a sus órdenes. El odio que sentían el uno por el otro les hizo intentar apropiarse de cualquier

competencia por pequeña que fuera. Esta lucha les llevó a mantener una acalorada disputa por dirimir quién tenía el derecho de abrir los sobres que contenían los telegramas que llegaban del Estado Mayor.

Como no se aclaró quién de los dos era el que tenía derecho a leer primero los telegramas, exigieron que cada uno de ellos recibiese un ejemplar del mismo mensaje, para evitar así más discusiones. Pero lo que parecía una solución salomónica acabaría convirtiéndose en una nueva fuente de problemas. Tras recibir los dos telegramas, tanto Ivanov como Alexeiev se apresuraban a impartir las órdenes pertinentes, aunque en la mayoría de

ocasiones eran contradictorias, causando la consiguiente perplejidad entre sus oficiales.

## **El plan de un general incompetente**

Con el fin de romper el frente estático en el que se había convertido la defensa rusa ante la ofensiva germana, el general Kuropatkin tuvo una idea con la que pretendía asaltar sin problemas las trincheras alemanas. Kuropatkin ordenó que se colocaran cientos de potentes focos en las líneas propias, en dirección al enemigo. Según su plan, cuando llegase la oscuridad de la noche, los soldados rusos podrían atacar a los alemanes protegidos por los focos, con los que pretendía deslumbrar a los

alemanes.

Pero el plan no salió exactamente como había previsto el general ruso. Para su sorpresa, comprobó cómo sus hombres, aunque avanzaban teniendo detrás la cegadora luz de los focos, caían como moscas bajo los disparos de los soldados germanos, que no tenían ninguna dificultad para abatirlos. Aun así, no dio órdenes de detener ese avance suicida y los hombres de Kuropatkin continuaron siendo masacrados por los alemanes. En total, esa noche murieron unos 8.000 soldados rusos.

Más tarde, el incompetente general descubrió el motivo del fracaso, que habría podido adivinar con anterioridad

si hubiera aplicado el sentido común o si se hubiera realizado algún ensayo, evitando así que miles de sus hombres perdiesen la vida inútilmente. Al poner en práctica su plan, se demostró que la potencia de los focos no era la suficiente para deslumbrar al enemigo. Pero además, y lo que era más importante, lo único que conseguía la luz era marcar con exactitud la silueta de los soldados rusos, por lo que apuntarles se convertía en un juego de niños para los tiradores alemanes.

## **Pies demasiado grandes**

En 1914, el ejército británico no disponía aún de todo el equipo necesario para pertrechar

adecuadamente a sus soldados. Un ejemplo fue el de un soldado llamado Beale, alistado en infantería, al que no se encontraron botas de su número debido a que tenía los pies muy grandes. El problema no pudo resolverse, y al final se le entregaron unas botas que resultaron ser pequeñas. Sin embargo, para evitar al soldado Beale los sufrimientos ocasionados por ese calzado inadecuado en las largas marchas propias del cuerpo de infantería... ¡se le envió al de artillería!

## **Cómo ablandar unas botas**

El sistema empleado por los soldados británicos en la Primera Guerra Mundial para ablandar sus botas

e impedir que apareciesen ampollas y rozaduras en los pies era un tanto desagradable pero muy efectivo. El método consistía en llenar las botas con orina y dejarlas así toda la noche. Este truco daba lugar a una ocurrencia que se solía hacer a los reclutas recién llegados. Cuando uno de ellos se quejaba de la dureza y rigidez de sus botas, siempre había un veterano que le recomendaba utilizar un guisante («*pea*», en inglés). Esto provocaba la confusión del recluta, hasta que se le aclaraba que se estaba refiriendo a la acción de orinar («*pee*», en inglés coloquial).

## **Adiós a los calcetines**

El alistamiento de jóvenes ingleses procedentes de zonas rurales dio lugar a algún curioso episodio. Acostumbrados a utilizar letrinas en sus lugares de residencia, cuando llegaron a los cuarteles se encontraron con los para ellos sorprendentes inodoros. Muchos de ellos supieron enseguida de su utilidad, pero hubo otros que no fueron tan agudos. Un muchacho creyó que se trataba de un lavadero y se dispuso a lavar sus calcetines en la taza. Los compañeros que ya habían descubierto su finalidad no quisieron sacarle de su error y, entre risas ahogadas, contemplaban cómo el recluta refregaba los calcetines con jabón, agachado junto al inodoro.

Entonces, el joven preguntó cómo se podía obtener más agua, a lo que alguien respondió: «tirando de la cadena». El inocente recluta hizo lo que había dicho el compañero y, naturalmente, los calcetines se fueron rápidamente por el desagüe. Lo peor llegó cuando el joven tuvo que solicitar que le entregasen un nuevo par de calcetines, costándole un buen rato convencer al oficial al mando de que era cierta su inaudita versión de cómo los había perdido.

## **En defensa de la civilización**

Durante la Primera Guerra Mundial, las muchachas de la clase más acomodada de Londres solían acercarse a los jóvenes que estaban en edad de

alistarse, pero que aún no lo habían hecho, y les entregaban una pluma blanca, como símbolo de cobardía. Y en una ocasión, un joven alemán que se encontraba estudiando en Gran Bretaña, llamado Karl Wehner, fue interpelado en plena calle por una de estas damiselas:

—¿Por qué no se ha alistado en el ejército?

—Hay una razón de peso para ello — le contestó el joven—, soy alemán.

La contrariada dama, de todos modos, no renunció a su deseo de humillarle y le obsequió con la pluma de la vergüenza.

Otro caso fue protagonizado por un

joven estudiante británico que no había querido alistarse. Caminaba tranquilamente por la calle con su ropa de civil, cuando una de estas damas le paró y le ofreció una pluma blanca, a la vez que le decía con voz altanera:

—Me sorprende que usted no esté luchando por defender a la civilización.

—Señora —replicó el joven—, más bien creo que soy yo, la civilización, que está luchando por defenderse.

## **Partido de fútbol en tierra de nadie**

La Navidad de 1914 pasó a la historia por darse en el frente occidental un hecho sin precedentes en la historia militar. Aquella Nochebuena las tropas

alemanas comenzaron a entonar canciones, mientras colocaban sobre los parapetos de las trincheras árboles decorados con luces, enviados a miles por decisión expresa del káiser, junto a un buen cargamento de licores y salchichas.

Al amanecer del día de Navidad, algunos soldados alemanes comenzaron a salir desarmados de sus trincheras. Los Aliados, primero con desconfianza pero después con decisión, salieron a su encuentro fundiéndose con ellos en abrazos de amistad, compartiendo tabaco y chocolate y mostrándose mutuamente sus manoseadas fotografías de novias, esposas o hijos.

Pero el episodio más emblemático de

esta insólita tregua fue la disputa de algunos partidos de fútbol en tierra de nadie. Tal como recordaba Bertie Felstead, un soldado inglés fallecido en julio de 2001 a los ciento seis años, al alba de ese 25 de diciembre de 1914, «los alemanes comenzaron a salir desarmados de sus trincheras hacia nosotros y salimos a abrazarles». Ingleses y alemanes cantaron juntos y se intercambiaron cigarrillos hasta que, de repente, apareció un balón y se improvisó un partido de fútbol en cada equipo, que contaba con una cincuentena de soldados. No se sabe quién ganó, puesto que, según Bertie, «nadie se encargó de contar los goles». Sin embargo, tras una media hora de juego,

el partido acabó de golpe cuando un comandante inglés gritó: «¡Hemos venido a matar hunos, no a jugar a fútbol con ellos!» Una salva de artillería rubricó las palabras del oficial y poco después cada uno volvía a estar en su trinchera.

### **Improvisada barbería**

Las inesperadas muestras de compañerismo de la Navidad de 1914 alarmaron a los cuarteles generales de ambos bandos. Inmediatamente se impartieron órdenes a los oficiales para que informasen con detalle de lo ocurrido y tomaran drásticas medidas para impedir que esa «peligrosa confraternización» pudiera volver a

ocurrir.

De esta manera, las unidades que participaron en la tregua fueron desmembradas e incluso algunos soldados franceses fueron ejecutados. Las cartas en las que los soldados explicaban a sus familias esa insólita celebración navideña fueron interceptadas y destruidas. También fueron requisadas todas las fotografías que habían inmortalizado el encuentro amistoso, aunque una de ellas burló los controles y acabó siendo publicada en la portada del diario londinense *Daily Mirror*, antes de que la censura militar pudiera reaccionar. La tregua navideña se convirtió, así, en un recuerdo difuso. El frente occidental volvió a ver el

enfrentamiento despiadado entre las tropas beligerantes. A la Navidad siguiente nadie se sintió con ánimos para desafiar las consignas oficiales y no se dieron casos destacables de tregua tácita.

Aun así, en algunos puntos en los que no había demasiada actividad bélica sí que se dio algún caso aislado de confraternización. Según el testimonio de un soldado británico llamado Bruce Bairnsfather, el día de Navidad de 1915 se dio una curiosa escena: uno de los ametralladores de la compañía, que era barbero en la vida civil, se dispuso a cortarle a pelo... ¡a un alemán! En efecto, el soldado germano se puso de rodillas en el suelo y el británico, con

total profesionalidad, sacó unas largas tijeras y durante unos minutos tuvo ante sí la posibilidad de acabar limpiamente con uno de sus enemigos. Sin embargo, el barbero hizo su trabajo y a cambio su «cliente» alemán le obsequió con unos cigarrillos.

## **Ruido de cañones**

La contienda más sangrienta de la Gran Guerra fue la primera batalla del Somme, en Francia, entre el 1 de julio y el 19 de noviembre de 1916. En total hubo más de un millón de muertos. El bando aliado perdió unos 400.000 británicos y unos 200.000 franceses, mientras que los 400.000 restantes eran alemanes, pese a que las cifras iniciales

hablaban de 670.000 soldados germanos muertos. Como datos escalofriantes, basta señalar que tan solo en el primer día de la ofensiva se produjeron 57.470 bajas británicas y que un batallón, el 10.º West Yorks, fue aniquilado por completo cuando no se había cumplido ni un minuto desde que había comenzado su avance, masacrado por las ametralladoras alemanas.

Para hacerse una idea de la colosal ofensiva que llevó a cabo la artillería aliada, hay que tener en cuenta que desde Londres era posible oír en la lejanía el retumbar de los cañones y, en ocasiones, los cristales de las ventanas llegaban a vibrar. En las noches despejadas, incluso se podía ver en el

horizonte el resplandor producido por las explosiones al otro lado del canal de la Mancha.

## **La tardía aparición del tanque**

El origen de la palabra tanque —en inglés, *tank*— para referirse a los carros blindados es un engaño llevado a cabo por el Ministerio de Guerra británico para mantener en secreto su fabricación. Los envíos de estos vehículos blindados al frente eran registrados como depósitos o «tanques de agua». Cuando los carros eran embarcados en los puertos británicos rumbo al continente, iban cubiertos con lonas en las que se podía leer «*tanks*» (depósitos), para evitar que algún espía pudiera

identificar estos ingenios. El nombre hizo fortuna y a partir de entonces se les conocería de este modo.

La primera ocasión en la que se emplearon tanques en la guerra fue el 15 de septiembre de 1916 en la batalla del Somme. Los británicos contaban con 36 unidades, aunque tan solo la mitad de ellos llegaron a funcionar. Pero no fue hasta el 20 de noviembre de 1917 cuando los tanques protagonizaron una gran batalla en la Primera Guerra Mundial. Ese día, el comandante en jefe británico, sir Douglas Haig, utilizó 324 tanques como fuerza de choque para romper la línea del frente germano en Cambrai, en ese punto a cargo del Segundo Ejército alemán, comandado

por el general Von der Marwitz.

Pasando sobre las alambradas, los tanques británicos abrieron un amplio agujero de casi diez kilómetros de ancho, por el que pudo penetrar la infantería. Esta penetración inicial fue hecha pública el 23 de noviembre, lo que extendió la euforia entre la población británica: las campanas de todas las iglesias repicaron para celebrar la victoria. Sin embargo, el hecho de que los tanques avanzasen con exasperante lentitud —unos cinco kilómetros por hora—, unido a que no se habían ensayado tácticas de avance conjunto con la infantería, facilitó la respuesta alemana, que logró taponar la brecha con tropas procedentes del frente

oriental. Además, los soldados germanos aprendieron rápidamente a combatir a los tanques: ataban varias granadas juntas y las arrojaban bajo el vehículo, destruyéndolo. Otro punto débil descubierto por los alemanes era la dificultad del tanque para combatir en zonas pobladas: eran atraídos a pequeñas aldeas, en donde no podían maniobrar en sus estrechas calles, lo que era aprovechado por los soldados germanos para darles caza.

El 27 de noviembre, los británicos se vieron obligados a detener la ofensiva. Dos días más tarde, los alemanes iniciaron el contraataque tras una potente preparación artillera. Cuando Haig ordenó la retirada, el 4 de

diciembre, la línea del frente era la misma que al principio de la ofensiva. De todos modos, en la batalla de Cambrai los tanques demostraron que poseían un gran potencial que merecía ser explotado.

Sin embargo, este descubrimiento del tanque pudo haberse producido mucho antes si el gobierno británico hubiera prestado atención a los que habían planteado alguna respuesta a este reto. No es necesario remontarse al siglo XVI, cuando Leonardo da Vinci diseñó un vehículo acorazado, tirado por bueyes y provisto de cañones. Pero en 1912 un ingeniero civil llamado Mole presentó ante el Ministerio de Guerra un proyecto de vehículo blindado, con

ruedas de oruga, capaz de transportar en su interior a varios hombres. El ministerio ignoró esta revolucionaria propuesta. Mole volvió a presentar su idea en 1915, cuando los soldados británicos caían a miles bajo las ametralladoras alemanas, pero el ministerio no contempló la posibilidad de adoptar el invento del ingeniero.

Sería más tarde, bajo el decisivo impulso de Churchill, cuando el general Swinton ideó un prototipo similar al proyecto propuesto por Mole, pero basándose en el diseño del tractor norteamericano Holt. El primer tanque aceptado por la comisión encargada de poner en marcha esta nueva arma, un carro de combate Mk 1, fue bautizado

con el nombre de *Little Willie*.

Queda en el terreno de la especulación lo que hubiera ocurrido si los británicos hubieran contado con este decisivo elemento de ruptura del frente desde el comienzo del conflicto, puesto que es posible que la guerra no se hubiera extendido durante cuatro años.

### **El fuego se queda corto**

El sistema de avance de la infantería durante la Primera Guerra Mundial se basaba en una cortina de fuego de artillería que iba avanzando conforme los soldados se adentraban en territorio enemigo. De este modo, al menos en teoría, la infantería se encontraba el terreno libre del temible alambre de

espino, destrozado por las bombas, y expedito también de tropas enemigas, que se suponía que habrían retrocedido, abandonando sus posiciones. No obstante, siempre existía el peligro de que la cortina de fuego no fuera tan precisa como se pretendía y que las bombas que volaban por encima de los soldados acabasen cayendo sobre ellos.

Parece ser que esto era lo que ocurría en las filas alemanas con el 49.º Regimiento de Artillería. Como sus proyectiles solían quedarse cortos, provocando numerosas bajas entre los propios soldados de infantería germanos, estos decidieron bautizar al regimiento con el número más apropiado de «48 1/2». Pero estos trágicos errores

de cálculo no eran exclusivos del ejército del káiser. Se calcula que unos 75.000 franceses murieron también víctimas de los obuses disparados por su propia artillería.

### **Aviso de bomba**

Conforme transcurría el conflicto, los soldados de ambos bandos cada vez presentaban síntomas de un mayor cansancio. En muchos puntos del frente occidental, atascado en una monótona guerra de trincheras, las ofensivas y los contraataques dieron paso a la rutina. El paso de los días, compartiendo el frío, la lluvia, el hambre o los piojos, acabó convirtiendo a los enemigos en compañeros. Un soldado alemán

recordaba tras la guerra que, mientras estaban preparando la comida en su trinchera, un francés que estaba en una posición avanzada desde la que observaba las líneas germanas les gritó si podía ir a comer con ellos. Los alemanes creyeron que se trataba de una broma y le contestaron: «¡Estás invitado!» En medio del asombro de los soldados del káiser, el francés se acercó y se sentó entre ellos, presentando su escudilla para que se la llenaran con el rancho. El cocinero alemán le sirvió y de este modo se inició un insólito almuerzo de hermandad que se repetiría durante varios días. A partir de entonces, el francés se presentaba puntualmente a la hora de la comida,

hasta que un día un oficial alemán prohibió que aquel soldado se acercase a la trinchera, al considerar que estaban allí para luchar, no para alimentar al enemigo.

Otro ejemplo de la solidaridad espontánea que se dio entre los combatientes del frente occidental tendría como protagonistas a los soldados británicos pertenecientes al Regimiento de Lancashire. En una ocasión, cayó sobre una de sus trincheras una piedra, a la que iba atado un mensaje, que alguien había lanzado desde las líneas alemanas. En el papel se podía leer lo siguiente:

—Queremos advertiros de que esta tarde os dispararemos un obús. No es

nuestra intención haceros ningún daño, pero el oficial nos obliga a disparar al menos uno al día. El disparo será a las seis, pero avisaremos poco antes con un silbato para que os pongáis a cubierto.

Los sorprendidos soldados ingleses comprobaron como, en efecto, los alemanes hicieron sonar el silbato antes de las seis y a esa hora un obús cayó sobre sus trincheras. Gracias al aviso de los alemanes, los británicos pudieron ponerse a cubierto y no tuvieron que lamentar ninguna baja.

## **Reciclaje de cadáveres**

Una confusión lingüística dio lugar en abril de 1917 a una truculenta historia. La prensa británica se hizo eco de una

noticia aparecida en un periódico alemán, en el que se explicaba el proceso por el que los cadáveres resultantes de la campaña militar en el oeste eran tratados para extraer la grasa, con destino a la fabricación de lubricantes. Por otro lado, los huesos eran molidos en molinos especiales para ser añadidos a la comida para los cerdos. Los británicos se escandalizaron ante este macabro reciclaje y les confirmó en su convencimiento de la brutalidad germana, que no tenía piedad ni de sus propios soldados caídos en la guerra.

Aunque durante el conflicto abundaron historias de este tipo, inventadas para proyectar una imagen lo

más negativa posible del enemigo, en este caso se trataba simplemente de una confusión. El término «*kadaver*» que aparecía en la prensa alemana se refería exclusivamente a los cuerpos de los animales; una traducción apresurada por parte de los británicos identificó esta palabra con «cadáver», aplicado a restos humanos, lo que dio lugar al siniestro malentendido.

Este tratamiento industrial de los animales muertos era habitual también en el bando aliado. En la costa francesa se instaló una planta para extraer la grasa animal, que llegó a producir más de 9.000 toneladas de grasa, que era enviada luego a Gran Bretaña. Allí era transformada en glicerina, un compuesto

necesario para fabricar explosivos.

## **Las Biblias, agotadas**

Los ejemplares de bolsillo de la Biblia se agotaron en Gran Bretaña durante la guerra. Llevadas en unos casos por su fe religiosa y en otros por la superstición, las madres de los soldados que estaban luchando en las trincheras enviaban a sus hijos esos pequeños libros en la creencia de que servirían para protegerles literalmente de las balas enemigas.

Según se comentaba, muchos soldados se habían librado de la muerte al colocarse una de esas pequeñas Biblias en el bolsillo, protegiendo el corazón. En realidad, durante toda la

guerra, tan solo se documentaron dos casos en los que una Biblia detuvo una bala enemiga, salvando la vida a su afortunado poseedor.

## **Nombres patrióticos**

La guerra llegó también a la vida cotidiana de los ciudadanos en aspectos que parecían estar muy alejados de las disputas bélicas. En Francia se dio un intento serio de eliminar el nombre de «agua de Colonia» debido a la referencia a la ciudad alemana. Las autoridades promovieron su sustitución por la denominación más patriótica de «agua de Provenza», pero la campaña no cuajó entre la población, que siguió llamándola por su nombre tradicional.

Los alemanes tampoco se quedaron atrás en su intento de eliminar de la vida diaria las aportaciones del lenguaje de las naciones enemigas. Las autoridades obligaron a cambiar todos los nombres de restaurantes y hoteles que tuvieran un nombre inglés o francés. Con ello, lo único que se consiguió fue crear una gran confusión, puesto que, mientras que los rótulos públicos indicaban un nombre típicamente germano, la gente solía referirse a estos establecimientos por el nombre que habían tenido hasta ese momento. Un caso extremo fue el protagonizado por el gobernador militar de la ciudad alemana de Breslau, que intentó, sin éxito, que las pastelerías sustituyesen la palabra «bombón» por

otra alemana, al ser de origen francés el nombre que designa esos apetitosos dulces de chocolate.

Sin embargo, tras la entrada de Italia en la guerra en favor de los Aliados, en Alemania sí que tuvo éxito el cambio en la denominación de la «ensalada italiana» que servían los restaurantes germanos. A partir de ese momento, en el menú aparecería como «ensalada de los traidores».

## **Una solución poco sofisticada**

En los meses iniciales de la Gran Guerra, la aviación militar se encontraba dando sus primeros pasos. Al principio, su única misión era la de servir de observadores sobre las líneas

enemigas. Cuando los aviones del bando contrario acudían a interceptarlos, se enfrentaban en duelos particulares más propios de las justas medievales que de una guerra del siglo XX, utilizando pistolas y fusiles.

Durante el avance por territorio francés en el verano de 1914, los soldados de infantería alemanes se quedaron sorprendidos cuando un avión francés dejó caer una bomba sobre sus líneas: habían comenzado así los ataques aéreos a tierra.

La evolución de los aeroplanos ante estos nuevos retos fue enormemente rápida, pero dio lugar a soluciones en las que primaba la imaginación y la improvisación por encima de la

superación técnica. Un ejemplo de ello ocurrió el 19 de abril de 1915, cuando el aparato del célebre aviador francés Roland Garros, que más tarde daría nombre al conocido torneo de tenis parisino al ser un gran aficionado a este deporte, hizo un aterrizaje forzoso tras las líneas alemanas. Los alemanes habían tenido noticia de que el hábil Garros había conseguido derribar cinco aviones en quince días y ahora tenían la oportunidad de descubrir si era debido a alguna innovación técnica que había escapado a los ingenieros germanos. Pero al examinar el avión, advirtieron que el propio piloto podía disparar una ametralladora a través de la hélice, situada en el morro. Con ello, a la vez

podía pilotar el aeroplano y apuntar hacia el enemigo.

La pregunta, no obstante, era obvia. ¿Cómo podía disparar a través de la hélice? Los alemanes suponían que debía existir algún sofisticado sistema que permitiese el paso de las balas a través de la hélice en movimiento, pero nada más alejado de la realidad. Los franceses se habían limitado... ¡a proteger con unas gruesas planchas de hierro las palas de la hélice! Las balas que tropezaban con ellas simplemente eran desviadas, mientras que el resto continuaban su trayectoria hacia el aparato enemigo. Los técnicos germanos se negaron a incorporar una aportación tan primitiva a sus aviones y se pusieron

manos a la obra para descubrir un método más acorde con el prestigio de la ciencia teutona.

El constructor holandés Antonius Fokker recordó que, un año antes de que estallase la guerra, había comprado a un ingeniero suizo llamado Franz Schneider la patente de un invento que solucionaba este problema. Se trataba de un mecanismo que interrumpía el disparo de la ametralladora cuando una pala de la hélice estaba en posición vertical. Aunque la aportación ideada por Schneider supuso un avance muy importante en la aviación militar, el invento no estaría exento de inconvenientes. De vez en cuando, el mecanismo fallaba y la hélice volaba en

pedazos, mientras que en otras ocasiones el dispositivo provocaba que la ametralladora se encasquillase. Los ingenieros se esforzarían en perfeccionar este adelanto técnico y al final todos los aviones acabarían adoptándolo.

## **Prohibidas las sirenas**

El 19 de enero de 1915 se produjo el primer bombardeo sobre Londres, llevado a cabo por un dirigible. Aunque los ataques aéreos sobre la capital británica no solían provocar más de una decena de víctimas, este tipo de acciones suponían una novedad respecto a los conflictos armados anteriores, en los que la población civil no era

considerada como un objetivo militar. Pecando de la lógica inexperiencia, al no existir precedentes, las autoridades británicas creyeron que lo mejor era no avisar a la población cuando los dirigibles alemanes, y más tarde los enormes aeroplanos Gotha, se dirigían hacia Londres dispuestos a dejar caer su mortífero cargamento.

El motivo era evitar crear situaciones de pánico que podían causar más víctimas que las propias bombas. No obstante, en la Segunda Guerra Mundial esta actitud cambiaría y las sirenas pasarían a convertirse en el aviso imprescindible para que la población acudiese a los refugios.

## **Un jamón en paracaídas**

Una de las peores consecuencias de la Primera Guerra Mundial para la población civil de todos los países contendientes fue el hambre. Uno de los que más la sufrió fue Alemania. El bloqueo al que la sometió la marina de guerra británica impidió que llegasen los alimentos necesarios. Ya en el primer año de guerra, Alemania solo podía hacer frente al 80 por ciento de las necesidades mínimas de su población, pero esa situación iría empeorando hasta hacerse insostenible en el último año de la guerra, cuando la mayoría de los alemanes debía sobrevivir con una dieta compuesta solamente de pan y sopa de verduras.

Sin embargo, en el mes de septiembre de 1915, los alemanes quisieron demostrar a los británicos —que tampoco andaban sobrados de comida— que la falta de alimentos no era un problema en su nación. Para ello, aprovechando un bombardeo sobre Londres llevado a cabo por un Zeppelin en el que se arrojaron 70 bombas y que causó 26 muertos, alguien de la tripulación tuvo la ocurrencia de lanzar un jamón en paracaídas. En él iba una nota en la que decía: «Regalo del bien alimentado pueblo alemán».

Con ello se pretendía minar la moral de los británicos para que creyesen que eran los únicos que pasaban hambre. Se desconoce el impacto propagandístico

que pudo suponer el aterrizaje del jamón sobre las calles de Londres, pero lo que es cierto es que regalos de este tipo no volvieron a darse, quizás porque los alemanes, acuciados por la falta de alimentos, no podían permitirse el lujo de desprenderse de un jamón...

## **El último vuelo del Barón Rojo**

Sin duda, el aviador más famoso de la Primera Guerra Mundial fue Manfred von Richthofen, más conocido como el Barón Rojo. El célebre piloto había nacido en el seno de una familia noble de Prusia y tenía veintidós años al declararse la guerra. Al principio nada apuntaba a que se convertiría en un mito de la aviación: fue capitán de la

caballería ligera en el frente ruso y después en el occidental.

En 1915 pasó al arma aérea, en donde no disfrutaría precisamente de unos comienzos prometedores. En su primer vuelo en solitario acabaría destrozando su avión. Durante todo el año 1916 se limitó a adquirir experiencia y no sería hasta 1917 cuando comenzó a lograr sus primeros éxitos, que le llevarían a ser nombrado comandante de su unidad.

Consideraba el combate aéreo como un duelo deportivo y caballeresco, en el que consiguió —según reconocieron los propios británicos— un total de ochenta victorias. Von Richthofen era claramente identificable en el aire, al emplear un

espectacular triplano Fokker de color rojo.

El 21 de abril de 1918, el Barón Rojo despegó junto a sus compañeros para medirse a dos aviones australianos que estaban fotografiando las líneas alemanas cerca de Amiens, en el que a la postre sería su último vuelo. A partir de aquí todo son especulaciones. El observador de uno de los aviones aliados, E.C. Banks, aseguraría más tarde haber alcanzado al triplano de Von Richthofen. Sin embargo, el mérito de derribar al mítico barón correspondería a un piloto canadiense, el capitán A. Roy Brown, que había acudido junto a su escuadrilla a proteger a los dos aviones australianos. Este afirmaría ser

el que había derribado al Barón Rojo y así quedaría registrado en el parte de la Royal Air Force.

Según Brown, que tenía en su haber solo doce victorias, Von Richthofen volaba en esos momentos muy bajo. No tuvo excesivas dificultades para situarse en una posición favorable para atacarlo, siguiendo la misma táctica que solía emplear el alemán. El canadiense aseguraría más adelante: «Yo tenía en mi mano todos los triunfos: iba por detrás y por encima de él. Cayó víctima de su propia técnica».

Pero aún hubo lugar para una tercera versión: las líneas australianas en tierra se arrogarían el honor de haber acabado con la brillante trayectoria del mítico

piloto. En las cercanías de la población de Corbie, el famoso triplano presentaba síntomas de haber sido tocado y volaba a escasa altura. Las ametralladoras y los fusiles de los australianos concentraron su fuego sobre el aparato, que acabaría aterrizando torpemente. Cuando los soldados se acercaron, comprobaron que Von Richthofen estaba muerto.

Lo que podría haber proporcionado la clave sobre lo que había ocurrido en realidad era el fuselaje del aeroplano. Pero este desapareció por completo en pocos minutos; al extenderse la voz de que el famoso barón había sido derribado, acudieron decenas de soldados, dispuestos a llevarse su correspondiente *souvenir*. En poco

tiempo, el triplano germano había sido desguazado por completo, quedando tan solo la estructura. Todo el fuselaje había sido arrancado en pequeños trozos y estaba ya en los bolsillos y en las mochilas de los orgullosos soldados australianos, haciendo imposible las comprobaciones que hubieran arrojado luz sobre el final del piloto alemán.

En 1925, Francia autorizó el traslado de los restos mortales del Barón Rojo a Berlín, siendo inhumado en el cementerio de la Invalidenstrasse, donde fue honrado con funerales de Estado. A partir de entonces, cada 21 de abril se le rendía un homenaje depositando allí una corona de flores.

Esa era la segunda ocasión en la que

Von Richthofen había sido enterrado con todos los honores, puesto que los ingleses ya habían hecho lo propio ocho años antes en 1917. En señal de respeto y homenaje, los pilotos británicos incluso llegaron a volar sobre el aeródromo alemán más cercano para lanzar un mensaje comunicando a sus compatriotas el óbito del heroico guerrero.

Pese a que una pesada losa de color gris cubría ya su ataúd, no faltó quien afirmaba que de vez en cuando el mítico aviador salía a volar a los mandos de su célebre triplano rojo: en el mes de abril de 1943, la prensa británica publicó una curiosa noticia, según la cual un teniente británico llamado Greyson aseguraba

haberlo visto dos años antes. El militar inglés explicaba que mientras patrullaba en su aeroplano sobre cielo francés, en las proximidades de Douvres, vio a lo lejos un avión que mostraba una silueta que no era habitual. Intentó darle alcance para identificarlo, pero el extraño aparato siempre lograba escaparse exhibiendo una increíble habilidad. En un momento en que Greyson se encontró lo suficientemente cerca para poder observarlo a la luz de la luna, se quedó de piedra al comprobar que se trataba de un triplano de color rojo, cuyas alas mostraban la Cruz de Hierro: sin duda, era el avión... ¡del Barón Rojo!

Aunque es improbable que Von

Richthofen siguiera pilotando su Fokker después de muerto, siendo lo más seguro que Greyson se viera afectado esa noche por el mal de altura, no hay duda de que, tal como vemos, el mito ha sobrevivido al hombre, permaneciendo vivo para siempre en la imaginación de muchos.

### **Objetivo: raptar al káiser**

Un diseñador de aviones norteamericano, William Christmas (1866-1960), logró convencer al gobierno de su país para que le financiase la construcción de un avión destinado al rapto del káiser Guillermo. Gracias a su avión, denominado *Bullet*, Christmas pretendía penetrar en Alemania, capturar al monarca germano

y escapar rumbo a Inglaterra. El gobierno de Estados Unidos confió en las promesas del inventor y le proporcionó la suma de 100.000 dólares para que llevara a cabo sus trabajos.

El producto de esa inversión no se pudo ver hasta después de la guerra, cuando el avión era ya innecesario, puesto que Alemania había sido derrotada y el káiser depuesto. Aun así, el vuelo de prueba del *Bullet* se realizó en diciembre de 1918. El experimento no pudo ser más decepcionante. Cuando el aparato intentó levantar el vuelo, las alas se desprendieron del fuselaje y lo que quedaba del avión se estrelló, resultando muerto el piloto encargado de probar el avión de Christmas. Pese a

este sonoro fracaso, la capacidad de persuasión de Christmas debía ser muy convincente, puesto que obtuvo de nuevo la confianza del gobierno para diseñar otro avión. En 1919, el aeroplano estaba ya listo para volar. Sin embargo, en esta ocasión tampoco se saldó con éxito, ya que el aparato acabó estrellándose contra una granja, aunque en esta ocasión el piloto de pruebas salvó la vida.

## **Abundancia de balas**

La Primera Guerra Mundial fue el primer conflicto armado en el que tendría una importancia capital la producción industrial. Lo que decidía la oportunidad de llevar a cabo una

ofensiva no solía ser la estrategia propuesta por los generales, sino la posibilidad de contar con ingentes cantidades de munición. Como ejemplo de ello, durante la contienda llegaron a fabricarse cerca de 100.000 millones de balas, suficientes para matar unas cuarenta y cinco veces a toda la población mundial de aquel momento.

## **Los alemanes no leen el periódico**

El 11 de octubre de 1918, las fuerzas alemanas, agotadas y desmoralizadas, comenzaron a retirarse sistemáticamente del frente occidental. Al día siguiente, el gobierno alemán aceptó las condiciones para la negociación propuestas por el presidente estadounidense Woodrow

Wilson. Aun así, se siguió combatiendo: británicos y franceses iniciaron una ofensiva en Bélgica apoyados por bombarderos norteamericanos. Pero las tropas germanas siguieron retrocediendo, mientras continuaban las conversaciones para alcanzar un armisticio. La llegada de la paz era inminente, tal como lo demuestra el hecho de que los marinos alemanes se negasen hasta en cinco ocasiones a zarpar para enfrentarse a la Royal Navy en una batalla desesperada. Aunque se arrestó a un millar de amotinados, la flota alemana quedó inmovilizada, puesto que los fogoneros apagaron el fuego de las calderas y se negaron a volver a encenderlas.

Pero no todos los alemanes estaban decididos a aceptar la derrota. El que luego sería presidente de Estados Unidos en 1945, Harry S. Truman, era por entonces capitán de artillería. Al mando de una batería se desplazaba de una zona a otra del frente, cuando cayó en sus manos un ejemplar en francés del diario *The New York Herald* en el que se informaba que el armisticio estaba en marcha. Estos titulares fueron acogidos con alegría por los hombres de Truman, pero justo en ese momento estallaron dos obuses alemanes, uno a cada lado de la carretera en la que se encontraban. El futuro presidente recordaría más tarde que un sargento se dirigió a él diciendo:

—¡Capitán, esos malditos alemanes

no han leído nuestro periódico!

## **Un clamor recorre Europa**

El 10 de noviembre de 1918, el gobierno alemán aceptó finalmente las condiciones del armisticio. Alemania evacuaría de inmediato las posiciones que ocupaba en Bélgica, Francia y Luxemburgo, además de las regiones de Alsacia y Lorena, que pertenecían a Alemania desde 1870. Además, las tropas aliadas ocuparían todo el oeste de Alemania hasta la orilla izquierda del Rin, reservándose tres cabezas de puente. El ejército germano se comprometía a entregar a los Aliados 5.000 cañones pesados, 25.000 ametralladoras y 1.700 aeroplanos, entre

otros tipos de armamento. Del mismo modo, Alemania entregaría a los países vencedores 5.000 locomotoras, 150.000 vagones de ferrocarril y 5.000 camiones en un plazo de tan solo treinta y seis días.

El acuerdo para el armisticio se firmó en Compiègne a las cinco y diez minutos de la madrugada del 11 de noviembre y quedó establecido que entraría en vigor a las once de la mañana de ese mismo día. De esta manera, la casualidad quiso que la paz llegase a la undécima hora del undécimo día del undécimo mes de 1918. Aunque resulte incomprensible, los combates continuarían durante esa mañana. El propio Harry S. Truman recibió la orden

de continuar disparando la batería que tenía a sus órdenes hasta las 10.45. El motivo era que estaba ensayando un nuevo proyectil con un alcance de once kilómetros, cuando el máximo alcance de los cañones de 75 milímetros era de menos de nueve kilómetros.

La última acción de cierta importancia que se llevó a cabo antes de las once fue una carga de la caballería británica protagonizada por el general Freyberg en la localidad de Lessines. La excusa era poner a salvo un puente sobre el río Dendre antes de que los alemanes lo volasen. Los hombres de Freyberg tomaron un centenar de prisioneros alemanes poco antes de que el campanario de Lessines tocase las once

campanadas. Freyberg fue condecorado por ello e incluso una calle de Lessines llevó a partir de entonces su nombre.

A lo largo de todo el frente occidental, los oficiales de ambos bandos permanecían impacientes con el reloj en la mano, esperando que las manecillas alcanzasen las once. Durante el último minuto, un silencio expectante cubrió todas las trincheras. Al marcar las once, un clamor surgió de toda la línea del frente, desde la cordillera francesa de los Vosgos hasta el canal de la Mancha. Los vítores de los soldados fueron oídos en la retaguardia, a muchos kilómetros de distancia. Algunos compararon el sonido que escucharon ese día con el de un lejano susurro que

llegaba desde el horizonte.

Pero dos minutos antes de la anhelada hora de la paz se había producido un hecho trágico, que no fue más que una gota de agua en la inmensidad de la tragedia de la Primera Guerra Mundial, pero que no deja de ser el símbolo más lacerante de la inutilidad de aquel conflicto. Un soldado canadiense llamado George Price esperaba impaciente la llegada del armisticio en la aldea francesa de Ville-sur-Haine. A falta de tan solo 120 segundos para el final de la guerra, la bala de un francotirador alemán le perforó el cráneo, acabando con su vida. Probablemente, Price tuvo el triste honor de convertirse en el último muerto

de la Primera Guerra Mundial.

## **Unas condiciones inaceptables**

El Tratado de Versalles, firmado el 18 de junio de 1919 entre Alemania y los Aliados, puso fin a la Primera Guerra Mundial. Las negociaciones no fueron fáciles. El punto que levantó más fricciones fue el de las reparaciones de guerra, lo que certificaba la culpabilidad de Alemania en el estallido de la contienda, algo que la delegación germana no estaba dispuesta a admitir.

Una anécdota que refleja lo separadas que estaban las posiciones a la hora de establecer el tratado sucedió cuando el mariscal francés Foch presentó una retahíla de duras

condiciones que debían ser aceptadas por los alemanes en su integridad. Estos se escandalizaron ante el abusivo carácter de las cláusulas y las consideraron totalmente humillantes, asegurando que la presentación de las mismas «no era propia de naciones civilizadas». Foch, sonriendo, extrajo de su cartera el documento que establecía las condiciones que los alemanes habían exigido en su momento para la rendición de la ciudad francesa de Lille. Los dos documentos eran prácticamente iguales, ante la estupefacción de los delegados teutones.

## **Llama eterna**

Tras el armisticio, llegó el duro

trabajo de localizar las tumbas donde reposaban los cuerpos de los soldados muertos durante la guerra. Muchos de ellos eran totalmente irreconocibles y no existía ningún medio para establecer su identidad. Un miembro de la Comisión de Tumbas de la Guerra, el teniente coronel británico Henry Williams, consideró que esos soldados anónimos merecían tener un lugar donde sus seres queridos pudieran recordarles. Así pues, tuvo la idea de elegir al azar a alguno de los cuerpos no identificados del frente occidental y enterrarlo en Londres, en representación de todos los soldados que carecían de tumba conocida. La propuesta fue aceptada y en otoño de 1920 se procedió a seleccionar por

sorteo al que se convertiría en el «soldado desconocido», de entre cinco candidatos procedentes de los principales campos de batalla en Francia y Flandes. Y a las once de la mañana del 11 de noviembre de 1920, exactamente dos años después de la entrada en vigor del armisticio, el «soldado desconocido» británico era objeto de un multitudinario funeral en Londres.

Por su parte, los franceses también habían decidido llevar a cabo el mismo tipo de homenaje. A esa misma hora, bajo el Arco de Triunfo parisino se procedía a dar sepultura al «soldado desconocido» francés y se encendía la «llama eterna», destinada a mantener su

memoria a perpetuidad.

Aquel acto dio lugar a una divertida anécdota que, aunque probablemente sea falsa, merecería ser verídica. Según explicaban después los parisinos, antes de comenzar la ceremonia una señora intentó abrirse paso hasta las primeras filas, pero un gendarme se encargó de cerrarle el paso, advirtiéndole que tan solo se permitía pasar a las más altas autoridades. La señora se dirigió al policía amablemente, pero con firmeza, diciéndole:

—Mire, agente, yo tengo que pasar porque soy la madre del soldado desconocido.

El gendarme, confuso por el aplomo

con el que la señora se lo había dicho, se quitó la gorra en señal de respeto y... ¡la dejó pasar!

Aunque la tumba siempre ha sido objeto de gran veneración, la «llama eterna» no siempre ha sido respetada por los visitantes. En 1958, un francés llamado Claude Figus acudió allí con una sartén e intentó freirse unos huevos utilizando el calor del «fuego sagrado». Inmediatamente fue detenido, acusado de violación de sepulcro. De todos modos, ese fuego ya no era el mismo que se encendió en la inauguración del monumento. Pocos días después de la liberación de París por los Aliados, en agosto de 1944, un soldado norteamericano que se encontraba bajo

los efectos del alcohol no tuvo otra  
ocurrencia que apagarlo orinando sobre  
él.

# Capítulo 13

## La última gran guerra (1939-1945)

Para una amplia enumeración y descripción de las anécdotas más destacadas del conflicto de 1939-45, remito al lector a dos de mis anteriores obras, *Las cien mejores anécdotas de la Segunda Guerra Mundial* (2004) y *Hechos insólitos de la Segunda Guerra Mundial* (2005), ambas publicadas por Inédita Editores. En el presente capítulo, para mantener la atención de quienes ya conozcan ambos trabajos, he optado por relatar nuevas anécdotas de este mismo periodo que, pese a no ser tan señaladas como las que integran esas dos obras, considero que también destacan por su interés.

*E*l conflicto que se extendió por todo el mundo entre 1939 y 1945 y que causó más de cincuenta millones de muertos constituye el episodio central del siglo XX. Sus consecuencias se advierten aún en la actualidad y, presumiblemente, lo seguirán haciendo hasta bien entrado el siglo XXI.

Las causas de la contienda hay que buscarlas en el final de la Primera Guerra Mundial: los alemanes no se consideraron derrotados al no haber sido invadido su territorio y, por lo tanto, se sintieron humillados por las reparaciones de guerra impuestas por los Aliados. En medio de una gran crisis económica, Hitler aprovecharía ese

sentimiento revanchista para hacerse con el poder en 1933. A partir de entonces comenzaría la expansión de la Alemania nazi, ante la permisividad de las potencias occidentales, que asistieron impotentes a su anexión de Austria y Checoslovaquia. El 1 de septiembre de 1939, las tropas de Hitler atravesaban la frontera polaca y el 3 de septiembre Francia y Gran Bretaña declaraban la guerra a Alemania, dando inicio así a la Segunda Guerra Mundial.

Pero no solo Europa sería el escenario de este enfrentamiento. El 7 de diciembre de 1941, la base estadounidense de Pearl Harbor en Hawái era atacada por aviones japoneses, sin previa declaración de

guerra. Comenzaba así una encarnizada lucha en el Pacífico que se prolongaría durante casi cuatro años.

Las innovaciones militares que se produjeron en este conflicto son tantas y tan variadas que sería imposible reflejarlas aquí. Sin duda, no ha habido otro conflicto armado en el que se hayan dado tantos cambios y tan profundos en el arte de la guerra.

Por ejemplo, el empleo de la aviación y sus bombardeos en picado para apoyar los rápidos avances de los blindados —la denominada guerra relámpago— sorprenderían a toda Europa, que caería en unos meses arrollada por el irresistible avance de las divisiones Panzer de Hitler. Por su

parte, los británicos lograrían resistir el asedio alemán gracias a la firmeza de quien, probablemente, fue el líder político más destacado del pasado siglo: Winston Churchill. A ello también ayudó la utilización de sofisticados medios técnicos como el radar, que revolucionaron la guerra aérea, al igual que los ingeniosos métodos empleados para descifrar las claves de las comunicaciones secretas alemanas.

La aviación sería uno de los campos en los que la tecnología avanzaría más. La creación de grandes unidades de bombardeo pesado por parte de los Aliados, con sus correspondientes métodos electrónicos de orientación, o la invención de las bombas volantes por

los ingenieros alemanes, que sentarían las bases de los futuros cohetes espaciales, supondrían un paso de gigante en el dominio de los cielos por parte del hombre.

Pero la novedad más importante y trágica de la Segunda Guerra Mundial fue el arma más mortífera de la historia: la bomba atómica. Decididos a concluir la guerra, los norteamericanos decidieron un doble lanzamiento, el 6 y el 9 de agosto de 1945, sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki. La colosal fuerza de destrucción de este artefacto cambiaría totalmente los conceptos militares acuñados hasta entonces, convirtiéndose en el eje alrededor del que giraría la

rivalidad estratégica de las dos grandes superpotencias (los Estados Unidos y la Unión Soviética) durante las siguientes cuatro décadas.

## **Los ingleses no renuncian a sus tradiciones**

En los primeros meses de la contienda, los franceses acusaban a sus aliados británicos de no tomarse la guerra muy en serio. La verdad es que no les faltaba razón. Algunos oficiales del Cuerpo Expedicionario Británico llegaron a Francia acompañados de sus perros de caza, del mismo modo que siglo y medio antes habían hecho los oficiales que llegaron a España al mando de Wellington para luchar contra

Napoleón.

A los franceses no les gustó nada esa decisión, que denotaba una actitud relajada, pero aun así permitieron la llegada de los perros. Sin embargo, las autoridades militares galas ya no transigieron con la siguiente petición británica: deseaban que desde Inglaterra les enviaran unos cuantos zorros para practicar su tradicional caza, en este caso por la campaña francesa.

### **Inesperado homenaje a Churchill**

El primer ministro británico, Winston Churchill, acudió a unas maniobras de la Royal Navy en las que se ponía a prueba un nuevo modelo de minas. Para ello se utilizó un viejo carguero, que explotó al

contacto con uno de estos artefactos.

Al aproximarse al lugar de la explosión el barco desde el que Churchill asistía a la prueba, los restos del buque flotaban sobre la superficie del agua. Entre ellos destacaba la puerta de uno de los lavabos del carguero, que mostraba claramente las letras «W. C.». Churchill, dando muestras de su gran sentido del humor, reparó en que esas iniciales coincidían con las suyas, por lo que exclamó:

—¡Hay que reconocer que la Royal Navy siempre ha sabido homenajear a sus invitados!

## **Cazadoras de conejos**

Las mujeres realizaron tareas muy importantes en Gran Bretaña mientras la mayoría de hombres se encontraban realizando tareas de tipo militar. Uno de los sectores más perjudicados por la movilización general fue el campo: la ausencia de hombres provocaba una falta de mano de obra para trabajar en las granjas, por lo que se recurrió a las mujeres.

Una asociación se encargó de reclutar muchachas en las ciudades para que se desplazasen al campo. Era el Women's Land Army (Ejército de Mujeres Rurales), que recibió un buen número de solicitudes de jóvenes deseosas de conocer la vida en las aldeas y de este modo escapar del

control familiar. Sin embargo, las condiciones con las que estas chicas se encontraban no eran tan agradables como habían imaginado. No disponían de ropa adecuada y las instalaciones no estaban preparadas para pasar en ellas largas temporadas. Además, los granjeros no acababan de ver con buenos ojos la presencia de aquellas «intrusas» y no era extraño que se produjesen algunos roces. Pese a todo, gracias a la entusiasta presencia de todas aquellas voluntarias, los campos ingleses pudieron seguir produciendo los alimentos que los habitantes de las ciudades necesitaban.

Aunque en su mayor parte las mujeres cumplieron a la perfección con su

cometido, en alguna ocasión su rendimiento provocó la admiración de todos los granjeros. Una labor sacrificada pero necesaria era proteger a los campos de la indeseada presencia de animales que destruían las cosechas o que se introducían en las granjas para atacar a las aves.

Así, un grupo de cuatro chicas, destinadas al norte del País de Gales, se convirtieron en auténticas expertas en la caza de este tipo de alimañas. Durante los catorce meses en que realizaron esta labor lograron acabar con: 7.689 ratas, 1.901 topos y 1.668 zorros. De todos modos, el récord más impresionante fue el de conejos, que se habían convertido en una plaga... ¡llegando a capturar

## **Las impertinencias de un loro francés**

En Francia, tras la invasión alemana de junio de 1940, la población no tuvo otro remedio que convivir con las tropas ocupantes. Aunque en los dos primeros años la resistencia armada fue prácticamente simbólica, muchos ciudadanos realizaban a diario pequeñas acciones destinadas a minar la arrogancia germana. Por ejemplo, se interrumpían de repente las conversaciones cuando un alemán entraba en una tienda o, incluso, los estudiantes de la Sorbona llegaron a levantarse y marcharse del aula en cuanto un alemán entraba en ella. Los

trabajadores de correos hacían desaparecer las cartas de denuncia que algunos ciudadanos franceses enviaban a la Gestapo, mientras que los funcionarios de policía utilizaban los impresos y sellos oficiales para expedir falsos documentos de identidad.

Un ingenioso y sofisticado método de resistencia fue la acumulación de calderilla: los alemanes fundían las monedas de níquel y bronce para obtener materia prima destinada a sus fábricas de armamento, por lo que los franceses decidieron guardarlas para evitar que cayeran en manos de los nazis, viéndose obligados a sacrificarse para no adquirir los productos correspondientes.

Sin embargo, pese a la antipatía que los alemanes despertaban, los civiles no podían negarse a atenderles cuando entraban en un bar o en un comercio, si no querían enfrentarse a consecuencias poco deseables. Para mantener la moral alta ante esta violenta situación que hería el orgullo nacional, solían circular relatos en los que los «boches» —el nombre despectivo por el que se nombraba a los alemanes— resultaban siempre ridiculizados, aunque la veracidad de esos hechos fuera más que dudosa.

Una de estas historias aseguraba que un oficial alemán destinado en un pequeño pueblo solía tomarse un café todos los días en un bar, cuyo

propietario tenía un loro. Cada mañana, cuando entraba, el ave levantaba la pata y le decía: «*¡Bon jour, grand cochon!*» (¡Buenos días, gran cerdo!). El alemán no entendía nada de francés, por lo que, cuando estaba de buen humor, respondía a la bienvenida del loro con un saludo militar, mientras que los lugareños que estaban sentados a sus mesas hacían lo posible por reprimir la risa. Sin embargo, el dueño del bar ya no sabía cómo hacer callar al loro, porque, en el momento que el oficial descubriese lo que le estaba diciendo en realidad, se vería obligado a dar a la Gestapo alguna explicación.

Los días fueron pasando y los impertinentes saludos del loro se iban

repitiendo, hasta que el oficial, intrigado por el significado del saludo, preguntó a uno de los presentes que sabía algo de alemán lo que quería decir aquello. El cliente, consciente de que si le confesaba la verdad podía poner en un serio aprieto al dueño, reflexionó durante unos interminables segundos y, aparentando seguridad, le contestó:

—Es una manera de honrar al visitante. Aquí en Francia, decir «*cochon*» significa «conquistador». Así que el loro está diciendo: «¡Buenos días, gran conquistador!»

El alemán, muy halagado con esa respuesta, se marchó satisfecho del concepto que los franceses tenían de él. Al día siguiente, como siempre, llegó de

nuevo al bar y el loro le volvió a decir :  
«¡*Bon jour, grand cochon!*» En ese momento, el oficial se puso derecho y, haciendo el saludo hitleriano con el brazo extendido, le respondió al loro en una mezcla de alemán y francés :

—No, no... yo pequeño *cochon*, ¡pero Hitler sí que es un *grand cochon!*

## **Un almirante enfurecido**

Durante una fase de la caza a la que los buques británicos *Rodney* y *King George V* sometieron al acorazado de bolsillo germano *Bismarck*, los artilleros de la Royal Navy demostraron no tener demasiada puntería. De los 719 proyectiles que se dispararon contra el barco alemán, cuando su casco estaba en

llamas y se encontraba indefenso, menos de una decena hicieron blanco pese a encontrarse a poca distancia.<sup>21</sup> Este ridículo balance encolerizó al almirante Tovey, que se dirigió al oficial de artillería de su flota exclamando:

—¡Son unos inútiles! ¡Seguro que antes acierto yo lanzándole mis prismáticos!

### **Confianza nipona**

Los japoneses, tras su ataque a la base naval de Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, consideraban que su territorio estaba a salvo de cualquier posible respuesta norteamericana. Aun así, el almirante Yamamoto estableció

una red de barcos-vigía para alertar a las defensas aéreas en el caso de que aviones enemigos se acercasen a Japón.

Un barco de este tipo, patrullando a unas 700 millas de las costas niponas, se encontraba vigilando cuando en la madrugada del 18 de abril de 1942 varios aviones pasaron cerca de él. El marinero que los vio corrió a despertar al capitán del buque. Confiado en que ningún aparato estadounidense podía encontrarse tan cerca de Japón, el capitán tranquilizó al marinero y le dijo que con toda seguridad se trataba de aviones nipones. Dicho esto, volvió a dormirse. Una hora después, con las primeras luces del día, el vigía señaló la presencia de dos portaaviones en el

horizonte. Acudió al capitán y le dijo:

—Tenemos ante nosotros dos de nuestros fantásticos portaaviones, señor.

El capitán, satisfecho por la presencia de la flota nipona en aquellas aguas, subió al puente de mando, pero al mirar por sus prismáticos comprobó horrorizado... ¡que eran portaaviones norteamericanos! Por lo tanto, los aviones que habían sobrevolado el barco una hora antes eran enemigos y en esos momentos debían estar ya cerca de las costas niponas. Avergonzado por no haber sabido cumplir con la misión que el almirante Yamamoto le había confiado, se retiró a su camarote y se suicidó disparándose en la cabeza.

Los aviones que esa mañana se aproximaban a Japón, y que el capitán ignoró, habían despegado del portaaviones norteamericano *Hornet*. Al no disponer de bases cercanas a territorio nipón, se había ideado una operación de bombardeo sobre Tokio en la que los aparatos despegarían de un portaaviones. De ello se encargó el coronel James Doolittle, que logró que 16 bimotores B-25 consiguieran despegar con tan poco recorrido y cargados de bombas. Para ello se esperó a que hubiera un fuerte viento contrario. Además, el buque navegó a toda máquina contra el viento para facilitar la elevación de los aviones.

La escuadrilla se dirigió hacia Tokio,

soltó su cargamento explosivo y llegó hasta la aliada China para aterrizar, ya que era imposible regresar al portaaviones. En realidad, los destrozos causados por este ataque fueron bastante reducidos. Esto era previsible, ya que tan solo fueron 16 toneladas de bombas, una cantidad insignificante, las que se arrojaron sobre la capital japonesa. Pero la operación tenía otro objetivo mucho más importante que el de destruir unas cuantas casas: el efecto psicológico, que fue fulminante. Y el pueblo norteamericano, que tan solo había sido informado de desastres y humillaciones desde el ataque nipón a Pearl Harbor, celebró este bombardeo como una gran victoria.

Por su parte, los japoneses acusaron mucho el ataque. Se creó la sensación de que Japón ya no era inexpugnable y cundió el pánico ante la posibilidad de que, a partir de ahí, los norteamericanos iniciasen una campaña de bombardeo de las principales ciudades niponas. Este miedo obligó a mantener escuadrillas de cazas cerca de los posibles objetivos de la aviación aliada. En ese momento, muchos japoneses pensaron que quizás no se ganaría la guerra.

## **MacArthur no mira al pasado**

Cuando el general Douglas MacArthur tomó el mando de las tropas norteamericanas en Filipinas para hacer frente a la invasión nipona, un asistente

le entregó un libro que recogía las disposiciones de los comandantes anteriores relativas a la defensa de las islas. MacArthur miró con indiferencia el documento y preguntó al asistente:

—¿Cuántas copias existen de este libro?

—Seis, señor.

—Pues bien, reúna esas seis copias y quémelas.

—¿Que las queme, señor?

—Todas y cada una de ellas —  
respondió con aplomo MacArthur—. No me atenderé a los precedentes. Siempre que surja un problema, tomaré la decisión en el mismo momento, sin tener en cuenta lo que hicieron los que estaban

aquí antes que yo.

## **El secreto de los gatos birmanos**

El ejército británico que luchaba en Birmania necesitaba construir una carretera para lo que requería de la colaboración de los habitantes de este país del sudoeste asiático. Sin embargo, los birmanos, influenciados por la propaganda japonesa, se negaban a colaborar. Los oficiales aliados debatieron la manera de ganarse la confianza de los nativos. Según unos, debían ofrecerles comida o bebidas alcohólicas, mientras que otros creían que había que convencerles empleando la fuerza. Un veterano coronel inglés, gran conocedor de las costumbres y

creencias del pueblo birmano, presentó una idea que a todos les pareció absurda, pero la insistencia del experimentado militar logró vencer las reticencias.

Siguiendo el misterioso plan del coronel, se ordenó pintar gatos blancos en los vehículos militares y en todo el trazado por el que debía discurrir la ruta. Además, se pidió a los aviadores ingleses y norteamericanos que poblaran de gatos blancos sus bases, situadas en los claros de la jungla. Así pues, cualquier gato blanco que se cruzaba en el camino de un soldado era inmediatamente raptado y puesto al servicio de la causa, trasladándolo a una base aérea o a cualquier campamento

que estuviera a la vista de los birmanos.

La estratagema dio resultado. Al cabo de poco tiempo, los naturales del país comenzaron a ofrecerse como voluntarios para construir la carretera. La explicación radicaba en el carácter sagrado que tienen los gatos blancos en Birmania. Como estos felinos se habían asentado cómodamente en las bases aéreas y campamentos de los Aliados, la población local interpretó que los dioses estaban de su parte, lo cual no dejaba de ser cierto, teniendo en cuenta el resultado final de la contienda...

### **Un sultán al volante**

En la noche del 4 de febrero de 1943, las calles de la ciudad marroquí de

Casablanca serían el escenario de un curioso incidente. Un policía militar norteamericano estaba realizando labores de vigilancia cuando vio aproximarse a gran velocidad un coche descapotable, con un hombre con traje y sombrero blanco al volante y conduciendo de forma temeraria. El policía le dio el alto inmediatamente y el vehículo se detuvo bruscamente, subiéndose al bordillo. El diálogo fue como sigue:

—¿Cuál es su nombre?

—Sidi Mohammed ben Youssef.

—¿Cuál es su profesión?

—Funcionario.

—¿De qué departamento?

—Concretamente, soy el sultán de Marruecos.

En efecto, se trataba de Mohammed V, el padre del futuro rey de Marruecos Hassan II, divirtiéndose con su lujoso coche. Inmediatamente se le presentaron las excusas pertinentes y el futuro monarca pudo seguir con su escapada nocturna.

## **Borrachera letal**

Un caso en el que la ingesta desmedida de alcohol resultó letal para las tropas soviéticas se produjo en noviembre de 1943. El 1.º Cuerpo de Guardias de caballería había logrado derrotar al 4.º Ejército Blindado alemán

en un combate disputado cerca del río Dniéper, en Ucrania. Para festejar el triunfo, los soviéticos se bebieron todas las existencias de licor que poseían los oficiales germanos. Al día siguiente, tropas germanas llegaron al lugar y acabaron fácilmente con los rusos, que no pudieron ofrecer ninguna resistencia debido al deplorable estado en el que se encontraban.

## **Nixon, en la Marina**

Al entrar Estados Unidos en la guerra, el futuro presidente Richard Nixon (1913-1994) ejercía como abogado. Se alistó en la Marina, pero como simple asistente, estando encargado de servir comida a la tropa,

asando hamburguesas y despachando cervezas en la cantina. La paga que le correspondía por su labor era mínima, pero aun así, cuando acabó la guerra, había conseguido ahorrar 10.000 dólares de 1945. ¿Cuál fue la razón de este rápido enriquecimiento? Nixon era un consumado jugador de póker y no tenía muchas dificultades para desplumar a sus compañeros. Lo que no sabemos es si ya entonces hacía honor al sobrenombre que se le adjudicó durante su presidencia: Tricky Dick (Dick *el tramposo*).

## **Carreras de cucarachas**

A principios de 1944, el avance de las tropas aliadas por la península

italiana se había estancado. Los alemanes, atrincherados en la Línea Gustav, resistían sin demasiados problemas la presión anglonorteamericana. Era necesario romper esa peligrosa dinámica que podía provocar una sangría sin fin de las fuerzas aliadas en tierras italianas. Para ello se llevó a cabo una operación anfibia, que recibiría el nombre en clave de Shingle, el 22 de enero de 1944. El desembarco se realizó en Anzio, detrás de las líneas alemanas. De este modo se evitaba el obstáculo de Montecassino, quedando libre el camino hacia Roma. Pero el retraso en el avance aliado desde la cabeza de playa permitió la respuesta germana, dando al traste con

los objetivos aliados.

Tras continuas ofensivas y contraofensivas, ambos bandos se quedaron empantanados en una guerra de trincheras más propia de la Primera Guerra Mundial. Los 90.000 soldados aliados se vieron incapaces de romper el cerco formado por 63.000 alemanes. Y los días fueron pasando según una rutina establecida casi de mutuo acuerdo: durante el día se intercambiaban algunos disparos y por la noche los enfermos y heridos eran trasladados, se procedía a reparar las alambradas o se transportaban suministros.

A mediados del mes de marzo, la monotonía llevó a los soldados aliados

a poner en marcha su imaginación para no caer en el desánimo. Los anglosajones, aficionados a las carreras de caballos, encontraron un motivo para distraerse, improvisando competiciones de todo tipo de animales en las playas del desembarco. Para estas carreras se emplearon las mulas que había en el campamento, pero también se recurrió a las vacas de las granjas próximas. Los soldados se convertían en *jockeys* y azuzaban a sus monturas con disparos al aire. Las apuestas se hacían a buen ritmo, una actividad que también practicaban los alemanes que les contemplaban desde los puntos más elevados.

Al moverse cantidades de dinero

nada despreciables, era habitual que se produjesen peleas a puñetazos entre los apostantes cuando se producían llegadas apretadas a la línea de meta y era difícil dilucidar el triunfador.

Mientras que los soldados estadounidenses y canadienses disfrutaban con este espectáculo, los británicos preferían apostar a las carreras de cucarachas. Los soldados participantes colocaban su insecto, pintado cada uno de un color diferente, dentro de un bote de hojalata que era situado en el centro de un círculo dibujado en la arena. A partir del momento en el que el bote se levantaba, la cucaracha ganadora era la primera que conseguía atravesar la línea.

Durante la temporada de carreras de cucarachas hubo una que atraía todas las apuestas; se trataba de *Grand Champion*, que gracias a su velocidad y decisión solía dominar todas las pruebas en las que participaba. Pero las gestas deportivas de *Grand Champion* no duraron mucho tiempo.

Desgraciadamente, se interpuso en el camino de un soldado distraído que la pisó, poniendo fin a su fulgurante reinado.

El tedio y la inactividad terminarían el 12 de mayo, cuando las defensas alemanas en Montecassino comenzaron a verse superadas, lo que provocó el traslado de parte de las tropas germanas de Anzio en dirección al sur. Aun así, no

pudieron impedir que el 17 de mayo los Aliados tomaran el histórico monasterio, aunque ya reducido a escombros. Había llegado el momento de tomar la iniciativa en Anzio: al amanecer del día 23, las divisiones acorazadas estadounidenses atacaron a sus sitiadores, logrando romper el cerco dos días después. Unidos ya a las tropas que llegaban desde Montecassino, aún deberían librarse durísimos combates hasta alcanzar Roma el 4 de junio de 1944.

## **Los tanques no flotan**

El día D fue un ejemplo de organización y planificación hasta el último detalle. El reto era

extraordinario: en tan solo un día debía consolidarse una cabeza de playa con 150.000 hombres, para lo que se emplearían 13.000 aviones y unos 5.000 barcos de todo tipo. Pese a las dificultades para coordinar esta colosal operación, los Aliados lograron un alto nivel de eficacia que hizo posible el éxito final del desembarco.

No obstante, existieron algunos puntos oscuros, en los que los expertos aliados no estuvieron demasiado afortunados. Un ejemplo fue lo sucedido con el intento de hacer llegar los tanques a las playas mediante el uso de flotadores. En teoría, los blindados debían desplazarse por el agua sobre uno de estos artilugios flotantes, dotados

de un motor que los propulsaba, hasta llegar a la arena, en donde ya podrían desplazarse por sí mismos.

Quizás esos flotadores llegaron a funcionar en una piscina, pero en el mar el resultado sería muy diferente. Al estar la playa bien defendida por los alemanes, los tanques fueron depositados en el agua muy lejos de la orilla. El oleaje existente en esos momentos, propio de las aguas profundas, desequilibraba a los tanques, que acababan hundiéndose con sus tripulaciones. En total, de los 32 carros blindados dotados con flotador tan solo cinco lograron llegar a la playa. El resto acabó en el fondo del mar, ante la mirada incrédula de los soldados que

llegaban hasta las playas en las lanchas de desembarco.

## **Un perro llamado *Día-D***

Si se le preguntara a los hombres de la 29.<sup>a</sup> División de Infantería norteamericana sobre el día D, es posible que contestasen que fue una pesadilla. Pero también es probable que no se refieran al desembarco en la playas de Normandía, el 6 de junio de 1944, sino a algo bien diferente.

Del mismo modo que el general George Patton iba a todas partes con su mascota, un bull terrier llamado *Willie*, otro general estadounidense, Charles Gerhart, tampoco pudo resistirse a la

tentación de tener siempre a su lado un amigo fiel. Se trataba de un cachorro de perro de raza indefinida, blanco con manchas negras, que había aparecido en el campamento el 12 de junio, casi una semana después de que el regimiento hubiera pasado por sus horas más difíciles en la sangrienta playa de Omaha.

El general adoptó inmediatamente al animal, lo que fue acogido con muestras de simpatía por todos sus hombres. A Gerhart no se le ocurrió otro nombre para él que *D-Day* (día D). Lo que no sabían los soldados era que, a partir de entonces, el perro se convertiría en el auténtico dueño del campamento. Como si hubiera comprendido el privilegio de

ser la mascota de un general, *D-Day* acostumbraba a viajar erguido, en actitud desafiante, en el asiento de atrás del *jeep* de Gerhart.

Las excesivas atenciones del general hacia su perro, al que permitía dormir en su misma cama, ponían a prueba la paciencia de sus hombres. Como ejemplo, *D-Day* reaccionaba muy mal cuando veía a un soldado con la correa del casco suelta y ladraba insistentemente, dando vueltas a su alrededor, hasta que la infortunada víctima se la abrochaba alrededor de su barbilla en una escena que Gerhart contemplaba con satisfacción. El perro consiguió que todos los soldados del campamento llevaran asegurado el

casco si no querían verse expuestos a la ira del animal.

*D-Day* era también muy aficionado a escapar corriendo del *jeep*, lo que provocaba que en alguna ocasión entrase en un campo de minas. Cuando esto ocurría, Gerhart ordenaba a su chófer, el sargento Robert Cuff, ir tras él para rescatarlo. Otra costumbre de *D-Day* era correr tras los vehículos que circulaban por la zona. Los conductores debían estar muy atentos para no atropellarle. No obstante, un camión no pudo esquivar a *D-Day* y le ocasionó graves heridas. Gerhart montó en cólera y amenazó al conductor, gritando: «¡Si este perro muere, voy a acabar contigo!»

Afortunadamente para el causante del

atropello, el animal se recuperó de sus lesiones y poco después volvía a correr por el campamento. Esta curación no fue muy celebrada por los soldados, que se habían hecho a la idea de que *D-Day* era ya tan solo un mal recuerdo.

La mascota de Gerhart no sufrió más percances y llegó sano y salvo al final de la guerra. El general regresó a casa con *DDay*, donde el animal se adaptó perfectamente a la vida civil, aunque es de suponer que echaría de menos sus paseos en *jeep* por el frente.

El momento más triste para Gerhart llegaría diez años después, cuando *D-Day* falleció. El general comunicó la noticia inmediatamente a su antiguo chófer. Aunque el sargento Cuff le

ofreció algunas palabras de consuelo al general, es probable también que no sintiese mucho la desaparición de aquel tirano de cuatro patas...

## **Un oficial británico demasiado sincero**

En agosto de 1944, el general norteamericano Dwight David Eisenhower se encontraba en Francia, realizando una visita de inspección a un puesto avanzado del ejército británico. De repente, estallaron en las proximidades varios proyectiles disparados desde las líneas alemanas. Y el oficial inglés que estaba al mando acudió rápidamente a interesarse por su estado.

—Gracias, muchas gracias, estoy

bien —le dijo Eisenhower.

—¿De verdad está bien? ¿No le ha ocurrido nada? —le preguntó de nuevo el británico.

—Sí, sí, estoy perfectamente. No es necesario que se preocupe tanto por mí.

—¡Oh, no! Lo que me preocupa —le dijo el inglés en un raptó de sinceridad — es que le puedan matar estando usted aquí, al ser yo el responsable de este sector.

## **La flota norteamericana, en retirada**

De la misma manera que norteamericanos y japoneses se estaban enfrentando en el campo de batalla, esta lucha también se estaba dando en el

terreno de la información.

En octubre de 1944, el gobierno japonés emitió una nota en la que se aseguraba que la III Flota estadounidense en el Pacífico estaba siendo derrotada en el golfo de Leyte, en las Filipinas, y que se estaba retirando, cuando en realidad sucedía todo lo contrario. La respuesta a esta afirmación tan alejada de la realidad, teniendo en cuenta que 26 barcos japoneses habían sido hundidos mientras que los norteamericanos solo habían perdido seis, la proporcionó el almirante que estaba al mando de la III Flota, William Halsey (1882-1959), apodado Bull (toro) por su agresividad y fuerte temperamento. Y el ocurrente Halsey

confirmó irónicamente que la nota japonesa era cierta y que la III Flota se estaba retirando a gran velocidad... ¡en dirección a Japón!

## **Aburrida sesión de cine**

Uno de los escasos momentos de diversión para los soldados norteamericanos destacados en el Pacífico era la sesión diaria de cine al aire libre. Cuando no había combates, los hombres solían acusar la rutina, lo que daba lugar a tensiones que, en ocasiones, desembocaban en discusiones y peleas. Para mantener la moral alta y garantizar el orden, la autoridades militares realizaron un gran esfuerzo para que los soldados pudieran

disfrutar de un par de horas de asueto, evadiéndose de la dura realidad contemplando a las estrellas de Hollywood. Para ello se organizó un sistema rotatorio, en el que una película era proyectada en un campamento y al día siguiente era enviada a otro, mientras que se recibía la que habían visto el día anterior en otro lugar. De este modo se pretendía garantizar la variedad de los programas.

Sin embargo, en las islas Marianas, se produjo un retraso en los transportes y no fue posible enviar ni recibir películas durante siete días. Por lo tanto, como los oficiales consideraban igualmente que los soldados debían distraerse, les obligaron a visionar cada

noche el mismo film, *Going my way* (1944), protagonizado por Bing Crosby. A partir de la tercera noche, las muestras de rechazo por parte de los forzados espectadores ya fueron evidentes pero, en la séptima, los abucheos durante la proyección se hicieron generales. Los soldados habían acabado odiando la película y al propio Bing Crosby.

Pero hubo un suceso inesperado. De repente fueron descubiertos unos soldados japoneses que, ocultos tras la maleza, asistían a la sesión de cine. Fueron capturados y, cuando iban a ser conducidos a una improvisada celda, alguien propuso que se les permitiera al menos quedarse hasta el final de la

película. Sin embargo, los propios soldados nipones rechazaron esta propuesta: indicaron con gestos que también habían visto el film en siete ocasiones y ¡que ya la odiaban tanto como ellos!

## **Piojos contra los japoneses**

De todos son conocidas las terribles condiciones de vida que debieron sufrir los prisioneros británicos en manos de los japoneses. Uno de estos lugares de internamiento fue Tailandia, donde fueron obligados a trabajar día y noche para construir la línea férrea entre Bangkok y la capital birmana, Rangún. Este ferrocarril era fundamental para la expansión militar japonesa en Extremo

Oriente. En el momento en el que estuviera terminado, no pasaría mucho tiempo hasta que los nipones se hallaran en condiciones de emprender la invasión de la India.

Además de las penalidades físicas, el desgaste mental de los prisioneros era enorme. Como si se tratara de un círculo vicioso, si los hombres se encontraban con el ánimo por los suelos era más fácil que cayeran víctimas de enfermedades como la disentería o la malaria. En estos casos el enfermo renunciaba en ocasiones a seguir algún tratamiento y se dejaban morir para escapar así a aquellas inhumanas penalidades. Esta circunstancia fue observada por un doctor que también se

encontraba cautivo, Stanley Pavillard. Experto en el campo de la psiquiatría, luchaba para impedir que algunos de sus compañeros mostrasen esa apatía que les iba a conducir a una muerte cierta.

Sabedor de que era muy difícil transmitir entusiasmo vital a unos hombres que casi habían perdido la esperanza de recobrar la libertad, el psiquiatra apostó por seguir una táctica que daba buen resultado a la hora de tratar cuadros depresivos: se trataba de la terapia ocupacional. Si conseguía mantener a sus compañeros inmersos en algún tipo de labor, por absurda que fuera, no pensarían en el infierno en el que estaban obligados a vivir.

Un buen día, Pavillard se dirigió a

sus hombres para comunicarles que a partir de entonces debían dedicarse a perseguir sin cuartel a todas las chinches, piojos y parásitos varios que se encontraban en sus ropas o en su propio cuerpo. Naturalmente, esta indicación del médico fue recibida con escepticismo y muchos comentarios mordaces. El doctor, contrariado, pensó que su plan había fracasado antes de empezar, pero un veterano de la Primera Guerra Mundial acudió inesperadamente en su ayuda.

Este soldado había estado también en un campo de prisioneros durante la anterior contienda y recordaba que competían entre ellos para ver quién era el que «cazaba» un número mayor de

piojos. Para ello empleaban un truco: hacían una pequeña bola de algodón o lana... ¡y se la metían en el ombligo! Durante la noche, los piojos acudían a este curioso reclamo y a la mañana siguiente aparecían todos enredados entre los hilos de la bola.

Los hombres creyeron que todo formaba parte de una broma, pero algunos se animaron a experimentarlo esa misma noche. El éxito fue espectacular: las bolas de algodón recogieron cientos de esos diminutos parásitos. A la noche siguiente, todos los prisioneros del campo durmieron con esa «trampa para piojos» en el ombligo. Por la mañana se despertaron contentos y satisfechos al comprobar su

extraña efectividad.

Pero la terapia ocupacional no terminó ahí. Alguien tuvo la gran idea de traspasar el problema de los parásitos a los japoneses. Para ello, los prisioneros encargados de limpiar las cabañas en las que se alojaban sus guardianes llevaron consigo las bolas de algodón llenas de piojos y las depositaron dentro de las camas. A la mañana siguiente, todos los prisioneros estallaron en carcajadas al ver cómo los japoneses no paraban de rascarse y de maldecir a los piojos que les habían mortificado durante toda la noche, sin poder sospechar el origen de esa repentina invasión.

El doctor Pavillard había conseguido

su objetivo: sus compatriotas volvían a tener la moral alta para resistir todas las penalidades hasta que llegase la soñada liberación.

## **Un poeta y un mafioso, en la misma celda**

El poeta norteamericano Robert Lowell fue condenado a cinco años de prisión por no alistarse en el ejército. Le enviaron a una cárcel de Connecticut, pero antes pasó unos días en la prisión municipal de Nueva York. En la celda coincidió con un delincuente común, Louie Lepke, un conocido mafioso. Lowell preguntó a Lepke la razón por la que estaba allí, a lo que el criminal le respondió que «por matar a alguien».

A su vez, el mafioso preguntó al poeta el motivo por el que había ido a parar a aquella celda, ante lo que Lowell le contestó: «Pues por no matar a nadie». Años después, su pacifismo a ultranza le llevaría a convertirse en un héroe para los jóvenes que rechazaban la presencia militar norteamericana en Vietnam. Lowell correspondería a esta admiración participando en numerosas marchas contra la guerra.

## **Patton, imparable**

Nadie puede poner en duda la valentía del general norteamericano George Patton. Tal como demostró en numerosas ocasiones a lo largo de la guerra, el veterano militar prefería

mantenerse de pie, imperturbable, mientras el enemigo disparaba o bombardeaba. En una ocasión, en el norte de África, mientras unos aviones alemanes ametrallaban la zona donde él se encontraba y todos corrían buscando refugio, Patton permaneció en pie disparando a los aparatos con su revólver.

Cuando las tropas aliadas avanzaban ya por el interior de Alemania, Patton recibió un mensaje que decía:

—No intente entrar en la ciudad de Tréveris (Trier). Dé un rodeo y siga adelante; harían falta cuatro divisiones para tomarla.

La respuesta de Patton demostraba

que, realmente, era muy difícil frenar al impetuoso general norteamericano:

—Ya he tomado Trier y solo han sido necesarias dos divisiones. ¿Quieren que se la devuelva a los alemanes?

## **Cena con Hiro Hito**

Más de cuatro décadas después del final de la Segunda Guerra Mundial, la sombra de la contienda seguía enturbiando la relación entre los países que entonces fueron enemigos. Un ejemplo de ello sucedió en 1989 durante una visita oficial de George Bush padre a Japón, poco después de asumir la presidencia norteamericana. Bush y su esposa Bárbara fueron invitados a una cena de honor en el Palacio Imperial, en

el que el anciano emperador Hiro Hito —que fallecería ese mismo año— ejercía de anfitrión. Comentando la bella arquitectura del edificio, la mujer del presidente norteamericano, que estaba sentada junto al emperador, reparó en que era de construcción reciente.

—Así que este Palacio Imperial es nuevo, ¿no? —preguntó Bárbara.

—En efecto, está construido justo en el lugar en el que estaba el antiguo —dijo Hiro Hito.

—¿Y qué sucedió con el anterior? ¿Se vino abajo debido a su antigüedad?

—Pues no —le respondió el emperador—, lo bombardearon

ustedes...

# Capítulo 14

## Guerras en la paz

*E*l final de la Segunda Guerra Mundial abrió un período de paz entre las grandes potencias que se ha mantenido hasta la actualidad. Paradójicamente, el elemento que ha hecho posible esta ausencia de conflictos a gran escala fue la aparición del armamento nuclear.

Al principio, los estrategas militares norteamericanos celebraron el hecho de que la potencia de fuego de la que disponían se había incrementado hasta el infinito. Pero enseguida se dieron cuenta, al saber que la Unión Soviética

también disponía de ella, de que este tipo de arma era prácticamente inutilizable, puesto que podía provocar la destrucción completa de los contendientes. Al no poder emplear el armamento atómico, la única vía para dirimir los conflictos fueron las guerras convencionales limitadas. El mundo se convirtió en un inmenso tablero de ajedrez en el que las dos superpotencias se enfrentaban a diario, tomando nuevas posiciones o sacrificando otras, en aras de conservar o ampliar el radio de influencia política y económica.

Desde la Guerra de Corea (1950-53) a la de Afganistán (1979-1989), pasando por la de Vietnam (1946-1975) o las crisis de Hungría (1956), los misiles de

Cuba (1962) o Checoslovaquia (1968), norteamericanos y soviéticos sostuvieron un pulso que no acabó hasta la caída del muro de Berlín en 1989.

Pero no solo las dos superpotencias han sido las protagonistas de los enfrentamientos armados en la segunda mitad del siglo XX. El principal foco de tensión ha sido Oriente Medio, con los periódicos conflictos armados entre Israel y sus vecinos árabes, pero la guerra también ha estallado en escenarios tan improbables como las islas Malvinas (1982).

De todos modos, la disgregación de la Unión Soviética no ha dado paso a una época de paz. Como si el fenómeno de la guerra quisiera estar presente a

toda costa en la realidad que nos envuelve, los conflictos armados no han cesado en ningún momento. Por ejemplo, en 1991, el expansionismo iraquí se vio frenado por una coalición internacional, en una intervención auspiciada por Naciones Unidas. Y el territorio de la antigua Yugoslavia sufriría en la década de los noventa la última guerra en territorio europeo, en la que se repetirían escenas atroces que parecían entresacadas de las peores pesadillas de la Segunda Guerra Mundial. Finalmente, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001, Afganistán y nuevamente Irak se convertirían en los escenarios de la particular guerra contra el terrorismo emprendida por Estados Unidos, en este

caso sin el consenso internacional de que gozó la anterior acción contra el régimen de Bagdad. El siglo XXI, por lo tanto, se inicia marcado por la incertidumbre sobre las formas que adoptará en el futuro el fenómeno de la guerra.

El éxito de las guerras engañosamente denominadas «limpias», basadas en un alto nivel tecnológico que permite realizar acciones «quirúrgicas» sobre el territorio enemigo, puede impulsar la proliferación unilateral de este tipo de intervenciones. Por otra parte, existen grupos armados con un gran poder destructor pero que no se corresponden a un territorio concreto. Estas organizaciones poseen una

estructura difusa, muy difícil de combatir con los métodos tradicionales.

Nos encontramos, pues, inmersos en un mundo en el que, por primera vez en la historia militar, ya no tienen sentido conceptos tan básicos como el frente o la retaguardia. Por lo tanto, desconocemos por completo qué tipo de conflictos pueden darse a lo largo de esta centuria, aunque lo más deseable es que, a partir de ahora, las únicas guerras que existan sean las que ya figuran en los libros de historia.

### **Acuerdo entre cristianos**

Durante la guerra árabe-israelí de 1948, el embajador norteamericano en las Naciones Unidas, Warren Austin

realizó ímprobos esfuerzos para que ambos contendientes renunciasen al uso de la fuerza y acordasen un principio de paz. Aunque la intención del mediador estadounidense era buena, tanto árabes como israelíes desconfiaron de que conociera en profundidad la realidad del conflicto: en su comunicado, Austin sugería que ambos solucionasen sus discrepancias pacíficamente... ¡«como buenos cristianos»!

## **Apuros en Corea**

El siguiente diálogo se hizo famoso entre las tropas estadounidenses que estaban luchando en la Guerra de Corea, como muestra de que mantener el buen humor en las situaciones más

desesperadas ayuda a superarlas. En abril de 1953, unos soldados norteamericanos se encontraban resistiendo el bombardeo continuo de la artillería china, en la llamada «colina de la chuleta de cerdo» (*pork chop hill*), cuando tuvieron que hacer frente a sucesivas oleadas de la infantería, cargando a la bayoneta:

—¡Dios mío! ¡Esto es peor que la última batalla de Custer! —gritó un soldado.

—¿Estuviste allí para poder afirmar eso? ¡Yo no estaría tan seguro! —replicó un oficial.

## **Prostitutas condecoradas**

No es habitual que dos mujeres dedicadas a alegrar la vida a los soldados en el frente reciban una condecoración militar. Eso fue lo que ocurrió durante la Guerra de Indochina, el conflicto que puso fin al dominio colonial francés en esta región. Tras la retirada japonesa en 1945, las tropas locales se enfrentaron en una larga guerra con el ejército francés, que no terminaría hasta 1954 con la rendición de las tropas galas en Diên Biên Phu.

Fue en esta contienda cuando dos prostitutas recibieron la *croix de guerre* (cruz de guerra) de Francia por recorrer a pie medio centenar de kilómetros en dos días a través de territorio enemigo para relevar a dos compañeras. La

vuelta no fue menos heroica, al conseguir escapar con vida de una emboscada.

## **Atención: ¡Berlín va a ser invadida!**

En 1962, el conocido escritor Frederick Forsyth, autor de innumerables *best-sellers*, trabajaba de periodista, como enviado especial de la agencia de noticias Reuters en Berlín Oriental. El año anterior las autoridades de la República Democrática Alemana habían ordenado la construcción del muro de Berlín. En esos momentos, la tensión entre las dos superpotencias era máxima y se temía una acción armada de las tropas soviéticas contra la parte occidental de esta ciudad.

Una noche a finales de abril, al regresar a su hotel, Forsyth pudo ver una concentración inusual de camiones, tanques, lanzacohetes y vehículos de todo tipo en las inmediaciones del muro. Sin dudarle un momento, informó a la redacción de Reuters en Londres, avisando de que la invasión de Berlín occidental era inminente. La noticia fue transmitida rápidamente al entonces primer ministro británico sir Alec Douglas-Home, quien rápidamente se puso en contacto con Washington y con la sede central de la OTAN. Los expertos militares de las potencias occidentales se quedaron de piedra ante ese despliegue militar soviético. Si se confirmaba la noticia, muy

probablemente las horas de Berlín occidental estarían contadas.

Sin embargo, uno de esos expertos reparó en el calendario y llegó a la conclusión de que todo ese armamento no tenía como finalidad invadir la otra parte de la ciudad, sino otra de carácter festivo: participar en el desfile del 1 de mayo, el Día del Trabajo. En efecto, la descripción del armamento realizado por Forsyth coincidía con el que el ejército de Alemania Oriental solía exhibir en sus desfiles militares y no era el que presumiblemente se emplearía en una invasión. Y gracias al sentido común de aquel experto, el error del célebre novelista no tuvo más consecuencias y se evitó así una

escalada militar de resultados imprevisibles.

## **Minifaldas en Checoslovaquia**

A las once de la noche del 20 de agosto de 1968, los tanques soviéticos penetraron a través de la frontera checoslovaca para aplastar la campaña de reformas llevada a cabo por el gobierno de ese país, que sería conocida como la Primavera de Praga. Los blindados enviados por Moscú, a los que había que sumar fuerzas simbólicas de los otros países integrantes del Pacto de Varsovia, avanzaron sin oposición por las carreteras checas y en la madrugada del 21 ya habían ocupado prácticamente todo el país.

El ejército checo no disparó ni una sola bala contra los soviéticos, siguiendo las órdenes del gobierno, pero la población sí que intentó oponer resistencia, pese a estar condenada al fracaso de antemano. Un veterano de la Segunda Guerra Mundial que había perdido ambas piernas durante el conflicto consiguió detener un tanque interponiéndose en su camino y desafiándole a pasarle por encima. Por su parte, los checos más jóvenes intentaban convencer a los tanquistas, hablando un ruso elemental que habían aprendido en la escuela, para que se marchasen de allí. Como este diálogo no era muy fructífero, acabaron atacando los blindados con cócteles molotov,

logrando incendiar algunos tanques.

Pero la manera más original de atacar a los blindados soviéticos se dio en Bratislava. Un grupo de muchachas de la ciudad, vistiendo unas llamativas minifaldas, se acercaban a los tanques, despertando la curiosidad de sus tripulantes, que no estaban acostumbrados a ver una vestimenta tan provocativa en la Unión Soviética. Cuando los tanquistas salían del vehículo para departir con las chicas, otro grupo de jóvenes se encaramaban al blindado y rompían los faros con piedras o, los más audaces, arrojaban cócteles molotov en el interior del tanque.

Pese a esa heroica resistencia, unos

6.000 carros de combate y medio millón de soldados completarían la ocupación del país. La invasión costaría la vida de cerca de un centenar de checos.

Curiosamente, la mayoría de las víctimas checas no cayeron durante los enfrentamientos con los tanques, sino en los períodos de descanso de sus tripulantes: los soldados rusos solían ingerir grandes cantidades de alcohol y cuando estaban borrachos se dedicaban a disparar al primer civil que se cruzaba en su camino.

## **Un plácido desembarco**

La Guerra de Vietnam comenzó el 8 de marzo de 1965, cuando los marines norteamericanos desembarcaron en Da

Nang. Pese a que en este lugar de la costa meridional del mar de China ya existía una base aérea estadounidense, con una pista de aterrizaje de más de 3.000 metros y un puerto de aguas profundas, el gobierno presidido por Lyndon B. Johnson decidió que esos primeros 3.500 infantes de marina desembarcasen en la playa, seguramente por motivos propagandísticos, al recordar así las acciones más heroicas de la guerra en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

A los soldados se les advirtió que seguramente habría tiradores del Vietcong apostados en la playa, esperándoles para disparar. Los marines que se acercaban a la costa vietnamita a

bordo de los buques *USS Mount McKinley, Henrico, Union y Vancouver*, con el general Frederick J. Karch al frente, temían estas anunciadas acciones de los guerrilleros, mientras se preparaban para el inminente asalto a la playa.

Por fortuna, el desarrollo de los acontecimientos sería muy diferente a lo que ellos se temían. Al llegar a la orilla en sus lanchas de desembarco, los marines no se encontraron con los guerrilleros del Vietcong, sino... ¡con un grupo de sonrientes muchachas vietnamitas dispuestas a colgarles guirnaldas de flores en el cuello! Los sorprendidos soldados norteamericanos no salieron de su asombro al ver en la

playa unas pancartas que decían en inglés: «Vietnam saluda a los marines» o «Nos alegra dar la bienvenida a los infantes de Marina». Incluso el alcalde de Da Nang se acercó hasta las tropas de desembarco con su cámara instantánea en la mano para saludarles y hacerse una fotografía con ellos. Naturalmente, tampoco podían faltar los periodistas norteamericanos, que se acercaron a los soldados para entrevistarles.

El general Karch no había sido informado de ese recibimiento y le costó mantener la compostura ante el agasajo de los vietnamitas. Pese a lucir un collar de guirnaldas, permaneció muy serio mientras sus hombres aseguraban esa

particular cabeza de playa. La razón de su gesto adusto, según palabras del propio Karch, fue que «nadie quiere como jefe a un general sonriente, con flores alrededor del cuello».

## **Una ofensiva previsible**

La Ofensiva del Tet, el año nuevo vietnamita, cogió completamente por sorpresa al ejército norteamericano. A primera hora de la mañana del 30 de enero de 1968 cerca de 80.000 soldados pronorvietnamitas atacaron un total de 36 capitales de provincia, incluida Saigón, además de la base aérea de Da Nang. Pero la acción más espectacular fue el asalto a la embajada norteamericana en Saigón: aunque todos

los guerrilleros murieron, su efecto propagandístico resultaría demoledor.

Esta ofensiva puso en evidencia la falta de previsión de los estadounidenses, pero sobre todo demostró que ningún experto se había molestado en estudiar la historia de Vietnam. Si los norteamericanos se hubieran interesado por el pasado del país en el que se encontraban combatiendo seguramente habrían reparado en que en 1789, el mismo año en el que estalló la Revolución Francesa, el emperador Quan Trung consiguió expulsar temporalmente a los chinos de su territorio. Fue precisamente durante las festividades del Tet cuando Trung, al mando de 100.000 hombres y

varios centenares de elefantes, atacó a los chinos por sorpresa.

Ya en el siglo XX, aprovechando la Nochebuena de 1944, el general norvietnamita Vo Nguyen Giap había sorprendido también a los soldados franceses, que no esperaban un ataque en una fecha tan señalada. Así pues, en 1968 los expertos norteamericanos no tenían excusa para no haber sabido prever a tiempo una acción de este tipo y más teniendo en cuenta que en 1960 los vietnamitas ya habían llevado a cabo un importante ataque la víspera del Tet, consiguiendo una demoledora victoria. Por lo tanto, en Vietnam nada podía ser menos sorprendente que un ataque por sorpresa...

## Razones para una derrota

En 1968, las autoridades norteamericanas insistían en que la Guerra de Vietnam estaba a punto de ser ganada. Pese a que cada día se hacían públicos partes de guerra en los que se destacaba el creciente número de bajas del enemigo, la prensa comenzaba a dudar de que el conflicto se encaminase realmente hacía una victoria de Estados Unidos. Y a primeros de ese año, el periodista Gene Roberts de *The New York Times* reveló una charla informal que había mantenido con un funcionario de la CIA. Comentando una batalla reciente que se había saldado con un resultado incierto, Roberts le preguntó:

—¿Se la puede calificar de victoria?

—Existen seis buenas razones para considerarla una victoria —respondió el funcionario, pasando a enumerarlas a continuación.

—Pero —le interpeló Roberts—, ¿existe entonces alguna razón para considerarla una derrota?

—En este caso, existen ocho buenas razones para considerarla una derrota —reconoció el funcionario sin inmutarse.

## **Una retaguardia desmesurada**

Aunque pueda dar la sensación de que la mayoría de los soldados estadounidenses en Vietnam corrían un gran peligro a diario, esta apreciación

se encuentra muy lejos de la realidad. Así, las necesidades de construcción de instalaciones, mantenimiento, transporte, administración o protección de las bases requerían un gran número de soldados. La complejidad de todo este aparato logístico, a mediados de 1968, obligaba a destinar a ello... ¡el 86 por ciento del contingente norteamericano en Vietnam!

Así pues, tan solo uno de cada siete soldados se veía las caras a diario con los guerrilleros del Vietcong, mientras que el resto permanecía bien lejos de la línea de fuego. Un ejemplo de esta desproporción entre los recursos destinados al frente y los que requería la retaguardia es que, para que los soldados mantuvieran un estilo de vida

lo más parecido posible al que disfrutaba cualquier joven en Estados Unidos, se construyeron en Vietnam tres factorías lecheras y... ¡cuarenta fábricas de helados!

### **El «olfateador de personas»**

Uno de los grandes retos para los norteamericanos en Vietnam fue lograr descubrir a los guerrilleros del Vietcong que se ocultaban en la selva. Esta circunstancia se intentó solucionar con el vertido de miles de toneladas de defoliantes, como el agente naranja, aunque esta drástica medida no fue suficiente para privar al Vietcong de su refugio verde.

El agente naranja, llamado así por el

color de los bidones en que lo transportaban, contenía una hormona del crecimiento que hacía que los árboles perdiesen sus hojas prematuramente. Este potente herbicida devastó casi una séptima parte de la masa arbórea del país, unos 2,2 millones de hectáreas. Aunque los investigadores de la Asociación Nacional de Ciencia norteamericana aseguran que no existe una prueba clara de que este defoliante haya tenido consecuencias entre los humanos, la realidad es que en la población de Vietnam abundan los casos de daños sufridos por este producto químico, a los que hay que sumar las más de 32.000 reclamaciones presentadas por los veteranos

estadounidenses que achacan sus enfermedades al contacto con el agente naranja.

Ante este nuevo fracaso militar, los científicos acudieron en ayuda del ejército y descubrieron un aparato capaz de revelar la presencia de seres humanos, que podría resultar de gran utilidad para localizar al enemigo. Se le denominó «Detector de Personas Lanzable XM2», aunque fue conocido como «Olfateador de Personas», puesto que se basaba en la detección de las secreciones corporales humanas. Las diminutas partículas de sudor u orina que quedaban en la atmósfera activaban un sensor que indicaba la presencia de seres humanos.

El aparato, que había sido probado con éxito en suelo norteamericano, fue montado en un helicóptero Huey y se procedió a rastrear la selva. El piloto debía volar en contra de la dirección del viento y cuando el oficial químico que viajaba a bordo descubría algún indicio de presencia humana, se comunicaba por radio la situación para que acudiese alguna patrulla a ese sector.

Pero lo que había funcionado bien en Estados Unidos no tenía por qué actuar del mismo modo en Vietnam. Los científicos no habían contado con los auténticos ríos de orina de los abundantes búfalos de agua, que provocaban la misma señal que si se tratase de humanos. Después de acudir a

varias de estas falsas alarmas, los soldados se cansaron de encontrarse con rebaños de estos búfalos en lugar de guerrilleros enemigos. Tras estos fracasos, el Olfateador de Personas fue desmontado del helicóptero y enviado de regreso a Estados Unidos.

### **Lógica absurda en Vietnam**

Colin Powell, el que fue secretario de Estado norteamericano de 2002 a 2004, había alcanzado antes de iniciar su carrera política la cúspide de la estructura militar de su país, llegando a general de cuatro estrellas y a jefe de la Junta de Jefes del Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos, convirtiéndose así en el oficial más

joven en desempeñar este cargo.

Nacido en Nueva York en 1937, hijo de inmigrantes jamaicanos, Powell pasó su infancia en los barrios neoyorquinos del Bronx y Harlem y más tarde ingresó en la Academia Militar de West Point, donde obtuvo el grado de segundo teniente en 1958.

Colin Powell, que es conocido en los círculos militares norteamericanos como el «Eisenhower negro», participó en la Guerra de Vietnam, donde resultó herido dos veces y recibió once condecoraciones, entre ellas las prestigiosas Corazón Púrpura y la Medalla de Bronce, que le impulsaron hacia un rápido ascenso militar.

Como ejemplo de las desatinadas decisiones militares tomadas durante ese controvertido conflicto, Powell refirió un suceso altamente significativo: en una ocasión, cuando llegó a un puesto avanzado del ejército norteamericano, en una zona hostil, preguntó cuál era la razón por la que aquellos soldados estaban allí, en un área tan peligrosa. El motivo aducido por el oficial al mando era que debían proteger una pequeña pista de aterrizaje de helicópteros que se encontraba en las proximidades.

A Powell le pareció una razón de peso para permanecer en aquel lugar, pero se le ocurrió preguntar por la finalidad de aquel improvisado helipuerto, puesto que aquella era una

región aislada y, aparentemente, sin interés militar. La respuesta no pudo ser más surrealista: aquel oficial le aseguró que la única misión de aquel campo de aterrizaje era... ¡aprovisionar a sus hombres!<sup>22</sup>

### «La guerra del fútbol»

Si la mayoría de guerras pueden calificarse de incoherentes y aberrantes, una de las que se merece con más justicia estos calificativos, además del de ridícula o estúpida, fue la que enfrentó a Honduras y El Salvador entre el 14 y el 18 de julio de 1969. Y el absurdo origen de esta contienda se sitúa en la eliminatoria disputada entre las selecciones de ambos países,

correspondiente a la fase de clasificación para el campeonato mundial de fútbol que debía disputarse al año siguiente en México.

El partido de ida se jugaría en la capital de Honduras, Tegucigalpa. Siguiendo una vieja costumbre centroamericana, la hinchada local se congregó la noche anterior al choque a las puertas del hotel donde se hospedaban los salvadoreños, haciendo todo lo posible para estorbar el sueño de los jugadores. Todo era válido, desde hacer sonar las bocinas de los coches hasta entonar cánticos insultantes. Al día siguiente, 6 de junio, los visitantes acusaron la noche en vela y fueron derrotados por 1-0 en un

encuentro jugado con gran dureza, pero sin que se produjeran actos de violencia. El único gol fue marcado por el delantero centro de Honduras Roberto Cardona en el último minuto del partido.

A la frustración que suponía haber perdido el duelo cuando ya se acariciaba el valioso empate, se sumó un hecho trágico que vino a enturbiar aún más el ambiente. Al terminar el encuentro, una decepcionada joven salvadoreña que estaba viendo el partido por televisión buscó la pistola de su padre y se descerrajó un tiro. El caso fue aireado por la prensa, refiriéndose a la suicida como una heroína: «Una salvadoreña no pudo soportar la humillación a la que fue

sometida su patria». Los jugadores salvadoreños, a su regreso, asistieron al entierro, que fue también retransmitido en directo por televisión.

Cuando nueve días después se jugó el partido de vuelta en San Salvador, los ánimos estaban muy caldeados. Los jugadores hondureños tampoco pudieron descansar la noche anterior al choque. Los cristales del hotel fueron apedreados y se arrojó basura a las puertas del edificio, mientras que la multitud enarbolaba retratos de la muchacha que se había quitado la vida. Los hondureños encontraron incluso ratas muertas en el interior de sus habitaciones.

Al día siguiente, los consternados

jugadores fueron escoltados por blindados del ejército en su camino al estadio. El partido no se desarrolló en las mejores condiciones. El objetivo de los hondureños, más que lograr la victoria, era salir con vida del recinto. Durante el choque estallaron graves incidentes en las gradas entre ambas aficiones, provocando un buen número de heridos. Tras caer por 3-0, el entrenador visitante respiró aliviado. «Menos mal que hemos perdido este partido», llegó a decir.

Por aquel entonces, para dirimir el ganador de una eliminatoria no se tenían en cuenta los goles marcados, sino los puntos obtenidos en el enfrentamiento directo, por lo que todo quedó a

expensas de un tercer partido, a jugar el 27 de junio en terreno neutral: el Estadio Azteca de México D.F.

La tensión entre ambos países no impidió que se jugase el partido de desempate en México, tal y como estaba previsto. En el Estadio Azteca, una fuerza de 5.000 policías mexicanos se encargó de separar a ambas aficiones. Los noventa minutos reglamentarios concluyeron con 2-2 en el marcador, un empate que condujo a la prórroga. En el minuto 11 del tiempo extra Pipo Rodríguez anotó el 3-2 para El Salvador, lo que valió a este jugador convertirse en héroe nacional.<sup>23</sup>

La resolución de la eliminatoria no

terminó con las disputas entre ambos países. Las autoridades hondureñas, indignadas todavía por las agresiones recibidas por sus aficionados en el partido de vuelta, decidieron expulsar a más de 10.000 ciudadanos salvadoreños de su territorio. Durante años, miles de granjeros y trabajadores habían emigrado a tierras hondureñas para mejorar algo sus pésimas condiciones de vida, lo que había despertado los celos de los campesinos locales, que exigían su repatriación. El presidente del gobierno hondureño, el coronel Oswaldo López, aprovechó la excusa de los incidentes futbolísticos para corresponder a esas reivindicaciones, tomando esa medida tan populista como

injusta.

Pero el gobierno de El Salvador, que temía los efectos que sobre su economía podía tener el regreso masivo de los emigrantes —unos 300.000—, no se quedó atrás. Así que el presidente salvadoreño, el general Fidel Sánchez, respondió de forma desproporcionada, ordenando al ejército atravesar la frontera sin previa declaración de guerra el 14 de julio de 1969. Los carros de combate salvadoreños comenzaron a avanzar por Honduras, a la vez que la aviación bombardeaba los principales puertos del país vecino.

Cuatro días más tarde, la Organización de Estados Americanos (OEA), horrorizada por el absurdo baño

de sangre, intervino en el conflicto y consiguió detenerlo, negociando un alto el fuego entre las dos partes. Se cree que esa guerra, que duró unas escasas cien horas y que acabó sin un vencedor definido, causó entre 4.000 y 6.000 muertos, además de 20.000 heridos y un sinnúmero de desplazados. Y una agencia de prensa mexicana bautizaría este conflicto como «la guerra del fútbol», un título que sería popularizado por un reportaje del periodista polaco Ryszard Kapuscinski, testigo directo de los acontecimientos.

Las consecuencias de esta guerra serían nefastas tanto para Centroamérica como, especialmente, para El Salvador. Los esfuerzos para crear un espacio

económico integrado centroamericano, auspiciado por Estados Unidos para responder a la creciente influencia de la Cuba castrista, se verían de este modo frustrados. Pero lo más grave sería la tensión social que generaría el retorno de buena parte de esos campesinos salvadoreños que habían emigrado a Honduras. Las dificultades para su reinserción económica provocarían la presión social que sería determinante en la génesis de la posterior guerra civil en El Salvador.

En cuanto a la disputa entre los gobiernos de San Salvador y Tegucigalpa, las cicatrices de «la guerra del fútbol» no quedarían cerradas hasta el 30 de octubre de 1980, cuando ambas

naciones firmaron un tratado de paz por el cual las disputas fronterizas se resolverían no por las armas, sino en la Corte Internacional de Justicia.

## **Las dificultades de la música militar**

Aunque pueda dar la sensación de que la música militar no ofrece demasiada complejidad, en realidad se requiere un largo período de aprendizaje para dirigir una banda especializada en este tipo de música. Así, en 1977, los miembros del Congreso de Estados Unidos se sorprendieron de que, para llegar a director de orquesta en la Escuela de Música del Pentágono, eran necesarios quince meses de instrucción, además de haber cursado los estudios

musicales básicos. Y la perplejidad de los representantes norteamericanos fue mayor al saber también que este período de formación era superior en dos meses... ¡al requerido para formar un piloto de caza!

## **Fuego amigo en las Malvinas**

El 2 de abril de 1982, unidades de la infantería de marina argentina desembarcaban en las islas Malvinas. Este archipiélago, situado a unos mil kilómetros de la costa argentina, había sido ocupado por la armada británica en el siglo XIX. Desde entonces, Argentina había reclamado inútilmente su devolución. Ese día, la invasión promovida por la Junta Militar

encabezada por el general Galtieri no provocó ninguna baja en la guarnición británica de las islas. Los ochenta soldados que la integraban fueron capturados vivos, aunque cinco soldados argentinos resultaron muertos en la operación.

Los argentinos creían que la única reacción británica se produciría en el ámbito diplomático, puesto que la enorme distancia que separaba Gran Bretaña de las Malvinas dificultaba responder con una rápida acción militar. Pero la Junta Militar se equivocaba: la *premier* británica Margaret Thatcher ordenó al día siguiente del ataque el envío de una flota al sur del Atlántico. Esta fuerza naval se componía de dos

portaaviones, catorce fragatas y destructores, seis buques de desembarco y más de cincuenta barcos de apoyo. En ellos viajaba una fuerza terrestre de unos 6.000 hombres, a los que después se añadirían 4.000 más. Tras una escala en la isla Ascensión, la flota llegaría a las Malvinas dos semanas y media más tarde.

Los británicos llevaron a cabo una táctica indirecta, desembarcando el 21 de abril en las Georgias del Sur tras reducir a la guarnición argentina allí destinada. Desde esa base se iniciaron los bombardeos aéreos y navales sobre el aeropuerto de Port Stanley, en la isla Gran Malvina. Fue entonces cuando se produjeron las únicas víctimas civiles

del conflicto: varios ciudadanos de origen británico resultarían alcanzados por los proyectiles disparados desde los propios buques de la Royal Navy.

Se trataba de varios isleños de Port Stanley —que los ocupantes renombraron como Puerto Argentino— que, en señal de protesta contra el estado de sitio impuesto por las autoridades militares argentinas, intentaron salir de la población. Finalmente, el gobernador militar autorizó la manifestación. La armada británica, que desconocía la acción que en esos momentos estaban llevando a cabo sus compatriotas, comenzaron a bombardear la isla, creyendo que sus habitantes estaban siguiendo sus

recomendaciones de permanecer ocultos en los sótanos. Así, las bombas inglesas acabaron con la vida de varios isleños, ante lo que el jefe de la escuadra británica tuvo después que pedir excusas.

## **Bombas inofensivas**

La batalla aeronaval entre las fuerzas argentina y británica durante la Guerra de las Malvinas fue muy dura. La aviación naval argentina causó graves pérdidas a la escuadra enviada por Margaret Thatcher: más de la mitad de los buques de escolta fueron alcanzados. Los misiles Exocet argentinos enviaron al fondo del mar un destructor y un carguero e inutilizaron a otro destructor.

Pero, sorprendentemente, se calcula que más de la mitad de las bombas lanzadas por los argentinos contra la flota de guerra británica no llegaron a estallar. Si hubieran hecho explosión, entre seis y trece barcos de la Royal Navy hubieran resultado dañados de consideración y probablemente habrían sido hundidos, lo que podría haber decidido la guerra del lado argentino.

De todos modos, la flota del país sudamericano también resultó dañada. La pérdida más importante fue la de su buque insignia, el *General Belgrano*, hundido por un submarino nuclear británico a las cuatro de la tarde del 2 de mayo. En el ataque resultaron muertos 323 marineros argentinos y se

podieron rescatar con vida 770.

Curiosamente, este viejo crucero había participado en la Segunda Guerra Mundial; pertenecía a la flota estadounidense con el nombre de *Phoenix* y era uno de los buques que sobrevivió al ataque japonés a Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941. Estaba fondeado al noroeste de la isla de Ford, en la bahía de Pearl Harbor, y fue uno de los pocos buques que no recibió el impacto de ninguna bomba nipona. El barco fue vendido a Argentina en 1951 por poco menos de ocho millones de dólares, el veinte por ciento de su precio inicial. Primero llevó el nombre de *17 de octubre*, pero luego fue rebautizado como *General*

*Belgrano* en 1956.

Los norteamericanos estaban interesados en recuperar el histórico crucero cuando la marina argentina decidiese retirarlo del servicio, para convertirlo en museo flotante. Sin embargo, los torpedos ingleses impidieron que la marina estadounidense pudiera honrar de ese modo al veterano *Phoenix*, que ahora descansa en las profundidades del Atlántico.

## **Unas mochilas muy pesadas**

Tras las operaciones aeronavales en torno a las islas Malvinas, los soldados británicos desembarcaron el 22 de mayo en la bahía de San Carlos, en el extremo

opuesto a Port Stanley. Unos 2.000 soldados argentinos fueron capturados por los paracaidistas británicos que habían sido lanzados sobre el istmo de Goose Green.

Los argentinos se concentraron en la defensa de Port Stanley. Los soldados británicos del 48.º Comando tuvieron que hacer a pie el camino hasta el último reducto de la resistencia argentina, distante ciento veinte kilómetros, en solo tres días, en condiciones meteorológicas muy adversas y bajo la amenaza constante de tiradores emboscados a lo largo de la ruta. Y esta marcha la hicieron llevando a sus espaldas unas mochilas que pesaban 48 kilos, el mayor peso de un equipamiento oficial militar.

Tan solo los soldados norteamericanos encargados de patrullar en Afganistán en el año 2002 debían cargar con un peso parecido: unos 40 kilos.

Tras esta agotadora marcha, los británicos tomaron contacto con la línea de defensa de Port Stanley y entablaron la batalla definitiva. El 10 de junio, los argentinos cedieron ante el empuje de los soldados profesionales británicos, pertrechados con medios de visión nocturna y un armamento superior.

Las condiciones en las que combatieron los argentinos fueron lamentables. Iban pertrechados con viejos fusiles que solían encasquillarse y que, a menudo, hacían que las balas salieran disparadas en direcciones

insólitas. A las botas se les despegaban las suelas, la ropa no era impermeable y el frío y el hambre les atormentaban a diario. Además, los oficiales argentinos estaban más preocupados de su cuidado personal que de dirigir a sus hombres: si algún soldado convertido en asistente se negaba a cumplir los caprichos de su superior se exponía a sufrir humillantes castigos, como ser atado de pies y manos a una estaca o pasar toda una noche a la intemperie.

Para colmo, los víveres destinados a los soldados eran escamoteados a la tropa para ser repartidos entre los oficiales: tras rendirse a los ingleses, a los hambrientos soldados argentinos se les permitió acceder a los barracones

donde estaban almacenadas estas provisiones, lo que encendió la ira de aquellos reclutas contra los militares que les habían engañado de aquel modo.

Este conflicto demostró por primera vez la superioridad de las fuerzas profesionales sobre las de reemplazo. Mientras los soldados británicos se limitaron a poner en práctica lo que llevaban años ensayando en sus maniobras, había reclutas argentinos que no habían completado una semana de instrucción y que ni siquiera sabían cómo se manejaba su propia arma.

La Guerra de las Malvinas fue también la primera ocasión en la que se puso a prueba la viabilidad del concepto de «proyección», es decir, el envío

rápido de una fuerza militar completa a un escenario lejano, un tipo de guerra que sería el dominante en el futuro. En cierto modo, en las Malvinas se pudo ver la clase de conflicto que, a gran escala, se produciría más tarde en las dos guerras del Golfo, en la que un ejército profesional altamente tecnificado es enviado a ultramar para imponerse sin excesivas dificultades a una fuerza abundante en efectivos pero dotada de armamento convencional y con claras deficiencias en su dirección.

## **Disputa naval en Canadá**

Una de las anécdotas militares más celebradas es la que protagonizó un buque de la armada de Estados Unidos

mientras navegaba cerca de las costas de Terranova. La conversación por radio fue como sigue:

—**Norteamericanos:** Por favor, cambien su curso 15 grados al norte a fin de evitar colisión.

—**Canadienses:** Recomendamos que usted cambie su curso 15 grados al sur a fin de evitar la colisión.

—**Norteamericanos:** Les habla el capitán de un buque de la armada de Estados Unidos. Repito: cambien su curso.

—**Canadienses:** No, repetimos; ustedes deben cambiar su curso.

—**Norteamericanos:** Este es el

portaaviones *USS Abraham Lincoln*, el segundo buque en tamaño de los Estados Unidos de América en el Atlántico. Nos acompañan tres destructores, tres cruceros y numerosos buques de apoyo. Exijo que usted cambie su curso 15 grados al norte, o tomaremos medidas para garantizar la seguridad de este buque.

—**Canadienses**: Esto es un faro. Ustedes deciden.

Este hilarante episodio ha sido dado por verídico por fuentes de contrastada solvencia, como el diario británico *The Times* o el servicio de noticias de *The New York Times*, así como varios rotativos y radios públicas canadienses. Sin embargo, existen más que serias

dudas de que esta anécdota haya ocurrido en alguna ocasión. El primer motivo de sospecha es la controversia sobre la fecha en la que supuestamente se dio este incidente. Para unos, sucedió en octubre de 1995, mientras que otros se retrotraen hasta justo diez años antes. Lo más curioso es que ya a finales de la década de los sesenta existían testimonios escritos que relatan un hecho similar.

El protagonista de esta prepotente actitud de la armada norteamericana también varía. En los años sesenta la historia se atribuyó tanto al *USS Dixie* como al *USS Truxtun*. Con posterioridad, los portaaviones *USS Enterprise* o el *USS Abraham*

*Lincoln*—en la versión más extendida—, han tenido este dudoso honor. Curiosamente, también se ha publicado que fue el portaaviones *USS Missouri*, cuando ese portaaviones no existe, sino que corresponde a un acorazado ya retirado, o el *USS Coral Sea*, al que se sitúa en 1995 en las costas de Terranova cuando fue retirado y desguazado en 1993.

El origen de este popular relato es desconocido, y seguramente no se conocerá nunca. Se cree que el primer lugar en donde apareció fue en una columna humorística del *Reader's Digest*. Hay quien asegura que es un bulo nacido dentro de la Marina, fruto de la rivalidad entre las diferentes

tripulaciones, aunque otros están convencidos de que es una narración, con las correspondientes variantes, tan antigua como la historia de la navegación.

De todos modos, la extraordinaria difusión de este presumible bulo obligó en 1997 a la armada estadounidense a emitir un desmentido oficial, que quedó publicado con carácter permanente en su página web. Así que, si hacemos caso de la versión oficial de la US Navy —y para decepción de los lectores—, esa disputa entre el portaaviones y el faro nunca tuvo lugar. Pero lo que está fuera de toda discusión es que, como reza el dicho italiano, «*si non è vero, è ben trovato...*»

## **Camuflaje para todos**

En 1990, durante los preparativos para la intervención armada contra Irak tras su invasión de Kuwait, los países aliados pusieron en marcha su maquinaria de guerra, probando su capacidad logística. Así, en los cuarteles de la 1.º División Acorazada británica, situados en Alemania, tuvo lugar una febril actividad para acelerar los trabajos destinados a pertrechar a las unidades que debían partir rumbo a Arabia Saudí.

Un infortunado oficial del Regimiento de Queen's Own Highlanders fue víctima de las prisas por pintar todos los vehículos de color arena. Como cada

mañana, el oficial acudió al aparcamiento a buscar su «escarabajo» Volkswagen, pero no lo encontró. Creyó que se lo habían robado, hasta que alguien le avisó de que había visto un coche parecido al suyo en los talleres de la base. Al llegar allí, se quedó perplejo al ver a su escarabajo luciendo un flamante camuflaje. Con las prisas, los encargados de pintar los vehículos militares de color arena se habían confundido y habían pensado que aquel Volkswagen también debía ser enviado al desierto.

## **Pulgares hacia arriba**

En esa primera Guerra del Golfo, los soldados iraquíes se rendían a las tropas

norteamericanas mostrando el pulgar hacia arriba. En realidad no tenían ni idea de lo que significaba ese gesto pero, al ver a los soldados estadounidenses hacerlo continuamente entre ellos en señal de aprobación, creían que se trataba del signo que identificaba a Estados Unidos.

## **Maniobras en tiempos de crisis**

El tiempo de las grandes y costosas maniobras militares ha pasado a la historia. Al menos, esto es lo que se desprende de lo ocurrido en 1995 en unos ejercicios de la marina británica. Así, para ahorrar el gasto de munición, los comandantes de la Royal Navy ordenaron a los reclutas que gritasen

«¡Bang!» en lugar de disparar proyectiles reales en los ejercicios.

Los artilleros que se entrenaban a bordo del *HMS Cambridge* tuvieron más suerte, puesto que se les proporcionó un megáfono para poder «disparar» con más realismo.

## **Sorpresa en el control de radar**

Dos agentes británicos de la policía de tráfico se vieron envueltos en 1999 en un curioso incidente mientras llevaban a cabo un rutinario control de velocidad por radar en la autopista que une Londres con Edimburgo. Para sorpresa de esta pareja de policías, el radar de mano que utilizaban para medir la velocidad de los vehículos registró

una increíble marca... ¡de cuatrocientos cincuenta kilómetros por hora!

En ese momento dedujeron que el aparato se había estropeado, pero continuó funcionando con normalidad. El misterio se resolvería unos días más tarde, cuando se supo que en realidad el radar había registrado el paso de un avión Tornado de la OTAN tripulado por un piloto holandés en vuelo rasante, mientras realizaba ejercicios de prácticas de vuelo sobre Escocia.

En un primer momento, los oficiales de la policía se tomaron el incidente como una divertida anécdota, pero se les borró la sonrisa del rostro cuando se enteraron del resto de la historia. Al parecer, el ordenador del avión había

detectado el aparato medidor de los agentes como un «radar hostil», por lo que automáticamente se armó un misil aire-tierra Sidewinder para neutralizar la supuesta amenaza. Por suerte para la pareja de policías, el piloto oyó la alerta automática del misil avisando de su inmediato lanzamiento y pudo desactivar a tiempo el sistema antes de que el misil se disparara.

# Epílogo

*E*spero que la lectura de estas páginas haya servido para descubrir esa otra cara de la guerra, en la que el absurdo y la comedia van de la mano para demostrar que la historia militar no es solo una panoplia de grandes estrategas, valerosos hombres de armas y héroes de todo tipo, sino que también está trufada de incompetencia, errores y episodios hilarantes.

Desde Alejandro Magno hasta la actualidad, la guerra ha mantenido su protagonismo. Han podido evolucionar las tácticas o el armamento, pero este

fenómeno ha estado siempre presente, convertido en medio para sacudirse opresiones o, las más de las veces, para satisfacer ambiciones, proporcionando historias que aún hoy siguen despertando nuestro interés.

De todos modos, quedan ya muy lejos los combates a espada, las cargas de caballería, el colorido de los uniformes napoleónicos o el avance de las columnas al ritmo de los tambores... En esta era en la que el armamento nuclear ha sustituido a los grandes ejércitos de antaño, parece que ya no hay ocasión para toparse con hechos tan inopinados como los que aquí se han relatado. Pero no es así.

Por ejemplo, he de advertir que, si

algún lector abriga la secreta intención de hacer explotar un arma atómica, el último sitio al que debería dirigirse es al estado norteamericano de Utah. En su legislación existe una disposición por la que se considera ilegal el hecho de hacer estallar un ingenio nuclear por parte de un ciudadano. Sin embargo, también hay que aclarar que, si el lector se conforma simplemente con tener una bomba atómica en el garaje de su casa, en Utah podrá hacerlo sin ningún problema, puesto que, aunque está prohibida su detonación, estar en posesión de este tipo de armas no está castigado por la ley.

# Bibliografía

ALMIRANTE, José. *Diccionario militar* (2 vols.). Clásicos. Madrid, 1989.

ARNOLD-FORSTER, Mark. *El mundo en guerra*. Plaza y Janés. Barcelona, 1975.

BEAUFRE, André. *Introducción a la estrategia*. Ejército. Madrid, 1984.

BEYER, Rick. *The Greatest War Stories Never Told*. Harper Collins Publishers. Londres, 2005.

BREUER, William B. *Top secret tales of World War II*. John Wiley & Sons. Nueva York, 2000.

BREUER, William B. *Undercover Tales of World War II*. John Wiley & Sons. Nueva York, 1999.

CLAUSEWITZ, Carl von. *De la guerra*. PD. Madrid, 1999.

COFFEY, Michael. *Días de infamia. Grandes errores militares del siglo XX*. Salvat. Barcelona, 2000.

COMPTE, Concepción. *Anécdotas y curiosidades de la historia*. Añil. Madrid, 2003.

COOPER, Jilly. *Animals in War*. William Heinemann. Londres, 1983.

CHANDLER, David. *The Campaigns of Napoleon*. Weidenfield & Nicolson. Londres, 1966.

DAVID, Saul. *Military Blunders*.  
Robinson. Londres, 1997.

DEARY, Terry. *The Frightful First  
World War*. Scholastic Books. Londres,  
1998.

DOVAL, Gregorio. *Enciclopedia de  
las curiosidades. El libro de los hechos  
insólitos*. Ediciones del Prado. Madrid,  
1994.

DOVAL, Gregorio. *Del hecho al  
dicho*. Ediciones del Prado. Madrid,  
1995.

DOWSWELL, Paul. *True Stories of  
the Second World War*. Usborne  
Publishing. Londres, 2003.

DURSCHMIED, Erik. *El factor  
clave*. Salvat, 2002.

ENEAS. *La poliorcética*. Gredos. Madrid, 1990.

FISAS, Carlos. *Historias de la historia*. Planeta. Barcelona, 1983.

FISAS, Carlos. *Frases que han hecho historia*. Círculo de Lectores. Barcelona, 1997.

GILBERT, Martin. *La Primera Guerra Mundial*. La Esfera de los Libros. Madrid, 2004.

GOLDBERG, Hirsh. *The Blunder Book*. Quill. Nueva York, 1984.

HAYWARD, James. *Myths & Legends of the First World War*, Sutton Publishing. Stroud, 2002.

HOBBS, Nicholas. *Essential*

*Militaria*. Atlantic Books. Londres, 2003.

HOLMES, Richard. *Tommy: The British Soldier on the Western Front*, Harper. Londres, 2005.

HOWARD, Michael. *La Primera Guerra Mundial*. Crítica. Barcelona, 2003.

HOWARD, Michael. *Las causas de la guerra*. Ejército. Madrid, 1987.

HUGH-WILSON, coronel John. *Military Intelligence Blunders and Cover-ups*. Robinson. London, 1999.

JENOFONTE. *Anábasis. La expedición de los diez mil*. Planeta. Barcelona, 1993.

KEEGAN, John. *Historia de la guerra*. Planeta. Barcelona, 1995.

KEEGAN, John. *El rostro de la batalla*. Ejército. Madrid, 1990.

LAFFIN, John. *Secrets of Leaderships*. Sutton Publishing. Londres, 2004.

LAFFIN, John. *Brassey's Dictionary of Battles*. Brassey's. Londres, 1986. (*Diccionario de batallas*, Salvat, 2000).

LEWIS, Jon E. *True War Stories*. Robinson. Londres, 2005.

LIVESEY, Anthony. *Enciclopedia visual de las grandes batallas*. Rombo. Barcelona, 1995.

MAQUIAVELO, Nicolás. *Del arte de la guerra*. Tecnos. Madrid, 1988.

MARTÍNEZ TEIXIDÓ, Antonio. *Enciclopedia del arte de la guerra*. Planeta. Barcelona, 2003.

NEIBERG, Michael S. *La Gran Guerra. Una historia global (1914-1918)*. Paidós. Barcelona, 2006.

PARKER, Geoffrey. *La revolución militar*. Crítica. Barcelona, 1990.

QUATREFAGES, René. *Los tercios*. Ejército. Madrid, 1985.

REGAN, Geoffrey. *Someone Had Blundered. A Historical Survey of Military Incompetence*. Batsford. Londres, 1987. (Edición española en Crítica, 2001).

REGAN, Geoffrey. *Military Anecdotes*. Guinness Publishing. London, 1992.

REGAN, Geoffrey. *Historical Blunders*. Guinness Publishing. Londres, 1994.

SAN MIGUEL, Evaristo. *Elementos del arte de la guerra*. Clásicos. Madrid, 1992.

TUCÍDIDES. *Historia de la guerra del Peloponeso*. Alianza Editorial. Madrid, 1989.

VEGA, Vicente. *Diccionario ilustrado de anécdotas*. Gustavo Gili. Barcelona, 1965.

VILLANUEVA HERING, Peter.

*Errores, falacias y mentiras*. Ediciones del Prado. Madrid, 1998.

VOLTES, Pedro. *El reverso de la historia* (4 vols.). Círculo de Lectores. Barcelona, 1993.

VV.AA. *La aventura del mar*. Ediciones Folio. Barcelona, 1996.

VV.AA. *Los grandes enigmas de la guerra secreta*. Los Amigos de la Historia. Madrid, 1970.

VV.AA. *Los grandes hechos del siglo XX*. Ediciones Orbis. Barcelona, 1982.

WANTY, Emile. *La historia de la humanidad a través de las guerras*. Alfaguara. Madrid, 1972.

WHEAL, Elizabeth-Anne y POPE, Stephen. *Dictionary of The First World War*. Pen & Sword. Londres, 2003.

ZENTNER, Christian. *Las guerras de la posguerra*. Bruguera. Barcelona, 1973.

1. Aunque la célebre afirmación «en mis dominios no se pone el sol» se atribuye generalmente al emperador Carlos I de España (1500-1558) pese a no existir constancia de ello, en realidad, según el gran historiador griego Herodoto, Jerjes fue el primero en pronunciarla, refiriéndose a la gran extensión de sus posesiones.

2. El término «lacónico» tiene su origen en la palabra griega para referirse a los lacedemonios, *lakonikós*, que a su vez pasaría al latín como *laconicus*.

3. Aunque la formulación del principio de «divide y vencerás» se ha atribuido, entre otros, a Maquiavelo, Catalina de Médicis o Luis XI de Francia, parece ser que el primero que lo llevó a la práctica con éxito fue Filipo II de Macedonia. Buena parte de su política estuvo dirigida a desunir a sus potenciales enemigos, lo que facilitaba su dominación.

4. Los historiadores de la época no describen estos espejos, denominados *ustorios*, pero sí lo hacen los posteriores, por lo que cabría la posibilidad de que se tratase de una leyenda. La primera mención sería la de Galeno (129-199 d.C.).

Experimentalmente, se ha demostrado que el hecho pudo suceder en realidad, tal como probó ya en 1747 un naturalista francés, el conde de Buffon.

5. Curiosamente, tanto alemanes como británicos se han disputado a lo largo de la historia a Arminio como fundador de su nación. En 1851, sir Edward Creasy lo calificaba de «héroe nacional» para los ingleses, al considerar la antigua Germania como el lugar de origen de los futuros pobladores de las islas británicas. También durante la época victoriana, los historiadores británicos creían que «sin la figura de Arminio la nación inglesa nunca hubiera llegado a existir». Por otra parte, Hitler también pretendía adueñarse del mito del caudillo germano, refiriéndose a él, sin demasiado fundamento, como «el arquitecto de nuestra libertad».

6. Aunque la victoria en Borodino fue para las fuerzas francesas, la historiografía oficial soviética siempre presentó la batalla de Borodino como un triunfo del ejército ruso, para encontrar paralelismos con el rechazo de los invasores alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. No en vano, la lucha contra Napoléon es conocida en Rusia como la Primera Gran Guerra Patria y a la guerra contra Alemania de 1941-45 se la denomina Segunda Gran Guerra Patria.

7. El campo de batalla de Waterloo, situado a cuatro kilómetros de la población del mismo nombre, se ha convertido en la actualidad en una atracción turística. El histórico lugar está presidido por un colosal montículo artificial, de cuarenta metros de altura, construido entre 1823 y 1826. Para ello fueron necesarios 290.485 metros cúbicos de tierra. En su cúspide se levanta la estatua de un león, al que se llega después de subir 226 peldaños. Según la inscripción que le acompaña, el león anuncia «la paz que Europa ganó en los campos de Waterloo». En el centro del pueblo se puede visitar el Museo de Wellington. El edificio que lo alberga, una antigua posada, fue el

cuartel general de los oficiales británicos. Wellington se alojó en él durante las noches del 17 y del 18 de junio de 1815. A cinco kilómetros al sur del montículo del león se encuentra Le Caillou, el cuartel general de Napoleón. Allí pasó la noche del 17 de junio, siendo el lugar donde planificó la táctica que seguiría durante la batalla y que no pudo llevarle a la victoria. Se puede contemplar una reproducción de su máscara mortuoria, además de otros objetos de uso cotidiano, como su cama de campaña o la mesa que utilizaba para jugar a las cartas. Es especialmente impresionante el Panorama, un edificio circular que encierra un fresco de 110 metros de circunferencia y 12 metros de

alto, en el que se representan los momentos cruciales de la batalla, con un campo de visión de 360 grados. Fue pintado por Louis Dumoulin en 1912 y estaba destinado a convertirse en el elemento central de las celebraciones del centenario de la batalla en 1915, unos fastos que tuvieron que ser suspendidos a consecuencia del estallido de la Primera Guerra Mundial. En total, en el campo de batalla se pueden encontrar 135 monumentos conmemorativos, erigidos por los gobiernos de los países que participaron en la batalla, así como por familiares de los combatientes.

8. Lord Raglan aparecerá de nuevo en el capítulo dedicado a la Guerra de Crimea. Este veterano de Waterloo desempeñaría en Crimea, casi cuarenta años más tarde, el cargo de comandante en jefe de las fuerzas británicas. Curiosamente, aunque en ese conflicto los franceses eran aliados de los ingleses, lord Raglan solía referirse al ejército francés como «el enemigo».

9. Este episodio fue inmortalizado por el poeta lord Alfred Tennyson en su poema titulado precisamente *La carga de la Brigada Ligera*. Hollywood también contribuiría a alimentar la leyenda con la película del mismo título, dirigida por Michael Curtiz en 1936. En ella, el actor Errol Flynn dirigía la caballería británica contra los cañones rusos en una carga tan heroica como suicida. En 1968, la famosa acción de la Brigada Ligera sería objeto de un *remake*, dirigido por Tony Richardson, y llamado *La última carga*. Este film se vería influido por la corriente antimilitarista de los años sesenta, mostrándose crítico con el imperialismo británico.

10. La Pinkerton se convirtió en la primera agencia privada de detectives norteamericana y la segunda del mundo después de la francesa Bureau de Renseignements Universels dans l'Intérêt du Commerce, que se había fundado en 1832. Un inmigrante escocés, Allan Pinkerton, que se dedicaba a la fabricación de barriles de madera, fue el que la fundó en el año 1850. Su símbolo, un ojo abierto, se haría célebre y su prestigio llegaría a ser mítico. Esta agencia elaboró el fichero más completo de criminales del país y fue la que introdujo la costumbre de hacer fotos de frente y de perfil a los delincuentes que capturaban. Su éxito más conocido sería la localización de dos forajidos del

oeste, Butch Cassidy y Sundance Kid, a los que siguieron la pista hasta dar con ellos en la Patagonia argentina.

11. El campo de batalla de Little Big Horn, en el estado de Montana, fue declarado parque nacional en 1946. En él se encuentra un cementerio y un monumento de mármol que recuerda a los soldados muertos en el ataque de los indios. Se puede visitar Last Stand Hill, la colina en la que resistieron hasta el último momento Custer y sus hombres, desde donde se divisa el río Little Big Horn, que dio nombre a la batalla.

12. Existe otro precedente de guerra especialmente mortífera en China. Entre 1644 y 1690 se desarrolló un enfrentamiento civil armado en este país que supuso el final de la milenaria dinastía Ming. Su coste en vidas fue de unos veinticinco millones de personas, casi tantos como en la Rebelión de los Taiping.

13. Producida por Samuel Bronston y dirigida por Nicholas Ray, *55 días en Pekín* fue rodada en España en 1962. En el municipio madrileño de Las Rozas, en unos terrenos que en la actualidad ocupan un polígono industrial y una urbanización, se erigió una réplica de la Ciudad Prohibida de la capital china para que sirviera de espectacular escenario a esta superproducción. El film contó en sus principales papeles con Charlton Heston, Ava Gardner y David Niven, pero fueron necesarios centenares de extras para representar a las inagotables masas de rebeldes chinos. Para ello se contó mayoritariamente con españoles convenientemente maquillados y

provistos de su correspondiente disfraz de oriental, pero para los primeros planos era necesario contar con personas de raza china. Por lo tanto, se reclutó a la casi totalidad de cocineros y camareros chinos que trabajaban en Madrid. Al no ser suficiente esta aportación, se tuvo que recurrir al personal de los restaurantes chinos de París. Antes de que los estudios fueran demolidos, los restos de aquellos enormes decorados de escayola y cartón piedra, que reproducían los edificios y calles de Pekín, permanecieron allí durante varios años teniendo como fondo la sierra madrileña.

14. Aunque la idea de que la Gran Muralla china es la única obra humana visible desde la Luna está muy extendida, esto no es más que un mito. Curiosamente, la afirmación de que esta muralla se podía ver desde nuestro satélite surgió en los libros de texto chinos en 1938, treinta y un años antes de que el hombre pisase la Luna; sin duda, el motivo era alimentar el orgullo nacional del país. La NASA se encargó más tarde de desmontar esta leyenda, para lo que contó, precisamente, con la ayuda de un astronauta chino, Yang Liwei, que confirmó que desde el espacio es imposible ver la Gran Muralla. Esta invisibilidad se da incluso a corta distancia, puesto que el material

de que está hecha es casi del mismo color que el área en la que se sitúa, siendo detectable solamente mediante fotografías por radar. Otras construcciones de las que se ha afirmado que es posible verlas desde la Luna son los nudos de las autopistas alemanas y ¡los vertederos de basura de Nueva York!

15. En la actual Ladysmith — bautizada así en honor a la mujer de un gobernador de El Cabo llamado Harry Smith— existen numerosos vestigios de este asedio. En un edificio que sirvió entonces como depósito de víveres y munición se aloja el Siege Museum (Museo del Asedio), que contiene una interesante muestra de objetos y documentos relativos a ese heroico episodio. En la acera de una calle cercana a este museo se conservan dos cañones, llamados Cástor y Pólux, que fueron utilizados por los británicos en la defensa de la ciudad. Aunque en Ladysmith también puede visitarse el denominado Fuerte Zulú, una torre de defensa construida en 1869, en realidad

esta construcción no guarda ninguna relación con esa belicosa tribu, pero es llamado así, sin duda, para acrecentar su atractivo turístico.

16. En Colenso es posible visitar el Museo Stevenson, inaugurado en 1974, donde se muestran todo tipo de objetos referentes a la Guerra de los Bóers, con atención especial a la batalla del río Tugela. En las proximidades de Colenso se encuentran pequeños monumentos en recuerdo a las tropas que participaron en las batallas de los alrededores de Ladysmith.

17. Los que visitan en la actualidad la colina de Spion Kop, en Kwazulu Natal, pueden contemplar el campo de batalla tal como era entonces. Una cruz de diez metros de altura corona el monte en el que los británicos fueron acribillados por los bóers. Las excursiones a este lugar pueden realizarse desde Mount Alice, el cuartel general de Buller, hoy convertido en un agradable hotel de estilo colonial.

18. Horatio Herbert Kitchener (1850-1916) fue un prestigioso militar británico que sirvió en Egipto y Sudán, además de combatir en la Guerra de los Bóers. Tras la campaña sudafricana fue destinado a la India y más tarde sería nombrado cónsul en Egipto. Su puesto de mayor responsabilidad lo desempeñó durante la Primera Guerra Mundial, al acceder al cargo de ministro de la Guerra en 1914. Su popularidad se acrecentó enormemente al servir su rostro para ilustrar los carteles que animaban al alistamiento en el ejército británico. Murió ahogado en el mar del Norte al hundirse el crucero en el que viajaba, el *Hampshire*, tras la explosión de una mina alemana. El impacto

popular fue tal al conocerse la noticia que muchos se negaron a creer que hubiera muerto, convencidos de que no era más que una estratagema para confundir al enemigo.

19. Curiosamente, en este mismo lugar, en la isla de Tsushima, una escuadra japonesa consiguió también una victoria decisiva, en este caso contra una flota invasora de naves chinas y coreanas, en el año 1419. Después de aquel triunfo japonés, nunca más se intentó una invasión por mar desde el continente hasta la tentativa rusa.

20. Los británicos también recurrieron al transporte público para trasladar los soldados al frente, pero en unas circunstancias muy diferentes a las de los franceses. Ante la escasez de vehículos de motor para transportar los soldados una vez llegados al continente, se recurrió a los autobuses urbanos de Londres, que fueron embarcados rumbo a Francia para cumplir con este cometido. Una vez llegados al puerto belga de Ostende, los soldados británicos se quedaban sorprendidos al ver que les esperaban los típicos autobuses londinenses de dos pisos, que aún mostraban los letreros que indicaban su recorrido. Así pues, las líneas de Piccadilly o Trafalgar Square

les llevaban directamente al frente. Uno de estos autobuses se puede contemplar en la actualidad en el Imperial War Museum de la capital británica.

21. Aunque pueda resultar difícil de creer, promedios de acierto tan bajos en la artillería naval no eran extraños. En la Primera Guerra Mundial, en la batalla de Dogger Bank, los cruceros de combate británicos del almirante Beatty dispararon contra los barcos alemanes 1.150 proyectiles, logrando tan solo seis impactos. Los alemanes tampoco estuvieron muy acertados; de los 976 proyectiles disparados solo hubo 22 blancos. En el gran combate naval de Jutlandia, en 1916, los mismos cruceros de combate de Beatty demostrarían no haber mejorado su puntería. Para obtener 26 impactos necesitaron disparar 1.650 proyectiles.

22. Además, Powell se vería involucrado de forma indirecta en el turbio asunto de la masacre de My Lai. Cuando Powell era oficial de operaciones de la División Americal, recibió un informe del soldado Tom Glen, de la 11.<sup>a</sup> Brigada, en la que se le describían los detalles de la carnicería que habían llevado a cabo las tropas estadounidenses en aquella aldea. Sin llegar a entrevistarse con Glen, Powell zanjó el espinoso asunto afirmando que aquel informe se basaba en rumores sin fundamento. Cuando la historia saltó a la prensa y los responsables de la masacre fueron acusados públicamente, Powell aseguraría no haber tenido noticia de los hechos. Este papel encubridor de

Powell en la masacre de My Lai no sería conocido por la opinión pública hasta septiembre de 1995, cuando la revista *Newsweek* lo sacó a la luz.

23. La cuota de heroísmo de Pipo Rodríguez no se agotaría con la histórica eliminación de la odiada Honduras en el Estadio Azteca. El último obstáculo en el camino de la selección salvadoreña hacia la fase final del Mundial de México de 1970 era la débil selección de Haití. En el partido de ida en Haití los salvadoreños vencieron (1-2), pero en el choque de vuelta, aprovechando el exceso de confianza local, se impusieron los haitianos (0-3). El partido de desempate en campo neutral, disputado en Jamaica, también se decidiría en la prórroga con un gol de Pipo Rodríguez (1-0). Tras superar esta agitada fase de clasificación, El Salvador pudo jugar al fin un mundial, pero allí ya no le

acompañaría la suerte. El equipo centroamericano perdió los tres partidos: contra Bélgica (3-0), México (4-0) y la Unión Soviética (2-0), quedando así apeado en la primera fase.

# autor



## ACERCA DEL AUTOR

Jesús Hernández (Barcelona, 1966) es licenciado en Historia Contemporánea y en Ciencias de la Información. En su extenso trabajo de divulgación de la

historia militar ha logrado unir rigor y amenidad, en una combinación que ha despertado el interés tanto del gran público, como del lector especializado.

Ha publicado en la editorial **Tempus** importantes libros bélicos como *100 historias secretas de la Segunda Guerra Mundial*, *El desastre del Hindenburg* y *Las cincuenta grandes masacres de la historia*. Además, en **Rocaebooks** también está disponible el apasionante libro *Norte contra Sur. Historia total de la Guerra de Secesión (1861-1865)*.